

RAQUEL CRUZ

EL CHICO DEL

Violín



El chico del
Violín

Raquel Cruz

Nota de autora

Escribí esta novela por tres razones.

La primera: al igual que mi protagonista, siempre me he sentido atraída por el mundo de la música clásica, y especialmente, por el violín. Su sonido melancólico me parece tan bello que no puedo evitar sobrecogerme cada vez que lo escucho. ¿Quién sabe? Puede que algún día siga el ejemplo de mis personajes y me atreva a probar...

Segundo: Llevaba tiempo oyendo hablar sobre el género New Adult y tras leer unas cuantas novelas de este tipo, me enamoré de su característico estilo desenfadado y fresco. Por lo que como escritora curiosa y a la que le encanta ponerse a prueba, no pude resistir la tentación de crear mi propia historia. Siento si mi incursión en el género no es el esperado o no termina de cumplir con lo establecido. Prometo tomar nota para seguir mejorando.

Por último y más importante: Decidí inspirar esta obra en el famoso violinista David Garrett. Más allá de su gran talento como músico, de lo guapo o atractivo que pueda ser, (que lo es), su historia personal en sí, me pareció tan fascinante que enseguida empecé a considerar la idea de crear un personaje masculino que contuviera ciertos rasgos suyos; tanto físicos como biográficos. Pero debo aclarar que la novela no deja de ser una obra de ficción, y como es evidente, no todo se ajusta a la realidad. Para ser precisa me he tomado todas las licencias artísticas que he creído necesarias o que mejor se podían ajustar a la trama. Así que espero que el lector sepa comprenderlo y no suponga ningún problema. Lo que sí puedo asegurar con total certeza, es que *El Chico del Violín* está escrito desde el cariño y el máximo respeto hacia el personaje real que inspira mi novela y hacia el mundo de la música en general.

Prólogo

La chica cogió el bol de palomitas y se arrebujó en el sofá con su vieja manta de franela. Estaban retransmitiendo desde Berlín el recital del Violín Mágico, uno de los más importantes del año. «Señores, el concierto ya está a punto de empezar y en el auditorio de Grosser Saal no cabe ni un alfiler», exclamaba el comentarista. «Ahí vemos al director de la orquesta, Daniel Stabrawa, tomando posición al frente de la agrupación. Y justo le sigue el violinista que abrirá el concierto para violín, violoncelo y piano de Ludwig van Beethoven en do mayor op 56. Recuerden que se trata del joven virtuoso Johann Baptist Wilfredo III Schweitzer, proveniente de una de las dinastías familiares más importantes de la música y esta noche debutará como concertino conductor». El auditorio arrancó en un enardecido aplauso y el director se irguió con la batuta en alto, preparado para empezar.

La joven se metió un puñado de palomitas en la boca mientras seguía atentamente el desenlace de la gala. Le apasionaba todo lo relacionado con la música clásica. Veía conciertos en Youtube, se sabía el nombre de una larga lista de intérpretes y compositores, reconocía las sinfonías más populares en cuanto sonaban y tenía la estantería de su cuarto repleta de discos de Mozart, Beethoven, Chopin, Vivaldi, etc. Era su colección de frikadas, como lo tildaban sus amigos. Y por supuesto no se perdía ningún recital importante. Aunque tenía que conformarse con verlos por la televisión, mientras soñaba con la idea de poder asistir a uno de ellos algún día.

Los primeros acordes empezaron a sonar en el auditorio de Grosser Saal. La cámara mostraba los distintos ángulos de la fastuosa sala; las lámparas de araña, los enormes centros florales, los palcos dorados, la orquesta tocando y las butacas ocupadas por personas vestidas de etiqueta. El concertino hacía sonar las notas con fuerza, marcándoles el ritmo a los demás violinistas. Deslizaba el arco contra las cuerdas y movía sus dedos a una velocidad sorprendente. «Vaya», exclamó la joven asombrada. Nunca había visto a nadie tocar con tanto ardor. ¡Con razón lo consideraban un virtuoso del violín! Pero hubo algo más del chico que la dejó fascinada. Su rostro. Su rostro era una máscara de frenesí y rabia descontrolada. Tocaba y tocaba con el ceño fruncido, los labios entreabiertos, las gotas de sudor perlado su frente, ¡y

cada vez más rápido!, hasta que sus compañeros de orquesta fueron incapaces de seguirle el ritmo y se quedaron inmóviles, observándole desconcertados. El director también dejó de dirigir para mirar al poseído violinista, el locutor guardó silencio y el público entero enmudeció de asombro. De repente el chico paró de tocar, se quedó mirando a la sala como si acabara de despertarse de una pesadilla (jadeando y sudoroso) y se arrancó la pajarita del frac antes de salir corriendo del escenario. «Bue, bueno, no sabemos qué ha podido ocurrirle al concertino. Parece que los nervios le han jugado una mala pasada», volvió a hablar el comentarista, tartamudeando.

La joven dejó a un lado el bol de palomitas, se acercó corriendo al televisor y pegó sus manos a la pantalla, como contagiada por la desesperación del violinista. No entendía por qué, pero el corazón acababa de darle un vuelco dentro del pecho.

El chico del violín descendió de dos en dos los peldaños de la entrada del edificio con su padre siguiéndole a toda prisa.

—Detente ahí, Johann. ¡Detente ahora mismo! —le ordenó con voz atronadora al ver que hacía el amago de abrir la puerta de la limusina negra que los había llevado al auditorio. Cuando alcanzó a su hijo, tiró de su brazo y le obligó a voltearse. Pero el chico se mantuvo con la vista clavada en el suelo, negándose a dar la cara —¡Maldita sea! ¿Se puede saber a qué diablos ha venido eso? Todo por lo que hemos trabajado durante años, las clases, las audiciones, los ensayos, los conciertos, lo has echado al traste por tu estúpido arrebató. ¡Has arruinado tu debut como concertino! ¿Sabes lo que dirá ahora la prensa? ¡Los críticos y la opinión pública se cebarán con nosotros! —rugió con la cara congestionada de ira. Pero su hijo se mantuvo impassible, por lo que terminó de desquiciarse y lo asió por las solapas del traje para zarandearlo y hacerle reaccionar—. Ahora ya siempre habrá una mancha en tu carrera y Dios sabe lo que tendremos qué hacer para borrarla. ¿Qué piensas sobre eso, eh? ¿Eres consciente de lo que has hecho? No te quedes callado, Johann. ¡Di algo!

Entonces el chico lo apartó de un empujón y lo miró con los ojos humedecidos por la rabia y la pena.

—Me importa una mierda mi debut como concertino. ¡Julianne está postrada en una cama de hospital por mi culpa! —gritó lleno de impotencia con las lágrimas resbalando despacio por sus mejillas.

—Lo que ocurrió con esa muchacha fue un desafortunado accidente. No tiene nada que ver contigo —le contradijo enfadado, como si lo que hubiera dicho fuera lo más estúpido del mundo.

Johann lo miró horrorizado por su falta de empatía. Su padre sabía muy bien cómo y porqué había sucedido aquello, pero era tan jodidamente ambicioso y egoísta que prefería obviar lo evidente.

Sintió asco, además de rabia, y le asestó otro empujón para alejarlo de él.

—Tienes razón —siseó furioso—. Esto ha pasado sobre todo por tu culpa. Si yo no me hubiera empeñado en que me trajera el libreto, Julianne seguiría bien. Pero quería complacerte, como siempre, y le ordené que lo hiciera para destacar como violinista y ganarme el favor de los críticos.

—Y ya ves, después de tanto esfuerzo y sacrificio lo has echado todo a perder —insistió su padre con expresión arrogante y en un tono de absoluta indiferencia.

Johann no pudo contenerse y le asestó un puñetazo al capó del coche. Estaba tan lleno de coraje que no sintió ni dolor en la mano.

—Se acabó, ya no seré más tu marioneta. A partir de ahora haré lo que yo quiera y no volveré a consentir que te entrometas en mi vida, ¿me oyes? ¡Jamás! —juró iracundo, apuntándole con un dedo en el pecho. Volvió a voltearse hacia el coche, dispuesto a irse.

Su padre también explotó al ver que se revelaba.

—Si te vas por esa puerta, no te molestes en regresar. Te despojaré de todos tus privilegios y tendrás que valértelas por ti mismo. Hablo en serio, ¿me oyes? ¡Te dejaré sin nada!

Entonces Johann se encaró a su padre por última vez, con la barbilla erguida y la determinación brillando en sus ojos.

—Haz lo que quieras, pero ya no me detendré ante tus amenazas. A partir de ahora iré por mi cuenta. ¿Has oído tú eso, padre? Renuncio a ser un Schweitzer —comunicó con voz fría.



1

New York, varios años después.

Karen resopló frustrada al ver otra vez a su amiga tumbada en la cama, con un libro abierto sobre ella y la mirada clavada en el techo. Últimamente no hacía otra cosa más que dormir, llorar y encender el móvil continuamente para ver si él le había mandado un *WhatsApp* o llamado. Lo habían dejado hacía un mes (bueno, él la había dejado a ella) pero Shirley seguía sin aceptarlo.

—¿Otra vez compadeciéndote de ti misma? ¿Cuánto tiempo vas a seguir así? Ha cortado contigo, ¿y qué? ¡Hay más tíos ahí fuera!

—No ha cortado conmigo, me ha pedido que nos diéramos un tiempo. Y no quiero conocer a más chicos. Solo quiero que Eddy regrese a mi lado — gimoteó como una niña pequeña.

Karen puso los ojos en blanco, exasperada con su actitud. Era muy propio de Shirley agarrarse a un clavo ardiendo. Le había repetido hasta la saciedad que «darse un tiempo» era una forma de cortar con sutileza, pero ella seguía empeñada en que Eddy aún la quería y que solo estaban atravesando una crisis de pareja.

Karen abrió el armario, buscó algo de ropa y se la tiró a Shirley.

—Venga, ponte eso y salgamos. Ya me he cansado de verte lloriquear.

Shirley apartó la mirada del techo y la miró compungida.

—No me apetece salir, ve tú.

—¿Acaso te lo he preguntado? Es una orden —le dejó claro—. Llevo semanas dándote palmaditas en la espalda y comprándote helado de chocolate. Esta noche me quiero divertir un poco.

—Vale, ¿quién es él? —preguntó Shirley, dando por hecho que su interés en salir tenía que ver con un tío. Eran amigas desde el instituto y se conocían muy bien la una a la otra.

Karen dibujó una sonrisa maliciosa y sus ojillos oscuros brillaron emocionados.

—Es el *quarterback* del equipo Greenwich Jets, y es muy guapo y tiene unos bíceps que... ummm —exclamó relamiéndose de manera lujuriosa.

—¿Es Duncan Warren?

—¡Sí! ¿Lo conoces?

—Salía con la capitana del equipo de animadoras y es uno de los nuevos amigos de Eddy —comentó entristecida.

—Ah, pues he quedado con él esta noche —insistió Karen.

—Estupendo, ¿y qué pinto yo en tu cita?

Karen se enfadó y le tiró un cojín a la cara. A veces Shirley la sacaba de quicio con ese carácter tan retraído y antisocial que tenía. Si fuera por ella se pasaría la vida recluida como una ermitaña.

—No es una cita. Simplemente hemos quedado para tomar una cerveza y tú vendrás conmigo —sentenció apuntándole con un dedo.

—¿Tomar una cerveza? Karen, se te olvida que aún no tenemos edad para beber alcohol. Tenemos diecinueve años, ¿recuerdas? —replicó con ironía.

—Primero, eres tú la que olvidas con quién estás hablando. ¿Es que no sabes que yo no tengo límites a la hora de divertirme? Y segundo, mira lo que tengo aquí—. Se sacó unas tarjetas del bolsillo trasero del pantalón y dio un saltito frente a ella—. ¡Tachán! —gritó emocionada.

Shirley cogió las tarjetas que tenía en la mano y las analizó desconcertada.

—Dios mío, ¿son carnets falsos? —preguntó sin dar crédito— ¿De dónde los has sacado?

—Un amigo que conoce a otro amigo y que a su vez ese amigo conoce a

otro amigo, me los ha conseguido por un módico precio —alegó con una sonrisa de oreja a oreja.

Pero Shirley la miró escandalizada.

—Karen, falsificar carnets es un delito y estamos estudiando derecho. Se supone que tenemos que estar en contra de este tipo de cosas —le recordó con una mirada severa.

Karen puso los ojos en blanco y le arrebató los carnets de un tirón.

—No seas tan picajosa, Shirley. Todo el mundo lo hace y no es para tanto, ¿vale? Y sí, de acuerdo, estamos estudiando derecho, pero también vamos a la universidad, somos jóvenes y merecemos divertirnos un poco. Si no hacemos locuras ahora, ¿cuándo las vamos a hacer, eh? ¿Cuándo? ¿Con sesenta años? —protestó molesta. Luego recuperó la sonrisa con un brillo juguetón en los ojos—. Venga, deja por una vez la mojigatería a un lado y sal conmigo a estrenar estas preciosidades —le propuso, agitando de nuevo los carnet en la mano.

—Paso, no me va ese rollo de emborracharme —se negó Shirley con tozudez.

—Nadie dice que te tengas que emborrachar. Es solo una cerveza. Además, me han dicho que el sitio está bastante bien y hoy tocan uno de esos grupos frikis que a ti tanto te mola —. Shirley frunció el ceño sin entender de qué hablaba y Karen se echó a reír—. Sí, ya sabes, de esos que tocan cosas de Beethoven y de otros autores carcas por el estilo.

Esta vez fue Shirley la que le tiró el cojín a la cara, sin poder contener su indignación.

—¡No vuelvas a meterte con Beethoven! Fue uno de los mejores compositores de la historia, y la música clásica no es música de frikis, ceporra. Es más, te sorprendería la cantidad de melodías clásicas que escuchas sin darte cuenta, en los anuncios, en las películas, en las series de tele...

—Bla, bla, bla, ahórrate la charla y mueve el culo de ahí. Esta noche saldrás conmigo a divertirme aunque tenga que secuestrarte —juró tirando del brazo de Shirley para arrancarla de la cama.

El McGee's era un *pub* de moda al que los estudiantes de derecho y otras facultades, solían ir para tomar algo y escuchar buena música. La fachada era

de ladrillos grises, (imitando el torreón de un castillo) con barriles de cerveza apilados en la entrada y las ventanas cubiertas por rejas de hierro y bronce. Por dentro, el local estaba dividido por columnas y arcos de piedra, como las catedrales. En algunas esquinas había mesas de madera maciza con sofás antiguos forrados de terciopelo granate. En el centro había una extensa pista de baile envuelta por una neblina blanca. Al fondo, un escenario grande iluminado por luces de colores, y en un lateral de la sala, una barra kilométrica con el techo cubierto por jarras y copas de cristal.

Shirley entrecerró los ojos, deslumbrada por la luz de los focos. Observó la silueta de la gente bailando a través del humo y a las parejas que se daban el lote y se metían mano en los sofás. Un tipo con lentillas de colores, enfundado en un pantalón de cuero negro y sin camisa, tropezó con ellas y les bufó como una cobra. Estaba claro que iba colocado hasta las cejas. Karen no se cortó un pelo y también le bufó. Luego se echó a reír de lo más divertida con su ocurrencia.

—¿Se puede saber qué hacemos en esta morada de vampiros? —replicó Shirley, mientras se estiraba las mangas del jersey, visiblemente incómoda.

—Relájate, ¿quieres? Hemos venido a pasárnoslo bien. Venga, seguro que el concierto está a punto de empezar —dijo abriéndose paso entre la gente de camino hacia el escenario.

Shirley la siguió resignada. Odiaba salir de noche y todo lo que tuviera que ver con ruido, pisotones y gente desfasada. Ella quería volver al silencio y la tranquilidad de su habitación. Seguramente Eddy se encontraba tumbado en su cama, repasando sus apuntes de derecho mercantil. A esas horas solían cenar una pizza precocinada mientras estudiaban juntos en su cuarto.

Volvió a encender el móvil para ver si tenía algún *WhatsApp* o una pérdida, pero desilusionada comprobó que no le había llegado nada de él. En un ataque de impaciencia decidió escribirle:

Hola, ¿qué tal? Me preguntaba cómo estarías pasando la semana. Si quieres mañana podemos quedar a tomar un café. Te echo de menos.

Levantó la vista del teléfono, alertada por la nueva ola de gritos que se había desatado a su alrededor, y en ese momento unos chicos con tejanos y camisetas oscuras, aparecieron en el escenario con sus instrumentos musicales. Un par de ellos se colocaron tras el teclado y la batería. Y los otros dos se situaron en posición de empezar a tocar, sosteniendo el bajo y la

guitarra eléctrica entre sus manos. El público se puso a saltar y a corear los nombres de los integrantes del grupo.

—Creía que era una banda de música clásica —objetó Shirley, observando desconcertada sus *pintas* de chicos malotes.

—Espera y verás —contestó Karen con una sonrisa pícaro.

La música metalera retumbó a través de los altavoces que había colgados por las paredes de la sala; y Shirley se tapó las orejas para protegerse de la vibración del sonido. Entonces apareció de súbito el quinto componente del grupo. Iba completamente de negro, con chupa de cuero y ataviado con cadenas y anillos de plata. Era el típico rockero de aspecto siniestro, pero era un rockero que llevaba un violín. ¡Y qué manera de tocarlo! En cuanto lo hizo sonar, Shirley se quedó fascinada. Deslizaba el arco contra las cuerdas con una rapidez y precisión que se le aceleró el pulso. Hacía que el violín sonara de la forma más aguda y ascendente posible, para caer en picado a las notas más graves del pentagrama en cuestión de unos segundos. Era algo realmente sensacional de oír. Pero fue ese mismo estilo y técnica lo que le resultaba familiar. Tenía la extraña sensación de haberlo escuchado tocar antes. O de haber vivido ese momento como en otra vida anterior.

—¡Joder, el violinista está como un PUTO CAÑÓN! —gritó Karen, exaltada.

Shirley parpadeó volviendo en sí.

—¿Qué?

—¿No me digas que no lo estás viendo? Parece un Dios nórdico salido del infierno. ¡Es Thor!

Shirley reparó en el físico del violinista y tuvo que darle la razón a Karen. Era de complexión fuerte y muy alto. Altísimo. No, en serio. Qué debía de medir, ¿cerca de dos metros? Y tenía una melena larga y rubia que sacudía cada vez que embestía el arco contra el violín. De repente se tensó hacia atrás y la camiseta se le levantó un poco, dejando entrever un tatuaje que llevaba bajo el ombligo.

—Oh, por favor, ¡hazme tuya! —gimió su amiga—. ¿Por qué no me habré puesto falda? Así podía haberle tirado las bragas o algo. Espera. ¡Puedo tirarle el sujetador! —exclamó llevándose las manos a la espalda.

—Como hagas eso te juro que no vuelvo a salir contigo —replicó Shirley,

hablando en serio.

Karen se mostró indecisa durante un segundo y finalmente volvió a bajar las manos de su espalda, enfurruñada.

—Aguafiestas —gruñó por lo bajo.

Pero Karen no era la única que parecía fuera de control. Todas las mujeres de la sala daban saltitos y gritaban como posesas.

—Madre mía, Shirley. ¡Te está mirando! —exclamó Karen, con los ojos como platos.

—¿A mí? —preguntó extrañada.

Giró la cabeza hacia el escenario y vio como, en efecto, el violinista la observaba detenidamente. Shirley le mantuvo la mirada, más por curiosidad que por chulería. Era guapo, muy guapo. Transmitía un aspecto sereno, casi altivo. En plan, «a mí no me perturba ni un tío apuntándome con un kalashnikov a la cabeza». Le sorprendió ver que tenía los ojos pintados de negro y sintió un escalofrío desagradable. Debía ser rara pero, los tipos con aire diabólico le daban mal rollo. Por muy buenos que estuvieran. Hasta que de pronto él curvó los labios en una medio sonrisa torcida y tuvo que tragarse sus palabras. Algo se le removió por dentro, algo que hizo *clic* en su interior y puso en funcionamiento el engranaje de un reloj que marcaba la cuenta atrás. Fue como si desde el escenario le susurrara «quizá no lo sepas todavía, pero tú y yo estamos conectados» y como si una parte de ella le diera la razón. Se apresuró a girar la cabeza, fingiendo que no había pasado nada, pero Karen estaba allí para recordárselo.

—¡Tía, te ha sonreído, el violinista te ha sonreído! —exclamó dando saltitos de un pie al otro.

—Tú deliras —masculló picada. Volvió a echar una miradita hacia el escenario y sus mejillas se encendieron. Mierda, él seguía con sus ojos clavados en ella.

Cuando el grupo acabó de dar el concierto, la gente volvió a dispersarse por la pista de baile y las mesas de las esquinas. Shirley sacó el móvil de su bolsillo y comprobó que seguía sin recibir respuesta. Decidió acompañar a Karen al cuarto de baño, y mientras ella se encerraba en uno de los cubículos para hacer pis, observó su imagen en el espejo. Se había cortado el pelo al estilo pixie en un arrebató de locura, pero llevaba el flequillo algo largo, le

caía hacia un lado de la cara y tenía reflejos dorados. Era lo más atrevido que había hecho en su vida.

Karen tiró de la cisterna y también se acercó al espejo del lavabo para lavarse las manos y retocarse el brillo de labios.

—¿Tú crees que él me dejó por cortarme el pelo? —preguntó compungida al recordar la de veces que Eddy le había pedido que no lo hiciera. Detestaba a las chicas con aire masculino, y cuando él la había visto con su nuevo cambio de look no dudó en hacerle saber su opinión con una mueca de desprecio.

—Punto A, ese corte de pelo te queda genial. Punto B, si un tío te deja por eso es que es gilipollas. Y punto C, no me amargues la noche hablándome de tu ex, ¿quieres?

En ese momento unas chicas entraron en el baño charlando entre ellas. «¡Qué bueno está el violinista! Si se dejara lo ataría a mi cama y le haría de todo», comentaron riéndose de manera maliciosa.

—Mira, de eso es lo que tendríamos que estar hablando tú y yo ahora —le reprochó Karen, antes de unirse a la conversación de las chicas—. ¿Qué, a vosotras también se os hace agua la almeja? —inquirió con una gran sonrisa.

Shirley abrió los ojos, alucinada con el comentario, y sacudió la cabeza sin dar crédito. ¡Qué bruta era a veces! Pero las chicas lejos de enfadarse o escandalizarse, se lo confirmaron con una risita y un brillo malicioso en los ojos.

—¡Está tremendo! La pena es que es un borde y no da pie a nada —se lamentó una de ellas.

Karen la miró sorprendida.

—Anda, ¿y cómo sabéis eso, le conocéis? —preguntó interesada.

—Sí, es estudiante de último curso en la Juilliard School y trabaja aquí como camarero y músico los fines de semana —explicó la otra.

—¿La Juilliard School, la prestigiosa escuela de música? —intervino por primera vez Shirley, atónita.

—Sí —afirmaron ellas.

«Vaya, con razón toca tan bien el violín», sentenció para sus adentros. La Juilliard School estaba considerada como la mejor escuela de música del

planeta. Aunque también impartían clases de danza y teatro. Para que te aceptaran no valía con tener talento y ser bueno. Tenías que ser un virtuoso, un genio, ¡el mejor! Y aun así había más probabilidades de que te admitieran como ingeniero en la NASA. La Juilliard School era el olimpo de las artes escénicas. Por ahí habían pasado Bon Jovi, Eric Whitacre, Mark Snow, Renée Fleming y una larga lista de grandes artistas.

Karen y Shirley salieron del baño detrás de las otras chicas y comprobaron que se había formado un pequeño revuelo en el local. Las mujeres se empujaban y agolpaban contra la barra, mostrando el carnet en alto para que el guapo camarero las atendiera. Karen se sonrió ufana. Apostaría un riñón a que la mayoría de las que estaban allí, habían sacado el carnet del mismo sitio de donde lo había conseguido ella.

«Bombón, ponme un vodka negro con lima y tócame algo con el violín. O tócame a mí, lo que tú prefieras», le soltó una mujer pasada de rosca. «Olvídate de ella y vente conmigo. Yo me bebería tu sudor a lametazos», replicó otra, con una sonrisa de loba hambrienta.

—¡Joder, son peores que yo! —comentó riéndose, Karen.

Shirley arrugó la nariz, asqueada con la escena.

—Pobre chico —.Se compadeció al verlo agobiado, haciendo oídos sordos a las groserías que le gritaban las mujeres, mientras servía las copas lo más rápido posible.

—Oh, sí, claro, pobre chico al que le tiran los trastos un montón de universitarias buenorras y con las tetas como calabazas. Seguro que ningún tío querría cambiarse por él —soltó Karen con ironía—. Venga, vamos a la barra a pedir algo.

Shirley la fue siguiendo entre codazos y empujones. Una chica rubia pegó un salto y se sentó sobre la barra.

—Hola guapo, me llamo Vanessa y tengo un descapotable ahí fuera con asientos muy cómodos —ronroneó acariciándole el cuello de su camiseta negra.

Él le apartó la mano de un manotazo y le lanzó una mirada asesina.

—Genial, cuéntaselo a quién le interese. Ahora bájate de la barra y déjame seguir trabajando —le espetó con cara de pocos amigos.

Shirley y Karen se miraron sorprendidas por la contestación.

—Vaya con el melenudo. ¡Pues sí que es borde! Y tú compadeciéndote de él —dijo Karen entre risas.

Pero Shirley ni siquiera la escuchó. Notó que le vibraba el móvil y corrió a meter la mano en el bolsillo de sus vaqueros. Era un *WhatsApp* de Eddy. ¡Al fin!

Hola, estoy ocupado estudiando para un examen. Ya quedaremos cualquier otro día. Venga, cuídate.

La joven parpadeó dolida por el tono cortante y frío del mensaje. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Insistir o pasar de él hasta que se dignase a prestarle atención? Esperar, tiempo, es lo que le había dicho Eddy que necesitaba. Pero empezaba a creer que su amiga tenía razón y que solo se trataba de una excusa barata con intención de deshacerse de ella. Los ojos se le humedecieron y respiró hondo para intentar controlar la emoción.

De repente Karen le dio un pequeño codazo y Shirley se sobresaltó.

—No te lo vas a creer, pero el violinista no te quita el ojo de encima —le susurró, mirando de soslayo al chico.

—¿Otra vez con eso, Karen? Déjalo ya —replicó Shirley, malhumorada. Después del palo que se había llevado con Eddy, no tenía el cuerpo para escuchar tonterías. Además, veía a un montón de chicas mil veces más guapas que ella en las que fijarse. Chicas delgaditas y de cuerpos esculturales, acordes con tíos guapos como él.

—Hazme caso, le gustas —insistió terca.

Shirley giró la cabeza con disimulo hacia el camarero y comprobó que era cierto. Él continuaba sirviendo copas mientras que de vez en cuando echaba miradas rápidas hacia ella. Hasta que la descubrió observándole descaradamente y le dedicó una sonrisa tímida. Shirley se puso como un tomate y apartó la mirada de inmediato.

—¡Eh, Karen, por fin te encuentro! —saludó Duncan Warren, sorprendiéndola por la espalda.

Las chicas se giraron y vieron a un joven de pelo castaño y algo cachas. A Karen se le iluminó la carita. Era el tipo de chicos con lo que solía salir.

—¡Duncan, qué bien que hayas llegado! Te presento a mi amiga Shirley, aunque creo que ya os conocíais de antes.

Duncan le estrechó la mano y la miró de arriba abajo con desdén.

—Sí, salías con mi amigo Eddy, ¿verdad? —le preguntó con una sonrisa.

Shirley percibió el tono burlón que había tras ese gesto falso. Era una forma de decirle, «para mi amigo, tú ya eres historia». Y tampoco le gustó comprobar que por el campus corría el rumor de que ella y Eddy lo habían dejado. Bajo su punto de vista, aún no estaba todo perdido.

—¿Qué os parece si salimos de aquí? Mi colega Peter está dando una fiesta en su casa —les propuso el *quarterback*.

—Suenan bien, pero mejor nos vamos tú y yo. Shirley tiene otros planes —contestó Karen de forma resuelta.

Shirley la miró indignada.

—¿Es que piensas dejarme plantada? —protestó, más sorprendida que furiosa.

Karen la cogió del brazo y se la llevó aparte.

—Escúchame, a ese chico de la barra le gustas mucho —le susurró con su cabeza casi pegada a la suya.

—Estás muy pesada con ese tema, Karen —gruñó haciendo el amago de irse, pero Karen le atrapó la muñeca y la detuvo.

—Hazme caso, conozco a los tíos de sobra y sé de lo que hablo. Puede que te entre en cualquier momento, pero eso no ocurrirá si sigo pegada a ti. Algo me dice que el chico es un poco vergonzoso y le cuesta soltarse —le aseguró con una sonrisa divertida al ver como el camarero las seguía acechando desde la barra. Había visto a Duncan saludándolas y a Karen cogiendo el abrigo del taburete donde lo había dejado apoyado. Era evidente que no perdía detalle de lo que hacían y que se había puesto tenso al creer que se marchaban.

Pero no fue el único en alterarse.

—¡No, Karen, no me dejes sola en este antro! Sabes que no pinto nada aquí y menos sin ti —gimoteó Shirley, asustada.

—Shhh, tranquila. Tú sonrío, sé simpática y todo irá bien.

—¡De eso nada! —se negó en rotundo.

—No seas tonta y no desaproveches la oportunidad, Shirley. Ese chico está como un verdadero tren. De hecho no me importaría cambiarlo por Duncan —

dijo esto último en voz baja para que él no pudiera oírla y se ofendiera—. Todas las tías de por aquí están deseando hincarle el diente, pero por lo visto ese macizo solo tiene ojos para ti. ¿Te das cuenta de la suerte que tienes? Así que ni se te ocurra pasar de él. Tu obligación como hembra es hacer justicia por todas nosotras y meter el balón en la canasta —le ordenó antes de echar a andar de espaldas.

—Te voy a matar. ¡Vuelve aquí! —gruñó Shirley con los dientes apretados.

Pero Karen seguía alejándose mientras le sonreía de manera traviesa y le decía adiós con la mano. Luego giró sobre sus talones, cogió a Duncan del brazo y se perdieron entre la gente.

Shirley volvió a voltear la cabeza hacia el camarero y vio que la estaba contemplando, ya sin ningún tipo de pudor. Él la sonrió abiertamente y la joven sintió como se le disparaba el pulso a mil por hora. Nunca había visto una sonrisa tan cálida. Había algo de timidez en ella, pero sobre todo era una sonrisa cercana, auténtica, amable. Se le hacía extraño ver un gesto tan tierno como ese, en un tipo con pinta de ángel del infierno. Se puso más nerviosa e intentó desviar la atención hacia el resto de la sala. Vio al chico que les había bufado al entrar en el *pub*, bailando con una copa en la mano y arrimando su entrepierna a una chica morena. En una esquina había una pareja besándose y metiéndose mano. Los sofás estaban todos ocupados por otras parejas desfasadas. Y en una mesa del fondo había un tío que estaba esnifando una raya. Shirley maldijo una vez más a Karen por haberla abandonado a su suerte y se dio la vuelta con intención de irse. Entonces una voz profunda y con acento extranjero la detuvo al instante.

—¿Puedo hacer algo para que no te aburras?

La joven se giró despacio, como si fuera a encontrarse a un monstruo de dos cabezas, y en efecto, lo vio tras el rincón de barra que daba a su lado, secando con un paño las copas que iba retirando del lavavajillas al tiempo que la miraba con esa sonrisa que tanto la perturbaba. Su compañero se había hecho cargo de la horda de histéricas que lo acosaban para darle un respiro.

—¿Me lo preguntas a mí? —inquirió, sin poder creer todavía que le estuviera dirigiendo la palabra a ella.

La sonrisa del camarero se hizo más ancha.

—No, se lo pregunto a la estatua del fondo. ¡Pues claro que es a ti! Sabes que llevo un buen rato sin quitarte el ojo —expresó de manera directa.

Shirley lo miró descolocada y sin saber cómo salir del paso. No estaba acostumbrada a que los tíos le entraran. Y menos, tíos como aquel.

—Esto... yo... no me había dado cuenta —mintió, desviando la mirada hacia sus pies. Le resultaba imposible mirarlo a los ojos y mantener el tipo. Aún con la vista clavada en el suelo, sentía la suya taladrándola hasta al fondo.

—Puede que no te dieras cuenta porque estabas demasiado ocupada mirando el móvil.

Shirley al escucharle levantó la cabeza de inmediato. ¿Eran imaginaciones suyas o su comentario había sonado a un reproche?

—Antes, en el concierto, me ignoraste mientras yo tocaba y confieso que eso me escoció un poquito —le aclaró al ver que le observaba asombrada—. Me llamo John Clayton, por cierto —añadió sonriente, tendiéndole la mano.

Shirley parpadeó saliendo de su trance, se inclinó sobre la barra y se la estrechó como si estuviera a punto de ser atrapada por un cepo; muy despacito y con mucha cautela. Y una vez más, comprobó que tenía razones para mostrarse recelosa. Un hormigueo cálido y agudo le recorrió de arriba abajo el cuerpo.

—Shirley Brown —murmuró aturdida.

Se mantuvieron la mirada durante varios segundos con las manos entrelazadas, hasta que él se dio cuenta de que aquello resultaba un poco extraño y rompió la situación con un carraspeo.

—Bueno, Shirley Brown, ¿puedo preguntarte por qué te aburrías en mi concierto? —inquirió, echándose al hombro el paño que había utilizado para secar las copas.

—¿Aburrirme? ¡No, en absoluto! Me encanta como tocas el violín y adoro la música clásica. Aunque no es precisamente música clásica lo que tocas tú. Más bien es una mezcla extraña... —farfulló más para sí misma. Pero él la había escuchado perfectamente y arqueó una ceja con incredulidad. Shirley al mirarle se echó a reír un poco cortada—. Lo siento, no pretendía pasar de tu concierto. Es solo que... bueno, no estoy atravesando por una buena racha —confesó con un mohín de pena, a la vez que jugueteaba con los pequeños volantes de su jersey de cachemir.

—¿Mal de amores?

Ella levantó la vista, sorprendida por que hubiera dado en el clavo a la primera, y asintió con una sonrisa retraída.

—Venga, te invito a una cerveza —le propuso él para animarla.

Shirley pensó en lo que le había dicho Karen y se puso nerviosa.

—Oye, te agradezco la invitación y eres muy amable, pero no quiero que te confundas conmigo. Tengo novio. Solo que ahora él está algo distinto. Creo que no ha llevado bien el cambio del instituto a la universidad y se ha agobiado con las clases, los exámenes, la gente nueva. En fin, que estamos dándonos un tiempo, pero es solo un bache pasajero. Eso espero. Y no sé por qué te cuento esto a ti, la verdad —repuso avergonzada, al comprender que estaba abriéndose a un completo extraño. Un extraño que en el fondo sentía que conocía de toda la vida.

—Gracias por la aclaración, pero solo te estoy ofreciendo una cerveza por ser amable. *Nada más* —remarcó esto último en un tono que dejaba entrever que la consideraba una creída.

De repente Shirley se sintió ridícula. ¿Un tío como él tirándole los tejos a ella? Estúpida Karen. La culpa era suya, por haberle metido ideas raras en la cabeza.

—Perdona, yo... he malinterpretado tu intención. Lo siento mucho —se apresuró a disculparse muerta de la vergüenza.

—¡Eh, guapetón! —le llamó una chica borracha— ¿Qué me harías si te metiera este billete de cien dólares en el bolsillo de tu bonito trasero? —le sugirió, apoyando medio cuerpo encima de la barra para que quedara a la vista del chico su generoso escote.

—No te haría nada porque yo no me vendo tan barato —le espetó él, dirigiéndole una mirada de absoluto desprecio.

La chica abrió los ojos sorprendida por su rechazo y su expresión se tornó furiosa.

—¡Que te den, capullo! ¡Tú te lo pierdes! —vociferó despechada antes de retirarse dando tumbos por la cantidad de alcohol que llevaba encima.

John observó a la joven borracha mientras se alejaba, sin inmutarse. Resultaba obvio que estaba acostumbrado a vivir ese tipo de escenas.

—Por curiosidad, ¿qué piensa tu jefe de que mandes a los clientes a paseo?

—le preguntó Shirley, sorprendida por su trato.

Él curvó los labios en una sonrisa algo arrogante.

—Mi jefe me contrató para tocar un par de canciones con mis colegas y servir unas cuantas copas, no para prestarme a las insinuaciones de unas niñas pasadas de vuelta. Si quisiera follar por dinero, no sería camarero. ¿Entonces dices que notas a tu novio diferente? —inquirió, cambiando bruscamente de tema. Shirley lo miró extrañada por el giro que había dado la conversación, y John se apresuró a aclarárselo— ¡Eh!, no es que acostumbre a meter las narices donde no me llaman, pero tú me diste pie hace un rato. Y además, es la obligación de un buen barman preocuparse por sus clientes mientras ellos beben para aliviar sus penas. O al menos siempre es así en las películas, ¿no? —bromeó poniéndole una rodaja de limón en un botellín de cerveza.

Shirley quiso confesar que su carnet era falso, que no tenía edad legal para beber, pero John ya había empujado la bebida hacia ella.

—Sí, él cambió bastante —declaró en un tono alicaído mientras acariciaba distraída el botellín—. Antes Eddy y yo éramos inseparables. Quedábamos para estudiar, cenábamos en su habitación o en la mía, veíamos una película antes de acostarnos. Incluso hacíamos la compra juntos y también almorzábamos algunos sábados con nuestros padres. Nos conocemos desde niños y somos del mismo barrio —le explicó con añoranza. John ladeó levemente la cabeza y frunció el ceño. ¿Hacer juntos la compra? ¿Almorzar con los padres? ¿Qué eran, una pareja joven o un matrimonio de ancianos? —Pero luego llegamos a la universidad y las cosas se complicaron —prosiguió hablando—. Al principio, durante el primer año, todo parecía ir bien. Pero hace unos meses le aceptaron en una importante hermandad del campus, hizo nuevos amigos y se volvió un chico popular. Ahora se pasea por ahí con sus coleguitas tan populares como él, se echa gomina en el pelo y siempre lleva la cazadora con las siglas de la hermandad como si fuera un maldito uniforme. La verdad es que no le reconozco —añadió con un deje de tristeza y exasperación en la voz.

Era evidente que la chica lo estaba pasando mal con todo ese asunto.

John levantó la mirada por encima de su cabeza y se quedó parado.

—Ajá... ¿tú novio no será ese de allí, verdad? —le preguntó señalando hacia la puerta.

Shirley se giró y vio a un chico que se ajustaba perfectamente a la descripción que acaba de dar. Pero era imposible. Eddy era como ella, odiaba ir a ese tipo de sitios ruidosos y nunca salía por la noche. Además, se suponía que estaba demasiado ocupado estudiando. ¿No era eso lo que le había dicho? Por eso no tenía tiempo de quedar. ¿O es que le había mentado? Entonces el chico se aproximó un poco más y Shirley ya no tuvo ningún tipo de dudas. Era Eddy con sus coleguitas, su pelo repeinado como un senador y su absurda cazadora con las siglas **Kappa Delta** de la hermandad.

—Sí, es él —murmuró estupefacta.

Por si eso no fuera suficiente, una chica rubia y con un escote hasta el ombligo, se arrimó a Eddy y se enroscó a su cuello.

—¿No decías que estaba agobiado con los exámenes? —preguntó John con una sonrisa socarrona.

Shirley tragó saliva antes de contestar.

—Sí.

—Ya, pues... sí que se le nota estresado —repuso él con divertida ironía, mientras veía como el novio de la chica y la rubia descocada, se magreaban en medio de la pista de baile.

Shirley al escuchar su comentario guasón, volvió a girar la cabeza hacia él y se le quedó mirando con una expresión tan siniestra que John se atragantó con su propia risa y retrocedió con los ojos abiertos. Joder, ¡sí que daba miedo!

La chica se bebió la cerveza de un trago y le fulminó con la mirada.

—Ponme otra cerveza y esta vez que sea en la jarra más grande que tengas —le ordenó con voz glacial.

Unas cuantas jarras de cervezas después, un cubata y dos chupitos de tequila, Shirley y John entraron en el almacén del *pub* enzarzados entre besos y tirones de ropa. Ella tuvo la genial idea de subirse a una caja de madera para poder llegar más fácilmente a su boca. ¡Era altísimo!, y estaba harta de ponerse de puntillas. Pero el desequilibrio le jugó una mala pasada, le resbaló el pie en el borde y empezó a tambalearse hacia atrás. John intentó sujetarla, Shirley tiró de él y acabaron los dos en el suelo muertos de risa. Volvieron a liarse a besos rodando entre barriles de cerveza y pilas de cajas de mercancía. Shirley enterró sus dedos en su larga cabellera rubia mientras seguían

comiéndose la boca con las piernas enroscadas a la cintura de John. Ella intentó sacarle la camiseta por la cabeza, pero sus dedos se enredaron con las cadenas de su cuello y John tuvo que terminar de retirarse la parte de arriba él mismo. La chica había bebido demasiado y se le veía algo torpe. Shirley cerró los ojos un segundo y cuando los abrió, el techo le dio vueltas y todo se hizo borroso. John le mordisqueó el cuello y metió la mano por debajo de su jersey en busca del cierre de su sujetador.

—¡Espera! —le detuvo ella, justo cuando había conseguido desabrochárselo.

—¿Qué pasa? —le preguntó con la mirada nublada por el deseo.

Shirley le apartó los mechones largos de la cara y le miró directamente a los ojos.

—Quiero que sepas que nunca he estado antes con otro chico que no fuera mi novio. Así que puede que me notes algo verde —admitió con una sonrisilla nerviosa y los ojos chisposos por el alcohol.

John la miró confundido y se rascó la cabeza sin saber muy bien qué decir. ¿Qué esperaba exactamente de él, unas velitas aromáticas, algo de música para relajar el ambiente, que fuera delicado? ¡Aquello solo era sexo y ya está!

—No te preocupes, la técnica es la misma —le contestó.

Aguardó un segundo a que ella replicara, o simplemente le llamara idiota por su respuesta cortante, pero se quedó callada como si no hubiera oído nada y John prosiguió mordisqueándole el cuello. Shirley le tocó la entrepierna abultada por encima del pantalón y él notó que le sacudía un cosquilleo agudo. ¡Dios!, ¿qué tenía esa chica que lo incendiaba por dentro? No había estado tan empalmado ni cuándo se había enrollado con aquella modelo de lencería. Cogió el preservativo que llevaba guardado en la cartera y cuando se lo fue a poner, ella le detuvo de nuevo.

—Espera, por favor, ¡espera!

—¡Qué, qué! —exclamó alarmado.

Shirley se apoyó sobre sus codos y le miró avergonzada.

—No puedo hacerlo, ¡no puedo encestar en la canasta! —lloriqueó.

Él se inclinó y frunció el ceño.

—¿Que no puedes qué? —preguntó sin estar muy seguro de lo que acababa

de oír.

Shirley sacudió la cabeza, confusa.

—Lo que quiero decir es que, aunque no lo parezca no soy de las chicas que lo hacen la primera noche —musitó con un puchero.

John la miró un segundo, recuperándose del palo. Después echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar el aire entre los dientes, a la vez que intentaba pensar en otra cosa que le ayudara a bajar la hinchazón.

—Por favor, no te enfades, es que yo...

Al ver a la chica al borde de las lágrimas se apresuró a rodearla con sus brazos.

—Eh, tranquila, no pasa nada —le aseguró dándole unas palmaditas en la espalda a modo de consuelo.

—Lo siento mucho. Es que al ver a Eddy con la otra chica... —sacudió la cabeza confusa— me dejé llevar por la rabia. ¡Oh Dios!, últimamente no sé qué me pasa, solo hago tonterías. Ni siquiera tendría que estar aquí —se lamentó haciéndose un ovillo antes de enterrar la cabeza entre sus manos.

A John le conmovió verla hecha una pelotita llorosa y la atrajo hacia su cuerpo.

—Te sientes pérdida y triste. Es normal, han sido muchos años. Date tiempo para superarlo —le sugirió meciéndola con suavidad para que se calmara.

Shirley levantó la cabeza y lo miró asombrada. No esperaba que un tipo duro como él, con sus ojos pintados de negro y su cuerpo lleno de tatuajes, se mostrara tan maduro y sensible.

—Gracias por ser comprensivo. Eres muy amable —reconoció con una sonrisa triste.

John observó ensimismado su cara afligida de niña buena y pensó que habría dado lo que fuera por verla sonreír de verdad. No con las nubes que ensombrecían esos preciosos ojos grandes color café, sino con una auténtica sonrisa de alegría. Tenía unos labios carnosos y unos dientes rectos, blancos y bonitos. Sí, ya lo creo que habría dado lo que fuera por verlo.

—Descuida, me enseñaron que cuando una chica dice no, es no —bromeó con intención de quitarle hierro al asunto.

Se vistieron y John pidió prestado el coche a un amigo para acercarla a casa. Tenía una moto que había dejado aparcada en un callejón cercano al McGee's. Pero no quería arriesgarse a montar a la chica ahí y perderla en mitad del camino. Aún caminaba ebria y se le veía aturdida.



2

Al día siguiente Shirley se despertó con un malestar terrible. Le costaba enfocar la mirada, el estómago lo tenía revuelto y no lograba recordar con claridad cómo había llegado hasta su cuarto. Sacó los pies de la cama apoyándose en la mesilla, tiró la lámpara y el despertador. Se dirigió a trompicones al baño y no salió hasta que consiguió reanimarse bajo la ducha. Las imágenes fueron viniendo a su mente a modo de flash; ella con Karen en el McGee`s, Karen intentando desnudarse en mitad de un concierto, ella impidiéndoselo, el chico del violín tocando de forma maravillosa, la horda de mujeres gritándole obscenidades, la gente bailando. «Un momento», dijo rebobinando para atrás. ¡El chico del violín! De repente la abordaron otro tipo de recuerdos más alarmantes. Eddy pasando de ella porque tenía que estudiar. El violinista-camarero invitándole a una cerveza. Eddy apareciendo de pronto en el local y bailando con una rubia. Ella bebiendo para olvidar. Una borracha retirándose enfadada. Ella liándose con el camarero.

Abrió los ojos como platos y empezó a corretear de un lado al otro de la habitación, mientras se vestía y se esforzaba por no sucumbir al ataque de nervios. Estaba escandalizada consigo misma. Había permitido que un tipo, que no era Eddy, le metiera mano y la lengua hasta la campanilla. ¡Un desconocido! Y quién sabe qué más habían hecho. Se sacudió para quitarse los pensamientos de la cabeza. «¡Fuera, fuera, fuera!», farfulló revolviéndose el pelo. Luego vio la hora que era y volvió a correr frenética. Ya llegaba tardísimo a clase.

A media mañana Karen la abordó en la cafetería.

—¿Al final te tiraste al chulazo del violinista-camarero? —le preguntó de sopetón, dejando su bandeja del almuerzo sobre la mesa.

Shirley tenía la cabeza apoyada en una mano, mientras empujaba distraída los guisantes de su plato con el tenedor. Aún tenía el estómago como la colada en pleno centrifugado.

—Algo así —contestó desganada—. La verdad es que no lo recuerdo.

Karen abrió los ojos de golpe y luego su expresión se tornó indignada.

—¿Me tomas el pelo? ¿Cómo no puedes recordar algo así?

—Bebí demasiado y me emborraché —confesó por lo bajo. Cada vez que pensaba en la de tonterías que había hecho esa noche, le daban ganas de excavar un túnel hasta el centro de la Tierra para no salir jamás.

—¿Qué bebiste demasiado? ¡Pero si tú nunca bebes! Y por supuesto nunca te has emborrachado —alegó, cada vez más alucinada con lo que oía.

—Pues anoche fui una chica mala. Muy mala.

A Karen le brillaron los ojos con malicia.

—Vaya, vaya, con la que no quería utilizar el carnet falso —le reprochó mientras se cruzaba de brazos con aire burlón. Y se inclinó sonriendo como una diablesa antes de susurrar:—. Venga, cuéntame qué es eso tan malo que has hecho.

—Para mí no tiene ninguna gracia. Todas las tonterías que hice fue porque vi a Eddy en el McGee's bailando con una rubia —repuso mirando su plato de comida, casi sin tocar.

Karen se recostó en su silla, resoplando.

—¡Olvídate ya de él, Shirley! —gimió desesperada.

—No, no me puedo olvidar. Habíamos planeado una vida juntos y hace menos de un mes que... bueno, decidimos hacer una pausa. ¿Y qué hace él? Me miente y coquetea con la primera buscona que se le pone a tiro —replicó dolida y con rabia.

—Eddy está haciendo su vida, Shirley. ¡Y tú deberías hacer lo mismo y pasar página de una maldita vez! —soltó irritada.

Shirley la miró resentida. ¡Qué fácil era para Karen decir eso! Nunca había

aguantado con un tío más de dos meses. Enseguida se cansaba de ellos y les mandaba a paseo. No sabía lo que era pasar cerca de una vida con alguien y que luego ese alguien la desechara como un mueble viejo.

En cambio Eddy y ella llevaban juntos casi desde siempre. Al principio eran solo colegas de vecindad. Sus casas se encontraban pegadas la una a la otra, sus jardines solo estaban separados por un seto, sus padres frecuentaban el mismo club. Los habían llevado a la misma guardería, al mismo colegio, habían compartido la misma niñera. Aunque no habían empezado a salir en serio hasta el instituto, donde conocieron a Karen y pasaron a formar un trío extraño.

En realidad Karen y Eddy nunca se habían llevado bien. Ella lo consideraba un pijo de mierda y él la despreciaba porque era hija de inmigrantes latinos y creía que no tenía el nivel suficiente para codearse con ellos.

—¿Quién sabe? A lo mejor solo era una amiga con la que se estaba divirtiendo —repuso esperanzada, pensando en Eddy.

Karen entornó los ojos en blanco y volvió a suspirar.

—Me rindo. Eres imposible, Shirley.

—Venga, no te enfades —le pidió Shirley con una sonrisa reconciliadora—. Mejor cuéntame qué tal te ha ido a ti con Duncan Warren.

Karen se olvidó de su enfado y pegó un chillidito de emoción.

—Fuimos a la fiesta de su amigo, luego me llevó a un estadio, comimos unos perritos calientes y nos enrollamos en su coche. Y esta noche hemos quedado en su piso para... ya sabes qué —canturreó dando pataditas bajo la mesa.

—¿No es demasiado pronto para eso? —objetó Shirley.

Karen la miró boquiabierta.

—¿En serio? ¿Y me lo dices tú, señorita *nomeacuerdodeloquehehechoconelcamarero*? Yo por lo menos sé lo que hice anoche —le espetó.

Shirley hizo una bola con la servilleta de papel y se la tiró a la cara, antes de romper las dos a reír.

Unas horas más tarde, Shirley se encerró en su habitación con una taza

enorme de café en la mano. Tenía que presentar dos trabajos, pasar los apuntes a limpio y preparar el examen del viernes. Dejó caer la cabeza en la montaña de folios y libros que había sobre su pequeño escritorio. No tenía ganas de nada. Y era algo que le preocupaba porque siempre había sido muy buena estudiante. Pero sin Eddy allí tirando de ella, insistiéndole que tenía que estudiar, poniéndose juntos a repasar los apuntes, notaba que cada vez se la hacía más difícil llevar al día sus obligaciones. Por más que lo intentaba no era capaz de motivarse, ni se imaginaba vistiendo una toga. Su padre era un afamado abogado penalista y trabajaba como socio principal en uno de los mejores bufetes de New York (y también más caros) y estaba orgulloso de que su hija siguiera su ejemplo. Pero a ella todo ese mundo de pleitos, juicios, papeleos y negociaciones, le parecía un auténtico rollo. Así de triste y aburrido veía su futuro.

Shirley mordisqueó la tapa del bolígrafo para calmar la angustia. Era su segundo año de universidad y aún le quedaba una larga temporada encerrada entre libros y apuntes. Más le valía ponerse las pilas si no quería decepcionar a su padre. A lo mejor cuando Eddy terminara de aclararse y volviera con ella, dejaría de sentirse deprimida y recuperaría los buenos hábitos. Puede que incluso llegara a gustarle la idea de llevar toga.

Algo más confiada, se levantó de la silla y se acercó a la estantería donde guardaba toda su colección de música clásica. En una de las baldas tenía una foto de su madre tocando el violín, y la acarició con la punta de los dedos. Ella le había inculcado su amor por la música de cámara, y llegó incluso a darle clases de solfeo cuando era pequeña. Pero su madre se había muerto de cáncer cuando Shirley tenía solo seis años y su padre no quiso que continuara con su formación musical. Decía que no era una profesión lo suficientemente seria como para ganarse la vida y tampoco estaba dispuesto a acompañarla a los recitales porque lo consideraba una pérdida de tiempo, por lo que Shirley se vio obligada casi a mantener en secreto su afición.

Sonrió de forma involuntaria al pensar en el violinista. Debía admitir que era muy guapo, guapísimo, y lo poco que lograba recordar era que besaba de maravilla. Y tocaba el violín de una forma tan sublime que se le ponían los pelos de punta. Le fascinaba la rapidez con que movía los dedos y la precisión con la que hacía sonar las notas. Maldita sea, ¿de qué le sonaba el chico? No podía quitarse de la cabeza la sensación de que le conocía de algo. Pero al mismo tiempo le parecía imposible porque jamás había asistido a ninguna de

las galas que celebraba anualmente la Juilliard School y estaba segura de que nunca antes había hablado con él.

De repente escuchó un zumbido encima de la mesa, se abalanzó a por móvil y comprobó desilusionada que era un mensaje de publicidad. Eddy seguía sin dar señales de vida. Seguramente se lo estaba pasando muy bien con la rubia descocada de anoche. A lo mejor incluso había vuelto a quedar con ella en el McGee's, porque por lo visto ahora le gustaban las fiestas y las chicas sin un atisbo de pudor, pensó dejándose llevar por el resentimiento. Cada vez que recordaba la de veces que le había escuchado criticar a las chicas que vestían con grandes escotes y minifaldas, le hervía la sangre. Era otra de las razones por la que nunca había tragado a Karen, y de los pocos motivos por los que habían discutido como pareja. Decía que las chicas como su amiga eran ordinarias y que solo buscaban engatusar a los tíos mostrando algo de carne. Jodido hipócrita de mierda.

De repente decidió que iría al McGee's para preguntarle si seguía pensando lo mismo o también había cambiado en eso. Quería ver la cara que pondría cuando lo pillara con sus manos bien sujetas al culo de la rubia.

Pero cuando se presentó en la puerta del *pub* ya no le pareció tan buena idea. Se sentía desprotegida sin Karen y tampoco estaba cómoda con su nuevo aspecto. Se había puesto un vestido blanco con escote pronunciado y demasiado ceñido para su gusto. Era la manera que había escogido para decirle a su ex, «eh, mira Eddy, yo también tengo un buen culo donde agarrar. ¿Te gustaría comprobarlo? Pues que te den, idiota. ¡Perdiste tu ocasión!». *Sep*, todo eso pensaba decirle con la simple imagen de su cuerpo embutido en aquella escasa tela ajustada. Entonces él se daría cuenta del grave error que había cometido y le suplicaría volver con ella. Y ella... ¿qué haría ella? Pues nada, porque no era más que una estúpida fantasía que jamás se cumpliría. Pero le gustaba imaginárselo postrado a sus pies mientras le suplicaba otra oportunidad.

Entró por la puerta y vio que apenas había gente en el McGee's. Echó un vistazo al reloj del móvil y comprobó que eran las nueve y media. De paso vio si tenía alguna llamada o mensaje nuevo. Nada. Era evidente que había llegado demasiado pronto. Ni siquiera estaba todavía el portero que había visto anoche. Decidió hacer algo de tiempo sentada en uno de los sofás de la esquina y sacó un espejito que llevaba guardado en el bolso. No se consideraba una chica muy coqueta, o al menos no hasta el punto de Karen,

pero le gustó lo que veía. Se había pintado los labios de rojo mate y se había echado un poco de laca en el flequillo con intención de darle un toque salvaje al peinado. Y en las orejas llevaba unos pendientes largos de cristal *Swarovski* que le rozaban casi la clavícula y se veían deslumbrantes en su cuello desnudo.

Eddy se iba a enterar...

De pronto la sorprendió una voz grave tras su espalda.

—¡Shirley Brown de nuevo por aquí! Esto sí que es una sorpresa —la saludó John Clayton desde el otro lado de la barra. Sabía que la chica no era muy aficionada a frecuentar ese tipo de antros y había dado por sentado que nunca más volvería por allí. Lo que no esperaba era sentir un vuelco en el corazón al verla. Y joder, ¿qué llevaba encima? ¡Estaba increíble de guapa!

Shirley giró la cabeza y por un segundo se olvidó de lo que había ido a hacer al McGee's. Él le sonreía de esa forma cautivadora que hacía que se parase el tiempo; y llevaba una camiseta ajustada y negra, con la que dejaba a la vista sus marcados bíceps y los tatuajes de los brazos.

Shirley respiró hondo con intención de recuperar la calma y se acercó hasta John con otra sonrisa de oreja a oreja. Él se encontraba haciendo lo mismo que la noche anterior: secaba la loza con un paño mientras la iba retirando del lavavajillas.

—Te acuerdas de mi nombre —comentó satisfecha, tomando asiento en un taburete.

—¡Por supuesto! Cómo olvidarme del nombre de la chica que me dio calabazas —le reprochó medio en broma, pero dejándoselo caer. Secó la última copa, la colgó en la estantería que había sobre su cabeza y la miró fijamente—. ¿Qué quieres tomar?

—Una Pepsi con hielo, ya bebí bastante alcohol ayer. Además —añadió inclinándose sobre la barra para susurrarle en el oído—, en realidad no tengo edad para beber. Mi carnet es falso —confesó.

John esbozó una sonrisa entre socarrona y divertida al ver su expresión de niña traviesa.

—Pues como el de la mayoría de los que vienen aquí. ¿Te crees que mi jefe no lo sabe? —replicó echando una rápida mirada hacia el portero— Pero mientras sigan viniendo universitarias forradas en pasta y la policía haga la

vista gorda, a él también se la suda la edad que tengáis que os seguirá dejando entrar.

A Shirley tampoco le cogió por sorpresa oír aquello y puso los ojos en blanco. Típico empresario trilero y sin escrúpulos que proliferaban en New York.

—Oye, volviendo al tema de antes. Qué has querido decir con eso de que te di calabazas, ¿entonces no llegamos hasta el final? —inquirió de nuevo en voz baja para que nadie más oyera su pecado. Habían empezado a llegar más personas al *pub* y su jefe los estaba observando desde la entrada.

John dio un paso hacia atrás, sorprendido por la pregunta.

—¿No te acuerdas de lo que pasó anoche? Vaya, eso sí que me toca el corazoncito —se quejó con un mohín de disgusto. Vio que la chica seguía aguardando expectante su respuesta y suspiró con resignación—. No, Shirley, no llegamos hasta el final. Nos dimos unos besos, nos magreamos un rato y luego te dejé intacta en la puerta de tu residencia —le aseguró, poniéndole el refresco delante.

Shirley suspiró aliviada.

—¡Oh, y sigues rompiéndome el corazón! —se quejó John, al ver su gesto.

—Lo siento, no pretendía ser insensible —alegó ella con una sonrisa de niña buena.

Aunque tenía muy claro que era imposible que una chica como ella pudiera romper el corazón de un tío como él. Pero todo formaba parte de ese tira y afloja que se había creado entre ellos, y que le resultaba de lo más divertido.

John analizó más detenidamente el modelito que llevaba puesto y curvó los labios en una sonrisa torcida. Una sonrisa que recordaba a un lobo relamiéndose ante un tierno conejito blanco.

—¿Y por quién te has puesto tan guapa? Seguro que por mí no —se quejó haciéndose el amante ofendido.

Shirley se echó a reír y optó por seguirle el juego.

—Te equivocas. Ayer vi que tenías tantas admiradoras que he querido estar a la altura de la competencia —contestó en un tono coqueto y risueño.

—Ya... —rezongó él. Se inclinó sobre la chica y susurró:— Mentirosa.

Ella abrió los ojos, ofendida.

—¡Ehh, que lo digo en serio! Jamás conocí a nadie que levantara tantas pasiones.

John ignoró su cumplido y decidió seguir hurgando en la herida.

—¿No será que te has puesto ese vestido para darle en las narices a tu ex? —insinuó en un tono acusatorio.

Shirley dejó de sonreír y bajó la cabeza, abochornada. ¿Tan evidente era su intención?

—Bueno, puede que eso también sea cierto —reconoció entre dientes.

Por alguna razón, a John no le gustó escuchar aquello. De hecho le cabreó.

—¿Con que sí, eh? Pues espero que ese tipo no se presente aquí esta noche y que te sientas tan deprimida y miserable que vuelvas a caer rendida en mis brazos —le espetó.

—¡Qué capullo! —exclamó Shirley boquiabierta, y se echó a reír pensando que seguía bromeando. De repente vio que guardaba el paño, recogía sus cosas y saltaba por encima de la barra. Shirley retrocedió, intimidada por su estatura— ¿Cómo? ¿Te vas? —preguntó más decepcionada de lo que quería mostrar, y de lo que esperaba ella misma.

—Sí, tengo que prepararme para el concierto y mis colegas ya deben de estar esperándome. Nos vemos luego —se despidió de manera apurada.

Shirley se quedó sola en la barra, viendo como se alejaba hacia una puerta que conducía a la parte posterior del pequeño escenario. ¿Nos vemos luego? ¿Es que ya daba por hecho que volvería junto a él más tarde? Sonrió divertida (y algo indignada) con su chulería. Estaba claro que para John Clayton era de lo más natural que las tías se acercaran a él, pero ya bastante tenía ella con arrastrarse ante Eddy.

Apuró el refresco de un trago, volvió a echar un vistazo a su móvil y vio que, para variar, no tenía ningún mensaje de su novio. Tuvo la tentación de escribirle: *¿Sigues ocupado estudiando o estás demasiado entretenido metiéndole mano a la rubia de anoche, cerdo mentiroso?* Pero en el último momento borró el mensaje por miedo a perderlo definitivamente. Eddy le daba mucha importancia al tema de las apariencias y detestaba a las mujeres mal encaradas que bebían, fumaban y se vestían como fulanas. Aunque no tenía ningún inconveniente en coquetear y bailar con ellas, pensó Shirley en otro arranque de despecho. Se dirigió al vestíbulo para tomar aire fresco y sofocar

su rabia. En una de las paredes vio colgado un tablón de anuncios y le llamó particularmente la atención uno de ellos:

Se ofrecen clases de violín dirigida a niños con iniciación-media. Técnica, solfeo, preparación de audiciones y pruebas de conservatorio. Profesor con amplia experiencia musical. Estudiante de último curso de la Juilliard School. John Clayton. Telf.: 1-212-765-7676

Sintió el impulso de apuntar su número de teléfono. Hasta que lo pensó mejor y desechó la idea al considerarlo ridículo. ¿Para qué quería ella llamar a John Clayton?

Volvió al interior del *pub* y se sentó otra vez en un sofá. El McGee's empezó a llenarse de gente y pronto no cabía ni un alfiler. Las tías corrieron a coger sitio cerca del escenario para no perderse detalle del concierto y Shirley se sorprendió haciendo lo mismo. Logró colocarse en primera fila y aguantó como pudo los empujones y codazos de las demás chicas. Resopló agobiada. Ojalá Karen estuviera allí. Seguro que se le habría ocurrido algún comentario ingenioso con el que amenizar la espera, pero ella debía de encontrarse disfrutando de su perfecta cita con Duncan Warren.

Al cabo de media hora se encendieron los focos del escenario, se iluminó una pantalla que había al fondo y salieron los integrantes de la banda. Las chicas gritaron más fuerte y se pusieron a saltar como unas monas sobre las ramas de un árbol. Shirley se preguntó por qué siempre tenía que haber histéricas en los conciertos. ¿Es que alguien esparcía feromonas en el aire para excitarlas o algo así?

John irrumpió en el escenario tocando su violín. Se había cambiado de ropa y llevaba una americana oscura por encima de su camiseta de AD/DC y una cadena larga y plateada colgando del cinturón de sus vaqueros negros. Shirley abrió los ojos, asombrada. Nunca había visto a un rockero tan guapo y con tanto estilo.

Pero este pensamiento quedó relegado enseguida a un segundo plano cuando volvió a quedarse prendada de su forma de tocar. Movía los dedos rapidísimo por entre las cuerdas y a veces daba suaves y precisos golpecitos con el arco, haciendo que el violín sonara como un auténtico abejorro o con unos agudos electrizantes. La chica sacudió la cabeza con una sonrisa boba en los labios. Jamás había oído nada igual. Su música tenía la habilidad de llegarle al alma, la envolvía en una espiral de sensaciones únicas e intensas.

Realmente ese chico era mucho más que un simple violinista bueno. Era un hechicero con un arco de violín por varita mágica.

Pero también había algo más que le fascinaba de John: su manera de sentir la música. Cerraba los ojos con fuerza y entreabría la boca en una expresión de dulce agonía. De puro éxtasis. Se dejaba llevar por completo. Era como si en ese momento estuviera en otro planeta muy lejano, donde no existía nadie más que él y su violín.

Shirley sintió envidia de esa conexión que parecía compartir con su instrumento. Ella también habría dado lo que fuera por experimentar algo parecido, aunque hubiera sido una ínfima parte de lo que sentía él. Con esa porción tan pequeña ya se habría conformado. Porque nada en el mundo le parecía más bello que el sonido melancólico y profundo de un violín. Era superior a ella, se sentía atraída por aquellos bellos armónicos, como Ulises por el canto de las sirenas. Y de repente empezó a considerar una posibilidad que en realidad, siempre la había acechado desde un rincón de su cabeza a la espera del momento óptimo para surgir.

John arrastró el arco con una última embestida violenta y dio por finalizado la canción y el concierto. Jadeaba, tenía la frente perlada por el sudor, pero los ojos le brillaban de alegría mientras recibía el aplauso del público. Buscó a Shirley con la mirada y la vio en primera fila, sonriéndole con serenidad en medio de la turba de histéricas que estiraban los brazos hacia él para tratar de alcanzarlo. Le devolvió la sonrisa, se despidió de la concurrencia con una ligera reverencia y desapareció del escenario tan rápido como había subido. Los otros músicos se quedaron saludando un rato más.

Shirley escuchó que le vibraba el móvil, dio un respingo y rebuscó con ansiedad dentro de su bolso. Cuando vio quién era suspiró algo desilusionada.

Karen:

Chasco total. El *quarterback* la tiene pequeña. (Emoticono de carita triste con una lágrima)

Shirley:

¿Tan pequeña es?

Karen:

¡Como un puto cacahuete! (Emoticono de carita con dos ríos de lágrimas)

Shirley:

(Emoticono de carita con la boca abierta, al estilo Grito de Munch). Vaya. ¡Lo siento!

Karen:

¿Y ahora qué hago, joder?

Shirley:

Mírale el lado bueno. Ya has descubierto que tú y Duncan tenéis algo en común. ¡Ninguno de los dos tenéis pene! (Emoticono de carita llorando de la risa)

Karen:

JA, JA. ¡Qué graciosa, me parto! (Emoticono de carita roja de enfado)

Shirley se echó a reír al leer el mensaje y volvió a guardar el móvil en el bolso antes de encaminarse hacia el baño sin perder la sonrisa. Hablar con Karen siempre le levantaba el ánimo. Cuando se echó un vistazo en el espejo del lavabo, observó que tenía las mejillas encendidas y pensó en las emociones tan intensas que había vivido durante el concierto. De repente le vino a la memoria un retazo de su infancia que creía olvidado y vio a su madre tocando el violín a contraluz de la ventana del comedor, mientras ella escuchaba fascinada ese sonido vibrante, triste y hermoso. Parecía feliz y transmitía una serenidad infinita. La misma feliz serenidad que transmitía John cuando tocaba su violín.

Arrancó la última toallita que quedaba en el dispensador de la pared, se secó las manos, salió del aseo y se dirigió resuelta a la barra, abriéndose paso a codazos. Vio a John poniendo copas y sirviendo chupitos. Las chicas ya revoloteaban a su alrededor intentando coquetear con él.

—¿Puedo hablar contigo? —le preguntó sin rodeos.

Los ojos de John volaron hacia la larga cola que tenía por atender y la miró agobiado.

—¿Tiene que ser ahora?

—No te robaré mucho tiempo —le prometió ella.

Él llamó a un compañero para que lo sustituyera durante un rato y se fue con Shirley a un rincón apartado del local. Atrás dejaron los abucheos de las chicas descontentas con su marcha.

—Tú dirás —la instó él con una sonrisa amable, pero impaciente.

Shirley se miró los pies, nerviosa. Aquello era más difícil de lo que había imaginado, pero ya había tomado una decisión y no pensaba echarse atrás.

—Yo... yo quiero hacerte una proposición —musitó con las mejillas sonrojadas.

—¿Una proposición? ¿Una proposición indecente? —bromeó John, extrañado.

Ella le devolvió la sonrisa.

—No, me temo que no. O sí, según se vea —añadió jovial.

John vio a la gente que se agolpaba en la barra y volvió a mirarla con cara de apuro.

—Oye Shirley, no es por ser desagradable pero...

—Sí, yo también lo veo —.Suspiró ella, por lo que respiró hondo para armarse de valor y acabó por escupirlo—. Quiero que me des clases de violín.

John pestañeó sin ocultar su sorpresa. Luego se quedó mirándola en silencio durante un largo rato y finalmente se echó a reír.

—Hablo en serio —replicó ofendida.

—Pues en ese caso mi respuesta es no —sentenció rotundo.

—¿Y por qué no? Tú das clases de violín. He visto el anuncio en el corcho de la entrada —replicó con aire incriminatorio. Le fastidiaba su rechazo. No. Era más que eso. Le dolía, incluso. ¿Por qué a unos sí y a ella no?

—Yo imparto clases a niños que ya tienen cierta preparación. Creo que tú no sabrías ni sujetar el violín y perdería demasiado tiempo contigo.

Shirley sacudió la cabeza.

—No, nada de eso, yo puedo aprender rápido y...

—Shirley, sin ánimo de ofender pero, no estoy dispuesto a prestarme a los deseos de una niña de papá, solo porque le haya entrado el capricho de aprender a tocar el violín para dárselas de *guay* delante de sus amiguitas *snobs*. Para mí el violín es algo muy serio. Es lo que da sentido a mi vida, ¿entiendes?

Shirley retrocedió, herida por el comentario.

—¿Qué sabrás tú de mis razones? Y además, ¿quién te ha dicho que soy una niña de papá?

John observó su bolso de *Chanel* y luego la miró a ella de forma socarrona.

—Me da igual lo que pienses —objetó con la barbilla erguida—. Puedo encontrar a otro que me enseñe. Un profesor de verdad. Tú solo eres un alumno.

—Un alumno que estudia en la Juilliard School —contestó picado.

—Pero un alumno al fin y al cabo —concluyó con afán de herirle como él le había hecho a ella.

Y funcionó. Su ego de músico profesional se resintió un poquito y la miró irritado.

—Muy bien, pues haz lo que quieras pero no sigas haciéndome perder el tiempo —le soltó antes de volver sobre sus pasos para regresar al trabajo.

Ella también se dio la vuelta dispuesta a marcharse. Estaba tan furiosa que no tenía ganas ni de quedarse a esperar a Eddy. Lo que era un milagro. Pero realmente no quería seguir allí, se sentía incómoda y algo humillada. ¿Quién lo iba a decir? El violinista que parecía tan majo había resultado ser un capullo integral.

Entonces alguien le dio unos toquecitos en la espalda.

—¡Eh, espera! —le susurró un tipo. Shirley se giró y observó sorprendida que se trataba del guitarrista del grupo de John—. ¿Realmente quieres aprender a tocar el violín? Porque si de verdad quieres yo puedo enseñarte.

—Eh...

—¿Te interesa o no? —insistió, sin parar de mirar inquieto hacia la barra. Resultaba obvio que no quería que John le cazara hablando con ella. Lo que estaba haciendo era competencia desleal.

—Me interesa, pero... ¿tú de verdad puedes enseñarme?

El chico se olvidó de su preocupación por un segundo y adoptó una expresión chulesca.

—Nena, yo puedo enseñarte muchas cosas —insinuó con aire juguetón. Luego volvió a centrarse en el tema—. Bueno pues si quieres que te de clases, ven mañana a las cinco a esta dirección —dijo escribiendo en un papelito antes de entregárselo.



3

—¿¡Qué vas a ir a clase de violín!?! —inquirió Karen, alucinando.

—Sí, esta misma tarde empiezo —contestó decidida y orgullosa.

—Pero, ¿y qué pasa con tu carrera?

Shirley resopló enfadada.

—Karen, por favor, no voy a dejar de estudiar derecho. Serán solo unas clases sin importancia. Probaré unos días y si no me gusta, lo dejo y ya está — le aseguró, a la vez que se revolvía por dentro porque estaba dándole la razón a ese idiota.

Se obligó a no pensar en él y cogió la cartera para irse.

—Eh, ¿adónde vas? —quiso saber Karen, al ver que se encaminaba hacia la puerta.

—Ya te lo he dicho. A mi primera clase de violín. La dirección que me ha dado ese chico queda algo lejos de aquí y no quiero llegar tarde el primer día.

Karen le arrebató el papel para leer las señas.

—Pues nada, yo voy contigo —anunció, cogiendo también su bolso.

—Karen, no es necesario que me acompañes.

—Vas a quedar con un tipo que no conoces de nada en un lugar apartado de aquí. Yo voy contigo —insistió sin dejar lugar a discusión.

Aparcaron el coche cerca de la zona y siguieron a pie hasta el muelle 57 del Río Hudson. Tuvieron que preguntar a varios transeúntes para cerciorarse de que iban por buen camino. Al parecer debían dirigirse a un centro comercial que quedaba en el interior de un pequeño bosquecillo, pero al llegar comprobaron que había un edificio de ladrillos rojos que parecía abandonado. Karen quiso dar la vuelta y regresar por donde habían venido. Estaba segura de que habían caído en la trampa de un psicópata y que enterraría sus cuerpos descuartizados bajo cualquier montaña de escombros de las que había por allí cerca. Pero Shirley seguía empeñada en continuar y no tuvo más remedio que tragarse el miedo.

Escucharon un murmullo musical que provenía del interior de una nave y se adentraron con sigilo. El lugar era de lo más inhóspito y tenebroso. Había estanterías llenas de artículos polvorientos y maniqués desmembrados y desnudos. En el suelo había charcos del agua que se filtraba por las planchas desvencijadas del techo. La pintura de las paredes estaba desconchada y tenía manchas de humedad. Por los ventanales rotos se filtraban algunos destellos de luz que proyectaban sombras sobre los viejos muebles. Sombras inquietantes.

Siguieron el sonido de la música, una abrazada a la otra, y llegaron a una habitación con una puerta medio colgando de sus bisagras oxidadas. Entonces vieron a los músicos del McGee's ensayando un tema versionado de Metallica, mientras reían y bebían botellines de cerveza. Shirley vio al chico con el que había quedado, tocando la guitarra eléctrica. John también estaba allí, sentado cerca del chico de la batería, con unos auriculares grandes en las orejas. Llevaba su larga melena rubia recogida en una coleta despeinada y tomaba nota en un cuaderno, moviendo la cabeza al ritmo del punteo de la guitarra.

Shirley y Karen asomaron la cabeza con timidez y dieron unos golpecitos en la puerta. John saltó de la silla como si quemara y los demás chicos se quedaron petrificados, a la vez que el guitarrista se partía de la risa por la reacción de sus compañeros.

—¿Qué hacéis vosotras aquí? —las interrogó John, con los ojos aún desorbitados por la sorpresa.

—Cálmate, tío. Las he invitado a venir yo —respondió el guitarrista—. Bueno, a la chica de pelo corto. La morena no sé quién es —admitió, analizando a Karen de arriba abajo, como un depredador que acaba de captar

un rastro interesante.

—¿Y se puede saber por qué has hecho eso? —inquirió John, dirigiendo su ira hacia su amigo. Su mirada decía claramente, «entérate, en cuanto estas se marchen, te patearé las pelotas y las colgaré de un árbol».

—Sí, tío. Esta es nuestra guarida secreta. Es como invitar al Joker a la cueva de Batman —se quejó otro de ellos.

—¿Lo dices porque nosotras somos el enemigo? —le preguntó Karen con aire desafiante.

—Las tías siempre sois el enemigo. ¡Toma! —gritó, chocando la mano con otro chico por el corte que le había pegado.

—Ohhh, qué pena me dais. ¡Madurad! —se burló ella, observándoles con desdén.

John se acercó a Shirley a grandes zancadas, la cogió del brazo y se la llevó aparte casi arrastras.

—Lo siento pero tu amiga y tú os tenéis que ir. Ya te dije ayer que no pensaba darte clases —le susurró furioso. Verlas allí era una intromisión a su intimidad. Se sentía como si le hubieran pillado paseando en calzoncillos por su casa.

Shirley se liberó de su mano de un tirón y también lo miró indignada.

—No te lo tengas tan creído, John. Ni siquiera sabía que estarías aquí con tus colegas. He venido porque he quedado con mi profesor de música —dijo señalando al guitarrista con un dedo, mientras él seguía sin quitarle el ojo a Karen.

John giró la cabeza hacia él y lo miró con incredulidad.

—¿Tú? —soltó una risita irónica—. ¿Tú vas a enseñarle a tocar el violín? ¡Pero si no tienes ni idea!

—¡Eh, eh! —protestó el aludido—. Te recuerdo que tu padre me dio algunas clases cuando era un enano y también voy a la Juilliard School como tú. Además, necesito la pasta para una guitarra nueva. Por cierto, soy Bruce Clayton. Encantado de conoceros, muñecas —las saludó con una sonrisa de granuja engreído.

—Pues yo soy Karen y quiero una cerveza, *muñeco*. Necesito beber para aguantar el hecho de estar aquí —agregó, observando con aprensión su

alrededor.

El guitarrista hizo un silbido.

—Una chica dura y que sabe lo que quiere. Me gusta —alegó, comiéndosela con los ojos.

Karen giró la cabeza, fingiendo indiferencia, pero por el rabillo del ojo él vio que sonreía.

—¿Bruce Clayton? ¿Entonces sois familia? —preguntó Shirley, trasladando su mirada del guitarrista a John.

Apenas guardaban parecido físico. Uno era rubio, tenía el pelo largo y los ojos color miel. El otro era moreno, tenía el pelo corto y los ojos azules. Aunque los dos eran bastante guapos, muy altos, corpulentos y compartían ese mismo aire rockero de los tatuajes, las pulseras de cuero, los dedos llenos de anillos, los colgantes, las chupas y las botas moteras.

—Somos primos —contestó Bruce, antes de pasarle una cerveza a Karen. Luego se volvió hacia Shirley—. Bueno, vamos a empezar con la clase. ¿Trajiste violín?

Shirley abrió los ojos, desprevenida con la pregunta.

—La verdad es que no. Pensé que el material lo ponía el profesor.

—Vaya, pues tenemos un problema —alegó Bruce, rascándose la barbilla—. Oye John, tú no podrías dejarnos...

—Antes me dejó escaldar los huevos —.Se negó en rotundo.

Bruce asintió con la cabeza, imaginando que diría algo así.

—Primera lección, Shirley. Hay que ganarse la confianza de un músico para que te deje tocar su instrumento —dijo guiñándole un ojo—. Qué se le va a hacer. Si no queda más remedio practicaremos con la guitarra.

—¿Con la guitarra? —inquirió sorprendida.

—Sí, tú imagina que es un violín, ¿vale?

—Claro, porque es lo mismo —se burló John con ironía.

Bruce lo ignoró, agarró el estuche de su guitarra, deslizó la cremallera y se la mostró a la chica. Shirley enseguida extendió las manos para cogerla.

—¡Eh, no tan rápido! —la frenó, apartando su amada guitarra de su alcance—. ¿Qué te acabo de decir? Esto es como la entrepierna de un tío. Tú no vas

por ahí tocando paquetes sin preguntar. Primero le hablas al chico con delicadeza, te lo ligas y luego ya le puedes meter mano todo lo que quieras. Venga, te la dejo tocar. ¡Pero con cuidado!

—¡Puaj! —soltó Karen, asqueada.

—Creo que he cambiado de opinión —repuso Shirley, mirando al chico y a la guitarra sin reprimir su desagrado.

John sacudió la cabeza y decidió acabar con aquella situación absurda. Ya había visto suficiente.

—Deja de hacer el payaso, Bruce. Está claro que no tienes ni idea de violines —le espetó irritado. Después miró a Shirley y le apuntó con el dedo—. Y tú. No tires el dinero a lo tonto y búscate a otro profesor. Uno que al menos tenga un violín con el que enseñarte.

—¿Uno de la Juilliard School? —le aguijoneó Shirley.

John soltó una risita cargada de sarcasmo.

—Nadie de la Juilliard School perdería el tiempo contigo —le contestó con una mirada petulante—. Y ahora por favor, márchate y déjanos en paz. Necesitamos seguir ensayando.

—¡De eso nada! —saltó Karen— Yo no he venido hasta aquí para perder el tiempo. ¡Exijo un concierto privado! Quiero veros tocando solo para nosotras —reclamó indignada.

—Sí, venga, ¿por qué no? A nosotros no nos molesta que se queden —dijeron los otros, encantados con la idea de tener a dos chicas guapas como espectadoras.

—Venga, John, ¿qué más te da? No es para tanto —insistió también su primo con una mano sobre su hombro.

John le lanzó una mirada de fastidio y resopló resignado.

—Está bien, pero que se queden sentaditas y sin molestar —aceptó a regañadientes a la vez que les apuntaba con el dedo con una expresión severa.

Pues lo cierto es que sí le importaba más de lo que quería admitir. Jamás había llevado a una chica a un sitio tan importante como ese; donde componía, escuchaba música, ensayaba. Donde se desnudaba el alma. Aquel almacén era su oasis de paz, su refugio, su madriguera, y ahora había sido invadido por dos extrañas. En cuanto lograra deshacerse de ellas iba a matar al gilipollas de su

primo.

Bruce sonrió para sus adentros al ver la reacción de John. Sabía que había sido una buena idea invitar a Shirley. Conocía muy bien a su primo y tenía claro que era lo que le molestaba exactamente. Y no era que dos chicas hubieran aparecido en el almacén sin más, sino que una de ellas en concreto lo hubiera hecho. Desde el accidente de Julianne, su primo se había encerrado en sí mismo. No permitía que nadie se acercara lo bastante para conocerlo de verdad y tampoco había querido tener nada serio con ninguna tía. Tan solo se acostaba con ellas y luego pasaba para no implicarse emocionalmente. Pero Shirley tenía algo especial que franqueaba su coraza. Lo había notado desde el primer momento en que había visto a su primo sonriéndole desde el escenario. Hacía tiempo que no le veía mirar así a una chica. Y el hecho de que se hubiera enfadado con Shirley también era algo bueno. Suponía que le importaba lo suficiente como para indignarse y hacerlo reaccionar; y eso estaba muy bien ya que, por primera vez en mucho tiempo, lo veía siendo espontáneo.

Pasaron la tarde escuchando música y bebiendo cerveza. Karen se pasó por el forro lo de, «quedarse sentaditas y sin molestar», y en cuanto Bruce hizo sonar la guitarra se levantó como un resorte y se puso a dar brincos sin parar de cantar. Ellos tocaban los temas de Metallica y ella les ponía letra. Shirley permaneció sentada en su silla, observando a los chicos con aire apático. La clase de violín había resultado ser un fiasco. Se sentía estúpida y frustrada. Solo quería llegar a su habitación y olvidarse de ese horrible día. Cada vez tenía más claro que lo de aprender a tocar el violín había sido una idea pésima. ¿De repente a sus diecinueve años quería ser violinista? ¿En qué estaría pensando? Se puso a trastear en el móvil para matar el aburrimiento. Eddy seguía sin dar señales de vida y decidió entrar en su perfil de Facebook a cotillear. Le escoció ver que había quitado la foto de cabecera en la que aparecían juntos, había puesto otra donde salía él de fiesta con sus compañeros de la hermandad y en el estado sentimental había escrito «es complicado». Shirley suspiró afligida. Ya lo creo que era complicado. Complicado y doloroso.

John se estaba poniendo cada vez más enfermo de ver a la chica obcecada con el móvil, como cuando la había visto en su concierto. No hacía más que permanecer pendiente de ese maldito trasto y le daba igual todo lo demás. Furioso, se acercó a ella y le arrebató el teléfono de un tirón.

—Dame eso —gruñó irritado.

—¡Eh, que es mío! —protestó Shirley, saltando para intentar cogerlo. Pero John no paraba de pasarse el móvil de una mano a otra.

—Para qué quieres esta mierda, ¿eh? ¿Para ver si él te ha escrito o llamado? No lo va a hacer, Shirley. ¡Entérate de una vez! Ese tío pasa de tu culo, pero tú estás tan ciega que no lo ves. *Mi novio esto, mi novio lo otro* — se burló, imitando su vocecilla aguda. Luego recuperó su semblante serio y le espetó: —¿Qué pasa, tú vida se acaba si no tienes novio?

Se hizo un silencio sepulcral en el almacén. Todos observaron a John, alucinados con su actitud. ¿A qué venía que se comportara como un capullo? Shirley le mantenía la mirada con los puños apretados y echando chispas por los ojos. En la vida le habían faltado el respeto de esa forma. Tenía ganas de coger el amplificador para estampárselo en la cabeza. Entonces escuchó la risita de Karen y le lanzó una mirada asesina, mientras ella se tapaba la boca con intención de sofocar las carcajadas.

—Lo siento Shirley, pero reconoce que tiene algo de razón —se excusó entre risas. Puede que John fuera un capullo, pero se había atrevido a decirle lo que ella pensaba desde hacía semanas.

Shirley giró sobre sus talones, dispuesta a largarse sin esperar siquiera a Karen. Se sentía furiosa, humillada y traicionada. ¡Odiaba a ese idiota! Pero la rabia le pudo y volvió sobre sus pasos dispuesta a plantarle cara.

—¿Y qué me dices de ti, eh, John Clayton? —gritó acercándose a él con un dedo acusador. De pronto se puso a imitarlo poniendo muecas—. *Oh, mira qué bueno estoy y qué de tatuajes tengo. ¿Te gusta como toco el violín, nena?, es porque estudio en la Juilliard School. ¿Quieres que te de clases? Pues será mejor que te busques a otro de menos nivel, porque yo soy de la Juilliard School.* Pues entérate tú también, eres tan patético como yo y un pedante de mierda que te encanta chupártela —concluyó furiosa mientras le miraba con aire pendenciero.

John la observó con la mandíbula descolgaba por la estupefacción. ¡Esa maldita niñata se había atrevido a vacilarle delante de sus colegas!

Karen se llevó las manos a la boca para ahogar la risa. Estaba alucinando con la burrada que su amiga acababa de soltar por la boca. ¡Ella!, que no era capaz de pronunciar la palabra follar sin sonrojarse, pero ese capullo la había cabreado de verdad. ¡Bien por Shirley!

Los demás mantuvieron un silencio tenso a la vez que observaban a la pareja con los ojos como platos. Tenían la sensación de que en cualquier momento se iban a liar a cuchillazos entre ellos. Eso sí que era tensión sexual no resuelta y no lo que había entre Harley Quinn y el Joker, pensó Bruce divertido.

Al final todos rompieron a carcajadas, mientras las miradas de odio y rabia seguían fluyendo entre Shirley y John. Hasta que ella volvió a girar en redondo para marcharse. Podía notar como el nudo angustioso que atenazaba su garganta le saldría de un momento a otro, y no quería echarse a llorar. Y menos delante de ese idiota. Entonces, cuando ya estaba a punto de salir, John cerró la puerta de un golpe y se plantó ante ella.

—¿Quieres aprender a tocar el violín? Muy bien, yo te enseñaré —anunció con voz fría—. Pero como a la mínima de cambio te vea coger el móvil o estar pendiente de él, lo tiraré por la ventana y te mandaré a la mierda, ¿queda claro? —le advirtió, mirándola con expresión severa.

—Sí —musitó cohibida.

—Perfecto, pues te espero mañana en mi casa, a las seis —dijo apuntándole con un boli la dirección en su mano—. ¡Ah!, y no llegues tarde. O no me tomaré la molestia de abrirte la puerta.

La chica se fue del almacén con una sensación agridulce. Por un lado, estaba satisfecha (incluso contenta) porque había conseguido lo que quería. Pero por el otro..., se imaginaba a solas con John, en su casa, y el corazón le latía dentro del pecho al ritmo del heavy metal. Sentía como entre ellos bullía la sangre y algo más. Era curioso, nunca le había pasado antes. En todos sus años de relación con Eddy, apenas habían tenido discusiones. Alguna rencilla sin importancia, pero nada de insultos ni gritos. Ni siquiera había perdido los nervios cuando él le había citado para pedirle tiempo. Siempre se había mantenido en una línea constante e invariable. Y quería que siguiera siendo así. Odiaba los cambios, los enfrentamientos, el desorden, las montañas rusas. Y John era una maldita montaña rusa que le secaba de quicio.



4

Karen se pasó la mañana dándole la brasa para que fuera arreglada a su cita con John. Así lo llamó ella. «Tienes que hacerte la cera y ponerte una faldita mona, de esas que con solo agacharte se vea todo. Y tienes que atusarte el conejito, ¡qué nunca se sabe!», le dijo con un guiño de ojo. «Por milésima vez, Karen, no es una cita, sino una simple clase de violín. Y no me pienso vestir como una fulana solo porque tú lo digas», le dejó claro ella. Pero Karen no se rendía tan fácilmente. «Te lo digo en serio, Shirley, como desaproveches la oportunidad de liarte con ese bombón eres tonta», le aseguró. «Me da igual lo que pienses, yo solo tengo ojos para Eddy», terqueó ella. «¡Que le jodan a Eddy! John está cien millones de veces más bueno que tu ex y parece más maduro», le rebatió enfadada. «¿Y tú qué sabrás? Apenas le conoces. Y de maduro nada. Es un capullo integral.», se indignó Shirley. Entonces cuando llegó el momento de su «no cita» (así lo llamó Shirley) y estaba a punto de salir por la puerta para encontrarse con John, su amiga le cogió por los hombros y le habló con franqueza. «Escúchame, Shirley. Soy experta en reconocer *las señales*. Sí, no pongas esa cara. Las señales. Esas miradas significativas, esa chispa que surge cuando hay *feeling* entre dos personas. Y entre tú y John hay chispazos como para provocar un incendio. Mira, ya sé que sigues colada por Eddy y todo eso rollo. Pero solo te pido que no te contengas, que cuando estés con John te dejes llevar y no pienses en nada. Te aseguro que tu ex no está pensando en ti». Shirley alargó la mano hacia el pomo de la puerta y se marchó en silencio. Su conversación con

Karen la había dejado tan inquieta que cuando llegó al edificio donde vivía John, le temblaban las piernas y le sudaban las manos. No le costó encontrar el sitio. Su apartamento quedaba relativamente en el centro de Manhattan, cerca de Central Park. Lo que a Shirley le pareció raro, sabía por su padre (que tenía el bufete por allí) que los alquileres en esa zona estaban bastante caros.

Tocó el timbre y esperó mientras se ponía a contar los segundos en su mente. John tardó en abrir la puerta exactamente ochenta y dos segundos. Le había divertido espiar a la chica por la mirilla. Parecía un flan ahí de pie, en el rellano, mirando con nerviosismo hacia los lados sin dejar de estirarse las mangas del jersey. Cuando él se dejó ver, aún sonreía y le costaba mantener el tipo. Shirley observó que llevaba una camisa de cuadros por encima de otra camiseta, se había puesto unos vaqueros azules e iba descalzo.

—Adelante, mi joven alumna, pase a mi humilde morada. ¡Pero te lo advierto! Pocas son las chicas que han salido vivas de aquí —expresó muy serio. Y al ver que Shirley seguía inmóvil, mirándole como un cervatillo asustado, tuvo que contener la risa antes de añadir: —.Es una broma.

Se hizo a un lado de la puerta para invitarla a pasar. Shirley se deslizó con cuidado por el hueco, evitando tocarle. Podía sentir esos chispazos de los que le había hablado Karen. Observó que el apartamento de John estaba decorado de una forma modesta. En el pasillo de la entrada había un póster colgado de una banda de rock. Y en la sala simplemente había un sofá de cuero marrón, una alfombra raída, una mesa de madera llena de libretos con partituras garabateadas y una estantería grande repleta de libros. Pero no tenía televisión, ni lámparas, ni jarrones, ni ningún otro elemento decorativo que destacara a la vista. Salvo una bandera de colores estridentes enganchada en un perchero.

—¿Qué pasa? ¿A la princesita no le gusta lo que ve? —preguntó burlón, al ver la cara que ponía— Ya te dije que mi morada era humilde.

Shirley le sonrió con timidez. Lo cierto es que el estilo precario de su piso ya le encajaba más con su perfil. Después volvió a fijar su atención en la bandera.

—¿Es alemana? —preguntó tocándola.

—Sí. Soy de Aquisgrán.

—Vaya, con razón hablas tan raro —farfulló más para sí misma, pero John la escuchó perfectamente y arqueó una ceja a modo sarcástico.

—¿Qué demonios has querido decir con eso? —gruñó entre dientes.

—Bueno, ya sabes... esa forma de pronunciar las palabras. «Qué pagsa, a la pringcesa nog lej gusta lo que ve» —dijo imitándole de manera exagerada—. Parece que le vas a escupir a alguien en la cara —añadió entre risas.

Y la risa se le esfumó de golpe al ver que John se mantenía serio.

—Así que mi acento te resulta ridículo —objetó molesto.

—Más bien gracioso —puntualizó ella, de forma retraída.

—Ya me gustaría verte a ti hablando en mi idioma —le espetó antes de dirigirse al salón—. ¡Ah!, antes de que me olvide. Dame el móvil

Shirley retrocedió al escuchar la orden y lo miró sobresaltada.

—¡Qué! ¿Pero por qué? ¡Ya te prometí ayer que no lo cogería! —protestó.

—Lo siento, pero no confío en tu fuerza de voluntad —insistió John, con expresión severa y la mano tendida. La verdad es que temía que la joven acabara sucumbiendo a la tentación y él tuviera que echarla de su casa. No quería llegar a ese extremo. Por alguna razón deseaba que aquello saliera bien.

Shirley continuó observando su mano tendida, con el ceño fruncido, y acabó entregándole el móvil a regañadientes.

—Gracias, al terminar la clase te lo devolveré. Y ahora vamos a empezar —anunció, tras guardar su teléfono en la cajonera de la mesa.

John se ató el pelo en una coleta, cogió el estuche del violín y lo colocó sobre sus rodillas.

—¡Oh, no! Creo que esto ya lo he vivido antes —se lamentó Shirley, mirándolo con aprensión.

—Respira tranquila, yo no soy el perverso de mi primo —le aseguró sonriente. Después abrió la cremallera y clavó sus ojos en Shirley:—. Pero ten mucho cuidado, por favor —añadió con miedo, antes de prestarle su violín.

—Respira tú también. Ya me he dado cuenta de lo importante que es para un músico su instrumento —bromeó.

John sacó el violín del estuche y lo colocó muy despacio sobre sus manos. Los ojos de Shirley brillaron de emoción. Era tan elegante y tan frágil. ¡Tan bonito!

—Dios mío, ¡estoy tocando un violín! —exclamó impresionada.

John le devolvió la sonrisa dejándose llevar por su entusiasmo. Prefirió no decirle que en realidad no estaba tocando un violín cualquiera, sino una verdadera pieza de coleccionista. Un Giovanni Battista Guadagnini de 1772. Un violín fabricado por el mejor luthier de Venecia. Violines que estaban considerados como los «Stradivarius de los pobres», pero que poseían una calidad asombrosa. Había sido un regalo muy especial que le había hecho su padre cuando cumplió los diez años y debutó en la filarmónica de Berlín.

—Bien, empezaremos por conocer lo más básico: las partes que conforman este instrumento —dijo, sentándose al lado de Shirley en el sofá. Ella dio un respingo, nerviosa por su excesiva cercanía, pero trató de contenerse—. Esta es la voluta donde van las clavijas. Estas son las clavijas donde van enganchadas las cuerdas. Y este es el diapasón de ébano donde reposan las cuerdas. Ahora vamos con el cuerpo del violín —declaró, acercándose un poco más a ella. Shirley cerró con fuerza los ojos y se recreó en ese perfume mentolado que llenaba sus fosas nasales. ¿Qué colonia usaba John? Olía a césped recién cortado y a madera.— Shirley, ¿me estás escuchando? —la reprendió.

Ella abrió los ojos de golpe.

—¿Eh? Sí, sí —afirmó con las mejillas encendidas. John la observó sin parecer muy convencido de sus palabras, pero decidió seguir con la lección.

—Como te decía, esta es la caja de resonancia donde se crea el sonido, estas son las efes por donde sale ese sonido y esta es la parte más importante de todas —dijo, señalando una pieza circular que había bajo las cuerdas y casi en el centro del instrumento— «es el alma», que sirve para estabilizar las cuerdas del violín y determina su sonoridad. Sin el alma el violín suena plano y débil. Sin el alma, el violín es un cascarón vacío.

—¡Qué bonito! Es como su corazón —comentó Shirley, entusiasmada con el dato.

—Sí, algo así. Solo que se llama alma —insistió él de manera cortante. ¿Por qué las tías le tenían que dar su toque cursi a todo? —.Pasemos al segundo punto importante: la postura corporal.

John se levantó del sofá y le hizo a Shirley un gesto con el dedo para que le imitara. Ella obedeció algo indecisa. Cada vez que lo sentía cerca, su corazón se disparaba descontrolado. Y luego estaba ese perfume...

—Oye, te lo tengo que preguntar. ¿Qué colonia usas?

—¿Qué? —Parpadeó sorprendido— No sé, yo no uso ninguna colonia.

—¿En serio? ¿Me estás diciendo que hueles así de bien sin tener que usar perfume?

—Bueno... me ducho todos los días y me echo desodorante —respondió, cada vez más alucinado con aquella conversación tan surrealista.

—Pues hueles de maravilla —reconoció ella sin poder contenerse.

—Gracias —murmuró un poco cortado, mientras se frotaba la nuca y la miraba con la cabeza ladeada. Shirley le dedicó una sonrisa afable. Le gustó descubrir que bajo esa pinta de malote, había un chico tímido.

—Bueno, ¿qué te parece si seguimos? —propuso él, aún ruborizado. Y se colocó detrás de Shirley para corregirle la postura—. Ponte recta, no encorves la espalda. Levanta el brazo izquierdo, formando más o menos un ángulo de sesenta grados, pero sin permitir que tu antebrazo toque el torso.

Shirley intentó obedecerle, pero le dolía el cuerpo solo de escucharle. Además, notaba su aliento en la oreja mientras hablaba y como sus brazos la envolvían cuando le indicaba la forma correcta en que debía sujetar el violín.

—Deja el codo suelto. De manera que lo puedas girar mientras tus dedos tocan las cuerdas. Así, muy bien —continuó, situando la mano de la chica arriba del mástil—. Ahora coloca tu barbilla en la mentonera, y con la mano que te queda libre sujeta el arco.

De pronto Shirley se vio con la cara pegada frente al violín y en una posición tan rígida que no podía ni pestañear. Con lo fácil que parecía cuando lo hacía John...

—¿Tengo que estar mucho tiempo así? —se quejó dolorida, mirándole de reojo (de otra forma le era imposible hacerlo). Ya podía notar como se le estaban formando varias contracturas en la espalda. Por no mencionar el cuello. Lo tenía totalmente agarrotado.

—Depende de cuánto dure la pieza. Pero te diré que algunas sinfonías se alargan por más de media hora.

—¡Media hora en esta posición! ¿Quién fue el pirado que inventó semejante máquina de tortura? —preguntó escandalizada.

John la miró preocupado y se sentó en el borde del sofá.

—Shirley, no quiero desanimarte pero... tengo que ser completamente sincero contigo —expresó en un tono grave. Shirley abandonó su pose retorcida para prestarle atención—. Verás, hay una razón por la que prefiero dar clases a niños. Tocar el violín no es solo una cuestión de empeño, sino de técnica y coordinación. Es necesario que los músculos del cuerpo se adapten desde la infancia hasta convertirlo en una postura natural. Ten en cuenta que el violinista debe tocar durante horas todos los días y nunca puede dar muestras de fatiga o cansancio—. Le habló con suavidad para hacer menos duras sus palabras.

—Pero yo conozco a gente que ha empezado a tocar el violín siendo adultos.

—Y te aseguro que el ochenta por ciento de ellos han desertado antes del primer año —sentenció tajante—. Lo que sucede es que hay profesores sin escrúpulos que prefieren omitir este dato y agarrar la pasta del cliente, sin tener en cuenta sus ilusiones ni sus sueños. Pero a mí no me gusta jugar sucio, Shirley. Yo prefiero ser franco contigo, aunque escueza —dijo mirándola fijamente a los ojos—. Escucha, no digo que sea imposible que lo consigas y logres convertirte en una buena violinista. Solo te prevengo de los obstáculos del camino.

Vio a la chica pestañear cabizbaja y sintió pena. Tenía la sensación de que estaba asesinando a un corderito. Entonces ella volvió a alzar la mirada y vio en sus ojos, grandes y marrones, un brillo tan audaz que lo deslumbró.

—No me importan las estadísticas, yo lo conseguiré. Desde que he tomado la decisión de aprender a tocar el violín, he sentido que hacía lo correcto. Verás... puede que parezca una locura pero cuando toco con mis manos este instrumento, siento que me estoy tocando el corazón. Que es una parte de mí, como mi brazo o la pierna. No sé si lo comprendes —susurró cabizbaja y sonrojada.

John la observó detenidamente y dibujó una sonrisa cargada de complicidad. ¿Qué si la entendía? Lo increíble era que hubiera alguien que sintiera exactamente lo mismo que sentía él al coger el violín.

—Muy bien, pues si lo tienes tan claro no sigamos perdiendo el tiempo —propuso decidido a ayudarle en su misión.

Shirley volvió a coger el violín y lo sujetó en la postura que él le había indicado. Al cabo de cinco minutos pensó que se le caería el brazo a cachitos

de lo entumecido que lo notaba. Sin embargo, esta vez, no osó abrir la boca para quejarse. Quería demostrarle a su profesor, y sobre todo a sí misma, que sería una de los escasos vencedores que formaban parte de ese veinte por ciento restante de la estadística.

John la veía aguantar el dolor mientras practicaba los acordes que le había enseñado. Estaba claro que la chica era tenaz y persistente, pero le daban ganas de ponerle una orden de alejamiento contra su violín. Deslizaba el arco por las cuerdas con la misma brutalidad que si tronchara el pavo con el cuchillo de cocina. Y el sonido que salía de ahí era como si estuviera estrangulando a un gatito. Ni siquiera sus alumnos de seis años desafinaban tanto, claro que ellos tenían cierta preparación. No sabía qué le hacía más daño, si oírla, o permitirle que hiciera eso con su amado violín de un millón de dólares. Al final no pudo soportarlo más y se lo arrebató de un tirón.

—Por hoy ya basta, ¿ok? Seguro que estas agotada y necesitas descansar —le dijo intentando disuadirla de manera amable.

—¡Eh!, pero aún no he terminado de tocar la canción. Ya casi me salía perfecta.

—Sí, claro que sí...

—Venga, déjame practicar un poco más —le pidió alargando la mano para que le devolviera el violín. Pero John lo mantuvo bien alejado de su alcance.

—Shirley, no vas a aprender a tocar el violín en un día. Esto lleva su tiempo. Venga, respira hondo y tómatelo con calma. ¿Quieres quedarte a cenar? —le ofreció, poniéndose un delantal con el dibujo de una sirena que llevaba dos conchas en los pechos.

Shirley al verlo rompió a reír. John la miró confundido, se miró a sí mismo y entendió lo que le resultaba tan gracioso.

—Oh, ¿es por esto? Fue un regalo de mi primo Bruce. El capullo pensó que no me atrevería a darle uso, pero se equivocó —alegó orgulloso—. Entonces, ¿quieres quedarte a cenar o no? Te prometo que hago una lasaña de miedo y tengo un tinto del 86 en la nevera.

—Lasaña y vino. ¿Quién se puede resistir a algo así? —aceptó Shirley, aún risueña.

Le siguió a la cocina para ayudarle. Aún no se creía que supiera cocinar. Era guapo, alto, corpulento, un virtuoso del violín, ¿y también un manitas en

los fogones? ¡Venga ya!

Pero comprobó que se manejaba mejor de lo que imaginaba con los cuchillos y la tabla de cortar. John puso algo de música, le sirvió a Shirley un poco de vino y se puso a cocinar como si ella no estuviera allí. La joven se apoyó en una esquina de la diminuta cocina con la copa en la mano y le observó menear la cabeza al ritmo de la canción, mientras cortaba la carne y los vegetales en trocitos muy pequeños. De pronto cogió una cuchara de madera, se giró hacia ella y empezó a cantar a viva voz como si tuviera un micro. Shirley soltó una carcajada. Ya sabía lo que se le daba mal hacer. Cuando la lasaña terminó de gratinarse en el horno, la llevaron a la mesa del salón, colocaron un par de platos y se sentaron en el suelo igual que los japoneses. John se sirvió una copa de vino y esperó a que Shirley le diera el veredicto a su comida.

—Umm, está buenísima —sentenció ella, poniendo los ojos en blanco. Vale, sabía cocinar. El chico no era un ruiseñor cantando, pero sabía cocinar y hacer otras mil cosas de maravilla—. ¿De dónde has sacado la receta?

—De Google, el gran oráculo de las respuestas. Te juro que antes de trasladarme a Nueva York no sabía freír un huevo —contestó sonriente. Entonces observó que Shirley adoptaba una expresión pensativa y se preocupó—. ¿Ocurre algo?

Ella le contempló durante unos instantes, pensando en si debía decírselo o no, hasta que finalmente se decidió a hablar.

—¿Sabes que tengo la sensación de que te conozco desde hace tiempo? ¿O por lo menos, que ya te había escuchado tocar antes de verte en el McGee's?

John se irguió tenso. Sabía que esa posibilidad existía por su pasado, pero en lugar de hablar del tema decidió adoptar una actitud despreocupada. Se metió un trozo de lasaña en la boca y se pasó la servilleta por los labios.

—No sé qué decirte —dijo encogiéndose de hombros—. Cada violinista tiene su estilo.

—Sí, pero yo me refiero a algo diferente. Tengo la sensación de que te he visto antes en algún otro lugar. Esa forma precisa de mover el arco, esa rapidez asombrosa con los dedos —comentó abstraída. Después volvió en sí con un ligero parpadeo y miró a John detenidamente—. Eres bueno con el violín, realmente muy bueno —confesó de manera sincera.

—Gracias —contestó un poco sonrojado, y añadió con una mirada pícaro y risueña—. Aunque yo no puedo decir lo mismo de ti.

Ella soltó una carcajada, hizo una bola con la servilleta de papel y se la tiró al pecho. John la esquivó entre risas. Era curioso, pero se sentía tan a gusto con él que tenía la impresión de que eran amigos de toda la vida, que compartían una conexión especial. La misma conexión que había percibido cuando los ojos de John se clavaron por primera vez en los suyos. Y Shirley volvió a pensar en los chispazos de los que le había hablado Karen.

—Será mejor que me vaya, se está haciendo tarde —se excusó con repentinas prisas, antes de levantarse de la mesa.

John también se incorporó y la acompañó hasta la puerta.

—¿Has venido sola o con alguien? Si quieres puedo acercarte yo —dijo mostrándose solícito, al tiempo que se pasaba una mano por la nuca. Se le veía también algo nervioso.

—No, tranquilo, tengo el coche aparcado cerca —indicó con una sonrisa. Y se quedaron embelesados contemplándose sin decir nada. Shirley carraspeó. —Bueno, ahora sí que me voy —repitió con una risilla inquieta.

—¡Espera! Te olvidas tu móvil —le recordó él.

—¡Es verdad! —exclamó asombrada, más por el hecho de no haberlo echado en falta en toda la tarde que por el despiste en sí.

John fue a buscárselo y regresó con el teléfono en la mano. Shirley se quedó mirándolo un segundo y luego levantó la vista hasta sus ojos color miel, que brillaban con fuerza.

—Aquí lo tienes, como te prometí que haría —repuso con un gesto amable.

—Gracias —musitó sin poder apartar sus ojos de los suyos. Estaba aturdida con lo mucho que había cambiado las cosas entre ellos. Se alejó despacio, echando breves miradas hacia atrás, y antes de bajar por las escaleras volvió a girarse hacia él—. ¡Eh, John!, quiero que sepas que hasta ayer no te soportaba. De hecho me parecías un capullo arrogante, pero hoy reconozco que me lo he pasado muy bien contigo.

John sonrió ante su ataque de sinceridad.

—Me alegra saber que ahora te caigo mejor —respondió con divertida ironía.

—Gracias por la cena, John Clayton. ¡Y buenas noches!

—Buenas noches, Shirley Brown.

Y los dos se despidieron con una sonrisa resplandeciente y con idéntica sensación de, «¡¡guau!!», instalada en el pecho.

Shirley fue bajando las escaleras dando saltitos mientras tarareaba la melodía que John le había enseñado a tocar en el violín; y cuando salió del edificio, echó mano del móvil por primera vez en horas y comprobó que tenía varios *Whatsapps* de Karen.

Mensaje enviado a las 21:29

¡Eh!, ¿dónde te has metido? ¿No se suponía que la clase terminaba a las siete?

Mensaje enviado a las 22:03

Vale. ¿Cuántos polvos han caído ya? Detalles, detalles. ¡Quiero detalles! (Emoticono de carita sonriente, con los ojos cerrados y la lengua fuera).

Mensaje enviado a las 22:42

Oye, me parece estupendo que te lo tires. ¡Pero podías dignarte a dar señales de vida! Estoy preocupada por ti, y odio estar preocupada por ti. No soy tu madre. (Emoticono de carita resoplando por la nariz).

Shirley, mensaje enviado a las 23:07

¡Cálmate, Karen! Ya voy de camino hacia la residencia. No hemos echado ningún polvo. Solo hemos cenado. Como amigos. (Emoticono de carita guiñando un ojo).

Karen 23:08

¡Aleluya, por fin te manifiestas! ¿Dices que no ha pasado nada? ¿Qué solo habéis cenado? ¡Pero de qué planeta sois! (Emoticono de carita con los ojos muy abiertos).

Shirley sonrió a la vez que negaba con la cabeza. Así era su mejor amiga. Una loca degenerada que no concebía una cena entre un chico y una chica sin que pasara algo. Pero ella estaba encantada con que hubiera sido así. No se encontraba preparada para pensar en ligues o estúpidos tonteos. Necesitaba paz para su corazón lastimado, y por unas horas había conseguido esa paz al lado de John.

Normalmente, por la información que manejaba gracias a Karen y a su vasta experiencia amorosa, cuando te enrollabas con un tío, ellos ya daban por hecho que la historia se volvería a repetir siempre que te cruzaras con él. Y más si te cruzabas con él a solas. Pero John no había intentado nada, solo la había invitado a cenar sin más pretensión que la de disfrutar de su compañía. Y eso le devolvió la esperanza en el género masculino y le dio cierta tranquilidad, porque el chico parecía entender que lo sucedido en el McGee's solo había sido un hecho puntual que no se volvería a repetir. Su corazón seguía latiendo por Eddy.

Aunque no se hubiera acordado mucho de él mientras había estado con John...



5

Shirley continuó practicando con el violín durante las semanas siguientes. John la hacía ejercitar los músculos antes de tocar. Decía que los músicos eran como atletas que necesitaban educar el cuerpo para obtener una mayor flexibilidad, ganar en resistencia y cometer menos errores en la ejecución. Pero aun así, a veces, el dolor era insoportable y acababa con unas agujetas terribles en los brazos, la espalda y los dedos de las manos.

Karen veía como su amiga llegaba todas las noches a la habitación y se dejaba caer en la cama, presa del agotamiento. Estaba preocupada por ella. Había dejado de lado los estudios de la facultad, apenas estudiaba para los exámenes y aún no había preparado el trabajo de Historia del Derecho que había que presentar antes de una semana. De seguir así se cargaría el curso, pero a Shirley parecía no importarle. Seguía obsesionada con ese maldito trasto con el que la torturaba a veces, y se pasaba casi todas las tardes practicando en casa de John, o con él y los chicos en el almacén. Su compañía se había convertido para ella en una especie de refugio. Al menos ya no se quedaba encerrada en la habitación llorando por el capullo de Eddy. Aunque aún pensaba en él y se abalanzaba a por el móvil cada vez que le vibraba en el bolsillo, pero no lo nombraba a todas horas como hacía antes. Y era mejor así, había visto a Eddy flirteando con Jodie Sinclair, la zorra que les había hecho la vida imposible a Shirley y a ella en el instituto.

Shirley estaba frente a la partitura del atril, interpretado concentrada El

Minueto de Luigi Boccherini. Fruncía el ceño mientras fijaba la vista en las pequeñas notas negras del pentagrama y apretaba los labios cuando se le resistía un armónico. Al final logró concluir la canción con cierto parecido al que exigía la pieza.

—¡Ehhh! ¿Has visto, John? ¡He conseguido llegar hasta el final sin que se me duerma el brazo! —celebró entusiasmada.

John estaba en la cocina preparándose algo de merendar y levantó la cabeza cuando oyó que lo llamaba.

—¿Eh? Sí, sí, es estupendo...

Shirley vio unos cables negros que asomaban entre su melena rubia. Resopló, se acercó hasta él y le sacó de un tirón los auriculares de los oídos.

—Mentiroso, no me estabas escuchando —le reprochó enfadada.

—¿Qué? ¡Por supuesto que sí! —le aseguró con los ojos muy abiertos. Luego observó su expresión enfurruñada y se le escapó una risita— Bueno, vale, reconozco que me perdí el final. Pero te escuché al principio y lo haces mucho mejor —la felicitó de forma sincera.

—No es cierto, cuando toco el violín suena fatal —se quejó molesta.

—Créeme, suena incluso peor que fatal. Suena como si le pisaras con saña la cola a un gato. ¿Pero qué esperabas? Aprender a tocar el violín no se logra de la noche a la mañana. Requiere de un esfuerzo enorme. Es normal que desafines, a todos nos ocurre al principio.

—¿Y si es normal por qué tienes que usar esto? —dijo agitando los pequeños auriculares delante de su cara.

—Que sea normal no significa que no sea molesto —objetó con sinceridad. Le había dado a Shirley una sordina que servía para amortiguar el sonido, pero aun así se hacía difícil de tolerar. Y se compadeció de sus padres por haber tenido que aguantar aquella tortura durante sus primeros años de aprendizaje.

John soltó un suspiro y la siguió hacia el salón con un sándwich en la mano. Shirley se dejó caer en el sofá, visiblemente frustrada.

—Shirley, hazme caso. Has mejorado mucho desde tu primera clase. Te aseguro que no he visto a nadie progresar tan rápido como tú.

—Eso lo dices para animarme —gimoteó con la cara apoyada encima de un

cojín.

John sonrió. Era gracioso verla enfurruñada y poniendo muecas como una niña pequeña. Dejó el sándwich encima de la mesa, se sentó a su lado y colocó una mano sobre su hombro.

—No ganas nada con ponerte así, ya te dije que esto lleva su tiempo —le recordó hablándole en un tono paternal.

Shirley volvió a soltar un suspiro y miró de soslayo a su nuevo violín.

—No sé, quizás sea por ese violín que te prestó tu amigo.

Solo que no había sido un préstamo, sino un regalo. Y no se lo había dado ningún amigo. En realidad se lo había comprado John, cansado de tener que ver como maltrataba al suyo.

—¿Qué le pasa a tu violín? Es de buena calidad. Mucho más de la que suele tener un violín para principiantes de primer grado —le aseguró molesto. Le había salido por un pico, y eso que le habían hecho un buen descuento por ser estudiante de la Juilliard School.

—Pues no termina de convencerme. Me gusta mucho más como suena el tuyo —insistió tericamente.

«No te fastidia», gruñó él para sus adentros. Temía que la chica le hubiera cogido demasiado cariño a su *Guadagnini*.

—Oye, ¿dónde conseguiste tu violín? Quizás pueda comprarme uno igual.

—Lo dudo, a menos que atraques un museo —soltó sin pensarlo. Vio que la chica le observaba extrañada y decidió volver al tema principal—. Shirley, te aseguro que a tu violín no le pasa nada. Eres tú la que está demasiado tensa. Cuéntame, ¿qué es lo que te preocupa? —le pidió cogiendo su mano con suavidad.

Shirley sintió como le recorría una corriente de arriba abajo. Ya se había acostumbrado a que su cuerpo la traicionara cuando lo sentía cerca, y había conseguido controlarse la mayor parte del tiempo. Pero a veces él hacía un gesto inesperado como ese y tenía que contar hasta diez. También le llamó la atención la capacidad que tenía John para ver dentro de ella. Ni siquiera Eddy, al que conocía de toda la vida, era capaz de distinguir con claridad cuándo estaba triste, cansada o enfadada.

Shirley entrecerró los ojos y se miró las manos con aire alicaído.

—Voy a suspender el curso como siga así —confesó mustia. Solo de pensar en la reacción de su padre le invadía un temblor descontrolado.

John desvió la mirada y también se mostró mustio. Dudaba si debía sacarle un asunto tan delicado. Sabía por experiencia lo angustiante que podía ser, pero la veía tan triste y desorientada...

—Shirley, ¿por qué no le dices a tu padre la verdad? —insinuó con mucho tacto.

—¿Qué verdad? —saltó a la defensiva.

—Es evidente que no te entusiasma convertirte en letrada. ¿Por qué no intentas estudiar en un conservatorio? Puedo ayudarte a preparar las pruebas de ingreso —le propuso.

—¿Yo estudiando en un conservatorio de música? —inquirió, como si le hubiera dicho que los burros volaban. Aunque por un segundo contempló la posibilidad y se le iluminó la carita. Luego sacudió la cabeza, desechando la idea—. No, John. Agradezco tu ayuda pero no puedo aceptarla. Debo licenciarme en derecho y seguir los pasos de mi padre.

—¿Y por qué *debes hacerlo*? —enfaticó, intentando hacerle entender lo injusto que era para ella aceptar una vida impuesta.

John volvió a dar en el clavo y Shirley se sintió acorralada por la pregunta.

—Yo... yo... Es complicado —balbuceó nerviosa.

Él la observó en silencio, estudiando su reacción. Sabía exactamente a qué se refería con sus palabras. Para John también había sido *muy complicado* romper con su familia, dejar todo atrás e iniciar una nueva vida lejos de su país. Pero Shirley aún no estaba preparada para dar el paso. Le faltaba valor para imponerse a su padre, porque su miedo suponía una cadena demasiado gruesa de romper.

—Venga, no te desanimes. Sigamos practicando —dijo, dándole un pequeño codazo amistoso. De repente las tripas de Shirley hicieron ruido y enterró la cabeza en el cojín para ocultar la vergüenza.

—¿O prefieres comer algo antes? —sugirió él, riéndose divertido.

—¿De qué es el sándwich que te has hecho? —preguntó con una vocecilla tímida desde las profundidades de su escondite.

—De pepinillos, atún, queso y lechuga. ¿Te preparo otro igual?

—Sí, pero sin pepinillos. ¡Odio el pepinillo! —indicó, con la cabeza ligeramente ladeada, enseñando un ojo por el cojín.

—Qué bien que haya algo que no te guste y lo digas tan claro —le dejó caer, antes de levantarse del sofá para encaminarse a la cocina.

La chica se pasó contando los minutos de la última hora de clase. Cada vez se le hacía más difícil prestar atención al señor Robinson, que hablaba sin parar sobre leyes, artículos y sentencias de tribunales. Se puso a pensar en las notas de la partitura que estaba practicando y empezó a tararear en un tono muy bajito la melodía. Por un momento se imaginó con su violín, estudiando en una prestigiosa escuela y tocando ante un auditorio lleno de gente. Desde que John le había hablado del conservatorio no se podía quitar esas imágenes de la cabeza. Cuando lo curioso es que hasta ese momento, ni siquiera se había planteado la posibilidad. Pero después pensaba en lo que diría su padre, en lo furioso que se pondría, y se venía abajo, desesperanzada.

Salió de clase, sosteniendo la carpeta contra su pecho en un gesto de autoprotección, y se dirigió a la cafetería arrastrando los pies. Karen ya la estaba esperando en una de las mesas más apartadas. Shirley la saludó con la mano, se colocó en la fila de estudiantes para que le sirvieran el almuerzo y se dirigió hacia ella con su bandeja. De camino se cruzó con Carter Murray, uno de los jugadores del equipo de los Greenwich Jets y uno de los nuevos amigos de Eddy. Este al verla, la recorrió con la mirada en una mueca de desprecio y dibujó una sonrisa burlona. Era obvio que la consideraba una pringada. Shirley lo ignoró. Estaba acostumbrada a que la gente la menospreciara. Tenía un carácter reservado que la hacía pasar desapercibida y su físico no era el de una chica que llamara la atención. No poseía el típico cuerpo atlético de una animadora, (aunque nunca había pretendido serlo) y los tíos no se desnucaban para verla. Eso lo hacían con Karen, que tenía unos rasgos latinos muy sensuales. Shirley era más bien una chica normal, tirando a rellenita y de apariencia frágil. Pero tenía una sonrisa preciosa que encandilaba al que la miraba dos veces y unos ojos de color café, grandes y expresivos.

Shirley vio como Carter le susurraba algo a Eddy y sintió una punzada en el corazón cuando él giró la cabeza hacia ella y le dedicó la misma mirada de desprecio.

—Pasa de él, es un engreído de mierda —soltó Karen, al ver el rostro descompuesto de la chica. Luego se quedó mirando a Eddy y su pandilla, y les hizo un corte de manga.

—¡Karen! —la reprendió Shirley.

—¿Qué pasa? ¿Ellos pueden tratarnos con esos aires de marqueses y yo no les puedo contestar? Pues mira—. Se subió a la silla y desde lo alto, les volvió a enseñar el dedo corazón para que toda la cafetería lo viera. Algunos chicos se rieron por lo bajo y Eddy y sus amigos la asesinaron con la mirada.

—Karen, ¡bájate de ahí! No quiero tener más problemas con Eddy —le suplicó desesperada. Temía que el arrebato de Karen le pasara factura, y adoptó una expresión pensativa—. La verdad es que no entiendo cómo ha podido cambiar tanto —comentó con aire alicaído.

—Shirley, no ha cambiado. Siempre fue así. Lo que pasa es que tú estabas demasiado ciega para verlo —le recriminó molesta—. Eddy siempre fue un maldito egocéntrico. Solo que a ti te trataba diferente porque los dos venís de familias acomodadas, vuestros padres son amigos y habéis vivido prácticamente, pared con pared, toda la vida. Pero ahora que estáis lejos de casa hasta tú le sobras. Para él solo existen sus compañeros de hermandad y sus nuevos amiguitos populares —objetó llena de desdén. Se metió una patata frita en la boca y decidió cambiar de tema—. Por cierto, esta tarde voy a estudiar en la biblioteca, ¿te apuntas?

—No puedo, he quedado con John y los chicos —contestó antes de darle un sorbito a su batido de vainilla.

Karen soltó un bufido.

—Shirley, tenemos un examen el jueves y aún no te he visto coger un libro. Como sigas así vas a suspender.

—¡Lo sé, Karen! —replicó agobiada— Pero ya dije que iría y aún hay partes de la partitura que se me resisten y que quiero consultar con John.

—Está bien. Pues iremos al almacén a ver a tu vikingo (era la nueva forma en que llamaba a John), pero regresaremos pronto y nos pondremos a estudiar —le exigió con expresión severa y un dedo en alto.

—No es mi vikingo, sino mi profesor de música. ¿Y cómo es que tú también quieres venir? —añadió, sorprendida con que hubiera decidido de pronto apuntarse al plan.

—Nena, alguien tiene que vigilarte de cerca. Últimamente te veo un pelín despistada. Lo siento pero te lo tenía que decir —se justificó al ver que Shirley ponía mala cara.



6

Los chicos estaban ensayando los temas que iban a presentar para un concurso de composiciones de la Juilliard School, mientras John tomaba nota y les indicaba los cambios a introducir. Se trataba de canciones populares de rock, anexados con acordes clásicos y regionales. Era algo arriesgado, pero podía funcionar. Echó una breve ojeada a su reloj de pulsera y frunció el ceño. ¿Dónde se había metido Shirley? Había algo muy importante de lo que quería hablarle.

Bruce pidió al grupo hacer una pausa para beber y descansar. Llevaban ensayando varias horas y estaba deshidratado. Tenía la camiseta pegada al cuerpo. Abrió la nevera portátil, sacó una birra y se repanchingó en la silla plegable que le había cogido prestada a su vieja. Observó a John de reojo a la vez que le daba algún que otro trago a su botellín. Su primo parecía ansioso, como pendiente de algo, y cuando creía que nadie le veía echaba miraditas rápidas hacia la entrada. Se sonrió burlón mientras se pasaba la mano por la barba para quitarse la espuma de la cerveza. Había qué ver lo cambiado que estaba desde que conocía a esa chica. Se mostraba más abierto, más hablador. Hasta se reía de sus chistes malos. Desde luego no parecía el mismo.

John siempre había sido un chico demasiado retraído. Era buen tío, pero el tipo de educación estricta que sus padres le impusieron en Alemania, había dejado marcada su manera de ser y tenía un carácter hermético que hacía casi imposible llegar a conocerlo de verdad. Sin ser a través del violín, le costaba

expresar sus emociones. A veces, incluso, era tan brutalmente sincero que la gente lo tachaba de borde. Nunca iba a fiestas ni salía de casa, salvo para trabajar, y pasaba de la mayoría de tías que le entraban en el McGee's.

Bruce sacudió la cabeza con escepticismo. Debía reconocer que su primo era un bicho raro. Si él hubiera estado en su lugar se las habría tirado a todas. Había cada monumento que lo dejaba bizco. Pero por lo visto a John le iban más las princesitas recatadas como Shirley. No es que la chica le cayera mal, Shirley era un encanto y físicamente tenía su puntito. Solo que a él le ponían más las mujeres de pechos voluminosos y curvas exuberantes. Y hablando de pibones... De repente aparecieron por allí Shirley en compañía de su amiga, la morenaza. Bruce se incorporó de un salto y soltó un silbido.

—¡Eh, pero mira quién ha venido! Si es el bombón del otro día... —la piropeó, acercándose a Karen con una sonrisa lobuna. La recorrió con la mirada, se inclinó sobre ella y le susurró con voz seductora: —¿De qué juguetería te has escapado, muñeca?

Karen soltó una carcajada y le observó con el mismo descaro.

—Echa el freno, *muñeco*. No eres mi tipo —le dejó muy claro.

El chico era una monada y tenía buen culo, pero pasaba de salir con un tío que era una versión de sí misma. Para peligrosa ya estaba ella.

Bruce observó su minifalda vaquera y volvió a dibujar una sonrisa taimada. Estaba claro que la chica tenía la lengua tan larga como las piernas.

—Bueno —dijo encogiéndose de hombros—, me alegro de no ser tu tipo. Así podré besarte sin romperte el corazón.

Karen lanzó una risotada sarcástica, se acercó a él con andares felinos y le sacudió las solapas de la chupa.

—Ay, nene—susurró apoyada contra su pecho—. Si yo te dejara besarme, serías tú quien acabaría suspirando por mí. Pero por suerte no me gusta besuquearme con cualquiera —le espetó con altanería, antes de atizarle en la cara con un movimiento de melena.

Los chicos soltaron una carcajada al ver la expresión boquiabierta de Bruce. Menuda arpía era la tal Karen.

John se acercó sonriente a Shirley y le revolvió el pelo con los dedos. Le encantaba aprovechar que lo tenía corto para desordenarle las puntas y hacerla rabiar. Ella le gritó que parase y le empujó entre risas. Se fijó en que la chica

llevaba puesto un vestido con estampado de flores, un cinturón negro, un bolsito y unas sandalias del mismo color. Toda ella parecía una muñequita conjuntada.

—¡Qué guapa! —exclamó recorriéndola con una mirada de admiración. Tenía unas piernas preciosas.

—Gracias —musitó Shirley con las mejillas encarnadas. Sentía un revoloteo nervioso en la boca del estómago. Ahora comprendía que había hecho bien en hacer caso a esa vocecilla que le había susurrado al ver el vestido colgado en la percha, «adelante, hoy es un día perfecto para ponértelo».

—Luego recuérdame que te diga algo —le susurró con los labios muy cerca de su frente.

—¡Eh, parejita! Si no os importa nos gustaría seguir con los ensayos. No todos tenemos la suerte de poder ligar. Algunos debemos conformarnos con bajarnos porno los sábados por la noche —protestó Jimmy, el batería del grupo.

Era el más joven de ellos y tenía el pelo rizado, unos bonitos ojos azules y la cara salpicada de acné. Lo peor es que aún vivía con los padres y debía pedirles pasta para salir.

John y Shirley se separaron, ruborizados, pero todos ya habían podido comprobar como cada día había más *feeling* entre ellos.

John continuó trabajando en los arreglos de las composiciones, mientras los chicos tocaban y seguían sus directrices. De vez en cuando le traicionaba la voluntad y se le escapaba alguna mirada furtiva hacia Shirley. Ella se encontraba en una esquina, charlando con Karen, al tiempo que enceraba los pelos del arco de su violín. Por un momento deseó ser el instrumento que sus manos acariciaban con tanto mimo.

—No te alteres, pero el vikingo te está comiendo con los ojos —le chivó Karen entre susurros.

Shirley ladeó la cabeza y observó a John sentado en una silla, con una pierna apoyada sobre la otra y un cuaderno garabateado entre las manos. Llevaba el pelo recogido en un moñete por debajo de su gorra de los *Dallas Cowboys* y una camiseta gris que dejaba al descubierto sus marcados y tatuados bíceps.

—Vale, ahora eres tú la que está babeando —le acusó Karen, cansada de tantas miraditas sugerentes.

De pronto los ojos de Shirley se encontraron con los de John y se sonrieron con timidez.

—Karen, no digas tonterías —replicó, volviendo la atención hacia ella—. Ya te he dicho mil veces que entre John y yo no hay nada. Solo somos amigos, ¿vale?

Karen, que estaba valorando si el esmalte de las uñas de sus pies pegaba con el color de sus sandalias, ladeó la cabeza hacia ella y arqueó una ceja.

—Díselo a tu cara, a ver si te cree.

Shirley resopló frustrada.

—Lo digo en serio. Sigo enamorada de Eddy —insistió molesta, mientras por dentro se lo recordaba a sí misma.

Los chicos continuaron tocando y probando los nuevos arreglos musicales. Bruce levantaba la vista de la guitarra, clavaba los ojos en Karen y le dedicaba una sonrisa abierta. Ella le devolvía sus descaradas miradas con otro gesto coqueto. Le divertía mantener ese flirteo absurdo, aunque tuviera claro que no la conduciría a ningún sitio. Pero Karen era una chica presumida que adoraba sentirse observada.

Decidió ser mala y se echó un poco de crema hidratante en el escote, haciendo masajes circulares con los dedos, muy despacio y provocativamente. C cogió otro poco e hizo lo mismo en las piernas, los brazos, el cuello. Hasta que alzó la mirada y comprobó que no solo la estaba mirando Bruce (mejor dicho, devorando), sino todos los chicos del grupo. Menos John, que seguía con la vista clavada en su cuaderno, concentrado en su trabajo. Karen aleteó sus pestañas con fingida inocencia y preguntó:

—¿Ocurre algo chicos?

Shirley soltó una risita divertida y se compadeció de ellos. Le recordaba a un puñado de moscas atrapadas en la tela de una astuta araña. Aunque algo le decía que ella habría corrido la misma suerte si hubiera sido un tío. Su amiga era una chica preciosa de piel tostada, larga cabellera ondulada y rasgos muy marcados. Karen odiaba que la gente se lo dijera, pero realmente guardaba cierto parecido con Jennifer Lopez.

John carraspeó y se levantó de la silla.

—¿Quién se apunta a tomar algo? —propuso, yendo hacia la nevera.

—Buena idea. Nos vendrá bien una cerveza fría para bajar la temperatura... —insinuó Bruce, mirando fijamente a Karen.

—Yo prefiero una gaseosa —objetó Jimmy.

—Eh Shirley, ¿y tú qué quieres? —le preguntó John. Sabía que la chica no solía beber alcohol.

—Umm, no sé si pedirme una limonada o un refresco —alegó indecisa, rascándose la oreja.

—¿Limonada o refresco? ¡Rápido, no lo pienses, contesta!

—¡Limonada! —gritó ella entre risas.

Karen entornó los ojos, asqueada con la escena.

—Oh, ¿no me digas que ahora comparten bromitas cursis de pareja? —se burló.

Bruce aprovechó la oportunidad y se sentó a su lado. Había decidido que se metería a esa arpa en el bote a como diera lugar.

—Y eso no es nada. A veces hasta beben de la misma botella de agua —añadió en un tono jocoso—. Por cierto, ¿qué os ha parecido mi punteo de guitarra? —preguntó a los demás chicos.

John se acercó a Shirley y le susurró disimuladamente algo en el oído. Ella carraspeó y se dirigió a Bruce.

—Yo creo que ha estado bien.

—Gracias.

—No obstante... —dejó caer.

—¿No obstante qué? —insistió receloso al ver que dudaba.

—No obstante parecías tenso por momentos y las últimas notas han sonado forzadas.

Bruce miró angustiado a sus compañeros de grupo.

—¡Lo sabía! ¿Veis cómo he perdido mi toque? ¡Joder, lo sabía!

Todos se echaron a reír y Bruce los asesinó con la mirada.

—Como sea una broma os patearé el culo —les advirtió indignado—. ¡Tíos, con eso no se juega!

John y Shirley volvieron a intercambiar una mirada cómplice y se chocaron los cinco.

—Te lo dije, nunca falla —le comentó risueño—. Siempre se come la cabeza con ese tema. Me debes diez pavos —añadió abriendo la mano.

Shirley sacó la cartera para pagar la apuesta y Bruce miró enfurruñado a su primo.

—JA JA. Muy gracioso, capullo —gruñó—. Casi te prefería cuando eras un amargado de mierda.

Karen empezaba a comprender porque Shirley se pasaba la mayoría de las tardes metida en el almacén con los chicos. Nunca la había visto tan integrada. Normalmente, cuando se encontraban con más gente, Shirley se retraía hasta hacerse invisible. Pero allí parecía relajada, feliz, cómoda. ¡Incluso gastaba bromas! No había más que verla para saber que se sentía entre amigos.

—¿Qué os parece si pedimos un par de pizzas y vemos una peli en el ordenador? —propuso Max, el teclista.

—Lo siento, pero Shirley y yo nos abrimos. Tenemos que preparar un examen —anunció Karen, poniéndose en pie.

Todos corearon «buuuu», descontentos con la noticia.

—Oh, ¿tan pronto? —se quejó Bruce, que le fastidiaba dejar escapar a su presa.

—Sí, es cierto. ¿No podríamos quedarnos un ratito más? —suplicó Shirley, con las palmas de las manos juntas, haciendo un puchero.

—¿Qué nos quedemos un rato más? Shirley, ya te dije antes que este examen es muy importante, ¿recuerdas? —le reprochó entre dientes.

¿Pero quién demonios era esa extraña que había suplantado a su amiga? La Shirley que conocía era responsable, aplicada y sacaba buenas notas. De hecho, no hace mucho era ella la que tenía que arrastrarla a la biblioteca para que estudiara.

John dejó su cerveza apoyada en el marco de una ventana y se acercó a Karen.

—Tranquila Karen, haz lo que tengas que hacer. Yo la acercaré más tarde a la residencia —le dijo con un guiño de ojo.

—Pero...

—¿Quieres que Shirley sea feliz? Entonces confía en mí y déjame hablar con ella. Tengo algo muy importante que contarle. Algo relacionado con su futuro —le reveló en voz baja para que Shirley no le escuchara. Quería darle una sorpresa.

Karen le miró intrigada y al ver los ojos de John supo que no hablaba por hablar, lo que se traía entre manos era un asunto serio. Y se marchó con la sensación de que hacía lo correcto por su amiga.

Los demás se quedaron viendo una película de miedo tan mala que les provocó risa. Trataba sobre un psicópata travestido que durante el día se hacía pasar por la señorita Betty Coleman y por las noches se vestía de payaso y asesinaba a sangre fría con un cuchillo carnicero. John se divirtió observando las reacciones de Shirley, que de vez en cuando pegaba un gritito y se tapaba la cara para no mirar. Por un momento sintió el impulso de rodearla con sus brazos para protegerla, pero se contuvo para no avivar las habladurías entre los chicos. Se la veía tan delicada. Le recordaba a una de las muñecas de porcelana que coleccionaba su difunta abuela de Aquisgrán. «Fíjate Johann», le decía, «todas estas muñecas tienen más de sesenta años y lucen como nuevas. Pero aunque son muñecas fabricadas con buenos materiales y resisten bien el paso del tiempo, cualquier mínimo golpe las puede romper en mil pedazos». Pues así era Shirley para John, una muñequita hermosa y de preciada calidad, pero sumamente frágil.

Shirley dio un respingo al notar sus dedos rozándole la mano en una caricia sutil. Se sonrieron algo cortados e intercambiaron alguna que otra mirada con disimulo. Cuando acabó la película John se ofreció a dejar a Shirley en su apartamento, tal como le había prometido a Karen. Pero la chica retrocedió asustada al ver en donde pretendía llevarla.

—No, de ninguna manera. Yo ahí no me subo —se negó en rotundo, mirando con recelo la moto negra y plateada aparcada en la acera.

—Bueno... quizá prefieres venirte conmigo —dijo Bruce—. Yo tengo un Mustang del 67, no es un gran coche pero es lo bastante grande como para empujar los asientos y... ya sabes... —le dejó caer, con su sonrisa de lobo taimado.

Shirley arrugó la nariz. Ir en moto le daba miedo, pero irse con Bruce era como meterse en un estanque lleno de cocodrilos.

—¿Entonces qué, encanto? —insistió Bruce—. ¿Prefieres un viaje rapidito

y ligero, o un buen meneo en la oscuridad de mi viejo Mustang? —añadió balanceando las caderas hacia delante y atrás, en un gesto obsceno.

—Creo que paso de tu meneo, gracias —contestó Shirley con una mueca de desagrado.

—Estrecha —replicó él. Se acercó a John para hacerse cargo del estuche de su violín y susurrarle algo en el oído: —.Me debes una, capullo.

Y se perdió calle abajo canturreando un tema de Bon Jovi, «*Esta noche te necesito más que ayer, esta noche te necesito. Tómame, tócame, abrázame como sabes. Hazme volver a sentir vivo. Hiéreme, cúrame, ven y hazme sentirlo, nena*».

John sacó un par de cascos del cajón de la moto y le entregó uno a Shirley.

—Póntelo, por favor —le ordenó con suavidad al ver que lo toqueteaba con recelo—. Te prometo que iré con cuidado.

—¿Eso es lo que les dices a todas las chicas que subes en este trasto infernal? *¿Qué irás con cuidado?* —preguntó Shirley algo picada. No se le había escapado el detalle de que tuviera dos cascos y enseguida había sacado sus conclusiones.

John la miró alarmado. Esas eran exactamente el tipo de preguntas de las que su primo Bruce le había aconsejado que huyera. «Cuando llevas a una tía a tus dominios, es decir, a tu casa o a tu coche, y te suelta el típico rollo de, *¿y traes a muchas chicas aquí?* Ándate al loro, colega, ándate al loro y no te fies ni un pelo de ella. ¡Esa pregunta es una trampa! Te la hacen como quién no quiere la cosa, pero es una puta trampa. Y como la cagues con la respuesta te quedas sin follar. No pongas esa cara como si yo estuviera loco. Te juro que las tías son así de retorcidas y odian la competencia, les encanta sentirse las abejas reinas del panal. Así que cuanto te suelten la jodida preguntita, tú contraataca con algo así como, *Alguna vez he venido con una amiga. Aunque ninguna tan especial como tú.* Y con esto ya triunfas. Pero si ves que insiste cambia enseguida de tema o te quedas sin follar, y puede también que te lleves una patada en las pelotas. Te lo digo en serio. Te quedas sin follar y encima te ponen verde con las brujas de sus amigas. Para eso sí que se ponen de acuerdo, las cabronas», le había manifestado con cierto rencor, dejando entrever que hablaba desde la experiencia. John se lo había tomado como las típicas burradas que salían de su boca, pero empezaba a pensar que quizá tenía razón.

—He llevado a alguna amiga en la moto, pero tú eres especial —repitió John, exactamente como le había aconsejado su primo. Sin embargo, según iba recitando la frasecita de marras se daba cuenta de que él no lo decía por decir, él lo decía con sinceridad.

Se quedó mirando a Shirley, esperando nervioso a su reacción. Entonces ella dibujó una gran sonrisa. De esas sonrisas con las que se le marcaban los hoyuelos de las mejillas y le cortaba el aliento.

—Mientes tan mal como cantas —le endilgó divertida.

John parpadeó descolocado.

—¿Qué?

—¡Oh, por favor! ¿Te crees que soy tonta? Esa estúpida frase que acabas de soltarme lleva la firma de tu primo. Solo te faltó añadir; *tú eres especial, nena* —dijo modulando con voz grave—. John, conmigo no tienes que andar con truquitos o excusas baratas de ese tipo. Somos amigos, ¿vale? Puedes decirme la verdad. Por mí como si te tiras a un montón de tías. En serio, no me voy a enfadar ni nada de eso —expresó muy segura de sí misma. Aunque en el fondo sintió una punzada de rabia al imaginarse a John del brazo de otra chica.

—Vaya, qué comprensiva —replicó él con frío sarcasmo. Por algún motivo le molestaba la indiferencia de Shirley.

—Bueno, pues ahora que hemos aclarado este asunto, ya estoy lista para partir en ese trasto infernal —masculló dirigiéndose con recelo hacia la moto.

John fue el primero en montarse y Shirley se colocó detrás, tapando el bajo del vestido con intención de que no se le viera nada. Después se agarró muy fuerte a su cintura y cerró los ojos, como cuando se montó en aquella montaña rusa porque a Karen se le había metido en la cabeza. Solo esperaba que la experiencia no fuera igual de traumática. Le daba pánico subirse a todo lo que superara los 70 k/h.

El rugido del motor le aceleró el ritmo cardíaco y cuando John arrancó la moto, se le escapó un pequeño grito. Escuchó su carcajada amortiguada por el sonido del viento, que de vez en cuando también le llevaba su perfume mentolado hasta la nariz. Embriagada, abrió los ojos muy despacio y se descubrió a sí misma disfrutando del paseo. Los coches, las luces de los carteles con anuncios, los rascacielos, la gente, todo pasaba a una velocidad vertiginosa a su alrededor. Tenía la impresión de que era como un águila que

volaba enfilada hacia su presa. Imparable, decidida, ¡libre!

Cuando llegaron al campus, John aparcó frente a la verja de su edificio y Shirley se bajó de la moto con las piernas temblorosas. Le lloraban los ojos por la velocidad, estaba muerta de frío y aún tenía esa fantástica sensación de vértigo instalada en la boca del estómago.

—¡Guau! —exclamó riéndose de alegría, al tiempo que se quitaba el casco y se lo devolvía a su dueño.

—¿Ves cómo no ha sido para tanto? —bromeó John, igual de entusiasmado.

—Ha sido brutal —admitió ella.

Se miraron sin saber qué decirse, nerviosos y expectantes.

—Bueno, será mejor que regrese. Se está haciendo un poco tarde —susurró John, sin poder apartar sus ojos melados de los suyos.

—¿Quieres subir? —le propuso sin pensar. Y al ver que John la observaba alucinado por la invitación se apresuró añadir—. Es decir, no sería para nada de... ya sabes. Me refiero a que sería simplemente un café entre amigos y solo si tú quieres. Porque no estás obligado si no quieres —matizó ruborizada. Era increíble la cantidad de estupideces que podían salir de su boca cuando estaba nerviosa. Y no entendía por qué lo estaba, pero lo cierto es que se encontraba peor que cuando tenía que presentarse a un examen oral.

—Sí, vale, subiré —aceptó John, frotándose la nuca con una sonrisa tímida.

La siguió por los jardines de la entrada, subieron las escalerillas de la puerta principal, saludaron al conserje y atravesaron un pasillo largo y angosto hasta llegar a su habitación. Shirley asomó la cabeza por la puerta para comprobar si Karen ya había llegado de la biblioteca y al no verla hizo pasar a John. Su amiga debía seguir allí, enterrada entre apuntes y libros. Solía quedarse hasta tarde cuando tenía un examen que preparar. «Como deberías estar haciendo tú», le susurró la vocecilla de su conciencia.

John aguardó inmóvil en el quicio de la puerta, observando todo con gran interés. Había una cama y un escritorio en cada extremo del cuarto y enseguida supo a qué chica pertenecía cada rincón. Karen tenía un espejo grande colgado en la pared y un corcho lleno de pases de discotecas, entradas de conciertos y fotografías de ella poniendo morritos, con Shirley haciendo el ganso o con otros amigos de la facultad. Amigos guapos y cachas, como le gustaban a la

chica.

La decoración de Shirley también decía mucho de su personalidad. Su cama estaba cubierta de peluches, tenía un póster de El Diario de Noah colgado en la pared y en las estanterías había figuritas Funko de superhéroes y de princesas Disney.

—Son los centinelas que protegen mis amados libros. O mi colección de frikadas, como dice Karen —comentó algo avergonzada al ver que él observaba divertido los muñequitos.

Se acercó a la estantería para ver lo que contenía más de cerca. Tras el Capitán América, Superman, Batman y el Sombrerero Loco, había una serie de libros de literatura romántica. John sacó uno de ellos y soltó una carcajada al leer el título.

—¿Crepúsculo? ¿En serio? —se burló entre risas.

Shirley se dirigió como un rayo hacia él y le arrebató el libro de un tirón.

—¿Qué pasa? Me gustan los vampiros —replicó molesta, abrazando el libro contra su pecho.

—Te gustan las historias de amor imposibles —dijo echando otro vistazo hacia el póster de El Diario De Noah—. Eres una masoquista y una cursi, Shirley Brown —le contradijo en un tono jovial.

—¿Acaso me he metido yo con tu delantal de la sirenita tetona? Además no solo leo literatura romántica, también me gustan las novelas policíacas, históricas y de terror —se justificó dejando el libro en su sitio.

John se fijó en la colección de música clásica que había en el último estante y se puso pálido al reconocer su apellido entre los nombres de los demás compositores.

—Oh, esos son mis discos favoritos de Mozart, Beethoven, Chopin, Vivaldi. También tengo algunos que me han regalado, como los de la familia Strauss y los Sch...scheeiser —pronunció con dificultad.

—Schweitzer —le corrigió él.

—¡Eso, Schweitzer! ¿Son alemanes, no? ¿Los conoces? Dicen que son tan buenos como la dinastía Strauss. Yo he escuchado unas cuantas de sus composiciones y debo reconocer que me gustan —comentó entusiasmada.

—Sí, bueno, no son tan populares como la familia Strauss pero algo he

oído de su repertorio —admitió en un tono seco, casi cortante. Sin atreverse a mirarla siquiera.

—Seguro que tú también tienes tantos discos de música clásica como yo.

—Incluso unos cuantos más —reconoció con una sonrisa amable y algo esquiva. Porque en realidad no tenía unos cuantos discos más, sino toda una colección de lo más completa y variada. Hasta libretos firmados por el mismísimo Mozart e instrumentos musicales de gran valor. Era lo que tenía ser parte de uno de los linajes de compositores más antiguos de la historia musical y el hijo de un acaudalado subastador de obras de arte.

Shirley lo observó durante unos segundos con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba encantada con el hecho de poder compartir con alguien su afición por la música clásica sin temor a que la tacharan de bicho raro, como solía sucederle siempre.

—John, quiero enseñarte algo muy importante para mí —susurró en un tono cómplice. Él aguardó intrigado mientras Shirley abría el cajón de su mesilla de noche y sacaba una vieja fotografía—. Mira, esta era mi madre —le indicó orgullosa.

John cogió la foto con cuidado y la contempló detenidamente. En el retrato aparecía una mujer con una sonrisa idéntica a la de Shirley, que estaba tocando el violín en un lujoso salón.

—Era muy guapa —comentó de manera amable—. Te pareces mucho a ella.

Shirley bajó la cabeza, ruborizada por el piropo, y empezó a jugar con su pulsera de bolitas de cristal.

—Mi madre era una violinista maravillosa, llegó incluso a formar parte de prestigiosas orquestas. Pero murió cuando yo tenía seis años y no pudo seguir enseñándome —confesó entristecida.

John le devolvió la fotografía y la miró fijamente.

—Shirley, tienes mucho talento —le aseguró con total franqueza.

Ella lo miró con sus ojos marrón café muy abiertos.

—Pero dijiste que había empezado demasiado tarde a tocar y que seguramente no llegaría lejos —expresó confundida.

—Y sigo pensando que lo tienes muy difícil. Pero te he observado tocar y sé que naciste para esto. Tu soltura al coger el violín, tu forma de mover el

arco... es algo instintivo en ti —insistió.

—Vaya, viniendo de un estudiante de la Juilliard School es todo un cumplido —alegó sonriente.

—¡Eh!, ¿quién le está dando ahora importancia a la Juilliard School? —le reprochó en broma, antes de tomar una actitud más seria— Shirley, yo... —murmuró cabizbajo al tiempo que se rascaba la cabeza, nervioso. Había aguardado todo el día para darle la noticia y ahora no sabía por dónde empezar. Quizá no había sido tan buena idea como pensaba, pero ya era tarde para rajarse. Tenía que decírselo, tarde o temprano se iba a enterar, e inhaló una profunda bocanada de aire antes de coger sus manos y mirarla directamente a los ojos—. Shirley, yo me tomé la libertad de escribir al conservatorio School of Music hace un par de semanas.

—¿El Manhattan School of Music? ¿La escuela de donde provienen la mayoría de músicos de la sinfónica de Nueva York? —inquirió confusa.

—La misma —le aseguró divertido.

—¿Y por qué les escribiste? —insistió cada vez más desconcertada—. Oh, Dios mío, no les habrás...

—Sí, les hablé de ti —reconoció él.

—¿De mí? ¿Y para qué?

John se pellizcó el puente de la nariz, toqueteó sus anillos de plata y la miró decidido.

—Les dije que habías empezado a tocar el violín hace poco y que tenías diecinueve años. Me contestaron que no aceptaban alumnos de primer grado tan mayores.

—Ah... —musitó Shirley, desilusionada.

—Pero insistí y les garanticé que a pesar de tu edad tenías talento y que era un grave error no darte al menos la oportunidad de demostrarlo.

A Shirley se le volvió a disparar el corazón.

—¿Y qué te dijeron? —preguntó con la voz estrangulada por los nervios.

John la miró durante varios segundos sin decir nada. Era divertido verla totalmente pendiente de él, mientras se estiraba los dedos y jugueteaba con ellos con intención de disimular el temblor de sus manos.

—¡Habla ya, por Dios! —suplicó histérica.

John soltó una carcajada y se dispuso a confesar. Ya la había torturado bastante.

—Pues a pesar de tu edad y tu escasa experiencia, están dispuestos a hacer la excepción de ofrecerte una audición —anunció sonriente.

Shirley retrocedió un paso y se llevó las manos a la boca.

—No puede ser —murmuró asombrada.

—Ya ves que sí.

—¿Me tomas el pelo? ¡Yo en la School of Music!

—Siempre y cuando les demuestres que dominas por completo los aspectos más básicos del tema; memoria auditiva, una correcta postura corporal y el control total de los tempos. Además, también tendrás que saber interpretar la escala y arpeggio de 2 octavas en Sol Mayor —le informó en un tono de profesor serio.

Pero Shirley ya no le escuchaba. Se encontraba flotando en una nube, con la mente dispersa en otro sitio, imaginando que tocaba delante de un auditorio abarrotado de gente.

—¡Dios mío, la School of Music. Voy a tocar para la School of Music! John, es un milagro. ¿Cómo lo has conseguido?

—Supongo que habrán tenido en cuenta la opinión de un estudiante de último curso de la Juilliard School —contestó con una sonrisa traviesa. Y lo cierto es que ese hecho había ayudado, pero John sabía que lo que realmente había influido era su apellido. Un apellido que detestaba con todas sus fuerzas y que había jurado no volver a utilizar jamás. Aunque veía la carita de Shirley llena de ilusión y sentía que había merecido la pena tragarse por una vez el orgullo.

—La audición será dentro de varios meses. No disponemos de mucho tiempo, teniendo en cuenta todo lo que hay que preparar. Pero no te preocupes, yo te ayudaré y saldrá bien —le garantizó apretando con suavidad una de sus manos.

Entonces Shirley no se lo pensó un segundo y le abrazó. John se tambaleó y tuvo que apoyarse en el escritorio para no caerse. Se mantuvo estático, con los músculos agarrados, mientras Shirley seguía aferrada a su cuello. Sentir su

cuerpo contra el suyo era más de lo que podía soportar. Notaba su deseo consumiéndole por dentro, pugando por salir y arrebatarse el control de la situación. Intentó pensar en vacas pastando y en su profesora de música teórica que tenía setenta años, para apagar la calentura. Pero la chica seguía abrazándole con fuerza, ajena a su terrible suplicio. Tragó saliva y contó hasta diez. Vacas, muchas vacas, Bruce en pelotas, la señora Mitman en bragas con sus carnes descolgadas y sus piernas arqueadas y flacuchas, Bruce levantando una pierna y tirándose un pedo, más vacas, ¡millones de vacas!

Shirley se alejó un poco de él al notarlo tieso como un palo y vio que le brillaba la frente por el sudor. Le conmovió ver sus preciosos ojos color miel nublados por el deseo y sintió su propio fuego floreciendo en sus entrañas. Deslizó una mano por sus mejillas, acarició su barba incipiente y su boca, convertida en una línea dura por la tensión. John siguió contemplándola fijamente, sin mover un solo músculo de la cara, con la punta de los dedos de la chica sobre la comisura de sus labios, hasta que no pudo soportarlo más y se inclinó para besarla. Temió que lo rechazara o le recriminara su atrevimiento, pero Shirley cerró los ojos y le correspondió de una manera dulce. John notó su pequeña lengua recibiendo con timidez, como al que le sirven un buen vino y se toma su tiempo para degustarlo. Supuso que estaba comparando su beso con los de su ex, (al que empezaba a odiar en secreto) y le embargó la rabia. Quería arrancar a ese cretino de su cabeza, que su beso fuera el mejor de toda su vida, tan increíblemente bueno que no pudiera compararlo con nada. Quería que sintiera la misma dolorosa necesidad que sentía él por besarla a ella.

Escuchó como Shirley gemía contra su boca y fue suficiente para terminar de encenderlo. La levantó a horcajadas y la llevó hasta su cama con las piernas de la chica enroscadas en su cintura y sus manos sujetando su trasero. Tenía un culo fantástico, como un melocotón redondito. Apartó la montaña de peluches de un manotazo, la depositó con cuidado en la cama y se colocó sobre ella sin dejar de besarla. Shirley tiró de la goma de su pelo y una cortina de cabellos dorados le cayó encima, mientras John seguía inmerso en devorar su boca con un afán que no la dejaba apenas respirar. Le mordisqueó los labios, se los lamió, y le introdujo la lengua hasta el fondo del paladar. Ella notó como le clavaba la entrepierna dura contra la pelvis y abrió las piernas instintivamente para que se acomodara entre ellas. John profirió un gruñido sordo. La tela de los vaqueros le apretaba la erección, sentía como se le

hincaban los botones de la bragueta. Le dio a Shirley un pequeño besó en la curvatura de su cuello, le mordisqueó el lóbulo de su oreja y le bajó con suavidad los tirantes del vestido. Ella sintió un escalofrío agradable cuando sus labios se posaron en su piel y le hacía cosquillas con la barba. Podía notar su aliento descendiendo despacio por su escote.

John buscó el cierre de su sujetador y lo desabrochó a la primera. El pecho de la chica empezó a subir y bajar al ritmo de su acelerada respiración y le retiró el sostén lentamente mientras le daba multitud de besos cariñosos. Shirley apartó la mirada, ruborizada, cuando sus pechos quedaron totalmente expuestos a la vista de John. Era la primera vez que llegaba tan lejos con un chico, sin ser Eddy y sin estar bajo los efectos del alcohol. Al verse medio desnuda empezó a temblar por los nervios. ¿Y si no le gustaba su cuerpo? ¿Y si le parecía que estaba demasiado rellenita? No es que fuera obesa ni mucho menos, pero ella no era la clase de chica escultural que pegaba con alguien alto y esbelto como John. Ella lucía una piel tan blanca como la porcelana, pero no era un lienzo immaculado. Tenía poros abiertos, rojeces, lunares, pecas. Y también tenía más barriga de la cuenta, unas anchas caderas y unas pequeñas estrías que le asomaban por la cara interna de los muslos, casi pegadas al pubis. Ella era tan normal que se veía de color gris. Pero entonces él se inclinó sobre su oído y le susurró:

—Shirley Brown, eres la chica más bonita que he visto nunca.

—No soy perfecta —susurró cohibida.

—No, eres mucho mejor que eso. Eres auténtica. Y las mujeres auténticas tienen curvas y son como tú.

Shirley volvió a sonrojarse y John le dedicó una sonrisa tierna. Luego la besó en los labios, descendió por su cuello y se detuvo ante sus pechos. Trazó con el dedo la forma del pezón y se inclinó para mordisquearlo y lamerlo. Hizo lo mismo con el otro, a la vez que le apretaba y amasaba los senos. Shirley se curvó hacia atrás y soltó un gemido profundo. No estaba acostumbrada a que la tocaran con tanta intimidad. Nunca se había sentido tan deseada. Las caricias de Eddy eran más técnicas, más inexpertas. (Cosas de haber perdido juntos la virginidad y estar algo verdes en el tema del sexo). No se entretenía con los preliminares, y por supuesto, no le besaba ni le palpaba los pechos. Solía apagar la luz e ir al grano.

Se mordió los labios al sentir la mano grande de John deslizándose por

debajo de su vestido, reptando entre sus muslos. Llegó hasta sus braguitas, la introdujo dentro y rozó con la punta de los dedos su tibia carne. La chica se mordió el labio y le clavó las uñas en los hombros. Sentía sus dedos expertos recorriendo su intimidad de la misma manera que tocaba las cuerdas del violín; con delicadeza pero decidido, sabiendo perfectamente como tenía que estimularla para hacer sonar las notas. Shirley se descubrió a sí misma vibrando bajo sus caricias, gimiendo con la boca entreabierta, y se asustó. ¿Pero qué diablos estaba haciendo? Parecía una de esas fulanas que se dejaban sobar por cualquiera. Una fulana de las que tanto criticaba Eddy. ¡Eddy! Si pudiera verla ahora...

—No, ¡para! —gritó apartando a John de un empujón.

Él la miró confundido mientras ella se apresuraba a colocarse bien el vestido con la cara completamente roja por la vergüenza.

—¿Ocurre algo? —preguntó cuando salió de su aturdimiento.

Shirley sacudió la cabeza.

—Esto no está bien. No puedo hacerlo —susurró avergonzada.

John suspiró resignado y adoptó una expresión oscura. Otra vez le había dado calabazas.

—¿Es por Eddy? —quiso saber. Aunque ya suponía la respuesta.

Shirley percibió su tono duro de voz y notó como las lágrimas se le agolpaban en los ojos. Lo último que quería en el mundo era decepcionarle o perder su amistad. Pero tampoco podía mentirle, no se lo merecía.

—En parte sí —admitió con voz queda y los ojos llorosos.

John arqueó una ceja.

—¿En parte sí? —repitió con aire incrédulo.

—Es... es demasiado pronto. No me siento preparada, lo siento —balbuceó al verse acorralada.

John vio como le asomaba una lágrima traicionera y se tragó su frustración para correr a consolarla entre sus brazos.

—Venga Shirley, olvídale. No tiene importancia —murmuró acunándola con suavidad—. Ya te lo dije la primera vez que nos enrollamos. Cuando una chica dice *no*, es *no*. Algún día conseguiré que me des el *sí* —juró en voz alta.

Shirley se lo tomó en broma y se echó a reír. Hasta que observó la expresión seria de John y enmudeció de golpe. De repente tuvo miedo. ¿Y si lo conseguía? Una persona que había logrado entrar en la escuela de música más importante del planeta, tenía el empeño suficiente para obrar cualquier otro milagro.

John volvió a rodearla con sus brazos y la joven enterró la cabeza en su pecho, inspirando su aroma personal. No se le ocurría nada que oliera mejor que él. Olía a hierba fresca, a menta, a pradera verde, y al mejor olor de todos, a la madera de su violín. Por un segundo notó de nuevo ese hormigueo cálido bajo su vientre y tuvo que poner la mente en blanco para no perder el control. John le hacía sentir única y especial, le reconfortaba, le transmitía calma. A su lado se sentía protegida, nada malo podía ocurrirle cuando la abrazaba. Pero también ponía su mundo patas arriba y tenía algo que la encendía hasta quemarla. Despertaba una parte de ella oculta, una parte irracional que la avergonzaba mostrar.

De repente Karen entró en la habitación cargando con una torre de libros y al verlos acaramelados en la cama, dio un saltito hacia atrás y se le cayeron al suelo.

—Joder Shirley, esto se avisa. ¿Por qué no has puesto una corbata o algo en la puerta? —se quejó, colocando las manos a modo de escudo para no verles.

Shirley y John se levantaron de la cama de un salto e intercambiaron una mirada incómoda.

—Será mejor que me marche —se excusó John, antes de bordear a Karen para salir apurado de la habitación.

Shirley se acercó a su amiga con una sonrisa entre cohibida y divertida. Le hacía gracia su exagerada reacción. Sobre todo viniendo de ella.

—Ya no es necesario que te tapes la cara con las manos —le indicó, agachándose con intención de recoger sus libros.

—¿Ya se ha ido? ¡Menos mal! —exclamó Karen aliviada. Después sus ojos brillaron maliciosos—. Bueno y cuéntame, ¿qué tal folla el vikingo?

—No he hecho nada, Karen.

—¿Todavía nada? —replicó con los ojos muy abiertos sin dar crédito.

Shirley sacudió la cabeza dando a Karen por imposible.



7

John entró en su apartamento con el casco de la moto bajo el brazo y la entrepierna todavía un poco abultada. Era la consecuencia de pensar en Shirley y en lo que habían estado a punto de hacer en su habitación. Quizás era mejor así, la chica ya le había dejado claro que no quería seguir adelante y tenerla entre sus brazos, le estaba produciendo una dolorosa frustración. Dejó la chupa colgada en el perchero, se quitó las botas empujando un pie contra el otro y arrastró los pasos hasta la cocina con aire alicaído. Apoyó las manos sobre la encimera y se inclinó ligeramente hacia delante, mientras trataba de poner en orden sus pensamientos. ¿Qué demonios tenía de especial Shirley para trastornarlo de aquella manera? Él no era de los tipos que se encoñaban con la primera tía que se le cruzaba delante. De hecho sabía muy bien marcar las distancias para que eso no ocurriera. Había salido con mogollón de mujeres (fuera de su lugar de trabajo, por supuesto). Mujeres hechas por un molde perfecto. Y con ninguna había repetido más de dos veces. Jamás. Eso sí, siempre les dejaba las cosas claras para que no hubiera lugar a malos entendidos; unos cuantos besos, un polvo, tal vez dos, y se acabó, cada uno por su lado. Nada de intercambiar teléfonos, nada de citas, nada de compromisos serios. Eran sus reglas. Su forma de vida desde que estaba en New York y había dejado atrás su pasado.

A Julianne.

Abrió la nevera, se sirvió un vaso de agua bien fría y se lo bebió de un

trago. Un frescor agradable le recorrió la garganta. Se arrimó de nuevo contra la encimera y se quedó de brazos cruzados contemplando el vacío mientras ponía su mente a divagar. Y sin embargo, pese a tener las cosas claras y haber renunciado al amor, no podía quitarse a Shirley de la cabeza. Porque desde el día en que la había visto a los pies del escenario, desde aquel puto día, su inocente mirada y su radiante sonrisa se le habían clavado muy adentro.

De pronto se encendió la lamparita del salón y se pegó un susto de muerte.

—Maldito capullo de mierda, ¿cuánto tiempo llevas ahí sin decir nada? —masculló furioso, llevándose una mano al lado izquierdo del pecho. Tenía la sensación de que el corazón le saldría por la boca.

Bruce esbozó una sonrisa taimada desde el sofá.

—El suficiente para ver cómo te flagelabas —contestó burlón.

John cogió un paño, hizo una pelota con él y se lo arrojó desde la cocina. Bruce lo atrapó al vuelo y soltó una risita divertida.

—¿Qué haces aquí? —gruñó John entre dientes, yendo hacia la sala.

—He venido a traerte el violín, pensé que lo echarías en falta —se excusó con una mueca inocente.

—Eso lo podías haber hecho mañana, cuando nos hubiéramos visto en clase. Además, ¿qué hacías con la luz apagada? ¡Reconoce que estabas espiándome! —le acusó apuntándole con el dedo.

Bruce puso los ojos en blanco y resopló.

—Está bien, he venido para saber cómo te había ido con la princesita. Luego te escuché llegar y apagué la luz para darte un pequeño susto —confesó con una sonrisilla de niño travieso.

John se sentó en el otro extremo del sofá y lo miró de soslayo, enfurruñado. La había fastidiado mucho que su primo le viera así. Era como si le hubiera pillado con los calzoncillos por los tobillos. Peor incluso. Le había observado mientras se rallaba por una tía. Capullo...

—Tienes suerte de que aprecie a tu vieja, porque de lo contrario te echaría a patadas de mi casa por figón —le aseguró todavía cabreado.

Bruce se echó a reír. Sabía que pese a su mirada asesina, no hablaba en serio.

—Vieja que por cierto es tu tía y hace tiempo que no vas a verla —

aprovechó para recriminarle.

—Tienes razón —admitió John algo más tranquilo. Echó la cabeza hacia atrás y se pasó los dedos por las sienes, peinándose el pelo. Luego volvió a inclinarse un poco hacia delante y miró a su primo con los ojos entornados por el cansancio—. Dale un abrazo de mi parte y dile que en cuanto pueda me pasaré por casa, ¿ok?

Bruce asintió satisfecho y decidió volver al tema principal. Al tema que realmente lo había llevado hasta allí.

—¿Vas a contarme cómo te fue con la princesita o te lo tengo que sacar con el puño? —dijo mostrándolo en alto. A John tenía que hablarle así para que soltara prenda. Era el tío más cerrado que conocía. Nunca hablaba de sus cosas a menos que le amenazaras, le suplicasas o le apuntaras con una pistola a la cabeza. Pistola no tenía y pasaba de suplicar, así que...

Él se encogió de hombros y adoptó una postura despreocupada.

—No sé qué esperas escuchar. Simplemente la llevé a su residencia, le dije lo del conservatorio y me vine para aquí. Fin de la historia.

Bruce arqueó una ceja y entrecerró los ojos.

—¿Y ya está?

—¿Quién eres, mi padre? —saltó a la defensiva.

—¡Lo sabía! —replicó a carcajadas al ver su gesto irritado— Sabía que había algo más. A mí no me engañas, sé que esa chica te gusta. De lo contrario no habrías perdido el culo por conseguirle esa dichosa audición en el conservatorio. ¿Sabe ella lo que tuviste que hacer? Y por cierto, ¿conoce tu pasado?

—No vayas tan rápido, Bruce. Shirley es solo una amiga y yo no tengo nada que confesar sobre mi pasado. Eso es solo cosa mía, ¿estamos? —le advirtió con una mirada firme.

—Pero...

—Mira, yo no sé lo que siento por ella ni lo que hay entre nosotros, pero si por casualidad surgiera algo, quiero que sea por el John que soy ahora. El de verdad. Johann Schweitzer es agua pasada —dejó muy claro.

Bruce sacudió la cabeza, sin mostrarse nada convencido.

—No, tío. Ese tipo de pasados no pueden barrerse bajo la alfombra como

si fuera un montón de polvo. Tarde o temprano Shirley lo descubrirá y la verdad te salpicará en la cara. Os salpicará a los dos —le avisó en serio. Se levantó del sofá, se dirigió a la cocina y abrió la nevera—. No jodas, ¿no tienes nada de papeo? ¿Ni siquiera fiambre para hacerme un triste sándwich?

—Se me olvidó hacer la compra —replicó en un tono seco.

Bruce movió la cabeza, como diciendo «eres un desastre», y le tiró su teléfono móvil.

—Venga, llama y pide un par de pizzas. ¡Me muero de hambre! —le ordenó, abriéndose una lata de Pepsi a su lado.

John recogió el teléfono de encima de su pecho y le lanzó una mirada de fastidio. No quería llamar a ningún sitio ni comer pizzas, solo deseaba que su primo se fuera de allí para pegarse una ducha y meterse en cama. Estaba agotado. Pero se tragó la pereza y obedeció a regañadientes. Nunca podría negarle nada a Bruce, le debía mucho. No solo a él, también a sus tíos. Le habían acogido durante meses cuando llegó a New York sin prácticamente un pavo en el bolsillo, y como consecuencia, se habían ganado a su padre como enemigo. Y tener a un Schweitzer como enemigo no era cualquier cosa, podía convertirse en tu peor pesadilla, aplastarte igual que a una hormiga con solo bajar el dedo. Ya lo creo que estaba en deuda con Bruce y su familia. Y además, ¿por qué negarlo? Quería demasiado a ese capullo sinvergüenza.

Por la mañana, en clase, Shirley se llevó una desagradable sorpresa. Se había olvidado de presentar el trabajo de procesos penales que había mandado el señor Robinson y por primera vez en su vida le pusieron un suspenso. Acongojada, dejó escapar el aire entre los dientes sin apartar la mirada de aquel enorme cero escrito en rojo. Ahí estaba, el principio del fin. Lo que tanto temía había ocurrido, y lo peor es que sabía que vendrían más ceros en rojo como ese. Solo de imaginar la cara que pondría su padre al ver las notas..., se le contrajo el estómago y escondió la hoja con la marca maldita entre sus apuntes. No quería que nadie más lo viera. Le daba vergüenza que sus compañeros fueran testigos de su fracaso. Hasta ahora había sido Shirley la doña perfecta, la aburrída que sacaba sobresaliente en todo, la preferida del profesor. Como se enterasen que había dejado de serlo se volvería la comidilla de los pasillos. «Mira, ahí viene la empollona. ¿Os habéis enterado que el otro día sacó un suspenso? Pobrecita, desde que la dejó el novio no levanta cabeza». Algo parecido le ocurrió a Brenda Martin. Había sido la capitana de las animadoras y la chica más popular del instituto. Todos sus

estilismos se ponían de moda y tenía miles de seguidoras en su canal de Youtube pendientes de cada uno de sus consejos de belleza. Pero todo eso cambió cuando sus padres se divorciaron y Brenda engordó algunos kilos por el estrés. La gente dejó de reverenciarla, su novio, el capitán del equipo, cortó con ella y su famoso canal de Youtube pasó a tener cuatro seguidoras; su madre, su tía, su prima y su abuela. El resto se esfumaron junto con su popularidad.

Descubrió que Karen la estaba observando con una mezcla de pena y reprobación, como diciendo «te lo dije». ¡Maldita sea, se había dado cuenta! A ella nunca podía ocultarle nada, era ver su cara y ya sabía si estaba triste, cansada o alegre. Y la cara de Shirley era un poema. Cuando terminó la clase decidió refugiarse en la biblioteca para ponerse al día con los estudios. O por lo menos intentarlo. Pero era imposible concentrarse, su mente se perdía en la larga lista de párrafos, artículos y leyes que debía memorizar. La School of Music... solo de pensar que había una posibilidad de que la admitieran, el corazón se le desataba emocionado. Quizá podía tocar un tema de Beethoven, sus sinfonías solían ser largas y complejas, y estaban bien consideradas por la opinión musical. No, demasiado predecible. Tenía que escoger algo más arriesgado, algo que dejara impactado al profesorado de la School of Music. ¿Qué tal una sonata de Paganini? Había sido uno de los mejores violinistas de todo los tiempos y sus sinfonías eran extremadamente difíciles de interpretar por su cantidad de variaciones, rapidísimas escalas y arpeggios y sus golpes de arco con efecto. Sí, sin duda sería una buena alternativa, pero antes tendría que hablarlo con John.

De repente pensó en lo que había estado a punto de ocurrir entre ellos y su corazón volvió a repicar alterado. Aún podía sentir su aliento recorriéndola despacio, su mano entre sus piernas y como se le erizaba la piel con el roce de sus dedos. Se preguntó por qué John provocaba esas sensaciones en ella. No le había pasado nunca, ni siquiera con Eddy, que había sido su chico durante años y conocía bien su cuerpo. Vale, puede que sus caricias fueran más torpes y que con él no se agitara, no temblara, no ardiera, pero le proporcionaba la seguridad de lo conocido y al menos no se comportaba como una maldita degenerada fuera de control.

En el plano físico tampoco tenían nada que ver uno con el otro. Eddy era moreno, esbelto y guapo sin más. John le sacaba a su ex dos cabezas, era el doble de corpulento, tenía unas facciones más varoniles y también era mucho

más maduro. Sabía lo que quería en la vida, se costeaba sus propios estudios y vivía de forma independiente. John tenía solo veintitrés años, pero había pasado la barrera de las inseguridades, las dudas, la incertidumbre, la inexperiencia, y no se comportaba como un chico de la edad de Eddy.

John ya era un adulto.

Entonces muy dentro de ella supo la verdad, él podía hacer que olvidara a Eddy si le abría el corazón y ella no quería olvidar a Eddy. Porque olvidar a Eddy era olvidar las tardes tomando un helado en el jardín, los paseos en monopatín por el vecindario, las noches contemplando las estrellas mientras planeaban un futuro juntos. Olvidar a Eddy era dejar atrás su niñez y no estaba preparada para dar un paso tan importante. Habían compartido tantos recuerdos bonitos, tantas nuevas experiencias...

Observó la foto que guardaba como fondo de pantalla en el móvil. Se la había hecho la noche del baile de instituto y en ella aparecía junto a él, abrazados y elegantes bajo la celosía del jardín de su casa. Shirley sonrió con nostalgia. Ese día llevaba un vestido precioso que le llegaba hasta los pies y lucía un pronunciado escote en forma de corazón. Se había pasado la mañana de compras con Karen y la tarde metida en la peluquería. Y esa misma noche, Eddy se había presentado en su puerta vestido con un traje negro, le había colocado un ramillete de orquídeas blancas en la muñeca y se habían ido al baile en la limusina que él había alquilado. Pero antes de partir cogidos de la mano, su padre les había hecho un montón de fotografías (entre ellas la de su móvil) mientras les contemplaba con una sonrisa orgullosa y les pedía que se besaran delante de la cámara. Eddy se había negado en rotundo, escandalizado por la sugerencia del señor Brown. No le gustaban las muestras de afecto en público (o dar el espectáculo, como decía él). En realidad tampoco le gustaba en privado. Eddy no solía mostrarse cariñoso, salvo si buscaba obtener algo a cambio.

Shirley se dejó llevar por la añoranza y marcó su número de teléfono. Sintió un vuelco en el corazón al escuchar su voz.

—¿Diga?

—¡Hola Eddy!

—¿Shirley?

—Sí, soy yo —contestó con una risita nerviosa—. Esto..., me preguntaba si te apetecería tomar algo. Hay una cafetería cerca de aquí que hacen unos

capuchinos de muerte —añadió para tentarlo. Recordaba que le encantaba el café con mucha espuma y chocolate espolvoreado por el borde de la taza.

—Shirley, no sé si es buena idea...

—¿Tienes que estudiar?

—Más o menos —respondió cortante.

Shirley escuchó una voz femenina de fondo y se sobresaltó.

—¿De quién es esa voz, Eddy? ¿Quién te llama?

—Escucha, será mejor que cuelgue. Estoy algo ocupado.

—No me des largas, Eddy, ¡contesta! —exigió, aunque sabía muy bien que no tenía ningún derecho a hacerlo. Pero le pudo la rabia.

—Oye, de verdad que debo colgar —alegó cada vez más impaciente.

—¿Eddy? —insistió al volver a escuchar la voz de la chica.

—Está bien, ¡te lo diré! Estoy saliendo con otra, ¿contenta? —confesó enfadado. Odiaba que le presionaran.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Shirley se había quedado completamente paralizada, con el teléfono pegado a la oreja. ¿Qué había sido de, *solo será un tiempo hasta que me calme, siempre te querré y nunca podré estar con nadie que no seas tú?*



8

John escuchó sonar el timbre y se apresuró a salir de la ducha. Escupió una maldición cuando pisó descalzo su cinturón y se clavó la púa de la hebilla en la planta del pie. Fue a la pata coja hasta el cuarto para ponerse algo de ropa, mientras el timbre seguía sonando insistentemente. «¡Ya voy, joder!», gritó gruñendo. ¿Quién necesitaría algo de él con tanta urgencia? Su casero no podía ser. Le costaba mucho esfuerzo ganar dinero y tenía que hacer verdaderos sacrificios para llegar a fin de mes, pero llevaba las facturas al día y era puntual en los pagos. Tampoco podía ser ninguno de los padres de sus alumnos. Les había dejado bien claro que los lunes no daba clases. Era el único día de la semana que sacaba tiempo para él, y a veces se tiraba en el sofá con un libro mientras se tomaba una copa de vino y escuchaba a Chopen (o a quién fuese) de fondo. Otras veces se pasaba las horas tocando el violín o enfrascado en sus composiciones. Y otras veces simplemente, permanecía tumbado mirando al techo descolorido del salón y dejaba que los recuerdos y los fantasmas del pasado le devoraran el alma.

No, no creía que fuera ninguno de sus pequeños discípulos y su jefe del McGee's no le esperaba hasta el viernes por la noche. Tenía que ser su primo. Era el único que se le ocurría con el suficiente morro como para perturbar su paz y pasarse por el forro sus planes. No era la primera vez que se presentaba un lunes en su casa con un pack de cervezas y algo de picoteo para ver un partido de béisbol en el ordenador. O al menos esa era su excusa, aunque lo que en realidad buscaba era gorronearle la conexión a Internet. Su madre no le

dejaba bajarse películas porno y él era un fan de Lolita, La Chupa Enterita.

El timbre sonó por décima vez y John abrió la puerta, enfadado.

—Oye capullo, ¿qué te he dicho de quedar los lunes?

Pero las palabras se le quedaron atropelladas en la boca al ver que no era Bruce el que estaba allí, sino Shirley, ¡y con una pinta terrible! La recorrió con la mirada sin disimular su desconcierto. Tenía la cara arrasada en lágrimas, temblaba ligeramente y parecía sofocada, como si hubiera ido hasta su casa corriendo. Se fijó en las gotitas de sudor que le surcaban la frente y entornó los ojos. Oh sí, había ido corriendo.

—Ese cerdo —balbuceó furiosa—, me dijo que me quería, que solo sería un tiempo, que volvería a buscarme cuando se aclarase, ¡y resulta que está saliendo con otra chica! Y para colmo he sacado un cero. ¡Un cero! Yo nunca he suspendido en nada —gimió vertiendo toda la rabia en forma de lágrimas. Luego reparó en que John estaba medio desnudo y se quedó cortada. Tenía solo unos vaqueros deshilachados puestos y una toalla negra le colgaba del hombro. Por lo demás iba descalzo y llevaba el pecho (aún mojado por la ducha) completamente destapado. Incluso se le podían ver todos los tatuajes al detalle y su tableta de abdominales. Se fijó en que lucía un tribal en forma de uve bajo el ombligo, otro tribal rodeándole el bíceps derecho y un enorme violín envuelto en llamas con ojos de calavera, en el pectoral izquierdo.

—Yo... —susurró convulsa. Le costaba encontrar las palabras adecuadas. Casi no podía respirar. La imagen de su torso bien definido y desnudo nublaban su mente—, siento haber venido sin avisar. Está claro que te he cogido en un mal momento —añadió al ver como su pelo largo le goteaba por el pecho.

John no dijo nada. Se mantuvo estático a la vez que seguía mirándola fijamente con expresión adusta. No daba crédito a la situación. La chica que le gustaba estaba allí, plantada ante él, llorando por otro tío. Joder, ¿en qué momento se había convertido en un pringado? Si Bruce lo hubiera visto se habría muerto de la risa y le habría vacilado sin compasión. Shirley percibió su fastidio y giró sobre sus talones para irse, pero su voz la detuvo de nuevo.

—¿Quieres tomar un café?

Ella lo miró alicaída y finalmente asintió con modestia. John le sonrió sin ganas y se hizo a un lado de la puerta para dejarla pasar. A la mierda su lunes. ¿Qué podía hacer? Shirley lo necesitaba.

Se encaminó hacia la cocina con la chica siguiéndole en silencio, abrió la alacena y sacó un paquete de café molido. Cuando escuchó el gorgoteo de la cafetera, llenó su taza y la de ella y tomó asiento, resignado a ejercer su papel de paño de lágrimas. Aunque le fastidiaba profundamente tener que aguantar sus mierdas con su ex. ¿Es que nunca podría librarse de ese tío?

Shirley se pasó la tarde contándole al detalle toda su historia de amor truncado con Eddy, mientras John la escuchaba de manera paciente, la consolaba cuando rompía a llorar y le pasaba la caja de *Kleenex* cada vez que se lo pedía.

—Gracias por escucharme, John. Eres un buen amigo —dijo ella, acariciándole con cariño un brazo—. Dime una cosa, ¿alguna vez te has enamorado de alguien?

John parpadeó y se rascó las oreja, nervioso. La pregunta le había cogido totalmente desprevenido. Era incluso algo que le dolía y le costaba responder.

Shirley lo notó incómodo y se maldijo por su falta de tacto.

—Lo siento, no pretendía importunarte. Ha sido...

—Sí —contestó finalmente—. Sí estuve enamorado una vez. Hace mucho tiempo. Se llamaba Julianne —añadió en un tono brusco. Pronunciar su nombre era como tragar un puñado de cristales rotos. Dolía, dolía muchísimo.

—¿Ella también tocaba el violín?

—No, Julianne tocaba el violonchelo. Pero nos conocimos en el conservatorio de Aquisgrán y también empezamos a salir muy pronto.

De repente Shirley sintió un pellizco de ira al imaginar a John cogido de la mano de esa tal Julianne, acariciándola como la acariciaba a ella, besándola. Se reprendió por ser tan estúpida y egoísta. John era solo su amigo. No tenía ningún derecho a ponerse celosa, pero muy dentro de ella, su corazón le llevó la contraria.

—¿Y... y qué pasó? —se atrevió a preguntarle al cabo de un rato. Veía la melancolía cubriendo sus rasgos y el esfuerzo que hacía por hablar.

John continuó con la mirada perdida en el infinito, sumido en sus pensamientos. No sabía si estaba preparado para tocar el tema. Habían sido muchos años de oscuro silencio, de sufrimiento, y le costaba abrirse. ¿Pero quién sabe? Quizá era una buena manera de exorcizar sus demonios.

—Era de noche y yo estaba ensayando para el recital que tenía que dar al día siguiente. Recuerdo que me encontraba nervioso porque era el evento más importante del año e iba a asistir gente muy selecta, entre ellos algunos críticos conocidos. Y...

—¿Y...? —le instó a seguir Shirley. Se había dado cuenta que cada vez sostenía con más fuerza la taza entre las manos y tenía la mandíbula rígida.

—Y llamé a Julianne para pedirle que me trajera mi maletín. Ahí guardaba mis libretos favoritos y las anotaciones de las partituras que iba a tocar. Quería impresionarlos —agregó con una risita inquieta, incluso con algo de rabia. Su mirada seguía perdida en el pasado y reflejaba una profunda amargura—. Julianne me conocía muy bien y me notó tenso, sabía que en el fondo odiaba toda aquella parafernalia purista, y que solo lo hacía por contentar a mi padre. Me reprochó que no me atreviese a plantarle cara, discutimos y le grité que hiciera lo que le había pedido de una maldita vez. Julianne cogió las llaves del coche, hacía frío, nevaba, había demasiado hielo en la carretera, se salió de una curva...

Shirley se llevó las manos a la boca.

—¡Dios mío! ¿Se murió?

—Quedó parálitica de cintura para abajo y su cerebro no responde a ningún estímulo. No habla, no se mueve, no abre los ojos. Lleva años postrada en una cama. Así que sí, se puede decir que está muerta. Yo la maté —sentenció sombrío.

—¡No, no digas eso! Tú mismo acabas de comentar que hacía mal tiempo. No puedes culparte por un accidente —le reprendió mientras luchaba contra las inmensas ganas de abrazarlo, acariciarlo y besarle hasta que se disipara toda su angustia. Era horrible ver como se flagelaba de esa manera. Pero John se mantuvo tozudo.

—Shirley, los accidentes ocurren por una mala casualidad. Yo provoqué que Julianne se alterara y corriera más de la cuenta en la carretera. Si no la hubiera llamado ni siquiera habría salido de casa.

—¡O tal vez sí! Eso tú no lo sabes.

—Yo le pedí que me trajera mis partituras —objetó entre dientes.

—Y por desgracia había demasiado hielo en la carretera. ¿Lo ves? Ahí lo tienes. Un accidente fruto de la mala casualidad —dijo aludiendo a sus

propias palabras.

John agradeció su intención de consolarle, pero no se mostró nada convencido con su argumento. Puede que él no hubiera puesto el hielo en la carretera ni hubiera pisado el acelerador, pero sabía que tenía la culpa de que Julianne siguiera en coma.

—Es igual —dijo dejando su taza y la de Shirley en el fregadero—. Lo importante es que me sirvió de escarmiento. No volví a anteponer mis deseos a los de nadie y no consentí que mi padre controlara mi vida nunca más —dijo esto último mirándola fijamente a los ojos. Shirley captó el mensaje a la primera y bajó la cabeza, compungida. Ella no se veía capa de hacer lo mismo con su padre. Aún se le ponía un nudo angustioso en el estómago cuando pensaba en cómo le diría lo del suspenso. John se acercó hasta donde se encontraba sentada, se acuclilló a sus pies y le cogió una mano con suavidad —. Shirley, no dejes que nadie dirija tus pasos. Si te hace feliz tocar el violín y quieres estudiar en la School of Music, hazlo. En serio, simplemente hazlo. Pero hazlo lo que hagas, hazlo sin pensar en los demás. Fue un consejo que me dio Julianne en su día.

—Vaya, tu chica parecía muy sabia —alegó Shirley, notando otra vez esa punzada lacerante en el pecho.

—Lo era —coincidió él—. Julianne siempre tenía una sonrisa en los labios, veía la vida como un sueño efímero que había que disfrutar antes de que se agotase el tiempo. Ella conocía mis planes de montar un grupo de rock y me animaba a hacerlo. Mi padre se ponía furioso cada vez que le mencionaba la idea. Detestaba a Julianne, la consideraba una mala influencia para mí —comentó con una sonrisa triste.

—Pero al final veo que le hiciste caso —expresó con otra sonrisa más forzada. Dolía ver como hablaba de otra chica con tanto cariño. Dolía y al mismo tiempo le resultaba tierno.

—Sí, pero tuvo que estrellarse contra ese maldito árbol para demostrarme que la vida es demasiado corta y hacerme reaccionar —manifestó con expresión sombría. De pronto miró fijamente a Shirley y trazó con un dedo la línea de su mandíbula. Ella se estremeció ante su roce —.Tu sonrisa me recuerda a la de ella. Es tan grande y luminosa... No consentas que nadie te la apague. Aún estás a tiempo de hacer realidad tu sueño. Vivir, es luchar cada segundo por lo que queremos —concluyó llevando una de sus manos a los

labios.

Shirley notó unas cosquillitas agradables ahí, donde acababa de besarla, y se perdió por un segundo en la intensidad de sus ojos color miel.

—Creo que debería irme, van a ser las doce —apuntó con un susurro cargado de deseo. Sentía de nuevo ese calor palpitante entre las piernas y tuvo miedo de sucumbir a la tentación. No quería abalanzarse a su cuello como una loba. Eso era más propio de Karen, no de ella. Pero John se incorporó de un salto cuando hizo el amago de erguirse y le cerró el paso.

—¿Quién eres? ¿La puñetera Cenicienta? De eso nada, tú no te vas hasta que yo lo diga. Me fastidiaste mi lunes de descanso, me debes al menos una copa —bromeó, pero hablando medio en serio.

Shirley sonrió divertida y echó un vistazo al reloj que había colgado en la pared de la cocina.

—Está bien, supongo que puedo quedarme un rato más —accedió haciéndose la interesante. Aunque la verdad es que estaba encantada con la idea de pasar más tiempo con él.

—Perfecto, pues dame un segundo y me cambio —dijo apresurándose hacia su habitación.

—¿Cambiarlo? ¿Es que vamos a salir?

—Por supuesto. Tenemos que celebrar que lo has dejado con Eddy.

—Corrección: él me ha dejado a mí, ¿y por qué crees que es un motivo para celebrarlo? —replicó entre molesta y sorprendida.

A bote pronto a John se le ocurrieron mil razones. Porque ese idiota le había dado vía libre, porque por fin Shirley pasaría página de una vez, porque ya no tendría que requisarle el móvil durante las clases. Sí, desde luego tenía muchos motivos para celebrarlo (al menos él), pero simplemente asomó la cabeza por la puerta y con una sonrisa guasona dijo:

—Te has quitado a un imbécil de encima, ¿te parece poco?

Shirley se sopló el flequillo, resentida. Seguía pensando que no tenía nada de bueno que Eddy hubiera terminado con ella. Pero tuvo que reconocer que Karen se habría mostrado de acuerdo con John.

Mientras esperaba a que se cambiara de ropa, recorrió el salón con aire distraído. La verdad es que la decoración era algo pobre y apenas conservaba

enseres, pero todo parecía limpio y estaba debidamente ordenado. Se acercó al mueble grande que tenía empotrado contra la pared y curioseó entre las cosas que había allí. La mayoría eran discos de música, por supuesto, que abarcaba todo tipo de género. Desde Mozart, Bach, Vivaldi, hasta AC/DC, Nirvana, Guns and Roses... Con la literatura no era de gustos tan diversos. Solo conservaba libros clásicos escritos en alemán; Cien años de Soledad, El guardián entre el Centeno, Crimen y Castigo, Los viajes de Gulliver. Shirley sonrió complacida al comprobar que tenían más puntos en común. A ella también le encantaba leer y cultivar su mente. Entonces descubrió el busto de un pequeño Gollum al lado del DVD y del libro de El Señor de los Anillos, y se partió de risa. ¡Era otro friki como ella!

John salió de la habitación y la sorprendió husmeando entre sus cosas. Shirley se alejó inmediatamente del mueble, abochornada. Pero él no hizo ni un solo comentario al respecto. Al contrario. Le dedicó una sonrisa de lo más amable y abierta.

Shirley observó de arriba abajo su nuevo atuendo. Se había recogido el cabello en una coleta despeinada y llevaba un pañuelo negro a modo de diadema. También se había puesto una chupa de cuero, botas moteras, anillos en los dedos y una cadena de plata en el cuello con el colgante de un colmillo de ébano. Ella sacudió la cabeza con incredulidad. Y pensar que no hace mucho había odiado su pinta de ángel del infierno y ahora le parecía increíblemente sexy.



9

Ni en mil años habría supuesto que John la llevaría a un sitio como aquel. Había imaginado que se inclinaría más bien por un antro acorde a su estilo oscuro, algo del tipo como la morada de los vampiros donde trabajaba los fines de semana. Un cementerio... Cualquier cosa antes que una feria con castillos hinchables, casetas de colores, un tiovivo y una noria. Pero él demostró que era un chico de recursos y que sabía cómo sorprenderla.

John le cogió de la mano y la condujo abriéndose paso entre la gente. Shirley se dio cuenta de que las chicas lo devoraban con los ojos y se miraban entre ellas con una risita nerviosa. Sin embargo las señoras analizaban con recelo su aspecto de delincuente tatuado y apretaban fuertemente el bolso contra su cuerpo cuando pasaba por su lado. Y John en vez de ofenderse, se reía a carcajadas y hasta parecía divertirse. Shirley le observó sin entender cómo podía hacerle gracia algo así. Ella se habría muerto de vergüenza...

—Debo reconocer que estoy impresionada. No imaginaba que me traerías a una feria. Pensé que iríamos a cualquier otro sitio más oscuro y siniestro — objetó viendo a los niños montados en el alegre carrusel.

John ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Un sitio oscuro y siniestro? —repitió extrañado.

—Sí, ya sabes, de esos que son tipo cripta o cementerio, la gente va vestida igual que la familia *Addams* y sirven cócteles de rojo sangre con niebla dentro

de la copa.

—Ya, esto... ¿qué concepto tienes de mí exactamente? —inquirió él, con una ceja arqueada.

—Perdón, yo...

—¡Es broma! Eso vendrá luego.

Por un segundo, la chica se sintió aliviada al comprobar que no había herido sus sentimientos. Luego enmudeció de golpe. Oh no, ¿y si hablaba en serio?

Vieron a una vieja con mantón oscuro en la cabeza y toda vestida de negro, al pie de una pequeña carpa entreabierta e iluminada. De vez en cuando daba un paso al frente e intentaba captar a un nuevo ingenuo.

—¿Queréis que os quite el mal de ojo? Hago pociones, hechizos y amarres por un módico precio —ofreció agitando un ramillete de romero delante de las narices de Shirley. De repente la gitana lo dejó caer al suelo para apresarse su muñeca—. También sé interpretar las líneas de la vida —añadió, palpándole y observando la palma de su mano.

La joven intentó zafarse de un tirón, pero la gitana la tenía firmemente sujeta. Se fijó en que llevaba un ojo de cristal azulado, del cuello le colgaba un crucifijo de oro y le faltaban varios dientes.

—Sí, no hay duda —continuó hablando obcecada mientras le arañaba con una uña larga la palma de la mano—. Aquí veo un gran amor, un amor que está por venir. ¡No!, espera, un amor que ya ha llegado.

—Disculpe señora, pero será mejor que suelte a la chica —le advirtió John, intentando liberar a Shirley de las garras de la vieja.

Entonces la gitana también apresó su mano, tiró de ella y empezó a analizarla con su único ojo.

—Dios mío —musitó asombrada. «¡Es él!», añadió en silencio lanzándole una mirada significativa a Shirley. Pero ella no captó el mensaje—. Sois *Anam Cara*.

—¿*Anam* qué? —preguntó John, sucumbiendo a la curiosidad.

—*Anam*, significa alma —tradujo la gitana agitando su mano—. Y *Cara*, significa amiga —dijo haciendo lo mismo con la de Shirley—. ¿No lo entendéis? Sois almas gemelas —anunció mirando a uno y al otro con su único

ojo muy abierto. Volvió a coger sus manos y las comparó entre ellas—. Sí, aquí lo dice muy claro. Habla de un gran amor, un amor como los que inspiraron a Shakespeare, un amor que se repite a lo largo del tiempo, pero un amor que nunca acaba bien. Muchos obstáculos, familias enfrentadas, destinos opuestos. Lo que yo os decía, Shakespeare —sentenció categórica.

—Bueno, yo creo que ya es suficiente —la interrumpió John, desenroscando los dedos mugrientos de la vieja de su muñeca—. Le agradecemos que se haya tomado tantas molestias con nosotros, pero se nos hace tarde. ¿Cuánto le debemos? —dijo sacando su cartera dispuesto a pagarle. Aunque ellos no hubieran solicitado sus servicios como adivina.

—Guárdate tu dinero y abre bien las orejas, alemán desconfiado —le espetó la gitana con desprecio—. Escuchadme bien los dos. Tenéis que aprender a confiar el uno en el otro sin ningún tipo de reservas. Hasta que no lo hagáis, vuestros enemigos lograrán el propósito de separaros y estaréis condenados a seguir reencontrándoos por el resto de la eternidad —les aseguró, apuntándoles con un dedo arrugado y huesudo.

John y Shirley la vieron alejarse renqueando entre la gente y se miraron desconcertados.

—¿Tú crees que hablaba en serio? —preguntó Shirley, asustada. No creía en la reencarnación ni nada de eso, pero las palabras de la gitana le habían dejado muy impresionada.

John se mostró más despreocupado, aunque seguía sin apartar la mirada de la espalda de la vieja, que cada vez se iba alejando más de ellos.

—Francamente, no sé si me sorprendió más su desbordante imaginación o que supiera quien era Shakespeare —objetó de manera burlona.

—¿Te sorprendió eso y no que supiera que eres alemán?

John se encogió de hombros y esbozó una media sonrisa.

—¡Bah!, no es tan difícil de suponer. Según tú hablo con un acento muy marcado. ¿Qué fue lo que habías dicho? ¡Ah, sí! Cómo si le escupiera a la gente, puag, puag, puag —dijo, imitando el gesto y el ruido.

Shirley se echó a reír, divertida por sus payasadas, y volvió a seguirle. Le resultó agradable pasear por la feria con su mano trenzada a la de John. Era grande, suave, cálida y le transmitía seguridad. A veces la gente tiraba de ellos y él la sujetaba con más fuerza, como diciendo, «tranquila, pase lo que pase

nunca voy a soltarte. Puedes confiar en mí». Y ella sabía que era cierto.

John vio una de esas casetas de tiro al blanco y quiso probar suerte. Cogió la escopeta de balines y se colocó entre los dos chicos que estaban disparando a los patitos de cartón, mientras sus novias aguardaban impacientes a que les consiguieran el oso de peluche que les habían prometido. Shirley prefirió quedarse junto a John y se situó tras sus caderas. Esas chicas le recordaban a una manada de leonas ansiosas por un trozo de carne.

John acercó el ojo a la mirilla, apuntó a uno de los patitos que surcaba los mares de cartón y apretó el gatillo. «¡Mierda!», masculló al fallar. Volvió a intentarlo con más ahínco y esta vez se tomó su tiempo antes de disparar, pero tampoco consiguió dar en la diana. El pato prosiguió saltando entre las olas, como burlándose de él. Alzó levemente la cabeza y comprobó que a sus compañeros de tiro no les iba mucho mejor. Lo cual supuso un alivio, pero no el suficiente como para no sentirse frustrado. Cogió la escopeta con impaciencia, disparó y volvió a fallar. Shirley se echó a reír al escucharle maldecir por lo bajo con el puño apretado.

—¿Me dejas probar a mí? —solicitó con voz suave.

John giró la cabeza un par de veces, seguro de no haberla oído bien.

—¿Hablas en serio?

—Sí, muy en serio. ¿Puedo probar? —insistió molesta al percibir su escepticismo. No esperaba esa postura machista por su parte.

—Está bien, inténtalo si quieres. Pero te advierto que no es tan fácil, hay que apuntar bien y...

Shirley cogió la escopeta con seguridad, fijó la vista en el objetivo y disparó varias veces. No quedó un solo pato en pie. ¡Pum, pum, pum! Con tan solo tres tiros los derribó a todos. Los chicos, sus novias, el feriante y John la miraron boquiabiertos y ella volvió a dejar el arma en su sitio con una mueca entre burlona y satisfecha consigo misma.

—¿Cómo? ¿Así? —le preguntó con fingida inocencia, pero John no contestó. ¡Seguía alucinado! Shirley se acercó a él con una sonrisa y le cerró la boca, alzando su mandíbula con un dedo—. Mi padre me apuntó a clases de tiro antes de mudarme a la universidad. Quería que supiera defenderme —le explicó, como si fuera de lo más normal del mundo.

Los ojos de John brillaron fascinados.

—Shirley Brown, ¡eres toda una caja de sorpresas! —exclamó con absoluta admiración. Ella se sonrojó un poquito y le dedicó un gesto risueño—. De todas formas explícame una cosa. ¿Qué padre apunta a su hija a prácticas de tiro, pero se opone a que toque el violín? —agregó de lo más desconcertado.

—Es abogado penalista. Él ve crímenes y conspiraciones en todas partes. No quería que su única hija quedara desprotegida cuando se fuera a la universidad.

—Ya, y supongo que eso lo explica todo —expresó con retintín. Shirley podía justificarlo cuanto quisiera, pero para John había quedado claro que su padre era un verdadero americano. Es decir: estaba paranoico.

El feriante le entregó a Shirley el oso más grande que tenía expuesto en la caseta. John se lo quitó de las manos y se lo restregó por la cara a las novias, que torcieron el gesto con despecho.

—¿Queréis un oso como este? Pues os sugiero que paséis de esos pardillos y lo intentéis vosotras mismas. Seguro que lo hacéis mucho mejor —les aconsejó sin cortarse un pelo.

Los novios de las chicas lo asesinaron con la mirada y Shirley tuvo que bajar la cabeza para esconder la risa. Después tiró con firmeza de su mano.

—Anda vámonos ya, antes de que te partan la cara —le susurró—. No sé quién te odia más, si ellas por conseguir el oso o ellos por humillarles —comentó divertida.

—¡Pues que se enfaden si quieren! Ahora tengo quien me proteja —dijo pasando un brazo por sus hombros y caminando con chulería—. ¡Eh!, mi chica es toda una vaquera, ¿a qué es alucinante? —le preguntó a un desconocido que pasaba por allí.

—Enhorabuena tío —contestó el tipo, levantando el pulgar.

—¡Y mira el oso que me ha conseguido disparando en la caseta! —dijo alardeando orgulloso mientras agitaba el peluche, lo abrazaba y ponía ojitos de damisela enamorada. Shirley se inclinó sobre sus rodillas llorando de la risa. Desconocía esa faceta suya de payasete, pero le encantaba. Oh Dios, ¡se lo estaba pasando en grande!

—Un hombre con suerte, ¡disfrútalo! —dijo de nuevo el chico con una sonrisa amable.

—Ya lo creo que tengo suerte —apuntilló John mirando a Shirley

directamente a los ojos.

Ella sonrió y parpadeó cohibida. Cada vez tenía la sensación más fuerte de que estaban cruzando una línea de no retorno, un punto de inflexión. Y nada le daba más miedo a Shirley que lo nuevo y definitivo.

Deambularon cogidos de la mano como una pareja cualquiera. Una pareja que fingía ser solo amigos, pero que cada día les costaba más mantener sus sentimientos a raya. Eran tantas las cosas que tenían en común y la química que había entre ellos, que a veces se sentían superados por sus emociones. Cada roce accidentado, cada mirada fortuita, cada palabra no dicha, avivaba las llamas del deseo. John no se pudo contener, le soltó la mano para pasarle un brazo por los hombros y estrecharla ligeramente contra su cuerpo. Y Shirley se acurrucó en su regazo, embriagada por su calidez, mientras paseaba a su lado sintiéndose ingrávida.

La feria estaba llena de gente y de familias que se habían acercado a pasar un rato entretenido. En las atracciones se formaban largas colas y de vez en cuando les llegaba el olor a palomitas recién hechas y a algodón de azúcar.

Shirley se negó en rotundo a montar en la noria. «Por mucho que las vistas fueran alucinantes», como le había asegurado John. Ella prefería disfrutar del paisaje con los pies anclados en tierra firme. No quería acabar vomitando en una papelera, como cuando se había subido con Karen en aquella maldita montaña rusa. Ya bastante sensación de vértigo había en su interior. Todavía se preguntaba qué diablos había bebido aquel día para que se hubiera dejado convencer. Había sabido que era una mala idea desde el primer momento en que escuchó las palabras «velocidad» y «giros imprevistos» en la misma frase. Adoraba a Karen, pero podía ser muy insistente a veces.

John se detuvo junto a un puesto de comida rápida y pidió un taco con mucha carne y guacamole.

—Shirley, ¿tú que quieres?

Ella se mordió el labio inferior en actitud indecisa.

—No sé si pedir unos pops de pollo o una hamburguesa —contestó leyendo el menú que había apoyado al lado del puesto, mientras se rascaba la barbilla.

John ya había podido comprobar que la chica era insegura hasta resultar exasperante. Por suerte sabía lo que tenía que hacer para sacarla de ese bucle infinito.

—¡Rápido! ¿Hamburguesa o pollo?

—¡Hamburguesa! —gritó entre risas— Pero sin...

—Pepinillos, lo sé —adivinó, guiñándole un ojo.

Shirley sonrió satisfecha y sorprendida. ¡Se acordaba!

El tendero le entregó a John la comida y las bebidas en una bolsa, él se lo pasó a la chica y sacó la cartera para pagar.

—¡Mira mami, es mi profesor de música! —gritó un niño señalándolo desde la distancia.

John giró la cabeza hacia él con el cambio aún en la mano.

—¡Eh, campeón! —le saludó sonriente.

El niño tiró de la mano de su madre y cuando llegó hasta él, ambos se palmearon los dedos y chocaron los cinco con el puño cerrado. Shirley y la mujer se miraron divertidas por el simpático saludo.

—Oye Kevin, estarás practicando todos los días, ¿verdad? —inquirió John, interpretando el papel de profesor exigente.

—¡Sí! —contestó el pequeño sin dudarlo.

—Y estarás haciéndolo como te dije...

Esta vez el niño entornó los ojos.

—Sí, despacito y colocando bien los dedos en las cuerdas —dijo recitando de memoria sus palabras.

Todos se echaron a reír. La mujer sacó el monedero y le dio algo de dinero al pequeño para que pudiera ir a los castillos hinchables. Al parecer quería hablar con John sin que él estuviera presente.

—Kevin no para de presumir de su profesor de música —comentó con un gesto amable mientras veía a su hijo corriendo feliz hacia la atracción—. Dice que tocas el violín más rápido que *Flash* y que molas mucho. ¡Creo que te adora más que a su padre! Por lo menos a ti te ve más a menudo —manifestó con una sonrisa apagada.

—Me temo que Kevin exagera bastante, pero gracias. Me alegra saber que se lo pasa tan bien conmigo —respondió John con humildad, devolviéndole el gesto de manera tímida.

Shirley lo vio ruborizarse y le pareció encantador.

Los hombros de la señora Nelson se hundieron y su cara adquirió una expresión sombría.

—¿Ocurre algo? —se preocupó John.

—Es... es muy duro para una madre negarle a un hijo lo que desea —comenzó a hablar, cabizbaja—, pero mi exmarido ya no me pasa la misma cantidad de la pensión que antes, me han recortado horas en el trabajo y..., en fin, me temo que no puedo permitirme pagarte los cincuenta dólares que cuesta cada clase de violín —confesó con la mirada húmeda. John enseguida sacó un *Kleenex* del bolsillo (aún le quedaban algunos de consolar a Shirley) y se lo ofreció. Shirley volvió a sonreír enternecida y orgullosa de su gesto. Él siempre tan atento con la gente. Sin duda era un buen chico —Gracias —aceptó la mujer a la vez que se enjugaba las lágrimas—. Me da un poco de apuro admitir esto pero, hoy es su cumpleaños y ni siquiera he podido hacerle un buen regalo —murmuró observando a su hijo con amargura.

John le dio un pequeño toque en el brazo para animarla.

—Eh, dile al chico que mañana le espero en clase a la hora de siempre.

La mujer lo miró sorprendida.

—Pero, acabo de decir que...

—El dinero no será un problema —aseveró él—. Si Kevin desea tocar el violín, nadie debería impedirselo —añadió esto último mirando a Shirley detenidamente. Ella captó la indirecta y cambió el peso de un pie al otro, un poco incómoda.

—John, no sé cómo agradecértelo, de verdad —expresó la señora Nelson, emocionada.

—¡Mami! —les interrumpió el niño, tirando de la chaqueta de la mujer— ¿Me das más dinero para jugar a las latas? Quiero ese perrito de peluche que está ahí —dijo señalando a una caseta parecida a la que habían estado John y Shirley. Solo que en lugar de disparar con una escopeta, había que intentar derribar una pirámide de latas con una bola.

—Cariño, te he comprado las palomitas y te he dado dinero para ir a los castillos hinchables, ya no puedo darte más —le negó su madre con todo el dolor de su corazón.

Shirley observó la expresión triste del niño y se le partió el alma. Entonces se giró hacia John, le arrebató el peluche que llevaba bajo el brazo y se lo

ofreció al pequeño.

—Kevin, cielo, ¿te gusta el osito? Pues es tuyo.

Al niño se le iluminó la cara y extendió sus bracitos para cogerlo.

—¡Eh, qué es mío! —protestó en broma, John.

—Calla, a ti te puedo conseguir otro igual —le prometió con un brillo juguetón en los ojos.

—Vaya Kevin, qué oso más bonito. ¿Qué se dice? —inquirió su madre, arqueando una ceja.

Pero el pequeño en lugar de dar las gracias, se quedó mirando a John y a Shirley con curiosidad. Había percibido las miraditas insinuantes que se echaban entre ellos.

—¿Sois novios?

—¡Kevin! —exclamó escandalizada la señora Nelson.

John y Shirley se rieron algo cortados.

—Ya me gustaría a mí, pero por desgracia solo quiere ser mi amiga —se lamentó él, mirando a Shirley de soslayo. Ella abrió los ojos asombrada. ¿Hablaban en broma o era otra indirecta?

—Y si no sois novios, ¿por qué os cogéis de la mano? —insistió el niño, mirando sus manos entrelazadas.

—¡Kevin, vale ya! Ese no es asunto tuyo —le regañó su madre, sonrojada.

—¿Os dais besos en la boca? —continuó el pequeño, ignorándola con total descaro.

—Kevin, una grosería más y mañana te quedas sin postre —le advirtió la señora Nelson, cada vez más enfadada con su hijo.

Pero John se acuclilló a su lado y le contestó por lo bajini:

—Solo cuando ella me deja.

La mano de Shirley voló para impactar contra su brazo. John se quejó frotándosele, soltó una carcajada y le guiñó un ojo al niño. Él le correspondió con una risita cómplice.

—Bueno, nosotros ya nos vamos. Muchas gracias por todo, chicos —se despidió la señora Nelson, cogiendo a su hijo de la mano.

—¿Cincuenta dólares? —inquirió Shirley en cuanto se fueron— ¡A mí me cobras el doble por cada clase!

John se encogió de hombros y curvó los labios en una media sonrisa traviesa.

—Tú estás forrada.

Shirley lo miró boquiabierta y se echó a reír por su desfachatez. En el fondo le daba igual pagar un poco más, sabía que no encontraría un profesor más entregado, más atento, más bueno, más... Suspiró embelesada. Kevin tenía razón, ¡molaba mucho!

—Pues espero que algún día me invites a algo más que a una hamburguesa. Con lo que te pago puedes permitirte llevarme a un buen restaurante —objetó con el mismo descaro.

John soltó una carcajada.

—Créeme, ningún cheque compensa las jaquecas que sufro de oírte tocar —le espetó de guasa—. Pero está bien, acepto la cita.

—¿Qué? Yo no... ¡Yo no quise decir eso!

—¡Bah, tonta!, no te pongas roja. Ya te he dicho que sí —le dijo con un guiño de ojo.

Shirley se sonrojó hasta las orejas, John soltó una carcajada y ella le dio un pequeño empujón. Odiaba que le tomara el pelo de esa forma. Sabía que se ponía colorada incluso cuando pronunciaban su nombre en voz alta.

—Eres idiota —gruñó molesta. «Pero un idiota muy mono», apostilló en silencio.

—Y tú adorable —contestó observando ensimismado los hoyuelos de sus mejillas.

Retomaron el paseo cogidos de la mano y cuando se dieron cuenta se habían alejado de la feria, como huyendo instintivamente del jaleo y el ruido. Se sentaron en un banco de madera iluminado tenuemente por una farola y cenaron contemplando el puente de Brooklyn y las luces parpadeantes de los rascacielos de Manhattan.

Ella bebió un sorbo de su batido de vainilla, dio un mordisco a la hamburguesa y masticó con la mirada fija en el horizonte.

—Dime una cosa, ¿a qué edad empezaste a tocar el violín? —preguntó al

cabo de un rato.

John se mostró pensativo y también dio un mordisco a su taco de guacamole antes de contestar.

—A los tres años y medio.

Shirley lo miró perpleja.

—¿Bromeas? ¿Tres años y medio? —repitió sin poder creérselo.

John terminó de masticar un trozo y se limpió los labios con la servilleta de papel.

—Pues hay violinistas que empiezan incluso con dos años —le aseguró antes de darle un trago a su refresco.

—Vaya, entonces sí que me he estrenado tarde —murmuró sin poder evitar llevarse por el desánimo.

—Eso depende. Es cierto que la mayoría de los grandes violinistas empezaron con su preparación a una temprana edad, pero también hay otros muy buenos que empezaron más tarde que tú. No solo es cuestión de un número de años, Shirley, sino del tiempo que le dediques. Verás, se dice que para dominar completamente un instrumento son necesarias más de diez mil horas y el violín es el instrumento más exigente y tirano que existe. Cuando decides ser violinista haces una especie de pacto con el Diablo. Aprendes a tocar el instrumento más bello que hay en el mundo, pero a cambio le consagras tu vida. Así que no es imposible llegar lejos si te dedicas en cuerpo y alma a intentarlo. Esa es la gran diferencia que separa a un violinista profesional de un aficionado. La pregunta es, ¿qué clase de violinista quieres ser tú? —inquirió, clavando sus ojos almendrados en los de ella.

Shirley masticó el último pedazo de hamburguesa sin decir nada. Se sintió violenta y asustada ante la pregunta. Podía escuchar perfectamente a su corazón susurrándole la respuesta, pero ahí estaba aquel miedo que le oprimía la garganta y le impedía expresarse con claridad.

John supo interpretar ese temor anidado en sus ojos y sintió lástima por ella. Cuando miraba a Shirley era como ver a un pajarillo revoloteando dentro de la jaula. Sentía sus inmensas ganas de ser libre, su desesperación por romper los barrotes, y sin embargo, no se atrevía a dar el paso. Mirar a Shirley era como ver un reflejo de lo que un día fue.

Guardó en la bolsa lo que le quedaba de comida, la rodeó con sus brazos y

la atrajo hacia el calor de su cuerpo.

—No te preocupes, sé cómo te sientes. Pero yo te prometo que haré lo imposible por ayudarte —le susurró acunándola contra él.

Shirley cerró los ojos con fuerza e inhaló su perfume masculino hasta que se quedó impregnado en cada poro de su piel. Verse rodeada por sus brazos fuertes hacía que se sintiera protegida, mimada, querida, pero era una dulce tortura que quebraba su escasa fuerza de voluntad. Notó ese calor entre sus piernas y se apartó bruscamente, alarmada por la reacción de su cuerpo.

—John, gracias por esta noche tan bonita. Has convertido un día horrible en algo maravilloso. ¿Cómo lo haces, eres mago o algo así? —bromeó con intención de suavizar la temperatura del ambiente.

John soltó una risita sarcástica.

—Si fuese mago no me comería los mocos —objetó molesto, al darse cuenta de que le había vuelto a dar esquinazo. Empezaba a estar harto de que la chica se le escurriera como un pez cada vez que intentaba derribar su muro. Lo que más le fastidiaba es que sabía que no le era indiferente, notaba como se le estremecía la piel cuando la tocaba, como temblaba cuando la abrazaba, pero Shirley se empeñaba en ignorar al Sol y los dos se estaban quemando. Se estaban achicharrando. ¡Joder! Aquella situación era demasiado frustrante.

—¿Comerte los mocos? Venga John, no te hagas el inocente —Carcajeó ella—. Sabes que un tío como tú podría tener a la chica que le diese la gana.

John le lanzó una mirada de fastidio.

—No te creas... —le dejó caer.

Shirley se echó a reír, pensando que era una de sus bromas, y le dio un pequeño codazo amistoso.

—No, ahora hablando en serio. Quiero que sepas que te admiro, John. Eres guapo, inteligente, tienes talento, haces lo que quieres sin rendir cuentas a nadie, estudias en la mejor escuela de música del mundo. Seguro que tus padres están muy orgullosos de ti —comentó muy segura de lo que decía.

John la miró durante un segundo con una ceja arqueada, negó con incredulidad y soltó una sonora carcajada.

—Oh, Shirley, ¡si superas!... Me parece que das muchas cosas por sentadas —le espetó sin poderse contener. Habían sido muchos años luchando para

llegar a donde había llegado y la chica lo veía demasiado fácil. Tan fácil que incluso le resultaba ofensivo. Pero claro, ¿qué sabía ella? Todavía no había salido de su confortable nido e ignoraba lo jodida que se ponía la vida cuando no estaba papá para echarle una mano. Y quiso decirle que a veces para ser independiente había que rebuscar comida en la basura, había que pasar noches tiritando de frío y había que tragarse el orgullo con tal de seguir adelante. Porque hasta un Schweitzer tenía que ganarse el triunfo.

Shirley frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

John apuró lo que le quedaba de refresco, arrugó la lata con una mano y la encestó en la papelera que había a tres metros de ellos.

—Mi padre es bastante conservador. Si por él fuera me habría quedado estudiando en Aquisgrán y seguiría con la vida que había diseñado para mí. Pero cuando ocurrió lo de Julianne toqué fondo y decidí romper con todo —expresó con la mirada trasfigurada por el dolor.

Ella apoyó una mano sobre su hombro a modo de consuelo.

—Debió ser muy duro para ti —le susurró con dulzura.

Él compuso una mueca parecida a lo que pretendía ser una sonrisa. Entonces Shirley se inclinó y le dio un pequeño beso en su mejilla cubierta de barba. John giró la cabeza hacia ella sorprendido por aquel gesto espontáneo e inocente y encontró unos ojos que lo contemplaban llenos de ternura. Era como si le dijera «ojalá pudiera hacer desaparecer tu dolor».

—Te lo advierto, Shirley Brown, como sigas mirándome de esa forma voy a tener que buscar un lugar apartado y... ¡Ay! ¿Por qué me pegas? —se quejó frotándose el brazo donde Shirley le había dado un golpe.

—Porque contigo no hay manera de hablar en serio —replicó entre risas.

—Ya, ¿y quién diablos te dice que no lo hago? Está claro que algo falla en mi forma de comunicarme porque todo lo que digo te lo tomas a broma —rezongó por lo bajo.

—Oh, John Clayton, ¡eres imposible! —exclamó risueña. Recostó la cabeza sobre su hombro y alzó la mirada para contemplar las estrellas, pero no pudo ver nada debido a la contaminación lumínica—. ¿Sabes? Me encantaría vivir fuera de la ciudad, en una cabaña rodeada de bosques y donde hubiera un gran lago en el que poder pescar —confesó con expresión

soñadora.

—Ajá, suena interesante. ¿Y qué más cosas querrías hacer? —inquirió, encantado con la idea de conocerla mejor.

—Umm, veamos, también me gustaría recorrer el mundo, convertirme en una gran violinista y tocar en importantes auditorios. Siempre he soñado con asistir a un concierto de música clásica —confesó con cierto apuro. Hasta ahora nunca se había atrevido a contarle a nadie sus sueños. Temía que la tacharan de ridícula, que se rieran de ella. Ya bastante había aguantado durante años que Eddy la llamara friki por su colección de figuritas Funko y sus discos de música. Sin embargo John era como ella y sentía que podía hablar con él de cualquier cosa. Menos de su predilección por Edward Cullen.

—¿Nunca has ido a un concierto? —le preguntó alucinado. ¿Y su padre? ¿Y Eddy? Sabían que a la chica le encanta la música clásica. ¿A qué estaban esperando?

—No, ¿tú sí?

John asintió con la cabeza.

—Sí, en alguno estuve —reconoció mientras hacía un repaso mental de todos los sitios donde había tocado; en el concierto dedicado a Mozart en Schoenbrunn, en la Sainte Chapelle en París, el de Bonerowski en Cracovia, y en muchos más.

Los ojos de Shirley se iluminaron de envidia y admiración.

—¡Qué suerte! Yo me conformaría con ir al Geffen Hall. Es donde toca la sinfónica de Nueva York.

—Lo sé, también he estado allí —confesó con la boca pequeña. Le daba pena que la chica nunca hubiera tenido la oportunidad de asistir en vivo a ningún concierto clásico. Pero a él se le ocurrió la manera de solucionar el problema.

Shirley ladeó la cabeza y cuando se quiso dar cuenta, le estaba observando embelesada. Realmente era un chico con unos rasgos masculinos muy hermosos. Tenía una mandíbula acentuada y cubierta de barba dorada, unos labios finos que solía curvar en una sonrisa preciosa, una nariz algo grande, recta y bien definida, y unos ojos color miel verdosos que brillaban sinceros y se le achinaban cuando se reía. Pero lo que más le llamaba la atención era el extraño contraste que había en él. No tenía nada que ver su ropa con su

personalidad, ya que bajo esa apariencia de tipo malote con chupa de cuero y cuerpo tatuado, se escondía el chico más sensible, inteligente, atento y con el corazón más noble que había conocido nunca. Y reflexionó sobre lo fácil que era a veces dejarse llevar por la primera impresión. ¿Qué habría pasado si John no le hubiera hablado aquella noche en el McGee's? Seguramente se habría mantenido alejada todo lo posible del tipo con pintas extrañas y habría perdido la oportunidad de conocer a una persona maravillosa. Se preguntó cuántas veces ya le había pasado eso. O cuántas veces se desaprovecha la ocasión de hacer buenos amigos por algo así de estúpido.

—¿Sabes, John? Creo que has tenido un detalle precioso con ese niño.

John también la estaba contemplando embobado. La luz de la luna reverberaba en su cuerpo, iluminando su perfil con un halo azulado. Era tan hermosa que no podía apartar sus ojos de ella. De repente Shirley volteó la cabeza hacia él, al ver que no decía nada, y John carraspeó para disimular.

—Ya, pues... no puedo decir lo mismo de ti. Le regalaste mi oso —le reprochó con la barbilla en alto, haciéndose el ofendido.

Shirley sabía que estaba bromeando y le dio un golpe suave en el brazo antes de apoyar la cabeza sobre su hombro. Hasta que se dio cuenta de la intimidad que implicaba aquel gesto y se recriminó por su actitud. Con Eddy nunca se había sentado a hacerse carantoñas en un banco. Pero era tan fácil dejarse llevar por John que bajaba la guardia continuamente.



10

Cuando John arrancó la moto, ella se agarró con fuerza a su cintura y se apretó contra su espalda con intención de proteger su cara del viento. Lo bueno es que ya no le entraban taquicardias ni tenía la sensación de marearse. Ahora incluso encontraba excitante la velocidad. Era como si pudiera tocar la libertad con la punta de los dedos, como si fuera inalcanzable y la ciudad entera le perteneciera.

John volteó la cabeza un segundo y la observó con el ceño fruncido a través de la visera del casco. De repente esa loca se había puesto a gritar con los brazos extendidos, «¡soy el rey del mundo!» y soltó una carcajada ante su ocurrencia. «¡*DiCaprio*, ten cuidado o vas a salir disparada de la moto!», le advirtió, pero ella continuó haciendo el ganso entre risas. Sacudió la cabeza con incredulidad. A veces Shirley se comportaba como una chica demasiado decorosa; y otras, sacaba ese lado atolondrado que le sorprendía y encantaba.

Entraron en un *pub* de moda situado en una de las avenidas principales de Manhattan. En la puerta había apostado un tipo gigante al que apodaban Blade, porque se parecía al negro de Cazador de Vampiros, llevaba gafas de sol, chaqueta de cuero y también era de piel oscura. Shirley alucinó con las influencias de John. Se había plantado delante de Blade, le había dicho su nombre y este le había entregado un pase con acceso a la zona vip y todas las consumiciones incluidas. «El dueño es amigo mío», le explicó al verla perpleja. La cogió de la mano y empujó la puerta abatible de la entrada. Nada

más poner los pies adentro les deslumbraron las luces de colores que provenían del techo de la pista de baile. John la condujo hacia el fondo del local, donde se encontraban las mesas de los reservados. La gente bailaban dando saltitos con los brazos en alto al ritmo de la música que pinchaba el DJ. Se fueron abriendo paso entre la multitud, le enseñaron a un segundo portero el sello que llevaban impreso en la mano y subieron unas escaleritas que conducían a la zona VIP. Shirley se acomodó en un sofá blanco que tenía cojines esparcidos alrededor y unas velas aromáticas sobre el respaldo de madera. Era obvio que ese rincón estaba destinado para parejitas que buscaban algo de intimidad. La luz allí era más tenue y el sonido llegaba amortiguado, pero tenían una perspectiva completa de toda la pista y del escenario de la sala. John se sacó la chaqueta de cuero, se dirigió a la barra y volvió al cabo de un rato con dos cócteles en la mano.

—No tienen sangre ni echan humo pero llevan una cereza y una sombrillita muy mona —bromeó divertido.

Shirley le devolvió la sonrisa y aceptó su copa.

—No debería beber alcohol. ¿Recuerdas lo que pasó la última vez? —repuso, refiriéndose a la noche que habían acabado metiéndose mano en el almacén del McGee's. Cada vez que pensaba en aquello sentía un calor abrasador recorriéndole entera. Aunque no sabía si era por la vergüenza o debido a algo más pasional.

—¡Vamos Shirley, suéltate un poco! —le dijo dejando su copa sobre la mesa y tomando asiento a su lado. Ella se sobresaltó cuando tuvo la bandera británica de su camiseta (por cierto, ¿qué le pasaba a ese chico con las banderas?) muy cerca de su cara y sintió de lleno su perfume golpeándole la nariz—. Dime, ¿cuándo fue la última vez que hiciste una locura?

Shirley vio que apoyaba un brazo en el respaldo del sofá, casi rodeándola a ella, y le dio un trago largo a la bebida.

—La noche en que me enrollé contigo sin conocerte de nada —respondió de forma directa, pero con cierto pudor.

John abrió los ojos de lleno y una risa clara brotó de su garganta.

—¿En serio? ¿Yo fui tu locura? —preguntó sorprendido por sus palabras y al mismo tiempo encantado de escucharlas.

—La mayor que cometí en mi vida —confesó mirándole fijamente a los

ojos.

John también la contempló maravillado.

—Pero fue porque te sentías despechada, triste y herida —insinuó con intención de seguir tanteando el terreno.

Shirley negó con la cabeza.

—Puede que eso tuviera algo que ver, pero ahora no estoy tan segura —.Volvió a confesar tras darle un traguito a su copa—. ¿Ves?, por eso no debo beber. Siempre hablo más de la cuenta y hago el ridículo.

—O quizá utilizas el pretexto del alcohol para dar rienda suelta a tus verdaderas emociones —le dejó caer.

—¿A qué te refieres?

—Sabes muy bien a que me refiero, pero te lo diré de igual modo —sentenció. Luego carraspeó, la miró un segundo y se dispuso a decir lo que pensaba sin rodeos—. Creo que no te muestras tal y como eres, que hay una parte de ti que está cansada de ceder siempre a lo que desean los demás. Una parte que ansía salir a la superficie y revelarse contra esa imagen de niña buena en la que te escudas. Creo que tu pelo es un ejemplo de lo que digo —añadió estudiando divertido su peinado—. Es como si dijeras al mundo, puede que parezca dulce y delicada, pero cuidado, a veces pincho.

Shirley lo miró atónita. ¡Guau!, eso sí que era ir al grano. Después se toqueteó la cabeza mientras analizaba sus palabras y recordó lo furioso que se había puesto Eddy cuando se había cortado el pelo. Ella había tenido una larga y preciosa melena castaña, que a su ex siempre le había gustado mucho porque decía que le hacía parecer más delgada y femenina. Y a pesar de todo Shirley había decidido deshacerse de ella, aunque nunca lo había considerado como un acto de rebeldía. Hasta ahora. ¿Era posible que hubiera una pequeña guerrera dentro de ella?

—Quizá en el fondo tengas razón y sea cierto que me escondo tras una fachada. Pero no solo yo creo que soy aburrida, también los demás lo piensan. Karen incluso dice que soy un poco *pavisosa* —comentó sonriente—. La verdad es que nunca hice pellas ni me metí en líos, y tampoco hice las típicas cosas que hacen los chicos de mi edad. Le tengo demasiado respeto a mi padre. Odio los enfrentamientos —murmuró cabizbaja. Le daba apuro reconocer que su vida era un muermo. Sobre todo ante alguien como John, que

había viajado y había hecho tantas cosas interesantes.

—No eres nada aburrida ni *pavisosa*. No hay más que verte cuando estás conmigo y con los chicos en el almacén. Pero has dejado que los demás lo piensen porque a fin de cuentas, es más complicado mostrar tu verdadera cara, a ser abierta y que te juzguen —le rebatió tajante.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, es algo que suele hacer la gente, ¿no?, juzgar —replicó un poco a la defensiva. Sus palabras escocían más de lo que quería admitir.

—Quizá es que no te rodeas de la gente adecuada —sentenció tajante.

—Vaya, ¿siempre eres tan sincero? —se quejó cada vez más molesta por las cuchilladas.

John se enderezó hacia atrás y esbozó una gran sonrisa.

—Por eso no tengo muchos amigos, pero los pocos que tengo son de verdad y me aceptan como soy. Shirley, lo que intento explicarte es que no debes dejar de ser tú misma por lo que los demás piensen. Siempre habrá alguien dispuesto a juzgarte aunque te quedes callada —le aseguró. Vio a la chica cabizbaja y decidió cambiar de tema para no seguir hurgando en la herida. Quería hacerla reaccionar, no hundirla en la miseria—. ¿Sabes? Dentro de unos meses será el concierto de graduación en mi escuela y me han pedido que sea el concertino —anunció con timidez mientras jugueteaba con los anillos de sus dedos.

La chica soltó un gritito y sin pensarlo se abalanzó a sus brazos, a la vez que John se echaba a reír un poco abrumado por su reacción. Se había puesto más contenta que él al enterarse de la noticia.

—John, ¿pero cómo no me lo habías contado antes? ¡Eso es maravilloso! Haría cualquier cosa por asistir y verte tocar ante un montón de gente importante —expresó eufórica tras apartarse un poco para que el chico pudiera respirar. Su abrazo le había dejado al borde de la asfixia. Aun así, John agradeció sus palabras sin perder su luminosa sonrisa. Su entusiasmo le hacía sentir que era alguien valioso para ella. Y de repente notó que se había puesto rojo como un chiquillo. Dio gracias de que Shirley no se hubiera dado cuenta. Se encontraba entretenida observando al tipo que cantaba en el karaoke del local. Entonces a John se le ocurrió una idea y curvó los labios en un gesto travieso.

—¿En serio harías cualquier cosa por venir a mi graduación?

Shirley dejó de sonreír y le observó con recelo.

—¿Qué estás tramando? —quiso saber. Se fijó hacia donde miraba y palideció al comprenderlo —. Ah no, de ninguna manera. ¡Ni lo sueñes!

Él soltó una carcajada y se apresuró a sujetar a Shirley del brazo cuando ella se levantó del sofá con intención de marcharse. O mejor dicho, de salir huyendo.

—Venga, no te alteres. Será solo una canción —le suplicó entre risas.

—¡No!

—Me dijiste que soñabas con ir a un concierto de música clásica y yo te estoy ofreciendo la oportunidad.

—Olvídalo, no he bebido lo suficiente como para hacer algo así de estúpido —protestó airada.

—Lástima, todos mis compañeros irán con sus familiares y amigos y yo estaré solo...

Shirley ahogó un suspiro de asombro y lo miró boquiabierta, sin dar crédito a su desfachatez.

—¿En serio esperas convencerme recurriendo al chantaje emocional? John Clayton, imaginé que eras más maduro y honesto, pero me equivoqué — replicó con el cuello erguido como muestra de su absoluta indignación.

—Y yo imaginé que eras más valiente y que no te rendías tan pronto cuando se trataba de luchar por tus sueños, pero adivina qué, Shirley Brown, también me equivoqué— expresó igual de decepcionado—. Además, pensaba dedicarte una de las canciones del recital —confesó al cabo de un rato para despertar su interés.

Y funcionó. Shirley giró la cabeza hacia él (aún enfurruñada y de brazos cruzados) y le miró de reojo.

—¿Una canción, qué canción?

John sonrió satisfecho al ver que empezaba a ceder.

—Una canción que he compuesto especialmente para ti.

A Shirley se le iluminó la mirada.

—¿Y no podemos volver a tu apartamento para mostrarme un anticipo con

tu violín? —le pidió más desesperada de lo que quería reflejar.

—Lo siento, solo la tocaré durante el concierto de mi graduación —se negó con actitud firme—. Lástima que te de tanta vergüenza hacerme el favor y que te quedes sin poder escucharla... —alegó mientras le daba un trago a su copa fingiendo despreocupación.

Shirley le fulminó con la mirada.

—Sabes que soy la persona más tímida de la Tierra. Ni siquiera me atrevo a cantar en la ducha por temor a que me pueda oír Karen. ¡Pídeme otra cosa, por favor, te lo ruego! —le suplicó casi de rodillas.

—O cantas o nada —insistió sin compasión.

Ella le volvió a mirar echando chispas por los ojos.

—Eres odioso —replicó furiosa.

—Considéralo como una terapia de choque —le propuso en un tono indiferente, lo que la indignó más si cabe.

—¿Cómo una...? ¿Tienes idea de lo que me estas pidiendo? Yo soy de las que se quedan sin tomar apuntes en clase, porque le da vergüenza levantar la mano para preguntar. ¡No me gusta llamar la atención! —se quejó desesperada.

John se echó a reír, con sus ojos achinados y traviosos.

—Venga Shirley, no será para tanto. Solo te pido una canción y no creo que lo hagas peor que aquel tipo de ahí —murmuró señalando con la cabeza al hombre del micrófono que rapeaba un tema de Nicki Minaj como si fuera un trol con anginas. Shirley guardó silencio, insegura—. Recuerda que no es un concierto cualquiera. Es el de mi graduación, en el auditorio de la Juilliard School, ¡en primera fila! Los músicos tocando a unos pocos metros de ti, *yo tocando para ti* —remarcó endulzándole los oídos—. La gente aplaudiendo a tu lado, el sonido del violín envolviéndote con su sensual melancolía, las luces de la majestuosa sala, los palcos decorados con flores...

—Oh cállate ya, maldito demonio embaucador. ¡Lo haré! —accedió finalmente— Pero antes debo hacer algo.

Y de repente se bebió su copa de un trago, se puso en pie, se inclinó sobre él y se bebió también la suya.

—¡Camarera! —gritó agitando su copa vacía al aire —, póngame tres como

esta. ¡Ah, y que tengan doble de vodka!

Un cuarto de hora más tarde se dirigió hacia el escenario, envalentonada y chisposa por los efectos del alcohol. John la observó alejarse entre asombrado y divertido. Se había bebido los tres combinados como si fueran chupitos de tequila; ¡de golpe y sin dudar!

Shirley aguantó el tipo hasta que llegó al pie de la tarima, pero cuando el chico que cantaba quiso cederle su turno, se quedó mirando al micrófono de su mano sin saber qué hacer. No era capaz de mover un solo músculo del cuerpo. Solo podía escuchar su corazón bombeando a toda velocidad y su cabeza susurrando pensamientos agoreros. «¿Qué haces aquí? Vas a hacer el ridículo. ¿Y si te ve algún conocido? O peor aún, ¿y si te ve algún amigo de tu padre y le va con el cuento? ¡Corre, huye, aún estás a tiempo de salvar tu dignidad!».

—¿Vas a subir o no? —le preguntó impaciente el chico del micrófono.

Ella giró la cabeza hacia John y lo vio repantingado en el sofá, aparentemente tranquilo pero observándola expectante. Era obvio que había adivinado sus intenciones de darse a la fuga. Pensó en volver sobre sus pasos y suplicarle de rodillas hasta que lograra su redención. ¿Pero a quién pretendía engañar? Le conocía lo suficiente como para saber que no daría su brazo a torcer. Era demasiado cabezota y siempre conseguía lo que quería. Y lo que quería en ese momento era verla dando el *do* de pecho. Dios, ¿cómo te podías encariñar tanto de alguien al que querías matar?

«Vamos Shirley, solo será una canción», dijo intentando insuflarse ánimos a sí misma. Finalmente cogió el micrófono y con piernas temblorosas subió al escenario. Casi no le salió la voz cuando el chico que se ocupaba del karaoke le preguntó qué canción iba a cantar.

—Es igual, una cualquiera —murmuró ruborizada—. Pero que no tenga rap, ni mucha letra. Y a ser posible que sea muy sencilla. De esas que casi todo es estribillo.

—Ok, ¿qué tal si mientras yo busco algún tema adecuado, tú te presentas al público? —le propuso el chico al verla tan tiesa como un trozo de alambre.

Shirley lo miró horrorizada.

—¿Qué? ¿Presentarme?

Genial, ¡aquello se complicaba por momentos!

Resignada, se encaminó al centro del escenario con pasos lentos e

indecisos y se colocó tras el pie del micrófono como si quisiera protegerse de un dragón escupe-fuego.

—Esto... yo... me llamo Shirley y tengo diecinueve años —. Sonrió nerviosa—. Se... seguramente os estaréis preguntando qué hace esa tía soltándonos la chapa. La verdad es que yo tampoco lo sé. Solo estoy aquí porque un amigo me prometió una entrada para un concierto. No un concierto cualquiera, sino uno muy especial que significa mucho para mí —dijo esto último mirando fijamente a John, mientras él le correspondía con una feliz sonrisilla de «me salí con la mía»—. Así que no tuve más remedio que aceptar su vil chantaje, a pesar de que por dentro me estoy muriendo de la vergüenza —gimoteó por lo bajo, pero todos en la sala la escucharon y se echaron a reír — Gra... gracias, gracias, aunque eso no ayude mucho... ¡Oh!, parece que ya ha comenzado a sonar la música. Se supone que ahora es cuando debo cantar. A ver, este tema me suena, sí, es la canción de *Man! I Feel Like A Woman*, y creo que es algo así como... *No innovisions make no conditions*. ¡No, espera!... *only wanna have a good tiiiiime*. Madre mía, esto es peor que cuando llevé aparato en los dientes y me hicieron la foto del anuario —lloriqueó de nuevo, y la gente se volvió a reír. Shirley notaba como la vista se le nublaba por los nervios y las gotitas de sudor surcaban su frente. Después se quedó mirando al público totalmente bloqueada y el chico del karaoke detuvo la música al ver que se había quedado muda—. Yo, no... no puedo, lo siento —musitó a punto de echarse a llorar. Ya podía sentir el escozor en sus ojos.

—¡Vamos, Shirley, sí que puedes! —vociferó John en mitad de aquel silencio opresor, usando sus manos a modo de megáfono.

Ella giró la cabeza hacia él, mirándole asustada. Y de pronto sucedió algo que solo ocurría en las películas. O eso pensaba hasta entonces. Otras nuevas voces se unieron a su llamamiento.

—¡Eso, nena, adelante! —gritó Blade, el portero de la discoteca.

—Sí, canta, pequeña. ¡Tú puedes! —dijo otro.

Y el público empezó a corear al compás de las palmadas.

—¡Qué cante, qué cante, qué cante!

Shirley los observó sin saber qué decir. Estaba completamente abrumada con la escena. Ella, que nunca se había atrevido a ser espontánea, ni a decir más de dos palabras, ni siquiera a contradecir a nadie, por temor a que la

juzgaran; se había puesto delante de un montón de personas que no conocía de nada y se había mostrado abierta. Y la gente en lugar de burlarse o reírse de ella por su miedo escénico, habían empatizado con su situación y la estaban apoyando. Un montón de extraños la estaban apoyando y querían ayudarla. ¿Acaso estaba soñando o era la vida dándole una lección?

«Gracias mi ángel del infierno, ya pillo lo que querías demostrarme», susurró para sus adentros mientras sonreía a John emocionada y agradecida, (sí, también agradecida, por increíble que fuese) por su terapia de choque. Volvió a colocarse en el centro del escenario y le hizo un gesto al chico del karaoke.

—Cuando quieras pon la música. Ya estoy preparada —anunció con el pulgar levantado.

En realidad estaba mintiendo porque para nada se encontraba preparada para cantar. Nunca lo estaría. No había nacido para ser cantante y seguramente aullaría como un lobo en noches de luna llena. ¿Pero y qué? De todos modos lo haría, se expondría, haría el ridículo y no pasaría nada. Se reiría de sí misma y sería como cualquier otra persona en el mundo con una anécdota divertida que contar. Su primera anécdota para la colección.

Un rato más tarde volvió a su mesa con las mejillas arrojadas y una gran sonrisa triunfal.

—¡Eh, pero mira quien ha regresado! Si es Shirley Brown, la chica que nos eclipsa a todos con su encanto —la saludó John igual de sonriente.

—Ha sido increíble, John. Jamás imaginé que podría hacer algo así. ¿Y viste cuando al final me aplaudieron? ¡Fue una pasada! —comentó llena de emoción.

—Felicidades Shirley. Fuiste muy valiente.

—Gracias. Espero que ahora cumplas tu promesa de invitarme a tu graduación —le exigió, apuntándole con un dedo en señal de advertencia.

—Lo haré —le aseguró—. De hecho pensaba hacerlo de todos modos, solo quería ver qué tal se te daba cantar. Y ya he comprobado que incluso se te da peor que tocar el violín —bromeó risueño.

—¡Serás capullo! —soltó indignada, antes de abalanzarse a por él para hacerle cosquillas.

Los dos se recostaron en el sofá, enzarzados entre carcajadas como si

fueran unos niños tramando un plan divertido. Hasta que se dieron cuenta de que estaba medio *pub* observándolos, y recobraron la compostura. Shirley se fijó en un par de chicas que había en la barra. Eran guapas y cada cierto tiempo giraban la cabeza hacia John, echándole miraditas sugerentes.

—Creo que te han salido un par de admiradoras —susurró Shirley en un tono travieso.

—¿Qué?

—Esas chicas de ahí —dijo señalándolas disimuladamente con la cabeza—. No te quitan el ojo de encima.

—Ah —asintió él sin ninguna emoción.

Shirley lo miró sorprendida.

—¿No te alegra saberlo?

—La verdad es que me da igual.

—Venga, si quieres puedo ser tu compinche y echarte una mano. Ya sabes —insistió con una risita mientras le daba un codazo amistoso, pero John en lugar de agradecer su oferta la miró con cara de fastidio.

—Shirley, si quisiera ligar lo podría hacer sin tu ayuda —le aseguró molesto.

—¡Eh! ¿A qué viene esa contestación? Cualquiera pensaría que estás enfadado.

—Es que lo estoy, ¡joder! —replicó dando un pequeño puñetazo sobre la mesa. La chica se echó para atrás, asustada por su reacción, y John le pidió disculpas. No quería comportarse como un cavernícola, pero se sentía tan frustrado. Entonces tomó una decisión—. Shirley, te lo diré sin rodeos. Tú me gustas. Y no me refiero solo como amiga, tú me gustas de verdad —confesó a bocajarro. Vio que la chica lo estaba observando totalmente perpleja y se apresuró a añadir—. A ver, no te estoy pidiendo matrimonio ni nada por el estilo, pero me gustas lo suficiente como para ir en serio. Siento mucho si no estabas preparada para oírlo, es que yo... simplemente no puedo aguantar más esta situación. Odio verte sufrir por ese imbécil, odio ser tu paño de lágrimas y odio que hagas como si no pasara nada entre nosotros. Shirley, sé que mis palabras te dan miedo y que a lo mejor saldrás huyendo, pero...

—Tú también me gustas —confesó también de golpe. John enmudeció y la

contempló con los ojos muy abiertos. Vaya, ella tampoco se andaba por las ramas cuando quería. Shirley sonrió con timidez y prosiguió—. Me gustas, sí, pero acabo de salir de una larga relación y todo lo que está pasando me supera. Es decir, sé que con el tiempo podría tener algo contigo y...

John puso un dedo sobre sus labios para silenciarla.

—Shhh, no digas nada más. Me quedo con eso. Si tiempo es lo que necesitas, yo seré paciente —le prometió, casi con un susurro.

Ella guardó silencio, observó sus labios y se dejó llevar. John volvió a sorprenderse cuando la chica se inclinó para besarlo. Notó su lengua introduciéndose despacio en su boca. Era dulce y tenía sabor a vodka y a zumo de granadina, y de todos los cócteles que se había tomado. John no se conformó con ese casto beso y enseguida rodeó su cintura y la atrajo hacia él con intención de saborearla más detenidamente. Pero el estómago de Shirley se resintió con aquel gesto violento y tuvo que apartarlo de un empujón para llevarse la mano a la boca y no vomitar.

John la miró desconcertado un segundo y sonrió al comprender el problema.

—¿Demasiado alcohol? —preguntó en un tono de burla.

—Sí, un poco —admitió ruborizada.

—Venga, te llevo a casa antes de que te pongas peor y no puedas subirte a la moto —dijo antes de ayudarla a ponerse en pie.

Llegaron a la residencia de la chica y todo estaba en silencio y en calma. Eran las tres de la mañana y no había nadie por la calle. John aparcó la moto tras un seto y sujetó a Shirley por la cintura para ayudarla a apearse, mientras ella se reía sola y se tambaleaba hacia los lados. Ya le había hecho efecto el alcohol y se encontraba bastante borracha. John apretó los dientes al notar su cuerpo pegado al suyo, retorciéndose contra él de manera inocente. Joder, ¿por qué siempre tenía que acabar frustrado? Cada vez detestaba más interpretar el papel de amigo bueno y comprensivo. El amigo pardillo. Si por él fuera le habría arrancado la ropa y... Respiró hondo e intentó aliviar la tensión que sentía ahí abajo. Era una puta tortura.

Se apartó un poco de Shirley, buscando mitigar el sofoco que lo devoraba por dentro, pero la chica tropezó con el bordillo de la acera y tuvo que volver a sujetarla con fuerza para evitar que perdiera el equilibrio. Ella soltó una

carcajada, como si fuera lo más divertido del mundo.

—No te reirías tanto si te hubieras roto los dientes contra la acera —gruñó John, demasiado irritado para ocultarlo. Se sentía como un vagabundo que veía una tarta enfriándose en una ventana. No la podía tocar, puesto que no era suya, pero su exquisito olor le inundaba las fosas nasales y se le hacía la boca agua.

—¿A dónde me llevas? —quiso saber ella, arrastrando las palabras, casi resoplándole en la oreja.

John cerró los ojos un segundo y miró al cielo. Joder...

—A tu habitación. No creo que puedas llegar por ti misma.

«Y yo no creo que pueda llevarte hasta allí sin cometer una gilipollez, pero lo intentaré», apostilló para sus adentros.

—No, no quiero irme aún —gimoteó como una niña pequeña. De repente lo apartó de un empujón, se sentó en la acera y se abrazó los codos, enfurruñada.

John al verla así, no pudo evitar soltar una risita. Le inspiraba mucha ternura y también algo más... Se sentó muy cerca de ella, a solo escasos centímetros, y deslizó un dedo por su brazo desnudo.

—¿Sabes que ni siquiera sé montar en bici? —confesó entristecida, a la vez que observaba ensimismada unas polillas revoloteando bajo la luz amarilla de una farola.

—¿En serio? —respondió él con voz bajita.

Shirley asintió, moviendo la cabeza de arriba abajo, y lo miró con los ojos vidriosos y un puchero. No sabía por qué, pero de repente la melancolía se había vuelto a apoderar de ella y se sentía triste. Estúpidamente triste.

—Me daba tanto miedo caerme que nunca llegué a aprender.

—¡Oh, Shirley! —Se rió John con suavidad. Ignoraba cómo, pero había pasado de querer arrancarle la ropa a desear achucharla y consolarla. No pudo contenerse y le pasó un brazo por los hombros para atraerla hacia su cuerpo. Ella, lejos de apartarse, se pegó más al calor de su pecho y apoyó su cabeza contra la de él—. Y supongo que tampoco sabes nadar —volvió a preguntarle al cabo de un rato.

Shirley cogió una rama seca que encontró a sus pies y empezó a trazar círculos sobre el asfalto que había pegado al bordillo.

—De pequeña me gustaba ir a clases de natación, hasta que un niño me hizo una ahogadilla y ya no me atreví a volver jamás —le contó, mientras seguía entretenida arañando la superficie de la carretera con el palo. Lo soltó y lo miró fijamente—. ¿Lo ves, John? Toda mi vida he vivido con miedo y estoy harta. Harta de sentirme siempre así, de no atreverme a hablar, a decir lo que pienso, a callarme.

—Pues no tienes que seguir haciéndolo, Shirley. No necesitas seguir rodeada de imbéciles para sentirte aceptada. Hay a más gente de la que piensas que te aprecia y te apoya. Tienes a Karen, a los chicos, me tienes a mí... —dijo clavando sus ojos en ella. Por un segundo sus miradas se fundieron y sintieron esa conexión atrayéndoles como un imán. Entonces John retiró su mirada, temeroso de que la cosa fuera más lejos y acabara como siempre—. En cuanto a montar en bici y a nadar... te prometo que algún día te enseñaré —le aseguró con una sonrisa suave para animarla. No soportaba verla afligida.

Pero Shirley se enderezó de pronto y se secó la humedad de los ojos con el dorso de las manos.

—No, no quiero esperar. Venga, hagamos una locura ahora —exigió resuelta.

John parpadeó boquiabierto.

—¿Qué? Shirley, es muy tarde y... maldita sea. ¡Shirley! ¿A dónde vas? —gritó, incorporándose de un salto al ver que se alejaba corriendo.

Shirley cruzó la carretera, recorrió dos calles, atravesó un jardín comunitario y se paró frente a una casa de ladrillos rojos. John se detuvo a su lado, sofocado y jadeando. Se inclinó sobre sus rodillas para recuperar el aire. Era increíble. Hace un rato la chica no era capaz de dar un solo paso sin su ayuda y ahora corría más rápido que un puto collie. Su primo Bruce tenía razón. Las mujeres eran criaturas extrañas y cambiantes como la luna.

—¿Ves esa casa de ahí? Es donde vive Eddy con sus queridos amiguitos de la hermandad. ¿Y ves aquel coche blanco que está aparcado cerca de la entrada principal?

John asintió mientras se preguntaba qué demonios estaría tramando. De pronto la chica se agachó, cogió una piedra enorme que había en el suelo, se acercó corriendo al vehículo y la tiró con todas sus fuerzas. La luna de la puerta lateral estalló en mil pedazos y la alarma empezó a sonar. Unos

ladridos de perro se escucharon de fondo.

John se llevó las manos a la cabeza.

—Shirley, ¿¡pero qué has hecho!?! —gritó perplejo.

Ella soltó una risotada diabólica.

—Se lo tenía merecido, ¡por capullo!

Las luces de la casa se encendieron y alguien se asomó a la ventana al oír el alboroto que había fuera. Shirley y John se apresuraron a esconderse tras un árbol, y aguardaron abrazados en tensión. Escucharon unos pasos acercándose rápido hacia el coche y luego un grito de rabia seguido de una retahíla de maldiciones. Ellos intentaron aguantar la risa, tapándose la boca con la mano. Shirley se puso roja de reprimirse y se le llegó a escapar una lagrimilla. John se apartó con sigilo del árbol y tiró de ella para que le siguiera. Corrieron de puntillas con intención de no hacer ruido hasta el muro que bordeaba la casa, se agazaparon contra él y volvieron a los edificios residenciales donde vivía Shirley. Al llegar a los jardines de la zona, se tiraron en la hierba llorando de la risa.

—Joder Shirley, nunca habría imaginado que serías capaz de hacer algo así. ¡Tu locura ha sido puro vandalismo! —exclamó enjugándose las lágrimas por las carcajadas. Aun sentía la sangre agolpándose en sus oídos y la adrenalina recorriendo sus venas.

Shirley rodó entre risas, sin creerse ni ella misma lo que había hecho. De pronto se detuvo, se apoyó sobre un codo y observó risueña a su compañero de fechorías. Él se encontraba tumbado boca arriba, contemplando las estrellas con una expresión risueña y soñadora. Ojalá Eddy hubiera sido como John. Habrían hecho muchas más cosas divertidas, se habrían reído más y habrían ido a un montón de sitios interesantes, en lugar de solo estudiar y quedar para almorzar con sus familias. Y seguro que él le habría enseñado a montar en bicicleta, le habría partido la cara al niño que le había hecho la ahogadilla, y sobre todo, no le habría dado la espalda por sus nuevos colegas universitarios.

—¿Sabes, John? Creo que voy a cometer otra locura —anunció, sin poder apartar los ojos del perfil de su cara. Tenía unas pestañas largas y sus labios finos la invitaban a fundirse en ellos.

John giró la cabeza hacia ella con el ceño fruncido y la confusión reflejada

en su mirada. Sus pupilas se dilataron por la sorpresa cuando vio que Shirley se inclinaba despacio sobre él y pegaba sus labios a los suyos. Al principio John se mantuvo inmóvil por miedo a que aquello fuera uno de los tantos sueños húmedos que tenía con Shirley, y que con solo respirar, ella se desvaneciera y él acabara por despertarse empapado y con la entrepierna hinchada como siempre. Pero no pudo aguantar más y la arrastró hacia su cuerpo sin dejar de besarla. Se recreó en la tibieza de su lengua, aún sabía al dulzor de los cócteles que se había tomado. Ella gimió contra su boca y eso terminó de encenderlo. Agarró su trasero con las dos manos y se aupó con las piernas de Shirley enroscada a sus caderas y sus manos aferradas a su cuello. Notó como los senos de la chica se incrustaban en su pecho, y su entrepierna empezó a palparle de manera dolorosa. Sus labios se movieron feroces contra los de ella, envolviendo su lengua con la suya, bebiendo su aliento suave. Shirley creyó que se ahogaba, apenas le quedaba aire en los pulmones, pero aun así no podía apartar su boca de la de John. Tenía un sabor cálido y adictivo que provocaba en ella una sed insaciable. Hundió sus dedos en su coleta medio deshecha, mientras entraban en el portal dando tumbos aferrados uno al otro. Un ola febril les recorría el cuerpo y los empujaba a desnudarse allí mismo. John deslizó una mano por debajo de su camiseta en busca del cierre del sujetador, a la vez que Shirley iba tirando de su chupa por los hombros. Jadeó de deseo cuando sintió su erección clavándose contra sus caderas y se apretó con más fuerza a su cuerpo. Aún seguía notándose algo ebria, pero sabía que esta vez no se iba a echar para atrás. Solo quería llegar a su cuarto, que le arrancara la ropa, la tumbara en su cama y...

—¡No jodas!, ¿En serio tengo que volver a ver esto, chicos? ¿Y en pleno pasillo? —gritó Karen, volviendo a colocar las manos delante de su cara para no ver.

John soltó tan rápido a Shirley, que esta tuvo que agarrarse al pomo de la puerta para no caerse de culo. Luego se miraron entre ellos, con los labios todavía hinchados y la respiración entrecortada, e intercambiaron por lo bajo una sonrisilla divertida. Más que vergüenza, se sentían como dos chiquillos revoltosos a los que habían pillado en medio de una travesura.

—Hola, Karen, ¿qué tal estás? —la saludó John, apretando los labios para contener la risa.

Ella lo miró irritada.

—Ahora mismo asqueada, gracias por preguntar. Y tú —dijo dirigiéndose a

Shirley con cara de pocos amigos—. Llevo buscándote todo el puñetero día. ¿Se puede saber dónde te habías metido? ¿Y qué horas son estas de llegar? —añadió, dando toquecitos a su reloj de pulsera.

Shirley observó a su amiga ahí de pie, con los brazos en jarra, los rulos en la cabeza y su bata rosa, y se dobló en dos por las carcajadas. Tenía una pinta horrible de maruja gruñona.

John logró mantener el tipo, aunque a duras penas.

—Oh, ¿encima te hace gracia? ¡Me tenías preocupada! —le recriminó Karen molesta.

Y sin pensarlo Shirley se aproximó a su amiga y le dio un abrazo fuerte. Karen se quedó congelada, sin saber qué hacer. Habría esperado cualquier cosa menos eso.

—Te quiero mucho, Karen. Gracias por preocuparte por mí —musitó, aferrada al cuerpo de su amiga como un koala.

—Vale... ya veo que te has pasado con el alcohol —dedujo al verla tan cariñosa, mientras le daba unas palmaditas en la espalda a modo de consuelo. A Shirley se le escapó un eructito y Karen entornó los ojos en blanco. John, incapaz de reprimirse por más tiempo, soltó una carcajada.

—Oh, sí, estupendo, ¡ríete! —le reprochó Karen— Pero tú te vas ahora y me dejas a la borracha.

—Yo me hice cargo de ella la última vez que bebió —se excusó él, sonriente. A pesar de que parecía de buen humor, en el fondo se sentía más frustrado que nunca. Otra vez tendría que darse una ducha de agua fría en cuanto llegara a su apartamento. Pero antes de salir por la puerta, se dirigió a Karen una vez más—. Oye, no seas muy dura con ella, ¿vale? Ha tenido un mal día y necesitaba desconectar.

Karen se ablandó un poco.

—Me lo imagino, pero no le costaba nada avisarme. Ella sabe que nunca le diría que no a una buena juerga —bromeó, guiñándole un ojo—. Y joder, la próxima vez que queráis echar un polvo, no hace falta que os lo montéis en el pasillo. Me lo hacéis saber y os dejo la habitación libre. Si hace falta, hasta os enciendo unas velitas y os pongo música —le sugirió a la vez que acunaba a Shirley. Se había quedado dormida sobre su hombro y no dejaba de resoplarle en la oreja.

—Ya, apuesto a que tú siempre lo has hecho en una cómoda cama — contestó John con ironía.

Karen se puso a pensar en sus polvos más salvajes y se le escapó una sonrisita traviesa. La verdad es que había sido una chica muy, pero que muy mala. Una vez incluso la habían echado de un cajero automático con las bragas en los tobillos.

—¿Sabes, vikingo? A veces eres un poco seco, pero me caes bien. Pienso que estas como un queso y que a Shirley le viene bien tenerte a su lado — confesó sin rodeos.

John esbozó una sonrisa abierta. Le gustaba la gente sincera y natural, y Karen sin duda lo era hasta el punto de ser descarada.

—Gracias. Tú también me caerías bien si dejaras de llamarme vikingo — replicó con la misma franqueza.

—¿Prefieres que te llame *Thor*?

John le lanzó una mirada asesina y Karen se echó a reír.

—Vale, lo intentaré, ¡pero no puedo prometerte nada! —gritó mientras él se alejaba ya por el pasillo.



11

Shirley se levantó por la mañana como si alguien le estuviera estrujando el cerebro para licuarlo y hacerse una sopa. Además notaba la saliva espesa y los músculos los sentía flojos, igual que si fueran de gelatina. Si fuera por ella, el mundo se podía ir al cuerno que no pensaba salir de la cama, salvo para hacer pis. Las resacas, aparte de destrozarle el estómago, la dejaban deprimida. De repente fueron llegando a su mente fogonazos de imágenes de lo que había pasado por la noche y notó como la sangre le bajaba de golpe a los pies. ¿Había cantado en un karaoke? Y eso no era lo peor. Se había cargado el cristal de un coche de una pedrada. El coche de Eddy.

Dios mío...

No solo hacía pellas y suspendía trabajos, ahora también era una delincuente. Enterró la cabeza bajo la pila de mantas y se hizo un ovillo, como si ese gesto fuera a ayudarla a desaparecer. Comprobó que tenía puesto un nuevo pijama y algunos mechones pegados a la frente por el sudor. Seguramente Karen la había cambiado de ropa.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿Decírselo a Eddy? El estómago se le contrajo en un puño. Confesarle su *pequeña* gamberrada era lo correcto, lo que le dictaba su conciencia, pero también sabía que, hacerlo supondría el final definitivo de su amistad. Y entonces apareció en su cabeza la última imagen del resumen, la más escandalosa y alarmante de todas. Ella y John poseídos por la calentura, quitándose la ropa a tirones y enrollándose como dos animales enfebrecidos

en mitad del pasillo de la residencia. Se quedó paralizada sin poder asumirlo. Por más que intentaba buscar una explicación o justificarlo, era imposible. Ni siquiera se reconocía a sí misma. Sacó la cabeza de las mantas para coger una gran bocanada de aire y volvió a desplomarse sobre el colchón con la mirada clavada en el techo. John... Estaba claro que el chico no era una buena influencia. La desestabilizaba por completo, le hacía hervir la sangre hasta la ebullición, la arrastraba al lado tenebroso de la fuerza. Y pese a saberlo, ya ansiaba volver a verlo.

El zumbido del móvil la sacó de sus pensamientos y al ver quien le mandaba el mensaje, notó un pellizco en la boca del estómago. Era una mezcla extraña entre un saltito de emoción y remordimientos de conciencia por sentir lo primero.

John:

¡Buenos días, Shirley Brown! ¿Cómo te has despertado? Seguro que debes sentirte como un rockero tras una noche de juerga. Por cierto, recuerda que hoy daremos la clase en el almacén. He quedado también con los chicos para ensayar.

Shirley:

*¿Qué cómo me he despertado? Tengo una jaqueca terrible y la conciencia me corroe por dentro de recordar todas las locuras que cometí anoche. Nuestro **coitus interruptus**, incluido.*

John:

Lo que yo suponía; como un rockero. Pues te advierto que no me vale la resaca como excusa para no venir a clase. Te tomas un analgésico y listo. Es que tengo ganas de verte jeje. Y en cuanto a lo último... ni siquiera llegamos al coito por la oportuna de tu amiga. Espero que le vomitaras encima y tuviera que darse una ducha de agua helada como yo.

Shirley:

Gracias a la oportuna de mi amiga no hemos acabado detenidos por escándalo sexual. Eres maligno, John. Debería mantenerme alejada de tu oscura influencia, pero vale, seguiré yendo a tus clases porque aunque últimamente no lo parezca, soy una alumna aplicada y responsable. ¡Pero tocaré el violín peor que nunca para vengarme de ti!

John:

Tranquila, no tendrás que esforzarte mucho. Y no es de mí de quien debes mantenerte alejada, sino del alcohol y de las piedras. Cuando sepa tu princesito quien le ha jodido la carroza... (Emoticono de carita roja de diablo) A todo esto, lo que dijiste anoche... ¿es cierto que puede haber una posibilidad?

Shirley se quedó helada. Sabía que John era directo, pero también era prudente y jamás habría imaginado que se atrevería a hacer una pregunta tan inapropiada. Y menos por el móvil.

Inmediatamente le llegó otro mensaje de John.

Perdona, ya sé que ahora mismo debes de estar alucinando en colores. Es solo que no he podido evitar pensar en todo lo que me dijiste y..., bueno, me dejé llevar.

Cinco segundos después le llegó otro.

Oye, ¿sabes qué? Mejor olvida estos últimos mensajes. No sé qué me habrá pasado por la cabeza. No, mejor aún. Olvida todo y empecemos de nuevo. ¿Qué tal tu resaca?

Shirley sonrió con ternura y sus dedos volaron en el teclado del móvil.

Horrible. Me duele todo y sigo pensando que eres una mala influencia.

John sonrió, miró apurado a su profesora de música y escondió el móvil bajo la mesa para escribirle:

Tonterías, sabes que soy irresistible y me adoras. ¡Y te quiero en el almacén a las cinco en punto!, o iré a buscarte y te traeré por una oreja con resaca incluida. Bueno, te dejo, que la señora Parker me va a pillar con el móvil.

Shirley:

¿Ya te ha contagiado Bruce su chulería? Ok, luego nos vemos allí. Y ¡eh!, yo también pienso en nuestra conversación de anoche.

Tan pronto como envió el mensaje se arrepintió de haberlo hecho. Había sido un acto impulsivo que, ahora seguramente, daría pie a preguntas incómodas que no estaba preparada para contestar. De pronto Shirley cayó en la cuenta de que ella también tendría que estar en clase. Oh no, ¡y encima había examen! Sacó los pies de la cama y se dirigió al armario, sacándose por el camino el pantalón del pijama a saltitos. La parte de arriba se la quitó por

la cabeza de un tirón. Después se puso unos vaqueros descoloridos y una vieja camisa roja de franela, que le quedaba algo grande y tenía una mancha de lejía en una manga. Era exactamente la que se ponía para limpiar.

Se echó un rápido vistazo en el espejo y arrugó las comisuras de los labios hacia abajo en una mueca de horror. Parecía el padre leñador de Hansel y Gretel, solo le faltaba el hacha y el sombrero para completar el look. Intentó atusarse el flequillo peinándoselo con los dedos hacia arriba con idea de darle un aire más femenino, (o que por lo menos la gente no tuviera dudas de lo que veía) pero solo consiguió que luciera más despeinado. Resopló dándose por vencida, cogió la bandolera, se la colgó del hombro y salió pitando de la habitación. De camino a clase empezó a sonarle el móvil y contestó apurada sin saber quién era.

—¿Sí?

—Hola Shirley, ¿qué tal te va todo?

El corazón le trepó hasta la boca al reconocer la voz grave de su padre y la sacudió un temblor nervioso. Inspiró hondo para calmarse. Era evidente que por el tono en que le hablaba, todavía no estaba enterado del suspenso.

—Hola papá. La verdad es que ahora me coges en un mal momento. Voy de camino a clase —le indicó con intención de quitárselo de encima cuanto antes.

Por mucho que su padre no supiera nada, ella sí lo sabía y se sentía incómoda hablando con él. Le carcomía la culpa. Y además era verdad que tenía prisa, ya llegaba cinco minutos tarde a clase.

—Bien, no te robaré mucho tiempo. Yo también tengo que asistir a una reunión. Solo quería saber cómo te iba —preguntó con ese tono fuerte e imperativo tan habitual en él.

Shirley entornó los parpados y resopló. Que su padre tuviera prisa no era ninguna novedad. Siempre tenía cosas que hacer y casi todas solían ser más importantes que ella. A penas lo veía porque se pasaba la vida encerrado en su despacho, asistiendo a juicios, viajando, acudiendo a reuniones y otros de sus miles de compromisos ineludibles. Era verdad que solía llamarla con la excusa de preocuparse por ella, pero Shirley sabía que solo quería asegurarse de que el árbol seguía creciendo sin torcerse. El señor Brown era un maniático del control. Si algo no salía según sus planes, explotaba de ira.

—Pues... estoy bien —.Soltó una risita nerviosa—. Ya sabes, como

siempre. Estudiando, las clases, los exámenes.

—¿Y con Eddy?

—¿Qué pasa con él? —preguntó a su vez extrañada.

—¿Aún seguís enfadados?

—Papá, no ha sido una simple discusión. Lo hemos dejado —le aseguró. Y al mismo tiempo que pronunciaba la frase se quedó sorprendida, porque era la primera vez que lo admitía sin titubear. Pero su padre aún no lo había aceptado como ella.

—¿Hasta cuándo vais a seguir con esa tontería? —gruñó irritado— El otro día me encontré con sus padres en el club y se produjo una situación de lo más incómoda. Ya no sabemos cómo manejar esta situación. Antes nos veíamos y hablábamos sin problema porque nos considerábamos de la misma familia. Ahora... estamos muy preocupados por vuestra situación. Tenéis que solucionar vuestras diferencias como sea, ¿me oyes? Tenéis que dejar al lado el orgullo y sentaros a hablar. No creo que sea tan difícil, ¡caray!

Shirley dejó escapar el aire muy despacio por la nariz. Justo lo que faltaba, que su padre se pusiera a opinar sobre su vida sentimental. Bastante mal lo estaba pasando con el tema como para que le hurgara en la herida.

—No hay nada de qué hablar. No se trata de uno de tus acuerdos previo al pleito y tampoco se trata de orgullo. Eddy no quiere... bueno, es simplemente que él ahora busca otras cosas —le explicó intentando no perder la paciencia.

—Eso es una soberana tontería. Eddy es como cualquier otro chico deslumbrado por lo nuevo. Yo también he sido joven y sé lo excitante que puede resultar la vida a vuestra edad. ¿Creéis que yo no me corría mis buenas juergas en el campus? Pero se trata simplemente de una época banal que no dura mucho tiempo. Por eso no me cabe duda de que Eddy acabará por centrarse y se dará cuenta de que tú eres la chica que le conviene. Una chica responsable, obediente, de buena familia. Lo que tienes que hacer es no mostrarte obstinada cuando llegue el momento y perdonar su desliz. Las mujeres para eso tenéis más sentido común que los hombres. Si quieres puedo tener una charla con él para intentar que entre en razón —le sugirió decidido a hacerlo.

Shirley se atragantó con su propia saliva al escuchar el último comentario. Increíble. No solo opinaba sobre su vida, sino que tenía toda la intención de

entrometerse. Y no contento con ello, pretendía que volviera con Eddy como si nada, que perdonara todo el tiempo de absoluta indiferencia y le recibiera con los brazos abiertos. ¿Y su orgullo dónde quedaba? Le recorrió una ola de ira por todo el cuerpo, aun así decidió contenerse porque conocía a su padre y sabía que en el fondo no tenía mala intención. Simplemente era un hombre tozudo que había recibido unos valores demasiado austeros. Tan austeros que rozaban el machismo.

—¡No, papá!, ni se te ocurra hablar con Eddy —le prohibió de inmediato—. Si al final él decide retomar lo nuestro, quiero que lo haga porque así lo siente y no porque se ha visto presionado por mi padre. ¿No te das cuenta que sería muy humillante para mí? —replicó sin poder contener la indignación.

—Está bien, lo dejo en tus manos —aceptó a regañadientes tras una larga pausa—. Pero espero que esta situación acabe pronto para que vuelva todo a la normalidad. En fin, te dejo que ya llego tarde a la reunión.

—¡Espera, un momento! —exclamó Shirley. De pronto se había acordado de algo muy importante—. Tú no sabrás dónde está el violín de mamá, ¿verdad? —inquirió con una vocecilla aguda, dejando entrever su miedo a enfadarlo.

Pero él reaccionó de forma inesperada.

—¿El violín de tu madre? ¿Por qué lo preguntas? —la cuestionó a la defensiva.

Shirley tuvo la impresión de que incluso se había puesto nervioso, luego desechó enseguida la idea al recordar con quien estaba hablando. Era su padre, y su padre era la persona más dura e implacable que conocía. Era lo que le había hecho ser uno de los mejores penalistas del país y por lo que ganaba la mayoría de pleitos.

—Nada, el otro día escuché a alguien tocar el violín y me acordé de ella —se limitó a contestar algo esquiva.

—Pues siento decirte que hace muchos años que lo vendí. En el trastero ya no pintaba nada acumulando polvo —manifestó tajante. Shirley bajó la cabeza, entristecida. Por un momento había albergado la esperanza de poder tocar con el violín de su madre—. Bueno Shirley, ahora sí que debo dejarte. Ya estoy en la sala de juntas y están esperándome para empezar la reunión. Recuerda lo que te he dicho sobre Eddy, ¿eh? Solucionadlo y dejáros de una vez de tonterías. Venga, adiós —. Y colgó, sin esperar a que su hija se despidiera.

Imponiendo su voluntad como siempre.

Shirley guardó el móvil en el bolsillo y corrió el último tramo que le quedaba para llegar a clase. Luego asomó la cabeza por la enrejada ventanilla de la puerta del aula y observó que ya todos estaban sentados haciendo el examen. Intentó abrirla y comprobó que estaba cerrada. Llamó varias veces con los nudillos, pero el profesor giró un instante la cabeza hacia ella y continuó paseando entre las filas de pupitres con las manos entrelazadas en su espalda. En el fondo no supo de qué le sorprendía. El señor Foster ya había dejado claro desde el comienzo del curso que no toleraría la impuntualidad, por lo que estaba claro, se había ganado otro suspenso. Se apoyó contra la puerta y se dejó escurrir hasta el suelo, mientras notaba como los ojos se le llenaban de lágrimas.



12

John salió de la universidad con el estuche del violín colgado al hombro, cruzó la carretera y subió a los jardines que recubrían el techo del Hypar Pavilion. Hacía un día primaveral, el cielo estaba totalmente despejado y la gente paseaba en sandalias y camisetas de tirantes. John decidió sacarse la sudadera, la extendió en el césped y se tumbó sobre ella, con los brazos tras la nuca y su cara orientada directamente hacia el sol. Le encantaba sentir como el calor lo entibiaba y le hacía cosquillas en la piel. En Aquisgrán hacía bastante frío, por lo que no podía disfrutar de muchos momentos así y le gustaba aprovecharlos. Oyó a unos estudiantes que también estaban sentados en la hierba a unos cuantos metros de distancia, practicando con el violonchelo. Y otros se encontraban sentados al otro lado de la plaza, bajo la arboleda que había cerca del estanque de la plaza Lincoln Center, estudiando las partituras o ensayando con diferentes instrumentos. Esa era otra de las cosas que le gustaba a John de su vida en New York. Allí pasaba completamente desapercibido, nadie le conocía —salvo sus profesores de música— y podía relajarse como cualquier estudiante más, sin sentir la presión de su apellido o el acoso de su familia. Bueno, casi.

—Tío, te he estado buscando por todo el campus. ¿Dónde te habías metido?
—le reprendió Bruce.

John ladeó la cara y abrió un ojo con la mano pegada a la frente a modo de visera.

—Intentaba encontrar un rincón para estar a solas y relajarme —dijo con intención de que captara el mensaje. Pero Bruce no lo hizo (o mejor dicho, lo ignoró) y dejó sus instrumentos en el suelo antes de sentarse a su lado.

—No hay momento para relajarse, recuerda que la graduación es dentro de una semana y tenemos que seguir ensayando.

—Lo sé, Bruce —contestó en un tono cansino mientras entornaba los ojos. Su primo siempre se ponía muy nervioso con las pruebas finales y lo sacaba de quicio—. Tenemos todos los temas controlados, los ensayos suelen salir bien y apenas hay arreglos que meter. Tranquilízate, ¿quieres?

—Para ti es muy fácil decirlo, como eres un superdotado del olimpo musical. Pero a los demás mortales no nos queda más remedio que practicar hasta quedarnos sin dedos, ¿lo pillas? —refunfuñó molesto.

John soltó una suave carcajada.

—Lo pillo y te digo más, el concierto saldrá tan bien que te graduarás con honores y te lloverán las oportunidades. Haz caso a este superdotado del olimpo musical —bromeó guiñándole un ojo—. De todas formas esta tarde he quedado con los chicos y con Shirley para ensayar en el almacén —añadió con idea de dejarle más tranquilo.

Y funcionó. De repente a Bruce se le iluminó la cara.

—¿Y vendrá también la morenaza de culo exuberante y pechos puntiagudos? —preguntó con interés.

—Ni idea, pero si la hubieras visto anoche con los rulos en la cabeza no dirías lo mismo —comentó John.

—¿Cómo? ¿Me puedes explicar mejor eso, por favor? —le pidió Bruce, tan sorprendido como si le hubiera dicho que había visto un platillo volante en el cielo.

John se encogió de hombros sin desviar la vista del sol.

—Nada, simplemente acompañé a Shirley a su habitación y ella estaba allí —respondió intentando restarle importancia, aunque tenía la sensación de que se había metido en la boca del lobo.

—Espera, espera, ¿qué tú quedaste ayer con Shirley? ¡Pero si ayer fue lunes! Tú nunca quedas los lunes, *es tu norma sagrada* —dijo repitiendo sus propias palabras con cierto recochineo.

—Ya, bueno, fue algo improvisado. Se presentó en mi casa llorando por su ex y decidimos salir a tomar algo para que se animara.

—¿Qué se presentó llorando por su ex y tú decidiste saltarte *tu norma sagrada* solo para ser su paño de lágrimas? —repitió cada vez más perplejo. De repente se puso a rodar por la hierba, doblado en dos de la risa.

John se medio incorporó y lo miró irritado.

—No seas inmaduro, Bruce. ¿Qué harías tú en mi lugar? La chica estaba triste y necesitaba consuelo. ¡Ya sé que es ridículo, pero deja de reírte de una maldita vez! —masculló, mientras apretaba los puños para no estamparle uno en la cara.

Bruce se detuvo en seco, se enjugó las lágrimas de la risa y miró algo más serio a su primo.

—Tío, sabes lo que significa eso, ¿no? —dijo dándole unas palmaditas suaves en la espalda— ¡Qué eres oficialmente un PRINGADO! —le espetó antes de volver a soltar otra carcajada.

—Idiota —gruñó John, dándole un empujón. Odiaba darle la razón, pero era cierto.

Se había convertido en el típico papanatas que se enamora de la chica colada por otro tío.

Karen introdujo una bolsita de manzanilla en la taza de agua hirviendo, le echó un chorrito de miel, preparó un sándwich de queso y lo colocó todo encima de una bandeja. Shirley la estaba esperando recostada en la cama, abrazada a su peluche de *Frozen*. Se había pasado la mañana lloriqueando, quejándose de ardores de estómago y de su mala suerte. Karen, que la había encontrado al salir de clase hecha un ovillo sobre el banco de madera de la entrada, intentó consolarla como pudo. Pero ella levantó la cabeza de su regazo y la observó con sus enormes ojos marrones vidriosos, como suplicándole «no hace falta que me lo digas, ya sé que la he vuelto a cagar». Después aguardaron las dos en silencio, hasta que se armaron de valor y decidieron ir al despacho del señor Foster para suplicarle otra oportunidad. Él fue muy claro, si quería recuperar la asignatura debía presentarle un trabajo de derecho civil antes de una semana. Al principio se alegraron, habían conseguido ablandar al señor Foster, ¡nadie conseguía ablandar al topo de hierro! Así lo apodaban por su trato inflexible y sus gafas de culo de botella. Hasta que más tarde comprendieron que el gesto generoso del señor Foster en

realidad tenía trampa, ya que era imposible escribir un tocho de doscientas páginas en tan poco tiempo.

—Esto es para aliviar tu resaca —dijo Karen, colocando la bandeja sobre sus piernas.

Shirley dejó a *Olaf* a un lado y se arrimó a la comida.

—¿Y funcionará? —preguntó con la esperanza de librarse de su dolor de cabeza y su ardor de estómago.

—No, pero tú llevas cuidando de mí y de mis resacas durante años, así que te debía el inútil favor —contestó con una sonrisa abierta.

—Gracias Karen. No sé qué haría sin ti —replicó Shirley con ironía.

—De nada. Y ahora cuéntame lo que realmente quiero saber. ¿Qué pasó anoche entre el vikingo y tú? —inquirió de forma impaciente mientras se sentaba en el borde de su cama. Shirley tuvo que agarrar la bandeja para que no se resbalara de sus piernas. Tendría que haber previsto que Karen la sometería al tercer grado. Lo raro es que no lo hubiera hecho en cuanto la pilló encaramada a John, pero seguro que la había frenado la lástima al verla tan pedo.

—Nada, no llegamos hasta el final porque tú nos interrumpiste, ¿recuerdas? Karen entornó los ojos, exasperada.

—Me refiero a cómo llegaste a esa situación.

—Ah, ¿eso? Pues aunque parezca extraño tuvo que ver con Eddy —confesó con la boca pequeña al tiempo que pellizcaba distraída la miga de su sándwich. Sabía que a continuación vendría la bronca y no se equivocó.

Su amiga soltó un suspiro largo y se dejó caer en la cama.

—Oh no, otra vez con lo mismo. Pensé que ya lo habías superado —se lamentó, aburrida de que el nombre de ese imbécil acabara surgiendo siempre en casi todas sus conversaciones.

Shirley le dio un sorbito a la infusión y volvió a dejar la taza en la bandeja antes de contestar.

—No te preocupes. Por fin me ha quedado claro que entre Eddy y yo, todo se ha terminado. El muy cerdo me dijo que estaba saliendo con otra chica. ¿Te lo puedes creer? Después de asegurarme que nuestra ruptura sería algo temporal y que volvería conmigo en cuanto se aclarase —objetó indignada.

—Odio soltar la frasecita de marras pero... te lo dije —dijo apuntándole con el dedo a modo de crítica—, te dije que ese rollo de daros un tiempo, era una excusa barata para darte esquinazo y liarse con otras. Conozco a los tíos como Eddy, van de niño bueno y luego son los peores. De todas formas no entiendo qué tiene que ver con que salieras con John —añadió confusa.

—Bueno, es que yo... me sentía mal y fui a su casa.

Karen la miró perpleja un segundo y se destornilló de la risa.

—Oh, Shirley —gimió abrazada a uno de sus cojines rosas—. ¿Usaste a ese pobre chico de consolador? Eso está muy mal, nena. Los tíos detestan que hagas eso.

—Te juro que lo hice sin mala intención. Simplemente había tenido un día duro y me apetecía hablar con un amigo. ¿Sabes?, con él tengo la sensación de que puedo contarle cualquier problema sin temor a que me juzgue. Si supieras lo que me divertí anoche. Hacía tiempo que no me reía tanto —reconoció con una sonrisa embobada que reflejaba más de lo que quería mostrar—. Pero tienes razón, quizá fue muy egoísta por mi parte desahogarme con él. Ni siquiera pensé en como se podía estar sintiendo. Soy idiota —murmuró arrepentida.

Karen mantuvo su sonrisa con una expresión indulgente y le robó un trozo de sándwich.

—¿Y si te gusta el vikingo por qué no te atreves a dar el paso con él?

—Porque John me hace perder la cabeza y eso me produce auténtico pánico —admitió con un destello angustioso bailando en sus ojos, antes de volver a mostrarse cabizbaja—. ¿Sabes por qué no sé montar en bicicleta? Una vez me caí, sangré y ya nunca más me atreví a intentarlo de nuevo. Sé que es una comparación estúpida, pero acabo de salir de una relación y lo que menos me apetece es que...

—¿Te vuelvan a romper el corazón? —dedujo Karen, alzando una ceja interrogativa.

—No, a que esta vez me lo rompan de verdad —confesó Shirley, mirándola fijamente a los ojos—. Sé que si me abro a John, se colará hasta donde nadie ha llegado. Ni siquiera Eddy. Y si permito que eso ocurra estaré irremediabilmente perdida.

—Shirley, ¿pero por qué tanto miedo? Sigo sin entenderlo. Puede que a

veces John sea algo borde y un poco *especialito*, pero en el fondo es un buenazo y está claro que le importas. Joder, ¿te recuerdo que usaste al pobre de consolador! ¿Qué más pruebas necesitas para entender que está loquito por ti? —le hizo ver en un tono jovial.

Shirley le echó una mirada algo airada. No le hacía gracia que comparase a John con un consolador. Ya bastante mal se sentía ella por haberlo utilizado.

—Lo sé, Karen. Sé que John es un buen chico y nunca me haría daño intencionadamente.

—¿Intencionadamente? —la cuestionó Karen.

Shirley desvió la atención de ella y se quedó mirando a su plato, indecisa. Era un presentimiento que tenía y que le daba apuro confesar, dado que no le encontraba ningún sentido.

—Verás, cuando estoy con John me embargan miles de sensaciones increíbles, sensaciones que no sé explicar y que me abruman al mismo tiempo. Pero algo me dice que también debo tener cuidado. Tengo la impresión de que hay como un velo en él que me impide saber quién es en realidad. Y es extraño porque por otro lado siento que le conozco desde siempre, o por lo menos que le conozco desde hace mucho tiempo—. Shirley sacudió la cabeza, sintiéndose confusa y estúpida de sus propias reflexiones—. Ya sé que parece que estoy pirada, no hace falta que me lo digas. ¿Quién sabe?, a lo mejor con el tema de Eddy me haya vuelto demasiado desconfiada. Lo único que tengo claro es que estoy hecha un lío —admitió soltando un suspiro cargado de pesar.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Karen de lo más intrigada. Los líos amorosos de su amiga la tenían en un sinvivir. Se sentía como si estuviera dentro de un capítulo de *Friends*.

Shirley se volvió a mostrar indecisa.

—No lo sé —reconoció pensativa—. Puede que necesite alejarme un poco de John para ver las cosas desde otra perspectiva. O por lo menos hasta que se me pase esa sensación extraña. Tampoco es justo para él que siga dándole alas si no lo tengo claro —consideró seriamente. Aunque solo la idea de guardar las distancias con él, le provocaba un nudo doloroso en el pecho. Quizá John ya se había enraizado dentro de ella como un árbol y era demasiado tarde para detenerle. Pero su instinto de protección la impulsó a seguir intentándolo.

De pronto cayó en la cuenta de la hora que era, dejó la bandeja apoyada en la colcha y se levantó de la cama, apartando las piernas de su amiga.

—¿Adónde vas? —quiso saber Karen, sorprendida por sus repentinas prisas.

—He quedado con John y los chicos en el almacén, y me va a matar si llego tarde —contestó por encima del hombro mientras buscaba en el armario algo que ponerse. Finalmente se decantó por un jersey de hilo fino, unos simples *jogging* negros de algodón y unas *Converse* bajitas de color rojas. Su aspecto lucía un poco mejor que el de la mañana, pero seguía siendo de lo último que habría escogido en su vestuario. Quería convencerse a sí misma de que no tenía la necesidad de llamar la atención de John, enfundándose en uno de sus vestiditos de princesa. Solo iba a pasar la tarde tocando con unos amigos. No hacía falta arreglarse tanto. Su lado coqueto, sin embargo, gritó en desacuerdo al pensar en las pintas que tendría frente a él.

—¿Los chicos? ¿Quieres decir que también estará el primo chulito de John? —inquirió su amiga, levantando de repente la cabeza de los cojines. Incluso la voz se le había vuelto más aguda de lo normal.

—Supongo que sí —contestó Shirley atusándose el flequillo con un poco de espuma fijadora entre los dedos. Una cosa era ir en plan informal, y otra, parecerse al *Sombrero Loco*.

Entonces Karen también corrió hacia el espejo y la apartó de un empujón para pintarse los labios.

—Yo también iré, paso de volver a quedarme aquí esperándote como una tonta —anunció antes de coger el bolso y dirigirse a la puerta con aire resuelto.

Shirley la miró de arriba abajo, asombrada. ¿Qué tripa se le había roto? Y sonrió divertida al comprenderlo.

—Así que Bruce te hace *tilín* —dedujo burlona.

Karen le asesinó con la mirada, pero trató de disimular estirando el cuello con desdén.

—A mí nada me hace *tilín*. Salvo los grandes descuentos en ropa de marca y los modelos masculinos de vaqueros ajustados. ¿Has visto que culo tienen? Son dos rocas juntas y apretadas —dijo sacando la lengua y cerrando las manos como si estuviera estrujando de verdad uno de esos fantásticos traseros.

Shirley se echó a reír. Por mucho que Karen intentara por todos los medios defender su imagen de chica dura, su interés había quedado demasiado evidente.

—Bruce podría ser perfectamente uno de esos modelos. Es muy guapo y por el tamaño de sus bíceps, diría que se mata a hacer deporte. ¿Y te has fijado en los cuadraditos de sus abdominales? —comentó con la perversa intención de picarla para estudiar su reacción. Aunque al mismo tiempo se preguntó qué pasaba en la familia Clayton. ¿Los esculpían al nacer como a las estatuas griegas? ¿O les echaban esteroides en la bebida? John también tenía un cuerpo alucinante. Había podido palpar sus pectorales y su abdomen firme como el granito. En una ocasión, incluso, casi le había fisurado una costilla al estrecharla entre sus brazos fuertes. Definitivamente llegó a la conclusión de que era idiota. Cualquiera otra tía en su lugar estaría dándoles las gracias a los santos por tener a un chico guapísimo como John, interesado en ella.

Karen frunció los labios y bufó indignada.

—¡Bah, no compares! Solo tiene tatuajes y un ego más grande que el monte Everest. Además no me atraen los macarras horteras —aseguró con aire altivo.

Shirley frunció los labios para contener una carcajada. Curioso, le encantaba la manera de vestir de John, pero el de su primo (que era idéntico) le parecía hortera. Estaba claro. A Karen le hacía tilín el macarra. Solo así podía explicarse que alguien con las cosas tan claras como ella, se hubiera vuelto tan incoherente.



13

John miraba de soslayo a la chica, mientras ella seguía practicando con el violín ajena a su terrible fastidio. Llevaba días notándola rara, como apagada y distraída. Ni siquiera le hablaba ya sobre su prueba de ingreso al conservatorio. Cuando antes era un tema que le hacía dar saltitos de emoción, hasta el punto de obsesionarla y llenarla de ideas. Ideas absurdas y disparatadas. Shirley había insistido en que le enseñara a interpretar los 24 Caprices de Niccolò Paganini, nada menos. «¿Me tomas el pelo?», había replicado John doblado en dos por su atrevida ocurrencia, «incluso para un estudiante de último grado como yo, supone un desafío de lo más complejo. ¡Es necesaria una técnica perfecta! Y tú solo sabes tocar de carrerilla, Las Ruedas del Camión hace Rum, Rum, Rum». «Que te den, yo soy capaz de tocar mucho más que eso», había protestado ella enfurruñada. Y luego se había equivocado al intentarlo, por lo que dio pie a una larga tarde de carcajadas y burlas por parte de John. Pero por suerte, al final, había logrado disuadirla y llegaron al acuerdo de crear una versión que convenciera al profesorado. Aunque a él ya le había quedado claro que sería una violinista de lo más osada y ambiciosa.

Observó que la chica se trababa en una parte de la canción y decidió acercarse a ella con intención de hacerle un par de correcciones. Entonces Shirley se enderezó como un palo, su expresión se tornó tensa y se zafó de su contacto con disimulo. John también se irguió incómodo y herido con la situación, no entendía a qué venía esa actitud tan fría y distante por su parte.

¡Joder!, hacía solo dos semanas todo era perfecto entre ellos. Incluso habían hablado de la famosa *posibilidad*. Pero ahora ni siquiera soportaba quedarse a solas con él en su piso y tenía que darle la clase en su habitación y en compañía de Karen. Y esto era lo que más le molestaba porque le hacía sentir como uno de esos tíos babosos que no respetaban a las chicas y debían ser vigilados para que no se sobrepasaran. ¿Cuándo demonios le había faltado al respeto para meterle en el mismo saco? Ya no entendía nada.

Alguien llamó a la puerta con unos toquecitos suaves de nudillos y las chicas levantaron la cabeza.

—¿Se puede? —preguntó el intruso.

—¿Y este tío qué hace aquí? —se quejó Karen, sorprendida de ver a Bruce en su habitación.

—Preciosa, no disimules. Ya sé que te mueres por mí —le contestó él con una de sus sonrisas del tipo, «soy el puto amo y lo sabes». Ella hizo oídos sordos, pero por el rabillo del ojo vio como también curvaba los labios de forma traviesa.

—Le he llamado yo para que venga a recogerme. Mi moto tiene jodido el carburador y le están echando un vistazo en el taller —dijo John, incorporándose mientras se ponía su cazadora de cuero.

Shirley también se puso en pie y le acompañó hasta la puerta.

—No era necesario que llamaras a Bruce. Yo te podía haber acercado a tu casa con mi coche.

—¿De verdad? ¿Aunque tuvieras que quedarte a solas conmigo? —contestó sin poder evitar que su comentario sonara mordaz.

Ella le sostuvo la mirada con el ceño fruncido. ¿A qué venía ese tonito irónico?

—Uy, uy, ¡pero cuánta hostilidad, tortolitos! ¿Sabéis lo que os hace falta para aliviar la tensión? Un buen...

—Karen —le cortó Shirley con una mirada de aviso.

Ella sonrió sin inmutarse, cogió su bolso y se levantó de la silla.

—Bueno, la que se va soy yo. He quedado con unos colegas y ya llevo tarde —se despidió mirando apurada su reloj. Pero cuando hizo el amago de salir por la puerta, Bruce le cerró el paso tan bruscamente que la chica se dio

de bruce contra su pecho. Karen retrocedió algo atontada por el golpe y le lanzó una mirada asesina.

—Perdón —se disculpó él con un gesto inocente—. Es que yo... Verás, me preguntaba si querías venir a mi concierto... Es dentro de unos días—. Ella no dijo nada, solo se limitó a observarle detenidamente, por lo que Bruce se puso más nervioso—. En realidad no es mi concierto, es el concierto de todos. Es decir, de todos los estudiantes que se gradúan. Yo soy uno de ellos —alegó sin saber qué otra tontería decir, mientras seguía aguardando su respuesta con una sonrisa tirante. John y Shirley intercambiaron una mirada de confusión. ¿Qué diablos le sucedía a Bruce? Lejos de comportarse como el cretino de siempre, parecía un pobre crío asustado. Hasta se había puesto rojo. Karen permaneció en silencio, considerando su propuesta sin ninguna prisa. Luego le recorrió con la mirada de arriba abajo, se detuvo en sus pectorales (se le marcaban a través de una fina camiseta blanca que llevaba bajo la cazadora) y una sonrisa maliciosa fue abriéndose paso en su cara.

—Sí, ¿por qué no? Puede estar bien —aceptó al fin.

Bruce se frotó la nuca con la cabeza ladeada y una sonrisa tímida.

—Cojonudo —respondió intentando parecer indiferente. Aunque sus ojos azules brillaron risueños y esperanzados.

Karen le sonrió una vez más y se giró con un movimiento coqueto de melena. Los ojos de Bruce se clavaron en el balanceo rítmico que hacía su trasero mientras salía por la puerta, y cuando ella desapareció de su vista, volvió en sí, cogió carrerilla y de un salto aterrizó en su cama.

—Esa gatita ronroneará en mis brazos muy pronto —aseguró como un depredador relamiéndose antes de tiempo.

Shirley y John sacudieron la cabeza con hastío. Por un momento se habían llegado a preocupar. Pero no, ahí estaba el mismo capullo de siempre.

—No seas cerdo, Bruce. Estás hablando de mi amiga —replicó Shirley, indignada.

—Pues tu amiga va a caer. En esta cama. Y conmigo encima —insistió a la vez que acariciaba la colcha con una mirada pícaro.

John entornó los ojos cansado de aguantar las tonterías de su primo, cruzó la habitación y tiró de su brazo con insistencia.

—Vámonos ya antes de que alguien te parta la cara. Y cuando digo alguien,

me refiero a mí. Tío, a veces parece que estás pidiendo un puñetazo a gritos.

Bruce chasqueó la lengua y se bajó de la cama como un niño travieso al que le habían arruinado la diversión.

—Vale, vale, pero recuerda que seré tu maldito chófer durante los próximos días. Lo mínimo que puedes hacer por mí es comportarte como un buen colega. Por cierto, ¿y por qué tiene tu princesita la cama llena de peluches? ¿Es que le gusta que miren mientras os lo montáis?

—¡Serás degenerado! —le gritó Shirley antes de tirarle uno de los peluches a la cabeza, pero Bruce lo esquivó con facilidad y se echó a reír. Era inevitable. Veía a Shirley tan modosita que le encantaba hacerla rabiar. Y francamente, ella se lo ponía muy fácil.

—No es asunto tuyo y sigue andando —gruñó John, dándole pequeños empujones hacia la puerta.

—No, en serio. Yo una vez salí con una chica que se masturbaba con un peluche de Mickey Mouse. A mí me daba igual, siempre y cuando no le invitara a nuestra fiesta privada. No es que tenga nada en contra de los tríos, pero no con muñecos. Hasta yo tengo un límite, ¿sabes?

John puso una mueca de asco.

—Joder, ¿pero con qué clase de mujeres sueles salir tú? Déjalo, prefiero no saberlo —lo pensó mejor cuando vio que su primo hacia el amago de abrir la boca para contestarle.

—Ya ves, las tías son muy raras —se limitó a decir mientras se encogía de hombros.

—Y porque no has visto sus libros de Crepúsculo. Está loca por Edward Cullen —cuchicheó John en su oído.

—¿De verdad? —Se rió Bruce.

—¡Eh, no te burles de Edward! —le amenazó Shirley.

—¿Lo ves? —volvió John a susurrar. Aunque sabía que ella lo estaba escuchando perfectamente.

—¡Uhhh! —aulló Bruce— A Shirley le van los vampiritos metrosexuales y fluorescentes —canturreó con actitud infantil—. Tú antes molabas, que lo sepas —añadió apuntándola con un dedo acusador. John se mostró de acuerdo con un leve movimiento de cabeza y una media sonrisa socarrona.

—¡Idiotas! —les espetó ella sin poder contener la risa mientras los veía salir por la puerta de su habitación. En el fondo no le molestaba que se metieran con ella. No demasiado. Sabía que estaban bromeando sin mala intención porque era lo que hacían también entre ellos, y en cierto modo, le gustaba que la trataran como a una más de la pandilla.

Shirley y Karen se encontraban en unos grandes almacenes escogiendo modelito para la noche. Ya habían visitado algunas tiendas y se habían probado un millar de vestidos, pero ninguno les parecía lo suficientemente adecuado. Cuando no era muy corto, era muy largo, y cuando no era sexy, era demasiado recatado. Estaba resultando incluso más estresante que el día que se habían ido de compras para el baile de fin de curso. Al menos, por aquel entonces, habían tenido meses para hojear catálogos de moda y decidir con calma. Esto les había pillado casi de improviso. Vale que habían tenido unos días de margen para prepararlo todo. Shirley incluso había contado con más tiempo. Sin embargo, para una chica, todo tiempo que fuera inferior a seis meses se convertía en un imprevisto. Y qué demonios, se encontraban más nerviosas que en su propia graduación del instituto, por lo que se trataba de una situación crítica. ¡De extrema urgencia! Hasta Karen, que pasaba de todo ese rollo de la música clásica, rebuscaba entre el perchero como si le fuera la vida en ello.

—¿Qué? ¿Aún no encuentras nada? —preguntó Shirley desde el interior del probador. Escuchaba el ruido furioso que hacía al pasar las perchas y temía que Karen echara de un momento a otro la tienda abajo.

—¡No! —gruñó ella— ¿Qué pasa con los diseñadores de este país, han puesto a sus abuelas a coser por ellos? Solo hay vestidos feísimos con estampados de flores y recargados de volantes.

—Buenas tardes. ¿Le puedo ayudar en algo? —les interrumpió una dependienta con una sonrisa servicial. En ese momento las cortinas del probador se abrieron y salió una Shirley envuelta en un vestido de satén blanco lleno de lazos. Karen enmudeció de golpe y la dependienta se llevó las manos a la cara—. ¡Oh, está preciosa!

Shirley vio que Karen seguía boquiabierta, observándola con expresión horrorizada, y supo que lo que decía la dependienta era mentira. Para bien o para mal, su amiga no sabía fingir.

La dependienta dio un paso al frente y rodeó a Shirley con su sonrisa falsa.

—Querida, ese vestido le queda estupendamente. Ni hecho a medida. Debería llevárselo sin dudar —la aconsejó instándola a comprarlo.

Karen pudo reaccionar al fin y agarró a la dependienta del brazo para alejarla de Shirley todo lo posible.

—Gracias, ¿pero sabe qué? Vamos a seguir nosotras y ya la llamaremos cuando sea necesario —dijo echándola de allí sin demasiada sutileza.

La dependienta asintió y se marchó a regañadientes.

—Dime la verdad, ¿tan mal estoy? —preguntó Shirley a su amiga cuando volvieron a quedarse a solas.

—¿Recuerdas esos pastelitos de merengue y hojaldre? Pues aún peor —sentenció rotunda. Shirley abrió la boca, horrorizada—. ¿Te imaginas que John te viera con *eso* puesto? ¡Te tomaría por una milhoja parlante! —agregó Karen muerta de la risa. Puede que dar con el vestido perfecto estuviera resultando misión imposible, pero por lo menos se estaba divirtiendo de lo lindo. Menos Shirley, que el comentario no le había hecho la menor gracia y la miraba con cara de pocos amigos.

—Pues la dependienta dice que me queda muy bien —replicó algo indignada.

—Será porque esa bruja se quiere llevar una buena comisión a tu costa —objetó mostrándole el precio que marcaba la etiqueta del vestido. Nada menos que quinientos dólares—. Hazme caso y vuelve a poner *esa cosa* en el perchero. Pero déjala bien oculta, donde ninguna otra incauta pueda encontrarla. Cuando seamos viejecitas les contaremos a nuestros nietos que hicimos una buena obra social.

Shirley hizo caso riéndose a carcajadas. Karen podía ser muy bruta, pero sus afirmaciones solían dar en el clavo.

Las chicas ya se habían resignado a su suerte cuando vieron un vestido precioso en un maniquí de una pequeña tienda de costura, y pegaron sus caritas al cristal del escaparate. Una anciana, que estaba hilvanando un pantalón tras su mesa de trabajo, vio a las jóvenes observando a sus maniqués con ojillos cargados de esperanza e ilusión, y les hizo un gesto amistoso para que entraran. Las chicas se miraron dudosas un segundo, hasta que llegaron a la conclusión de que no tenían nada que perder (la graduación sería dentro de unas horas, seguían sin tener nada y se estaban quedando sin tiempo) y

decidieron aceptar la invitación. Karen se puso a dar saltitos de alegría al ver más maniquís con vestidos tan bonitos como el del escaparate. «Es este, este es el que buscaba!», anunció frente a un vestido de corte griego y de tul rojo. Por fin había sentido ese flechazo que le indicaba que estaba ante el vestido perfecto.

Shirley recorrió la tienda igual de emocionada y sorprendida. Olía un poco fuerte, quizá a incienso, y había varias mesas de madera llenas de rollos de tela, patrones, cintas métricas, tijeras, alfileros y máquinas de coser. No era en esa clase de tienda donde se había imaginado que acabaría. Como casi todas las chicas de su edad, Shirley solía comprar la ropa en cadenas conocidas o en los grandes almacenes, pero debía reconocer que allí había cosas muy chulas. Entonces alzó la mirada y se quedó embobada al ver un traje precioso colgado de un perchero. Shirley y Karen se volvieron a mirar, soltaron un gritito de júbilo y empezaron a saltar cogidas de las manos. ¡Ya tenían los vestidos para la graduación!

Acababan de salir de la tienda cargadas de bolsas cuando Shirley recibió un mensaje. Su expresión se tornó sombría y Karen lo notó de inmediato.

—¿Qué ocurre? —inquirió preocupada.

—Es John, quiere saber a qué hora puede pasar a recogernos. Por lo visto ha alquilado una limusina —informó con voz ajada. Ese tipo de gestos tan atentos le hacían sentir aún peor. Seguramente se había gastado una buena pasta. Pasta que no le sobraba. Y solo por tener el detalle de complacerlas.

—Oh, Shirley, ¡qué mono es! ¿Hasta cuándo vas a pasar de él? Se me parte el alma cuando viene a darte clase y te come con los ojitos mientras tú le ignoras —expresó Karen con un puchero.

—¿Y crees que para mí es fácil? Yo también lo estoy pasando fatal con todo este asunto —le aseguró irritada. No necesitaba que su amiga le hiciera sentir peor.

—¿Entonces por qué lo haces, Shirley?

—Ya te lo he dicho. Hasta que no me sienta preparada no quiero...

—Darle esperanzas, sí, lo sé —. Aun así Karen seguía sin comprenderla y sacudió la cabeza con incredulidad—. Mira, ¿te acuerdas cuando me empeñé en llevar aquellos pantalones vaqueros?

Los ojos de Shirley cobraron un matiz divertido.

—¿Los que te dejaban la tripa roja por lo estrechos que te quedaban?

—Sí, esos —gruñó—. ¿Recuerdas el consejo que me diste?

—Que dejaras de hacer el imbécil y te compraras otros de tu talla, pero como siempre, no me hiciste caso —contestó a modo de reproche.

—Exacto, ¿y qué pasó luego?

Shirley esbozó una sonrisa maligna.

—Que cuando se te cayó el bolígrafo al suelo, te agachaste a recogerlo y justo en ese momento, se te rajó la tela de la entrepierna. Oh, Karen, ¿por qué tenías que recordármelo? —se quejó enjugándose las lágrimas por la risa.

Karen también se echó a reír.

—¡Fue horrible, todo el instituto me vio el culo! Lo peor es que hasta que no terminaron las clases no pude volver a casa y cambiarme de ropa. ¡Oh!, pero cuando lo hice y me puse los nuevos vaqueros, alcancé el nirvana. Se me había olvidado lo que era respirar sin escupir el estómago. ¡Ese sí que fue el mejor orgasmo de mi vida!

—¿Y quién te mandó comprar unos vaqueros dos tallas más pequeños que la tuya? —replicó Shirley, entre carcajadas.

—La publicidad y la gente, que te dice que tienes que verte como un palillo para estar buena. Sí, ya sé, era idiota. El caso es que Eddy son los malditos vaqueros que no te dejan respirar y John son los pantalones nuevos, los de tu talla, los que te sientan perfectos. No esperes a quedarte sin aire o a que se te vea el culo para hacer lo que desees —le dijo en serio.

Shirley la miró un poco más apagada.

—Agradezco el consejo, Karen. Pero no creo que John sea comparable a unos pantalones. Ni tampoco nuestra situación. Ya sabes que es un poquito más complicado de lo que parece —reparó, guiñándole un ojo con ironía.

—Oye, no es el mejor ejemplo del mundo, pero tú sabes muy bien lo que intento decirte —replicó Karen, molesta al ver como Shirley se hacía la tonta—. Te empeñas en comerte la cabeza cuando tienes a un chico maravilloso que solo desea hacerte feliz. ¿Pero sabes qué? Todo tiene un límite, Shirley. Y puede que un día John se canse de tener paciencia y lo pierdas para siempre —le advirtió.

Shirley le mantuvo la mirada unos segundos, con la angustia anidada en sus

ojos, y al final bajó la cabeza con pesar.



14

A las ocho en punto un John sonriente y nervioso llamó a la puerta de las chicas. Llevaba el pelo recogido en una coleta bien peinada y se había puesto una preciosa americana oscura, con el detalle excéntrico de una rosa negra bordada en una de las solapas; por debajo lucía también una camiseta oscura, bastante ceñida al cuerpo y con un escote terminado en pico; de cintura para abajo tenía puestos unos vaqueros pitillo negros, que lo hacían parecer más alto de lo que ya era, y unas botas moteras con la lengüeta por fuera del bajo del pantalón. El único elemento que destacaba de su atuendo, era un colgante largo de plata con una flor de lis.

Shirley se derritió por dentro. Estaba guapísimo, (para comérselo incluso) y al mismo tiempo iba elegante sin perder su estilo informal.

John también la recorrió con una mirada de completa fascinación, y otro tipo de sentimiento más lascivo. Se quedó como un idiota con la sonrisa congelada en la cara, mientras Shirley lo contemplaba a él con un brillo inquieto en los ojos. Siempre había creído que era la chica más dulce y bonita que había visto nunca. Sin embargo, con ese traje parecía una auténtica princesita de cuento. Lucía un vestido con algo de vuelo que le llegaba por encima de las rodillas y estaba forrado por un encaje azul marino. El escote era cuadrado, sin mangas, y con algunos volantes en el borde, pero sin ser demasiado recargado. En los pies se había puesto unas bonitas sandalias de tiras finas a juego con un bolsito de mano color hielo. Y en la cabeza se había

colocado una diadema de piedrecitas plateadas, se había peinado el flequillo hacia un lado y se había colocado las puntas de su corta melena hacia afuera, dándole la graciosa apariencia de un duende del bosque.

—¡Vaya! —exclamó casi sin aliento— Sí que estás..., bueno, sí que estás deslumbrante —comentó de forma atropellada por los nervios.

La sonrisa de Shirley se hizo enorme y sus mejillas se tiñeron de un ligero color melocotón que la hacía aún más adorable. John sintió que se le salía el corazón del pecho. Ella era la chica que se colaba en sus sueños cada noche y en sus pensamientos a diario, y ahí estaba, sonriendo ajena a todo lo que despertaba en él con ese simple gesto. Juró que tenía que hacer lo que fuera necesario para conquistarla. Aunque al mismo tiempo también se preguntaba cómo lo conseguiría, si todavía no entendía por qué que se había distanciado de él.

—¿Y a mí no me vas a decir qué tal estoy? —intervino Karen, rompiendo la sintonía de sus miradas.

Lucía radiante con su estupendo vestido de tul rojo que recalca su busto y se le ajustaba al cuerpo.

John dibujó una sonrisa divertida al ver que ponía morritos y adoptaba una pose sexy.

—Por supuesto. Estás muy guapa, Karen. Pero creo que eso tú ya lo sabes —dijo guiñándole un ojo.

—Sí, es cierto —coincidió ella con otra sonrisa descarada.

—¡Eh!, ¿nos vamos ya? El tío de la limusina dice que no tiene sitio para aparcar y que le van a poner una multa si no nos damos prisa —avisó Bruce, asomando la cabeza por el quicio de la puerta. De repente reparó en Karen y soltó un silbidito—. Bueno, bueno, ¿pero qué tenemos aquí? No sabía que había muerto y que estaba en el cielo —la piropeó mientras se la comía con los ojos.

Karen sonrió hasta las orejas y sacó más pecho.

—No, querido, no es el cielo. Pero estás ganando puntos para que te deje entrar en el —le aseguró con un brillo malicioso en sus ojos oscuros.

Bruce se puso aullar como si fuera un lobo y le lanzó una mirada cargada de intenciones lascivas.

—Cuidado pequeña, porque puedo tomármelo como una promesa.

Karen cogió su chal de seda, su bolsito de mano y se dirigió a la puerta, cantoneando las caderas como una jodida diosa griega.

—De momento tómatelo solo como una buena señal, ¿ok? —dijo dándole unas cuantas palmaditas suaves en la cara cuando pasó por su lado.

Bruce clavó sus ojos azules en su trasero forrado de rojo, soltó un gruñidito y se mordió los labios con fuerza.

—¡Algún día te hincaré el diente! —le juró en voz alta para que le oyera.

Pero Karen se hizo la sorda y siguió andando por el pasillo, mientras sonreía con picardía para sus adentros. Uff, desde luego ese chico sabía cómo encenderla.

La Juilliard School resultó ser más impresionante por dentro de lo que parecía por fuera. Y ya era mucho decir, porque la escuela limitaba con la preciosa plaza Lincoln Center, lucía una fachada espectacular que recordaba a la proa de un barco y estaba recubierta casi por completo por unos grandes ventanales de cristal ahumado. Pero el vestíbulo del centro conservaba el mismo estilo minimalista y tenía unas escaleras blancas de diseño que ocupaban casi todo el espacio y conducían a la planta donde se encontraban las clases y el auditorio.

Cuando llegaron a la escuela ya se habían congregado en el *hall* un batiburrillo de estudiantes, profesores y familiares. Entre ellos se encontraban los chicos del McGee's y los padres de Bruce, que se acercaron a saludarlos en cuanto les vieron. Todos hablaban por encima de unos y otros. Era un cacareo incesante y animado que reflejaba los nervios que se respiraban en el ambiente. John se despidió de sus tíos y les hizo una seña a los chicos para que le siguieran. Al poco rato se les unió Bruce, cerca de unas escaleras empinadas y estrechas que había al fondo del vestíbulo.

—¿Veis esa entrada de ahí? —les preguntó John, señalando las escaleras con la cabeza.

—Sí —respondió Shirley, al ver una puerta roja en lo alto de la escalinata.

—Bien, pues ese es el camino que tenéis que coger unos minutos antes de que empiece el concierto. Una vez arriba, torcéis a la izquierda, abris otra puerta que hay al fondo y simplemente debéis buscar vuestros asientos que ya están asignados —dijo repartiendo a todos las entradas y el programa del

concierto. Luego se dirigió solo a los chicos del McGee's—. Y vosotros, en cuanto comience el concurso de composiciones, os reunís con Bruce y conmigo en las escaleras del escenario, ¿ok?

Ellos asintieron con los estuches de sus instrumentos colgados en la espalda. Menos Jimmy, que tocaba la batería y era demasiado grande para cargar con ella. Pero John ya se había encargado esa misma mañana de que la trasladaran a la escuela.

—Un momento —intervino Shirley—. ¿Ese camino por el que tenemos que ir no es la salida de emergencias? —preguntó al ver el cartelito clavado en la pared.

—Sí, pero casi todos irán por las escaleras principales, por lo que se formará un atasco horrible para entrar al auditorio. Siempre pasa igual. Por eso John y yo solemos tomar este pequeño atajo cuando vamos con un poco de prisa —le indicó Bruce, orgulloso de compartir el secreto.

—¡Mola! —exclamó Karen.

—¿Un pequeño atajo? —repitió Shirley con ironía— ¡Es la salida de emergencia! Es decir, que está prohibido ir por ahí a menos que sea necesario.

—No te preocupes, habrá tal alboroto que nadie se dará cuenta —le aseguró John, posando una mano sobre su hombro con una sonrisa tranquilizadora.

Shirley arrugó la nariz y masculló por lo bajo. Odiaba saltarse las normas y desde que conocía a John tenía la impresión de que no hacía otra cosa. Y comprendió que esa era otra de las razones por la que no se atrevía a dar el paso. Le encantaba estar con él y se sentía muy a gusto a su lado, pero no le gustaba que pusiera su perfecto y organizado mundo patas arriba.

John y Bruce se marcharon para preparar el concierto y los demás chicos esperaron hasta que abrieron el salón principal y pudieron escabullirse por la salida de emergencia. De manera que fueron de los primeros en acceder al interior del auditorio, mientras se escuchaba a la gente protestando y agolpándose en las puertas de afuera. Sacaron las entradas y se pusieron a buscar sus asientos. Shirley observó que el auditorio de la Juilliard School era precioso, muy acorde al estilo moderno de todo el edificio, pero echó en falta la majestuosidad de los salones antiguos de las ciudades europeas que veía en los conciertos retransmitidos por la televisión; con sus palcos dorados y recargados de rosas rojas, los asientos tapizados en terciopelo granate, los

candelabros de bronce, las lámparas de cristal. La Juilliard School tenía un auditorio con una acústica estupenda, unos cómodos asientos plegables y halógenos a lo largo del techo. Pero le faltaba el encanto de lo antiguo.

—¡Mira Shirley, nuestros asientos son esos de ahí! —dijo Karen señalando emocionada la primera fila.

Se sentaron con los chicos a esperar y poco a poco la sala se fue llenando de gente elegante y bañada en perfume. Al lado de ellos se colocaron una pareja con una camiseta que decía «te queremos Nicky y estamos orgullosos de ti» y otras personas con cámaras de fotos, por lo que Shirley comprendió que se encontraban en la zona reservada para los familiares.

Al cabo de un rato el murmullo en la sala se fue apagando, las luces se hicieron más tenues y fueron saliendo en fila los integrantes de la orquesta. El público los recibió con un estruendoso aplauso antes de empezar a sacar fotos y a grabar con el móvil. Los músicos tomaron asiento tras los atriles con sus libretos abiertos, y cuando apareció el director de la orquesta, se volvió a escuchar una oleada de aplausos. Varios segundos después empezaron a tocar.

—¡Oh mira, Karen, es la Obertura Académico op.80 de Johannes Brahms! —dijo Shirley leyendo el programa que les había entregado John.

—¡Yujuu! La velada pinta ser de lo más divertida... —alegó ella con sarcasmo.

En el fondo estaba más emocionada de lo que quería admitir. Puede que no tanto como Shirley —que contemplaba a los músicos con una sonrisa embobada en los labios—, pero debía reconocer que escuchar el sonido vibrante de las trompas y de los instrumentos de cuerda resonando con fuerza en la sala, era impresionante y maravilloso. De repente se fijó en uno de los músicos que iba de traje negro y se quedó boquiabierta.

—¡Ostras! ¿Ese no es Bruce? —exclamó sin dar crédito.

—¿Qué? —preguntó Shirley.

—Ese de ahí que tiene algo raro metido en la boca.

Shirley puso los ojos en blanco.

—Es una flauta dulce.

—Lo que sea, ¡míralo! —insistió Karen, señalando al chico sin disimular.

—Sí, caray, pensé que solo sabía tocar la guitarra —coincidió Shirley igual

de sorprendida.

—¿No lo sabíais? Bruce toca la flauta desde hace años, incluso mucho antes que la guitarra —les dijo Max, el teclista del grupo, al escucharlas parlotear por lo bajo.

Karen esbozó una sonrisa burlona.

—Mira el capullo qué formalito parece con ese chisme en la boca y todo trajeado —comentó sin apartar la mirada de él.

Shirley se fijó en que los ojos de su amiga brillaban orgullosos y excitados. Hasta que...

—¡Pero qué haces! —exclamó al ver que se ponía a hacer aspavientos con las manos.

—Saludar para que sepa que estamos aquí —contestó como si fuera obvio, mientras los chicos se partían de la risa.

—Karen eso ya lo sabe, ¿no te parece? Por favor, vuelve a sentarte... —le suplicó tirando del bajo de su vestido, a la vez que observaba abochornada como casi todo el mundo las analizaba con expresión sombría.

Karen obedeció a regañadientes y se encaró con la pareja que se encontraba sentada a su lado mirándola con desdén.

—¿Qué pasa? Yo no tengo una camiseta hortera con la que poder demostrar que estoy orgullosa de mi amigo —les echó en cara.

Los chicos volvieron a reírse al ver al matrimonio de *snoobs* torcer el gesto y Shirley decidió tirar la toalla con Karen. Era más fácil controlar a un caballo desbocado que a su amiga. Entonces cayó en la cuenta de algo importante. ¿Dónde se encontraba John? ¿No se suponía que también debía estar tocando en el escenario? Repasó una por una las caras de los violinistas que había en el grupo de cuerdas y no lo encontró entre ellos. No pudo evitar angustiarse. De repente, sin saber por qué, le vino a la cabeza la imagen de aquel violinista de la tele que había salido huyendo en pleno concierto, y el corazón empezó a latirle con violencia. ¿Y si John también estaba en apuros o le había pasado algo?

—Chicos, ¿dónde está John? —les preguntó en un susurro.

Antes de que pudieran contestarle, la orquesta terminó de interpretar la pieza y solo se podía oír el enardecido aplauso del público. Cuando los

ánimos se calmaron, una mujer vestida de traje negro salió a hablar al escenario.

—Damas y caballeros, es un honor para mí como directora del centro, poder daros la bienvenida otro año más a nuestro concierto de graduación —manifestó en un tono solemne a través del pie del micrófono. La gente volvió a aplaudir y tuvo que hacer una breve pausa antes de continuar—. Bien, tras este maravilloso inicio de velada, el recital seguirá con nuestro querido director de orquesta, el profesor Plasson y nuestro talentoso concertino, Johann Baptista Wilfredo Schwe...

—Clayton —la corrigió John de pronto a su lado. Había salido al escenario como una flecha y le había arrebatado el micrófono de un tirón—. Mi nombre es simplemente John Clayton —añadió entre dientes, mirando al público con una sonrisa tan estirada que se le veían las muelas.

La directora frunció el ceño y volvió a quitarle el micrófono, indignada con su interrupción.

—Ejem..., pues ya que tenemos aquí a nuestro concertino, recibamos con un fuerte aplauso al director Michael Plasson —dijo con una sonrisa falsa, dirigiéndole a John otra mirada furiosa antes de abandonar el escenario.

El público se puso en pie y les dedicó a John y al director una gran ovación. Shirley también estaba aplaudiendo, mientras intentaba encontrar una explicación a lo que acababa de ocurrir. ¿A qué venía que se comportara como un loco? Dios, ¡casi había arrollado a esa pobre mujer al arrancarle el micrófono de las manos! Cuando los aplausos fueron apaciguándose se escucharon unas sonoras carcajadas.

—¡Wilfredo, se llama Wilfredo! —replicó Karen llorando de la risa. Shirley le dio un codazo para que se comportara— ¿Qué? ¡No me dirás que no es para troncharse! —se excusó enjugándose con un dedo las lágrimas de los ojos.

—Yo que tú me cuidaba de no llamarle así en la vida —le advirtió James, el chico del bajo—. Una vez, Max, le vaciló con el tema y acabó con la cabeza metida en el agua donde enfriamos las birras, ¿a qué sí? —preguntó mirando a este.

—El muy cabrón casi me ahoga —masculló el chico al recordarlo.

Karen se limitó a sonreír sin decir nada. ¿Qué no pensara vacilarle? ¡JA!

Lo haría en cuanto salieran por la puerta de la escuela. Es más, decidió cambiarle el mote. A partir de ahora lo llamaría Willfret.

—¿Te has fijado en lo que ha hecho John? —le preguntó Shirley en voz baja, sin dejar de darle vueltas al asunto.

—¿A qué te refieres?

—Ha salido ahí fuera como un loco y le ha quitado el micrófono a la directora. Era como si no quisiera que dijera su nombre.

—¿Y de verdad te parece extraño? ¡Por Dios, el chaval tiene un nombre horrible! ¿Quién no querría ocultar algo así? —expresó Karen como si fuera lo más normal del mundo.

Pero Shirley siguió sin mostrarse convencida. La intuición le decía que se trataba de algo más complicado. Aunque tenía que darle la razón a Karen en una cosa: el nombre era feísimo. Le recordaban a esa larga retahíla de apodosos que llevaban los de la realeza. Lo raro es que estaba segura de haberlo escuchado antes. Entrecerró los ojos y se mordió el labio. Otra vez esa maldita sensación que la frustraba.

John y el director se inclinaron para saludar al público y se posicionaron en sus puestos; el director sobre una pequeña tarima y él a su lado, frente a la orquesta. Colocó la barbilla en la mentonera del violín y en el instante en que el director le hizo una breve señal con la batuta, empezó a friccionar el arco contra las cuerdas a gran velocidad. Varios segundos después se le unió el resto de la orquesta, creando entre todos un sonido bellissimo y envolvente. John la buscó con la mirada mientras seguía moviendo sus dedos de manera rapidísima y friccionaba con furia el arco. Cuando sus ojos se encontraron le dedicó una sonrisa cálida, y Shirley ya no pudo pensar con claridad. Su imagen lo eclipsaba todo a su alrededor.

John desvió su mirada para centrarse en la música y su expresión se tornó ida. Tenía el ceño fruncido y la boca entreabierta, como solía poner cuando se encontraba en pleno frenesí de felicidad. Miraba de vez en cuando al director y volvía a abandonarse en su mundo, a la vez que seguía tocando sin perder el hilo de la pieza y de una forma tan grandiosa que tenía a la sala enmudecida con su talento.

La orquesta prosiguió interpretando las sinfonías de los famosos compositores clásicos durante dos horas, mientras el público escuchaba atentamente. Ni siquiera se apreciaba ya la luz de los flashes de las cámaras

de fotos. Todos estaban inmóviles y embelesados con el concierto. Shirley notó que tenía las mejillas húmedas y se enjugó los ojos un poco avergonzada. Genial, estaba llorando. Entonces también tomó consciencia de que el corazón le latía muy rápido y que le recorría una especie de hormigueo excitante por todo el cuerpo. Era como si levitara de la emoción. Intentó disimular para que Karen no la descubriera y se metiera con ella (ya bastante se había recochineado cuando rompió a llorar por la muerte de la madre de Bambi), pero se quedó alucinada al fijarse en que sus ojos también brillaban húmedos.

—Si le dices a alguien que me he emocionado escuchando este rollo para viejos, te mato —le amenazó en serio al sentir que la observaba con los ojos como platos.

Shirley sonrió enternecida y volvió a desviar la mirada hacia el escenario. ¿Quién se lo iba a decir?, hasta la dura de Karen había sucumbido a la magia de la música clásica.

El concierto llegó al final y dio comienzo al concurso de composiciones, en el que los alumnos debían presentar una pieza musical (en grupo o en solitario) y un jurado constituido por la directora y los profesores de la escuela, los valoraban y ponían nota. Casi todos los alumnos interpretaron temas clásicos con algún arreglo personal, pero nada novedoso. Shirley comprobó que John tenía razón cuando una vez, le había comentado que en las evaluaciones musicales los alumnos solían escoger sinfonías de compositores conocidos, pensando que así tenían más oportunidades. Sin embargo era un error porque el profesorado, pese a apreciar la dificultad interpretativa de la obra, lo consideraban una muestra de falta de identidad. «Olvídate de intentar impresionar a los profesores con un tema difícil. Tú piensas que serás la única, pero en realidad llevan años escuchando lo mismo. Si de verdad quieres llamar su atención tienes que romper sus esquemas y ser lo más original posible. Incluso debes arriesgar».

Shirley se preguntó si John predicaría con el ejemplo, y no le decepcionó.

Apareció de nuevo en el escenario junto con Bruce y los chicos del McGee's. Le extrañó ver que ambos se habían cambiado de ropa por un atuendo más informal y acorde con el estilo del grupo. Bruce había sustituido el traje por unos vaqueros deshilachados y una camiseta gris; y John simplemente se había quitado la americana negra y la había reemplazado por su habitual chupa de cuero. Además se había soltado su larga cabellera rubia y llevaba sus cadenas y anillos de plata.

El público debió de considerar que el aspecto de la banda era demasiado informal para un sitio tan elegante como el auditorio de la Juilliard School, porque enseguida se escuchó un murmullo de asombro y rechazo. Por eso la sorpresa fue mayor cuando empezaron a tocar. Al principio reconocieron los acordes de Las Cuatro Estaciones de Vivaldi y no hubo nada de especial. La gente se limitó a guardar silencio para volver a recrearse en el maravilloso talento que poseía John con el violín. Mas luego todo se volvió confuso. De repente Bruce sacó su guitarra eléctrica, la hizo sonar con un rugido estruendoso y los otros chicos se unieron con el teclado, la batería y el bajo. La gente ahogó un suspiro de estupor, y Karen y Shirley soltaron una carcajada al ver como se agarraban con fuerza a sus butacas para asimilar el *shock*.

Entre los alumnos y los profesores también hubo reacciones de todo tipo, aunque la mayoría sonreían fascinados con el espectáculo. Puede que a simple vista fuera chocante ver a un grupo de rock tocando en un recital clásico, pero John no solo había compuesto un tema metalero con acordes barrocos, sino que había sido capaz de encontrar la cadencia exacta entre dos estilos totalmente distintos y fusionarlos de tal manera que parecían formar parte de una misma melodía. Eran el pasado y el presente sonando en perfecta comunión. Muy pocos compositores podían lograr algo tan maravilloso. Casi parecía mágico.

Cuando el grupo terminó de tocar hubo varios segundos de silencio hasta que algunos empezaron a aplaudir y luego toda la sala rompió en una gran ovación. Shirley también se quedó con las manos rojas y entumecidas de tanto aplaudir con fuerza.

—¿Quién es la que se pasa ahora de efusiva, eh? —se burló Karen, dándole un codazo amistoso.

Shirley le sacó la lengua y la ignoró, estaba tan increíblemente orgullosa de su amigo que le daba igual hacer el ridículo. Sentía incluso la tentación de gritarle al mundo entero que tenía al mejor profesor de violín del mundo y que era suyo, solo suyo, de nadie más. De repente se quedó congelada al analizar sus propios pensamientos. ¿Desde cuándo se había vuelto tan posesiva? Ella nunca había sido una chica celosa. Bueno, menos cuando había visto a Eddy tonteando con aquella rubia. Pero salvo excepciones que podían ser comprensibles, solía comportarse con bastante sensatez. Entonces volvió a hacerse la pregunta del millón. ¿Por qué con John era todo tan diferente?

Mientras le daba vueltas al asunto y era devorada por el monstruo del

recelo, ocurrió algo más aterrador. John, lejos de abandonar el escenario, se acercó al pie del micro y empezó a hablar.

—Gracias por dedicar unos minutos de vuestro tiempo a escuchar mi tema. Para mí significa mucho porque creo que la música no entiende de géneros, estilos o estereotipos sociales. La música es universal y todo es posible si se hace con el debido conocimiento y respeto —expresó con franqueza y seguro de sí mismo. La gente aplaudió sus palabras y John prosiguió con su discurso—. Muchas gracias. Ahora con vuestro permiso y el de mis profesores, me gustaría interpretar otro tema que he compuesto pensando en alguien especial. Sí, amigos, cuando te pasas el día trabajando y estudiando, el único recurso que te queda para conquistar a la chica que te gusta, es hacer lo que mejor sabes: componer y tocar —dijo bromeando. Todos se echaron a reír (hasta los profesores) y Shirley empezó a notar que se le aceleraba el corazón—. En fin, gracias de nuevo. Espero que os guste y que esa chica se decida a hacerme caso de una vez —añadió mirándola a ella con un brillo juguetón en sus ojos y una sonrisa tímida.

Shirley hizo como que no lo veía y se escurrió en el asiento. Sabía que estaba roja porque le ardían hasta las orejas. Karen al verla encogida se echó a reír.

—No trates de volverte invisible que sabes muy bien de que chica habla —se burló tirando de su brazo hacia arriba.

—Le voy a matar, sabe que odio este tipo de cosas —gruñó entre dientes.

Karen le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿En serio? ¿El chico se te declara delante de un montón de gente y a ti solo se te ocurre decir eso? Para gustarte tanto las historias románticas eres muy seca.

—Karen, deja ya el papel de celestina, ¿vale? John no se me ha declarado, solo intenta hacerse el gracioso a mi costa —replicó molesta.

Karen entornó los ojos y sacudió la cabeza.

—Oh, Shirley, de verdad... A veces te empeñas tanto en hacerte la ciega que también pareces cortita —le reprochó desquiciada con su actitud pasota.

John bajó las escaleras del escenario con una sonrisa enorme y fue directo hacia Shirley. Ella se quedó petrificada al adivinar lo que se proponía.

—No, ni hablar. ¡No pienso subir contigo! —Se negó en rotundo cuando él

le extendió una mano para que le acompañara.

—Lo siento, pero sí que lo harás —objetó Karen. De repente le arrancó de su asiento de un tirón y la estampó contra el pecho del chico.

Shirley aterrizó en el calor de sus brazos, giró la cara hacia Karen y moduló con los labios la palabra «zorra» para que nadie la oyera. Su amiga le sacó la lengua y rompió a reír mientras le decía adiós con la mano. Shirley suspiró resignada y dejó que John la condujera hacia el escenario, como un animalillo arrastrado hacia el matadero.

Una vez arriba, Shirley observó que habían colocado un sofá de terciopelo negro justo en el centro del escenario. Giró la cabeza y vio también a Bruce guiñándole un ojo a John antes de colgarse la guitarra al cuello. El resto del grupo se encontraba tras ellos, sonriendo divertidos. Genial, estaban todos compinchados.

John la sentó en el sofá, se acomodó a su lado y le dedicó una sonrisa fugaz antes de hacer sonar los primeros acordes de la canción. Sus miradas se cruzaron un segundo y se echaron a reír, nerviosos. John apartó la mirada para no perder la concentración y Shirley se limitó a observar ensimismada su forma de tocar. Sus dedos largos y esbeltos se movían por las cuerdas del violín con la misma precisión con la que había tratado de desnudarla a veces; delicado pero decidido. Le pareció de lo más sexy ver como fruncía el ceño (abstraído en lo que estaba haciendo), descolgaba un poco el labio inferior y se le formaban unas arruguitas en el borde de los ojos cuando los achinaba risueño.

El chico se sintió observado y sus largas pestañas parpadearon con una sonrisa tímida. Shirley también sonrió, pero enseguida volvió a perderse en las fascinantes peculiaridades de su rostro. Incluso su barba de varios días y las gotitas de sudor que surcaban su frente y nariz, le encantaban porque revelaba que era humano, después de todo, y no un semidiós griego o algo por el estilo.

John clavó sus ojos miel en ella y con un gesto pícaro recortó la distancia que había entre ellos. El público se echó a reír, cómplice de sus intenciones. Hasta que de pronto colocó un pie en el reposabrazos del sofá y apoyó su espalda en la chica con toda la naturalidad del mundo. Shirley soltó una carcajada, divertida con su ocurrencia. Sabía que estaba intentando que se relajara, que no pensara en nada, que solo disfrutara del momento. Acarició

sus hombros anchos, que vibraban con el sonido del violín, recostó su cabeza en la suya y se olvidó de que estaba en una sala abarrotada de gente con miles de ojos clavados en ellos. En su mente solo se encontraban los dos, sin nadie más, escuchando música y riéndose como cualquier tarde en el salón de su casa. De vez en cuando John ladeaba la cabeza, la miraba de soslayo y sonreía, mientras Shirley se recreaba en la canción que había compuesto para ella. Era una melodía increíblemente dulce que reflejaba a la perfección la bonita amistad que había entre ambos. Una amistad tan íntima y especial que bien podía llamarse de otra forma.

El público percibió las miradas y gestos cómplices que fluían en medio de la joven parejita del sofá y reaccionaron enternecidos con la escena. Hasta llegó a escucharse algún que otro «ohhhh», acompañado de un suspiro.

Entonces cuando el violinista terminó de interpretar la canción, la chica cogió su cara entre las manos y le plantó un beso en la boca. Había sido un gesto espontáneo, fruto de unos sentimientos intensos que costaba reprimir, pero Shirley tomó conciencia de la magnitud de lo que había hecho cuando vio a toda la sala ponerse en pie para aplaudir. Y la expresión de John... ¡estaba absolutamente perplejo! Tan perplejo como ella. ¿De verdad acababa de besarle delante de todo el auditorio? Observó sus ojos, que seguían abiertos como platos, y notó sus propias mejillas arreboladas y encendidas. Sí, lo había hecho. Y lo más sorprendente es que en el fondo, no estaba arrepentida.

—No me mires así, John Clayton. La culpa es de tu increíble manera de tocar, que me hace perder la cabeza —alegó satisfecha de sí misma.

«Y también es culpa de tu perfume, tu encantadora sonrisa y tus perfectos labios. Tus perfectos y jugosos labios» pensó con sus ojos clavados en ellos, a punto de volver a sucumbir en la tentación.

John cambió su expresión de asombro por una sonrisa radiante.

—Shirley Brown, siempre que pretendo sorprenderte, ¡eres tú la que me deja boquiabierto! —se quejó sin abandonar su expresión risueña— En cualquier caso, ¿cómo debo interpretar tu...?

—Solo fue un impulso —se apresuró a aclarar, ruborizada.

Los ojos de John se ensombrecieron un segundo. «Otro puñetero paso hacia atrás». Mantuvo la calma, se inclinó sobre ella y le susurró:

—Es inútil que sigas jugando al gato y al ratón, Shirley. Tú y yo

acabaremos como la primera noche que nos conocimos, retorciéndonos como salvajes por el suelo.

Shirley se echó a reír.

—Vaya, no sabía que fueras tan creído como tu primo.

—Hazte la tonta todo lo que quieras. Lo haremos, sabes que tarde o temprano nuestra tensión sexual explotará y terminaremos follando. Y te tengo tantas ganas que ese día te dejaré las marcas de mis dientes en la piel —le juró con voz grave y un centelleo afilado en los ojos.

Las pupilas de Shirley se dilataron por la sorpresa.

—¿Al estilo Edward Cullen? —preguntó con aire de guasa y sin tomarle en serio.

—Peor, porque yo soy un auténtico depredador y no me apiadaré de mi presa —le aseguró antes de soltarle un beso en la frente y darse la vuelta para marcharse.

Ella se le quedó mirando mientras John se alejaba para reunirse de nuevo con sus compañeros de escuela. Ya no había lugar a dudas. No hablaba en broma. John había sido tan claro y directo como de costumbre. La cuestión seguía siendo lo misma, se atrevería o no a dar el paso. De pronto se imaginó haciéndolo con él, sudorosa y enredada entre las sábanas, y le costó respirar. Pero no fue capaz de identificar si era una sensación de terror o deseo. O las dos malditas cosas a la vez.

Quería ser valiente y saltar, de verdad que quería, pero el riesgo estaba ahí y si las cosas salían mal podía acabar hecha polvo.



15

Los alumnos de la escuela se colocaron en fila vestidos con una toga azul celeste y uno a uno volvieron a subir al escenario; donde les esperaba el comité de profesores para entregarles las orlas, los birretes y las bandas de recién graduados. Cada vez que salía un colegial a recibir su título, se formaban avalanchas de familiares en el foso del teatro, saltaban fogonazos de flashes y se escuchaban aplausos. Cuando les llegó el turno a John y a Bruce, casi nadie hizo fotos ni corrió a felicitarles. Solo los padres de Bruce y los chicos del McGee's esperaron pacientes en las escaleras del escenario para recibirles. Shirley observó la escena desde su asiento, llena de indignación e impotencia. Sabía que John no se hablaba con su padre porque había decidido estudiar lejos de casa, pero aquel era un día importante para su hijo y debía estar allí, ¡apoyándolo! Pensó también en su propio padre y se le formó un nudo angustioso en el pecho. Sabía que si le confesaba que quería dejar derecho para estudiar música, le pagaría con el mismo vacío y desprecio que estaba sufriendo John, pues a veces luchar por la libertad conllevaba el riesgo de quedarse solo. Tragó saliva para contener las lágrimas y decidió hacer algo que jamás habría imaginado. Puede que no fuera tan valiente como John, puede que jamás se atreviera a plantarle cara a su padre, pero por una vez se olvidaría de lo que pensaban los demás y sería ella misma.

Karen se quedó alucinada al ver lo que hacía Shirley.

—¡Eh, chicos, sois los mejores! —les gritó, colocando las manos en la

boca a modo de megáfono.

—¡Es verdad! —se le unió Karen, imitándola— ¡Sois la hostia y estáis muy buenos!

John y Bruce escucharon el jaleo y giraron la cabeza hacia el foso del auditorio. Al ver a las chicas gritando sus nombres y dando saltitos, se quedaron de piedra. De Karen se lo podían esperar, ¿¡pero de Shirley!? Entonces sus compañeros del McGee's se sumaron a ellas y hasta los padres de Bruce, (que eran bastantes reservados y formales) sonrieron divertidos.

—¿Pero qué co...? ¡Tío!, ¿estás viendo lo mismo que yo? —preguntó Bruce a su primo sin dar crédito.

—Están como putas cabras, pero son geniales —comentó con una sonrisa de orgullo surgiendo en sus labios.

Los dos rompieron a reír y lanzaron los birretes al techo en señal de victoria.

Tras la entrega de diplomas, la gente empezó a dispersarse por el auditorio de camino al enorme *hall*, en el que habían dispuesto varias mesas con aperitivos y refrigerios. Los camareros danzaban sin parar entre los felices graduados y demás asistentes, con bandejas llenas de canapés de marisco y copas de espumoso champán frío. La directora del centro cogió un cubierto y dio unos golpecitos a su copa de cristal para anunciar al ganador del concurso de composiciones. Uno de los miembros del jurado se acercó a ella y le entregó un sobre lacrado. Cuando la directora reveló quien era el afortunado se formó un gran revuelo.

Antes de que Shirley tuviera tiempo de asimilar la noticia, sus amigos ya se llevaban a John y a su primo a hombros y los manteaban entre risas y vítores. ¡Habían ganado! En realidad había ganado John, que había sido el compositor del tema, pero no había duda de que sin el talento de Bruce y los chicos no habría brillado igual.

Karen y ella se fundieron en un fuerte abrazo. Estaban tan entusiasmadas y nerviosas como si hubieran sido ellas las galardonadas.

Bruce se reunió con las chicas en cuanto pudo escaquearse, pero John seguía retenido por sus compañeros de la escuela. Shirley le observó desde la otra punta de la sala, repartiendo sonrisas y rodeado de gente. Era como ver a un montón de planetas y satélites orbitando alrededor del Sol. Su luz la cegaba

incluso desde la distancia.

De vez en cuando John levantaba la cabeza y la buscaba con la mirada, pero cada vez que intentaba acercarse, alguien volvía a cortarle el paso para reclamar su atención. Nadie quería quedarse sin hablar con la estrella de la noche. Y entonces lo vio charlando de lo más animado con una rubia que parecía un ángel de *Victoria's Secret*, y fue como si le atravesara un rayo. Esa mujer era realmente preciosa, alta, estilosa, elegante. No supo por qué, pero de pronto sintió unas ganas inmensas de ir allí a interrumpirlos.

—Acostúmbrate —dijo Bruce, colándose en sus pensamientos. Tenía las manos embutidas en los bolsillos de sus pantalones mientras también observaba a su primo hablando con la atractiva mujer y con más gente—. John es el primero que siempre intenta pasar desapercibido, pero con su talento es imposible.

—No puede negarse que es brillante —corroboró Shirley, sujetando rígida la copa de champán. Un poco más fuerte y el cristal se romperían en mil pedazos. Era inevitable. Cada vez que giraba la cara hacia John y esa mujer, la sangre le quemaba en las venas.

Bruce cogió también una copa de la bandeja y se quedó mirando a su primo con una expresión de orgullo y una sonrisa medio torcida.

—Sí, ese cabrón es un puñetero genio de la música —murmuró antes de darle un sorbo a la bebida.

—Bueno, tú tampoco te quedas atrás —intervino Karen sonriente, deslizando una mano por su nuca, y con la otra, sujetando la copa de champán—. Esta noche has estado muy bien —le susurró muy cerca de sus labios.

La mirada de Bruce recobró un brillo afilado y juguetón.

—¿Solo bien? —se quejó con un puchero, mientras también se comía con los ojos la boca de Karen.

Ella sacó la mano de su cuello y retrocedió enseguida con intención de alejarse del peligro.

—Sí, solo bien. Y ya es mucho decir de un capullo como tú —le espetó, torciendo el gesto en actitud altanera.

Bruce se echó a reír. Cada vez le gustaba más esa bruja de lengua venenosa. Sabía que el día que le dejara ponerle las manos encima, iba a echar el mejor polvo de su vida.

—Sí, eso es cierto. Has estado magnífico —le felicitó también Shirley, algo más generosa en el término que su amiga—. Por cierto, no sabía que tocabas la flauta dulce.

—Ni yo tampoco—añadió Karen igual de sorprendida.

—Preciosas mías, yo sé hacer muchas cosas que no imagináis. Sobre todo con la lengua. ¿Verdad, profesora Gibson? —inquirió mirando a una mujer rechoncha y con gruesas gafas de pasta negra. La aludida soltó un bufido al escuchar el comentario.

—Señor Clayton, no sabe cuánto me alegro de que se haya graduado. ¡Estaba deseando perderlo de vista! —rezongó antes de alejarse indignada.

—Vieja bruja, yo también estaba deseando perderla de vista. Siempre me suspendía injustamente —masculló torciendo el gesto resentido.

Las chicas soltaron una carcajada. Bruce provocaba ese efecto: lo mismo te hacía gracia, que te daban ganas de atizarle en la cabeza con un bate de béisbol.

Shirley volvió a inquietarse. John estaba tardando demasiado en aparecer. Se había propuesto no permanecer pendiente de sus movimientos y disfrutar de la fiesta, pero la impaciencia pudo con ella y se volteó con disimulo para ver qué estaba haciendo. La sonrisa se le esfumó de la cara al ver que seguía con la mujer rubia. Pero eso no era lo peor. Se habían retirado a un lugar más apartado y charlaban mientras intercambiaban miraditas sugerentes y risas de lo más cómplices. Sintió que le recorría por todo el cuerpo algo parecido al fuego, y no tuvo duda alguna de que eran celos. Pero celos de verdad, de los que te arañaban las entrañas y te hacía rechinar los dientes. No de los que pensaba que había tenido al ver a Eddy con la chica del McGee's. Aquello era solo un cabreo de comprobar que le había mentado con toda la desfachatez del mundo. Sin embargo ahora sentía algo más que rabia, ¡sentía miedo! Un auténtico miedo a que le arrebataran lo que consideraba suyo. Y lo más irónico de todo es que no tenía ningún derecho a sentirse celosa, porque John no le pertenecía. Ella misma se había empeñado en que fueran solo amigos. Ella misma...

Apretó los puños e hizo el esfuerzo sobrehumano de intentar ignorarlos. Pero ya no era capaz de sonreír de manera natural ni aunque se estirase los labios con los dedos.

—¡Eh, chicos, os estaba buscando! ¿Qué hacéis aquí de muermos? —

preguntó Jimmy — Los estudiantes han montado otra fiesta en el jardín de la escuela, con Dj y todo. Y hay cada bombón... Bruce, ¿qué me dices? Max y James ya han ligado —exclamó entusiasmado con los pelos puntiagudos por la gomina y una mano en el hombro de su amigo.

—No, tío, paso —dijo arrugando la nariz—. He probado algún bombón de los que hablas y no es para tanto. No digo que estén mal, pero para mi gusto son demasiado pijitas y estiradas. Yo busco algo más picantón... —dejó caer con los ojos clavados en Karen.

Ella le correspondió con un gesto provocativo.

—Y sigues sumando puntos —le felicitó con un guiño de ojo.

Bruce sonrió satisfecho y volvió a mirar a Jimmy.

—Tío, en serio, te agradezco el aviso pero prefiero dejar que lo intenten otros con menos oportunidades. Ánimo chiquitín, si lo haces bien puede que hoy no tengas que conformarte con una peli porno —bromeó dándole unas palmaditas en la cara.

Jimmy lo apartó de un empujón y lo fulminó con la mirada.

—Eres un capullo de mierda —gruñó—. Tiene gracia que me acuse de ver porno el que no se pierde una película de Lolita, La chupa Enterita —le recordó enfadado.

—¿Pero de qué hablas, idiota? —Trató de disimular Bruce, mirando de reojo a Karen.

—¿De verdad eres fan de Lolita? —replicó ella— ¡Bah!, yo prefiero mil veces a Steisy, Melones Sexys y a Mario, El Fontanero Guarro. Mola cuando se lo monta con otro que tiene la herramienta más grande que él.

Los ojos de Bruce brillaron de admiración. Esa chica no solo estaba buena a rabiarse y era divertida, sino que además no tenía ningún reparo en hablar sobre sexo. Menos mal que era imposible que se enamorase, porque de lo contrario estaría acojonado.

—A mí es que el sexo entre tíos no me va —repuso divertido.

—Pues deberías verlo alguna vez. Tiene su puntito y entre tías también mola —le aseguró tras guiñarle un ojo.

Definitivamente tenía que enrollarse con Karen.

Shirley volteó con disimulo la cabeza hacia John y se quedó congelada. La

rubia le acababa de pasar una tarjeta con su número de teléfono y él, lejos de rechazarla, la había guardado en el bolsillo de la cazadora con una gran sonrisa. Aquello fue más que suficiente.

—Disculpad chicos, pero no me encuentro muy bien. Creo que me voy a ir a casa —se excusó con un hilo de voz y la cara blanca como las paredes de la escuela. Tenía un dolor tan grande en el pecho que en cualquier momento se le saltarían las lágrimas, y no quería ponerse a llorar delante de un montón de gente. Habría sido el colmo de la humillación.

—¿Quieres que te acompañemos? —le ofreció Bruce, preocupado.

—No, gracias. Pediré un taxi.

—En serio, podemos ir en mi coche y acercarte en un momento —insistió Jimmy.

—¿Y perderte tu oportunidad de ligar con tías buenas? Olvídalo, nunca me lo perdonaría —se negó con una sonrisa. Una sonrisa que no llegó a sus ojos.

Karen se fijó en la rubia despampanante que se encontraba enroscada del brazo de John y comprendió de inmediato lo que le pasaba a Shirley. Le parecía increíble lo que veían sus ojos. Esos dos estaban coqueteando sin cortarse un pelo. Vale que John no estaba saliendo con Shirley, (o por lo menos de manera oficial) pero tontear con otra tía delante de sus narices, era una absoluta falta de consideración. Era pasarse de la raya. Menudo capullo. Y pensar que había querido tirarle su sujetador favorito cuando lo vio por primera vez en el escenario.

—Te acompaño a la residencia —anunció Karen, mientras seguía observando a John con ganas de matarlo.

—Karen, te lo agradezco pero no hace falta —expresó Shirley, en un tono rotundo que no daba lugar a ninguna discusión. Estaba claro, quería estar sola.

Karen la miró perpleja. Vaya, eso sí que era nuevo. Siempre que Shirley se encontraba disgustada por algo, compraban un helado gigante, (casi siempre de chocolate) y se pasaban la tarde viendo películas ñoñas mientras se turnaban para clavar la cuchara en el postre.

Ese había sido el protocolo que habían seguido cuando Eddy la dejó.

—No te lo tomes a mal —le rogó Shirley al notarla resentida—. Es solo que yo... necesito pensar con calma, ¿lo entiendes? —dijo en un tono suplicante.

—De acuerdo. Pero si cambias de opinión, llámame e iré volando —le prometió en un susurro, acariciándole la mejilla con cariño.

Shirley asintió, se despidió de ella con un pequeño beso en la cara y se dirigió hacia la salida chocando con la gente a su paso. Solo deseaba salir de allí lo antes posible para escapar de la dolorosa imagen de John flirteando con esa mujer, y llegar a la reconfortante soledad de su habitación. Entonces, cuando cruzó las puertas de cristal que daban a la calle, escuchó unos pasos corriendo tras ella y una voz familiar que la llamaba a gritos. Maldita sea, alguien le había avisado.

—¡Shirley, espera! ¡Por favor!

La alcanzó en el arcén de la carretera y tiró con suavidad de su muñeca. Ella tragó saliva y se dio la vuelta con los ojos nublados por las lágrimas.

John al verla retrocedió sorprendido.

—¿Shirley, qué ocurre? ¿Por qué estás así? Bruce me dijo que Karen quería matarme y que saliera a buscarte antes de que te fueras —le contó con una expresión de absoluto desconcierto. Lo que enfureció más a Shirley, que apartó su mano de un tirón.

—¿Ah, no? ¿De verdad no entiendes lo que pasa? Haz un esfuerzo, ¡no creo que seas tan estúpido! —le recriminó echando chispas por los ojos.

John continuó observándola, al tiempo que intentaba averiguar qué diablos era lo que había hecho tan horrible para verla así de mortificada.

—Pues debo serlo porque te juro que no comprendo esta situación —murmuró compungido. Sacudió la cabeza brevemente y aguardó un segundo con intención de aclararse. Su mente era un torbellino de pensamientos y emociones que le aturdían—. En realidad Shirley, no comprendo nada de lo que ocurre entre nosotros desde hace tiempo. Un día estamos bien, vamos por ahí a tomar una copa, nos divertimos, nos besamos, incluso nos enrollamos. Y de repente otro día haces como si nada y levantas un muro entre nosotros. Joder, ¡me vas a volver loco! ¿Tanto te cuesta confiar en mí? —le reprochó cabreado.

Ya estaba todo dicho. Acababa de escupir lo que hacía tiempo llevaba tragándose y callando por temor a fastidiarla. Pero la situación ya se había vuelto insostenible. Necesitaba despejar la montaña de dudas que había asentada entre ellos, y saber, si de verdad tenía una posibilidad o debía pasar

página de una vez. Si es que podía hacerlo, porque sentía a Shirley tan impresa en su piel como uno de sus tatuajes.

—¿En serio me pides que confíe en ti después de lo que hiciste? —replicó Shirley, con la cara roja de indignación.

—¡Maldita sea!, ¿a qué demonios te refieres? —gritó cada vez más desesperado.

—¡Te vi tonteando con esa mujer! —explotó ella, furiosa.

De pronto se hizo un silencio aplastante entre los dos. John parpadeó desconcertado, aguardó unos segundos y una sonrisa se fue abriendo paso en su cara.

—¿En serio te hace gracia? —masculló asestándole un empujón, movida por la ira. La sonrisa de John se hizo más ancha y Shirley tuvo que contenerse para no soltarle un puñetazo. ¡Era un cabrón!

—Sí, me hace gracia porque estás enferma de celos y me encanta verte así. Por fin demuestras que te importo. Y lo mejor de todo es que te has puesto celosa sin tener ningún motivo. La mujer con la que me viste hablar es Chloe Martin, la representante de Bob Dylan, Lenny Kravitz y muchos otros famosos. Resulta que ha escuchado mi composición y le gusta mucho. Dice que podemos grabar un par de temas en su estudio de Los Ángeles y mandárselo a varias discográficas que ella conoce. ¿Te lo puedes creer? ¡Quiere representarme! —exclamó con sus preciosos ojos color miel brillando ilusionados—. Así que resulta obvio que malinterpretaste lo que viste, y en cuanto a la excesiva simpatía de Chloe... bueno, es lo que tiene el alcohol. Se ve que tomó demasiadas copas de champán —repuso mirándola risueño—. ¿No te das cuenta, Shirley? No tienes nada de lo que preocuparte —susurró trazando con el dedo la línea de su clavícula, mientras Shirley se perdía en la profundidad de su mirada.

¿Qué si no se daba cuenta? Ya lo creo que sí. La verdad entera parpadeaba con luces de neón. Ella, la que siempre permanecía impassible, la maestra en conservar las formas, la que nunca gritaba, la que nunca se enfadaba ni discutía, había perdido totalmente el control. Y no era la primera vez que ocurría. Estaba acostumbrada a que su cuerpo le traicionara cuando se encontraba cerca de John. Pero esa noche la situación se le había ido de las manos hasta el punto de ponerse en evidencia. Y lo que más angustia le producía, lo que más le aterraba, era que se había dado cuenta de lo

vulnerable que le hacían sus sentimientos frente a él. Había pasado de sentirse la chica más afortunada, (como cuando compartieron aquel momento bonito en el escenario) a hallarse en el mismo infierno con tan solo verle hablar con esa mujer.

Y puede que ella fuera una chica aparentemente manejable y conformista, pero lo cierto es que jamás había permitido que nadie tuviera tanto poder sobre su corazón. Jamás. Pero con John había bajado la guardia y no podía consentirlo. Debía poner remedio cuanto antes. Aunque se dejara la piel en el camino, aunque perdiera parte de sí misma en el intento, debía sacar a John de su vida como fuese.

Un taxi amarillo aparcó junto a ella.

—Señorita, ¿quiere que la acerque a algún sitio?

Shirley observó a John, que seguía ahí de pie, (esperando con ansiedad a que ella reaccionara o dijera algo) y los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas.

—Lo siento, yo, yo... no puedo —musitó con la voz ahogada antes de subirse al taxi y dejar a John helado.

Shirley se adentró en la penumbra de su habitación, encendió la luz y se quitó el abrigo a tirones antes de lanzarlo sobre su cama. Se quitó también las sandalias plateadas a puntapiés y cuando se sentó en la silla del escritorio, clavó los codos en la mesa y terminó por derrumbarse. Lloró por todo, por el desastre en que se había convertido su vida, por esa mirada dolida de John que se le había clavado en el alma y por lo que ansiaba gritar a pleno pulmón y no podía. No podía porque era ponerle nombre al problema, y si le ponía nombre, sería más difícil arrancárselo del corazón.

Tenía gracia. Se había pasado la vida leyendo novelas románticas y suspirando por vivir una historia de amor así. Odiaba, de hecho, a esas protagonistas indecisas que se lo hacían pasar fatal al chico con sus estúpidas dudas. «Por Dios, ¿a qué estás esperando? ¡Acéptalo ya! ¿Es que no lo ves? Es monísimo, te adora y daría su vida por ti. Si fuera ella, ¡ay si fuera ella!», había dicho mil veces mientras le gritaba desquiciada al libro. Pues bien, ahora se hallaba en la misma encrucijada y las comprendía perfectamente. Porque era muy bonito querer de una manera tan intensa, pero también resultaba aterrador darte cuenta de hasta qué punto aquel sentimiento te cambiaba la vida. De repente ya no eras solo tú, había alguien más viviendo

en tu cabeza, respirando contigo, durmiendo contigo, despertando contigo. Y aunque ella había salido con un chico durante años, en los que habían hecho y vivido muchas cosas juntos, entendía ahora que no era lo mismo compartir tu vida con una persona, a que esa persona viviera dentro de ti. Así que, ¿cómo no tener miedo cuando descubrías que ya nunca volverías a ser la que eras?

Notó que se le aflojaba un poco aquel nudo que atenazaba su garganta, y levantó la cabeza de entre sus brazos con las mejillas emborronadas por los chorretes de rímel y las lágrimas. Se fijó en que aún descansaba sobre la esquina de su mesa, el trabajo que debía haberle entregado al señor Foster y que no había llegado a terminar de escribir. Se había rendido al darlo por imposible.

Soltó un suspiro largo y cargado de angustia mientras reflexionaba de nuevo en lo mucho que había cambiado su vida. Se suponía que iban a ser solo unas cuantas clases a la semana, algo para entretenerse y quitarse el gusanillo de tocar el violín. Pero había dejado sus estudios completamente de lado para volcarse en la dichosa prueba del conservatorio. ¿Y si la cogían qué haría? No podía dedicarse a estudiar la carrera de leyes y la de música al mismo tiempo. Tenía que elegir. ¡Y odiaba elegir!



16

A medianoche despertó con el flequillo pegado a la frente y el corazón latiéndole descontrolado dentro del pecho. Se había pasado las horas dando vueltas en la cama y soñando con arpiás de pelo rubio que le arrebatan todo cuanto quería. Giró la cabeza hacia la cama de Karen, temiendo haberla desvelado, pero al parecer aún no había llegado de la fiesta. Extrañada, cogió su móvil de la mesilla para ver la hora. Las 4:00 a.m. Poco a poco le fueron llegando *WhatsApps* y llamadas perdidas. Casi todos los mensajes eran de Karen, menos uno. A Shirley le dio un vuelco al corazón al comprobar que era de Eddy.

Hola, nena, ¿cómo estás? Mi amigo Duncan me ha dicho que te vio la otra noche muy bien acompañada. Me alegra saber que has recuperado las ganas de divertirme... ¿Qué tal si quedamos para tomar un café? Te echo de menos.

Shirley leyó la fecha del mensaje y vio que era del día anterior. ¿Cómo no lo había visto antes? Con todo el lío de buscar los vestidos para la graduación de los chicos, se le debía haber pasado por alto. De pronto se puso a pensar dónde había podido verla el amigo de Eddy, ya que ella no solía salir de noche. ¡En el *Cher's!*, el club al que había ido con John y terminó cantando en el karaoke. Se quedó congelada. Así que había sido con él con quien la había visto... ¿Sería por eso que le había escrito Eddy? ¿Porque estaba celoso? Desechó la idea enseguida al recordar que su ex estaba saliendo con otra

persona. A diferencia de ella, él no había tenido ningún problema en pasar página. Pero ya le daba igual con quien estuviera Eddy, ni siquiera le apetecía contestar a su mensaje. Prefirió leer los *WhatsApps* de Karen, y comprobó que el primero lo había recibido antes de abandonar la fiesta.

Mensaje uno, enviado a las 00:15

Shirley, no te vayas. Todo ha sido un malentendido!! John no estaba ligando con esa mujer.

Mensaje dos, enviado a las 01:47

Shirley, John nos ha dicho que te explicó lo que había pasado y que intentó hacerte razonar, pero que aun así decidiste marcharte. Deberías volver y arreglar las cosas con él, si vieras lo jodido que se ha quedado el pobre.

Shirley se apresuró a llamar a Karen para hablar con ella y que se quedara más tranquila, pero se encontró con que su teléfono estaba apagado. No le dio importancia. Supuso que seguiría de juerga con Bruce y los chicos y se había quedado sin batería. Era lo que solía suceder cuando salía por ahí hasta las tantas. Decidió calentarse un vaso de leche (eso siempre le ayudaba a conciliar el sueño) en la mini cocinita que tenían en la habitación y volver a la cama. Cuando despertó de nuevo, ya era de día y Karen aún no había regresado. Alargó la mano hacia la mesilla y buscó a tientas el móvil para llamarla otra vez. En ese momento escuchó el timbre.

Al abrir la puerta se quedó como una estatua de piedra.

—¡Eddy! —exclamó al verlo allí con una bolsa de bollos en la mano y una enorme sonrisa en la cara.

Shirley parpadeó absorta. Tenía dudas de si era real o una aparición fruto de su imaginación. De repente le asaltó la angustia. ¿Y si estaba enterado de lo que había hecho a su coche? No, de ninguna manera se habría mostrado tan amable, «y mucho menos le habría comprado bollos», pensó al fijarse en la bolsa aceitosa que él seguía sujetando.

Eddy reparó en su aspecto desaliñado (llevaba el pijama todavía puesto y una expresión somnolienta) y su semblante se tornó rígido.

—¿Te pillo en un mal momento? —preguntó sin dejar de observar su pelo alborotado y su bata de nubecitas rosas. Shirley se ajustó el cinturón y se rodeó el pecho con los brazos, visiblemente incómoda bajo su atenta mirada.

—¿Eh?, no, no. Es que me acabo de levantar —confesó llevándose la mano a la boca para reprimir un bostezo. Aún le costaba asimilar que su ex estuviera allí.

—¿Te has despertado ahora? Pero son casi las doce de la mañana —le indicó Eddy con cierto deje de reprobación en la voz, mientras le mostraba la hora en su fantástico reloj *Cartier*.

A Shirley no le pasó por alto el detalle.

—Es que he pasado una mala noche —. Se limitó a contestar. Eddy se sintió violento, no esperaba notar a Shirley tan fría... Había más bien pensado en otro tipo de recibimiento, pese a las últimas informaciones que le habían llegado por medio de su amigo Duncan—. Bonito reloj, por cierto —le felicitó ella tras crearse un silencio incómodo entre los dos.

Eddy recobró un poco su seguridad.

—Ya sabes lo que dicen de la firma *Cartier*, «los joyeros de los reyes, los reyes de los joyeros» —apuntó con una sonrisa altanera. Pero Shirley no se mostró nada impresionada con el dato y él volvió a desinflarse—. ¿Me invitarías a pasar? —preguntó a regañadientes. No imaginaba que tendría que llegar al punto de pedirlo, y aún le produjo más fastidio ver que Shirley se apartaba con resignación de la puerta. Aquello no estaba marchando como debía y se puso nervioso. Si el plan le salía mal... No, ¿pero qué estaba diciendo? ¡Era Shirley! Lo más probable es que estuviera tan contenta de verle allí que aún no hubiera digerido la emoción.

Eddy echó una rápida mirada al cuarto y sonrió satisfecho al fijarse en los peluches y muñequitos de la estantería. Seguía siendo tan cursi como siempre.

—¿Recibiste mi *WhatsApp*? —preguntó con fingido desinterés. Sabía de sobra que sí porque le aparecía la doble uve de leído, pero debía mostrarse cauto.

—Sí, disculpa. Es que estaba tan cansada que me olvidé de contestar —mintió para quitarse de encima la pregunta. No quería confesar que en realidad, había pasado por completo de su mensaje. Por mucho que Eddy no se hubiera portado bien, no quería herirle.

Aun así Eddy manifestó su descontento con su respuesta poniendo un puchero. Era irónico. No hace mucho tiempo ese mismo gesto le había parecido encantador, ahora no podía evitar compararle con un niño malcriado

y resentido.

—¿Qué tal estás? —inquirió con intención de ser educada. Se acercó a la cafetera eléctrica que había en la mini cocina, cogió dos tazas y abrió la nevera en busca de la leche.

Él dejó la bolsa de bollos sobre el escritorio y aguardó a que ella se diera la vuelta. Si pretendía remover sus sentimientos necesitaba establecer contacto visual. Si había algo que le caracterizaba es que era un buen estratega, por eso siempre se le habían dado de maravilla los juegos tácticos como el ajedrez.

—Bien, aprobé la mayoría de los trabajos con sobresaliente y es posible que este verano me vaya con mis amigos de la hermandad a un campamento en Escocia —repuso con una vaga sonrisa.

—Me alegro mucho. Vaya, eso es estupendo Eddy —expresó Shirley de manera sincera. Le tendió la taza delante y rompió un sobre de cacao, pero antes de esparcirlo por el borde le miró indecisa—. Te sigue gustando el café espolvoreado con chocolate, ¿verdad?

—Sí, así está bien —aceptó sin tener en cuenta el detalle de que todavía se acordara. Estaba demasiado concentrado en interpretar el papel de chico arrepentido, y se mostró cabizbajo antes de proseguir con el discurso—. Verás Shirley, puede que en los estudios no deba quejarme, pero en lo personal... —insinuó mustio. De repente levantó de nuevo la cabeza y la miró fijamente a los ojos—. ¿Sabes?, lo he dejado con Kristen —anunció con voz grave para darle mayor énfasis a la noticia.

Y en efecto, Shirley parpadeó asombrada.

—¿Kristen, tu nueva novia?

—Mi ex novia —puntualizó él, dejando claro que ya no había ningún tipo de relación entre ellos. Volvía a estar enteramente disponible —. Aunque en realidad no teníamos nada formal. Ya sabes, era un simple rollo pasajero. Solo he tenido una novia y has sido tú —agregó con otra mirada directa.

—Eddy...

—Tranquila, no intento nada. Ya me dijo Duncan que te vio de lo más entretenida con un tipo bastante alto y desgreñado —alegó imprimiendo a su voz un toque lastimero.

—Te equivocas. Yo tampoco tengo nada serio con John, solo somos amigos —aclaró Shirley, mientras por dentro sentía que se rompía un poquito más con

cada palabra dicha. Se hacía demasiado doloroso llevarle la contraria al corazón.

A Eddy se le iluminó la cara un segundo, pero enseguida trató de disimular y recobró su postura decaída.

—Vaya... yo pensé que... —balbuceó pasándose una mano por su pelo repeinado. Perfecto, ese era el momento que estaba esperando, y decidió dar un paso al frente—. Seré sincero, Shirley. Como te dije en el mensaje te echo de menos. Ya sé que suena a lo típico que se dice en estos casos, pero me he dado cuenta de que eras más importante para mí de lo que pensaba.

Ella abrió los ojos como platos y se quedó inmóvil. ¿No era lo que su padre había predicho que ocurriría, que Eddy recapacitaría y acabaría volviendo a su lado? Y sin embargo, tras haberlo deseado tanto tiempo, ahora no sentía ni una pizca de emoción.

Incluso se sentía cada vez más violenta porque comenzaba a entrever lo que se proponía Eddy y no estaba preparada para aquello.

—Eddy no...

—Ya sé que no tengo derecho a pedirte nada —la interrumpió mientras se situaba frente a Shirley con intención de obligarla a escuchar su estudiado alegato. Era otra estrategia que había aprendido leyendo la biografía de Napoleón. Consistía en acorralar a la presa hasta debilitarla y confundirla lo suficiente como para rendirse a los caprichos del enemigo sin oponer apenas resistencia—. Escúchame, nena, sé que eché todo a perder y actué precipitadamente, pero me estaría engañando a mí mismo si no reconociera que sigo pensando en ti —expresó, con sus manos sobre sus hombros y sin apartar la mirada de ella—. Extraño lo que teníamos y lo felices que éramos juntos. Aún recuerdo nuestras tardes acurrucados en la cama mientras veíamos una película. O las largas noches que pasábamos aquí mismo estudiando para un examen. ¿Tú no echas de menos nuestra rutina?

Entonces Shirley abandonó su actitud obstinada y se quedó mirándolo como un conejo deslumbrado por las luces de un coche. Eddy acababa de pronunciar la palabra clave: rutina. Esa y otras que llevaba tanto tiempo deseando recuperar. Estabilidad, armonía, equilibrio. ¿De verdad era posible volver atrás en el tiempo y rescatar lo suyo con Eddy? Por un segundo tuvo esperanzas, si lo conseguía ya no habría más incertidumbre ni montañas rusas en su vida. Ya no se sentiría vulnerable...

Eddy percibió su vacilación y no dudó en tomarla de las manos para acercarlas a su pecho, muy cerca de su corazón. No era muy dado a mostrarse afectuoso, y menos a ese tipo de gestos tan... bueno, efusivos. Pero debía dejar a un lado sus reparos y ponerse a la altura de la cursilería de Shirley. Había mucho en juego.

—Nena, dame otra oportunidad —le suplicó besando cada uno de sus pálidos nudillos—. Déjame demostrarte lo arrepentido que estoy. Si me dejas sé que puedo hacerte feliz. Tan feliz como lo éramos antes. Recuerda todas las cosas que teníamos en común, Shirley. Recuerda nuestros planes de futuro. Aún no es demasiado tarde, aún podemos seguir siendo la pareja perfecta.

Shirley se desató de sus manos y resopló agobiada.

—No es tan sencillo, Eddy. Has pasado de mí durante meses y ahora apareces sin más y me sueltas todo esto... ¡No sé qué decir! —reconoció sin ocultar su confusión.

Pero Eddy no habría sido Eddy si se hubiera rendido y buscó de nuevo su mirada.

—Entonces no digas nada. Simplemente acepta mis disculpas y deja que las cosas sigan su camino con naturalidad. Verás que no te costará perdonarme, sabes que estamos hechos el uno para el otro —susurró contra su boca. El corazón de Shirley volvió a revolverse al escuchar esta última frase e hizo lo posible por esquivar sus labios. Sentía su aliento demasiado denso, su excesiva cercanía la ahogaba. Por suerte no duró mucho. Fue un beso corto, frío, apagado, un beso muy de Eddy—. Venga, te dejo que lo pienses con calma, ¿ok? Mañana podemos salir a cenar y el domingo te recogeré temprano para almorzar con nuestros padres. Seguro que se ponen muy contentos al vernos aparecer juntos —aseguró antes de darle otro pequeño beso en los labios. Luego se dirigió a la puerta rezumando confianza por cada poro de su piel. Tenía la certeza de que Shirley volvería a su lado. Solo se estaba haciendo la dura por todas esas chorradas del orgullo femenino y de no ser el segundo plato, pero la conocía muy bien y sabía que en el fondo estaba deseando perdonarle.

Shirley aguardó inmóvil, intentando organizar sus pensamientos. Se encontraba confusa y también enfadada. Se había dado cuenta de que Eddy había intentado disfrazar sus órdenes por amables sugerencias. Porque Eddy era un poco como su padre, absolutista e insistente hasta rallar la pesadez. Y

siempre había sido así entre ellos; él tomaba las decisiones importantes y ella acataba de buena gana. El problema es que antes confundía seguridad por autoridad y ahora le fastidiaba que la mangonearan como a una muñeca de trapo.

En ese momento llegó Karen y se quedó congelada al ver a Eddy en la habitación. Él también se detuvo unos segundos, estudiando con una mueca desdeñosa su melena despeinada y su vestido de noche manchado de cerveza.

—Caterina... —dijo llamándola por su verdadero nombre. Cosa que su amiga odiaba con todas sus fuerzas y que Eddy nunca dejaba de hacer para fastidiarla. Era su manera ruin de recordarle su ascendencia latina—, ya veo que sigues sin perderte una buena juerga. Espero que durante mi ausencia, Shirley no se desviara demasiado y se dejara influir por ti —le espetó fingiendo que hablaba en broma. Pero era evidente lo que pensaba al ver su mirada llena de desaprobación y desprecio—. En fin, me alegro de verte —concluyó al ver que ella seguía muda por el *shock*.

Entonces cuando Eddy salió por la puerta, recuperó el habla y saltó como un resorte.

—¿¡Y ese capullo de mierda qué hacía aquí!? —gruñó echando fuego por los ojos. Pero su enfado se esfumó enseguida al fijarse en la expresión de Shirley — Oh no... —gimió invadida por el miedo—. Dime que no has sido tan idiota de volver con él. ¡Dímelo! —le suplicó zarandeándola por los hombros.

Shirley se sentó en la hierba, enchufó sus cascos al móvil para escuchar música y tras semanas de absoluto pasotismo, abrió los apuntes de derecho. Había decidido estudiar en el pequeño jardín de la parte trasera de la residencia, ya que desde que Eddy había estado en su habitación, no se hablaba con Karen y evitaba verla por temor a provocar una nueva discusión. Lo que más le fastidiaba era que aún no había decidido nada con respecto a Eddy, pero ella ya la había juzgado sin darle tan siquiera el beneficio de la duda. Cada vez se encontraba más cansada de que la gente se creyera con el derecho de inmiscuirse en su vida.

Y luego estaba John...

Evitaba siempre que podía pensar en él, pero en cuanto se despistaba un segundo acababa colándose por un resquicio de su mente y su recuerdo la torturaba sin piedad.

Contaba con todo un repertorio de gestos suyos que atesoraba bajo llave en lo más recóndito de su memoria. Y a veces, en muy contadas ocasiones, se permitía el lujo de evocar alguna que otra imagen y sonreía de forma involuntaria al verle frunciendo el ceño, como solía hacer cuando se quedaba pensativo, o cuando también se le achinaban los ojos con una sonrisita traviesa, o cuando entreabría los labios tocando el violín, o cuando... Suspiró dejando escapar parte de la angustia que la asolaba. Adoraba su carácter, con sus respuestas bordes y sus pronto incluidos, pero también con esa brutal franqueza y sentido común que le caracterizaba. Le encantaba cada milímetro de su anatomía y sobre todo de sus rasgos. Tenía una mirada tan limpia que podía ver en su interior. Hasta podía vislumbrar el niño que una vez había sido, porque conservaba esa chispa aguda, y al mismo tiempo afable, en su preciosa sonrisa y en sus ojos color caramelo.

Y pese a idolatrarlo con cada fibra de su ser no podía estar con John.

Venían de mundos totalmente distintos. Se había dado cuenta durante su fiesta de graduación al verlo brillar en medio de tanta gente importante. Él era un violinista excepcional, acababa de licenciarse, le esperaba un futuro prometedor como músico y sabía que era cuestión de tiempo que el mundo conociera su talento. Ella haría lo posible por acabar derecho y se quedaría en New York, ocupando el despacho de su padre. Fin. La decisión ya estaba tomada. Por lo que también quedaba claro en qué posición se encontraba cada uno en el tablero. En lados opuestos.

A Shirley se le escapó una lagrimilla traicionera y se la enjugó con un dedo, mientras no dejaba de pestañear para mantener la emoción a raya. Había sido realmente duro tener que comunicarle por medio de un frío mensaje que dejaba las clases de violín. Había sido duro y muy cobarde por su parte. Sencillamente le resultaba imposible tenerle delante sin que le temblaran las piernas, y mucho menos se veía capaz de soltarle lo mismo que en el mensaje, mirándole a la cara. Conociéndolo no se lo iba a tomar nada bien. Se le contrajo el estómago en un puño. A saber qué habría pensado al leer el mensaje. Seguro que la había puesto verde con ese acento alemán tan intimidante ya de por sí.

Se tumbó en la hierba y contempló el cielo limpio de nubes. Vio un pequeño pájaro revoloteando atrapado entre unas zarzas de tallos sarmentosos, y sintió una profunda lástima por él. «Ojalá tú puedas escapar de tu cárcel de espinas», murmuró con amargura. Y como si el animalito se hubiera hecho eco

de sus pensamientos, logró salir con un giro rápido y se alejó agitando nerviosamente las alas. Shirley se alegró por el pájaro; e imaginó que ella era otra ave que volaba en libertad surcando los mares y los bosques, revoloteando a su antojo entre las ramas de los árboles, viviendo como realmente quería vivir sin sentir la constante presión de su padre soplándole en la nuca.

De repente una sombra grande le tapó el sol y Shirley se incorporó de un salto.

—Así que es aquí donde te escondes.

Shirley se arrancó los auriculares de cuajo y se le quedó mirando como un ratoncillo atrapado en una trampa. Por Dios que si las miradas pudieran matar, ya estaría muerta y enterrada. ¡Nunca había visto a John tan enfadado! Se encontraba frente a ella, de brazos cruzados, y su cara era una máscara de ira contenida.

Y aun así su corazón dio un respingo de emoción al verlo.

—¡John! ¿Qué haces aquí? No esperaba verte —reconoció con la voz temblorosa. Toda ella temblaba como un flan. El oro líquido en que se había convertido sus ojos le llegaba a las entrañas.

—Eso es obvio, en vista de tus intentos por darme esquinazo —le recriminó en un tono mordaz que acompañaba a su expresión hosca.

Shirley le rehuyó la mirada mientras se sacudía el trasero de briznas de hierba.

—Te envié un mensaje —se justificó cabizbaja. Era consciente de lo mal que sonaba la frase y le daba vergüenza mirarle a los ojos. ¿No se preguntaba hace un momento cómo se habría tomado John la noticia? Pues ahí tenía la respuesta, en vivo y en directo. Y daba incluso más miedo de lo que imaginaba.

John soltó una risotada furiosa y le cerró el paso cuando la joven hizo el amago de esquivarlo para huir.

—¿Un mensaje? ¿En serio? Vaya Shirley, muchas gracias. ¡Ya me siento mucho mejor! —replicó con feroz sarcasmo.

Ella le miró por fin a los ojos y se mordió el labio, intentando controlar los nervios.

—John, ya sé que las maneras no fueron las correctas, pero sabía que no te lo ibas a tomar muy bien.

—¿El qué exactamente? ¿Qué quieras dejar mis clases o que hayas vuelto con Eddy? —le increpó con crudeza.

Shirley descompuso la cara como si le hubieran asestado un puñetazo en el estómago.

—¿Te lo ha dicho Karen? —preguntó casi sin voz.

—Las noticias vuelan —confirmó él con semblante sombrío.

Ella leyó la censura en sus ojos y una punzada de dolor le atravesó el pecho. John la había juzgado con la misma rapidez que Karen. Ni siquiera se había tomado la molestia de preguntarle si era cierto. Lo había dado por sentado a la primera.

—Pues si ya está todo claro, no hay nada más de que hablar —repuso también con frialdad, movida por el resentimiento.

John vio que Shirley volvía a girar sobre sus talones con intención de marcharse y tiró con firmeza de su mano para obligarla a dar la cara. Si pensaba que le iba a despachar con un puto mensaje y cuatro frases de mierda como excusa, es que no tenía idea de con quien estaba tratando.

—Ya lo creo que hablaremos. Largo y tendido —estalló con el rostro crispado—. Dime, ¿no seguirás con las clases? ¿Qué pasará con la audición que llevamos meses preparando? ¿Y qué hay de tu sueño de ser violinista?

Shirley sacudió la cabeza, agobiada por el interrogatorio. Cada una de aquellas preguntas se le clavaba como astillas afiladas en el corazón.

—Ha sido un error. Yo no nací para ser violinista. Solo pensé que quería serlo porque... bueno, quizá echaba mucho de menos a mi madre y deseaba verme reflejada en ella. Pero ahora me doy cuenta de que era una tontería.

Tan pronto como las palabras abandonaron sus labios, su verdadera opinión se reveló contra ella y fue como si le retorcieran por dentro. Pero no fue la única.

John alzó una ceja con incredulidad. No había más que verla para entender que ni ella se creía esa gilipollez.

—¿Y eso quién lo dice, tú padre o tú? —rezongó con lacerante sarcasmo.

—Eso lo digo yo —aseguró molesta. Empezaba a cansarse de su tonito

inquisitivo y lleno de autoridad—. John, he recapacitado y me he dado cuenta de que mis estudios son más importantes que cualquier fantasía que pueda tener. Debo volcarme en la carrera para conseguir licenciarme en derecho. Tengo que ser abogada, quiero ser abogada —corrigió de inmediato al percatarse de su lapsus.

Pero John también se dio cuenta de su desliz y adoptó una postura todavía más burlona. Tan burlona que resultaba insultante y chulesca. Se apoyó contra una pared que había detrás, se volvió a cruzar de brazos y esbozó una sonrisa medio torcida.

—Umm esta historia me suena, déjame adivinar... —dijo rascándose la barbilla—. Seguro que llegaste a esa conclusión mientras considerabas el disgusto que se llevaría tu padre si te opusieras a sus deseos. ¿A qué sí, a qué lo has pensado? Y seguro que también te has roto la cabeza analizando las repercusiones que tendría tu decisión. Incluso me atrevería a decir más, apostaría a que has pasado muchas noches llorando de impotencia y rabia creyendo que no tenías elección, y has apretado los puños, has alzado la vista al cielo y has rezado, aún sin ser creyente, para volver a nacer y tener otra oportunidad —conjeturó dejando que la amargura tiñera su voz y cubriera sus rasgos.

Shirley retrocedió mientras lo contemplaba con la mirada húmeda. No daba crédito a su crueldad. ¿Desde cuándo era tan mezquino? Lo peor es que no podía contradecir una sola de sus palabras, porque todo lo que había dicho era cierto hasta en la última coma. Y eso le dolió mucho más si cabe. Era evidente que él había estado en su misma situación, pero en lugar de comprenderla, se ensañaba y hurgaba más en la herida.

Entonces John se separó de la pared, se acercó a ella lentamente y la arrinconó entre sus brazos.

—Dime Shirley, ¿me equivoco? —insistió susurrando a un palmo de su frente.

Ella al verse sin escapatoria le asestó un empujón y perdió la poca paciencia que le quedaba.

—¡Maldita sea, John! ¿Y qué demonios sugieres qué haga? ¿Qué le plante cara a mi padre y deje mis estudios? ¿Y qué hago si me declara la guerra? Porque tu no conoces a mi padre, pero yo sí y te aseguro que no se quedaría de brazos cruzados. John, ¿no te das cuenta de lo que me estas pidiendo? ¡No

puedo enfrentarme a él! Esperar a que haga tal cosa sería como resetear mi cerebro y cambiar por completo mi carácter —dijo alzando la voz de forma desesperada.

John la recorrió con la mirada sin ocultar su decepción. Le parecía increíble que hubiera perdido el tiempo con ella. Tanto esfuerzo, tantas horas invertidas, ¿y para qué? Si ahora se rendía a la mínima de cambio.

—Yo nunca te he pedido nada, salvo que seas feliz. Y en el fondo sabes lo que debes hacer, pero prefieres que otros decidan por ti porque eres una cobarde y no tienes agallas para luchar por tus propios intereses. ¿Sabes? Creo que después de todo no es mala idea que hayas vuelto con Eddy. Los dos sois tal para cual. Unos niños consentidos que prefieren vivir al amparo de sus padres con tal de no mover el culo —le espetó sin piedad. Era consciente de que se estaba pasando de la raya y de que más tarde se arrepentiría de haber sido tan duro. Pero se sentía herido, frustrado y muy cabreado. ¿Y por qué negarlo?, también celoso. Desde que se había enterado que había vuelto con Eddy, la angustia le devoraba por dentro y lo convertían en un perro rabioso. Por lo que antes de marcharse, volvió sobre sus pasos y decidió escupir todo lo que pensaba—. Escúchame bien Shirley, sé que estás convencida de que esto es lo mejor que puedes hacer, que sacrificándote se acabarán los problemas y podrás vivir en paz. Pero te aseguro que no será así. Llegará un día en que de pronto abras los ojos y veas que todo lo que te rodea es tan falso como un decorado de cartón. Que tu perfecta vida, esa que has erigido tan concienzudamente, es en realidad un castillo de naipes a merced del viento, que nada de lo que tienes te pertenece, ni siquiera tus sueños porque se los has entregado a otro. Y ese día, Shirley, el mundo se te caerá a pedacitos sobre la cabeza, comprenderás que estás sola y acabará por faltarte el aire dentro de tu jaula de oro. Créeme cuando te digo que sé de lo que hablo. Solo espero que tú también sepas reaccionar a tiempo y lo puedas evitar. No me gustaría que las pasaras tan putas —concluyó con una sinceridad que se palpaba en el aire.

Durante unos segundos vieron su misma tristeza y resentimiento reflejada en los ojos del otro. La angustia que devastaba sus corazones por lo que podía haber sido y ya no. Y comprendieron la terrible verdad. Eran dos almas con idéntica mala suerte que el destino había hecho coincidir para burlarse de ellos. Los dos habían nacido con todas las posibilidades a su alcance, y sin embargo, les habían colocado los grilletes de un esclavo.

John apretó los dientes y se alejó sin miras atrás. El cielo, que minutos antes lucía de un azul hermoso, se iluminó con un relámpago como si fuera una señal de lo que acababa de vaticinar. Shirley permaneció inmóvil durante un buen rato bajo el aguacero, con sus lágrimas mezclándose con el agua de lluvia y las palabras de John resonando dentro de ella a modo de un eco lacerante y profundo.



17

No entendía cómo había acabado en el McGee's con Eddy. Bueno, en realidad sí lo sabía. Eddy le había propuesto ir allí después de cenar. Y aunque ella se había negado una y otra vez, él se mostró tan insistente que acabó accediendo por temor a que su actitud le pareciera sospechosa. Por lo visto, para Eddy y sus amigos el McGee's también era un buen sitio para reunirse. Shirley tuvo más deseos que nunca de colarse por una madriguera (como Alicia en el País de las Maravillas), y desaparecer. Aquella estaba siendo una de las peores noches de su vida.

De camino al restaurante se habían quedado varias veces en silencio, sin saber qué decir. Y durante la cena, Eddy no había dejado de hablar sobre sus clases optativas de la universidad, sus correrías con los colegas y del nuevo coche que sus padres le habían regalado. Aquí Shirley se puso un poco tensa, pero solo duró lo que él tardó en hacer un resumen pormenorizado de todas las pijadas y novedades que traía su exclusivo juguete. Luego la conversación volvió a convertirse en un monólogo tedioso y Shirley terminó por echar en falta esa punzada de inquietud. Al menos por un momento había sentido algo más que ganas de bostezar.

Y ahora encima esto...

Tan pronto como traspasó el umbral del *pub* se corazón se puso en alerta. Sabía que en cualquier momento vería a John en el escenario o tras la barra. Y más allá de lo incómodo o desagradable que fuera el hecho de que pudiera

verla con Eddy, no quería tenerle delante porque cada vez que eso ocurría, el estómago se le encogía en un puño y resultaba muy doloroso. Además aún seguía resentida por la discusión que habían tenido en el jardín de la residencia, por lo que su idea era permanecer todo lo alejada de él para evitar el encontronazo. La sola imagen de los tres coincidiendo en algún rincón del local, le ponía los pelos de punta. Pero eso no tenía por qué ocurrir si guardaba las distancias del bar y del escenario. Intentó no ponerse en lo peor y se aseguró de mantener la sonrisa para parecer contenta. Eddy ya le había reprochado que la notaba demasiado callada.

Duncan Warren y sus otros amigos los estaban esperando en uno de los sofás del fondo del McGee's. Al menos le alegraba comprobar que se encontraba fuera de la zona de peligro.

—¡Pero miren a quienes tenemos aquí, a la parejita reconciliada! —les saludó Duncan, el *quarterback* de los Greenwich Jetsy y miembro de la hermandad de Eddy. Shirley percibió su tono burlón mientras pronunciaba la frase, y supo que en realidad los consideraba una pareja ridícula. Era evidente que la seguía creyendo poca cosa para su amigo—. ¿Cómo es que has vuelto con este idiota? —le preguntó, fingiendo ser amable con ella.

—¿Acaso dudas que pueda estar con alguien mejor que yo? —replicó Eddy en broma, aunque su pose arrogante dejaba claro lo convencido que estaba de sus palabras. Lo que no contaba era con la respuesta de «su chica».

—No eres el primero que me hace esa pregunta —objetó Shirley con aire resuelto—, pero siento decirte que no estamos juntos. Solo hemos salido como amigos —añadió con una sonrisa educada. Por alguna razón sentía la imperiosa necesidad de aclararlo.

Eddy se crispó al oír su contestación. Sentía que le habían arrojado un jarro de agua helada a su ego. ¿Desde cuándo se había vuelto tan quisquillosa? Y además, ¿por qué daba tantas explicaciones? Era evidente que tarde o temprano iban a volver. Le rechinaron los dientes de rabia por la pequeña humillación. Las tías y su jodida manía de quedar por encima.

—Por cierto Shirley, estás muy guapa. ¿Has adelgazado? —le preguntó con aire guasón una de las chicas del grupo. Shirley reconoció a la capitana de las animadoras, que según se rumoreaba en el campus volvía a tener un rollo con Duncan.

Bajó la mirada y estudió la ropa que llevaba puesta: un jersey ancho de

lana gris y unos *leggings* tan desgastados que ya se le habían empezado a formar bolitas en la entrepierna. Aunque Eddy le había avisado que la iba a llevar a un buen restaurante, no le había apetecido arreglarse; y lucía, incluso, algo desaliñada. Por lo que sabía que el comentario de esa bruja no tenía buena intención. Tuvo el impulso de dejarlo pasar, como hacía siempre que alguien trataba de burlarse de ella metiéndose con su peso, pero luego decidió plantarle cara.

—Dudo mucho que me veas más delgada, me siguen volviendo loca los pasteles de chocolate. El otro día me probé un pantalón que había visto en un escaparate y cuando por fin conseguí encajar el culo dentro, dos de los botones salieron disparados por los aires. ¿Os lo podéis creer? —Soltó una risotada ruidosa— Al final tuve que estrujarme los michelines para poder sacármelos y los volví a dejar en la estantería de la tienda antes de que la dependienta me pillara —comentó, exagerando la anécdota a adrede para hacerla rabiar.

La capitana y sus amigas se erizaron como gatas. Había dicho dos de las palabras que estaban malditas en su vocabulario: pasteles y michelines. Nadie las pronunciaba en su presencia. Todo el mundo sabía que como máxima autoridad de las animadoras, le guardaba culto a la dieta de la lechuga y al gimnasio. Era como mentar al Diablo delante de un cura. Así que le quedó claro que esa mosquita muerta las estaba desafiando.

La capitana y Shirley se miraron declarándose la guerra en silencio, mientras los chicos (sobre todo Eddy) seguían mudos por la anécdota de mal gusto que acababa de contar. Quizá, en otro momento de su vida se habría disculpado, pero se sentía confiada, incluso insolente, y no le daba la gana de replegarse. Ya no. De pronto parecía poseída por el espíritu de Karen.

Y como si la hubiera evocado con la mente, la vio a tan solo unos metros de distancia. Se encontraba en una de las mesas de enfrente, bebiendo cerveza con Bruce y los otros chicos. ¡Mierda!, conociéndola seguro que se acercaba a ella nada más verla. Y conociéndola también, seguro que no se conformaba con saludar y ya está, seguro que soltaba alguno de sus comentarios cargados de mala leche. Lo más probable es que Eddy fuera el primero en caer; se había quedado con ganas de contestarle en la habitación.

Decidió tomarle la delantera.

—Si me disculpáis vuelvo en un rato.

Nadie preguntó adónde iba y por qué. La mayoría estaban entretenidos en despellejar y criticar a un tal Harris que venía de intercambio de estudiantes. Por lo visto había cometido el grave error de llevar una carpeta de los *Cazafantasmas* y se había convertido en el nuevo friki oficial del campus. Ni siquiera Eddy le prestó atención cuando se separó de él. Parecían hienas obcecadas con un trozo de antílope muerto.

En el otro grupo también reinaba un ambiente jovial, pero muy distinto. No había chismorreos ni comentarios ponzoñosos, solo se limitaban a reírse de las bromas que se gastaban entre ellos.

—¡Eh Shirley, qué sorpresa! No te esperábamos aquí —la saludó Jimmy, al verla aparecer con una tímida sonrisa.

Los demás giraron la cabeza en su dirección y se sumieron en un tenso silencio. Menos Jimmy, todos estaban al tanto de lo que había ocurrido entre ella y John.

Max se hizo enseguida a un lado para dejarle un hueco en el sofá.

—No, gracias, no estaré mucho tiempo. Solo quería pasar un rato a saludaros —aclaró con intención de tranquilizar al grupo, que seguía tirante.

—Buena idea, puede que yo también vaya a saludar a un capullo que yo me sé —dijo Karen, buscando a Eddy con la mirada como un perro de presa.

—Ni se te ocurra, Karen —le prohibió Shirley con otra mirada de aviso. Tal como se temía le había leído las intenciones.

Karen torció el gesto y se enfadó todavía más con ella por privarle del perverso placer de desquitarse.

—Oye Shirley, John se está preparando para el concierto pero puedo avisarle de que te encuentras aquí —le sugirió Jimmy en su enorme ignorancia, por lo que se ganó algunas miradas reprobadoras de sus amigos.

—Cierra el pico, ¿quieres? —le ordenó Bruce por lo bajo, dándole un ligero codazo en las costillas.

—¿Pero qué ocurre? Os comportáis todos de una forma muy rara —se quejó él, también cuchicheando.

—Luego te lo explico, ¿vale? —zanjó Bruce.

—Bueno, será mejor que me marche —se despidió Shirley al comprender lo mucho que se habían complicado las cosas.

Se le hacía terriblemente doloroso comprobar que no solo había perdido a John, también a ellos. Incluso Karen le hacía el vacío.

—Esos imbéciles no son tus amigos y lo sabes—. Escuchó que le decía ella por la espalda.

Pero Shirley la ignoró y volvió sobre sus pasos con la cabeza erguida, al tiempo que por dentro se moría por estar con ellos y que todo volviera a ser como antes.

Cuando regresó al grupo de Eddy, vio que ni él ni nadie la habían echado de menos. Se encontraban de lo más entretenidos debatiendo sobre si era mejor el *iPhone6* o el anterior modelo. Y ahí estaba ella otra vez, perdida entre dos mundos totalmente opuestos y sin terminar de encajar en ninguno. Solitaria, aislada, afligida, estúpida, ignorada, así se sentía tras su sonrisa falsa y su pose de cartón.

—¡Mira, ahí está el violinista del que os hablé! —escuchó decir a una voz del público.

Shirley dio un respingo y sus ojos volaron hacia el escenario. Sabía muy bien a quien se iba a encontrar, pero no hizo que fuera menos impactante ni menos doloroso ver a John. Su corazón lo reconocía como suyo y su mente se empeñaba en contradecirle, por lo que se hallaba en un perpetuo conflicto. Y además, su increíble físico no ayudaba a su intento por olvidarle. Maldita sea, ¿por qué tenía que estar tan bueno? Se había puesto una cazadora de terciopelo negra que llevaba entreabierta, sin nada debajo, mostrando una pequeña porción de vello en el pecho y la línea que había del ombligo a la hebilla plateada de su cinturón. De cintura para abajo lucía unos pitillos oscuros que le marcaban los duros cuádriceps de sus piernas y lo que tenía entre ellas. Y el pelo lo llevaba suelto, con una bandana negra enrollada alrededor de la frente. Shirley notó que se le secaba la boca y le recorría un fuego abrasador por las venas. Luego le dieron ganas de coger la manguera del extintor y cargar contra la jauría de perras salidas que se encontraban apostadas bajo el escenario, gritando toda clase de barbaridades que solo podían ocurrírsele a una mente calenturienta. Y para colmo John estaba solo, no había nadie más actuando con él. Bruce, Karen y los otros chicos seguían en su mesa, tan atentos al concierto como cualquiera de los que se encontraban en el *pub*.

Cuando John terminó de tocar y anunció que esa sería su última noche en el McGee's, una extraña sensación de pérdida se adueñó de Shirley. No era una

pesadilla, estaba sucediendo de verdad. John salía de su vida para siempre. Quizá se tratara de un favor que le hacía el universo con intención de ayudarlo a pasar página. ¿No era lo que había pedido mientras contemplaba las estrellas, que lo arrancaran de su corazón, que le permitieran recobrar su normalidad? Pues ahora era un hecho, John se marchaba y ya nunca lo volvería a ver.

A medida que su mente procesaba la información, algo en su interior empezó a resquebrajarse amenazando con venirse abajo. Intentó con desesperación pensar en algo alegre, como que, tras haberlo deseado mucho tiempo, Eddy por fin había vuelto a su lado. Y no solo había vuelto, sino que se le había declarado y quería recuperarla. Durante su larga relación, él jamás le había dicho cosas tan bonitas y tampoco se había mostrado muy afectuoso, por más que ella le había insistido en ocasiones que fuera un poco, solo un poquito más atento. Lo justo para que no se olvidara de su cumpleaños, como le sucedió una vez. Y parece que ahora Eddy estaba intentando cambiar, se mostraba más abierto y atento, y sin embargo, no le reconfortaba en lo más mínimo. Nada. Eso era lo único que sentía cuando le miraba.

Absolutamente nada.

Se suponía que la situación debía mejorar, que Eddy le ayudaría a recuperar su ansiada rutina, pero las cosas no estaban yendo como ella esperaba. Su corazón se disparaba por quien no debía, y por quien debía latir, por el que una vez había sentido algo parecido al amor, actuaba como un encefalograma plano. Aquello era de lo más frustrante. No. Corrección. Aquello era una mierda.

Respiró hondo y trató de calmarse. Aún era pronto para rendirse con Eddy, tenía que seguir intentándolo. No le quedaba otra, se había quedado sin flotador y ahora debía bracear con fuerza para llegar a la orilla.

—¡Eh, Shirley! ¿En qué demonios estás pensando? —protestó Eddy, dándole un pequeño codazo. Se sentía irritado porque había notado que llevaba un buen rato pasando de él.

Ella volvió a la realidad con un ligero parpadeo.

—¿Qué? —susurró todavía un poco perdida.

Entonces vio que John ya se había cambiado de ropa y se encontraba poniendo copas tras la barra del *pub*.

—Uhhh, veo que no soy la única que se ha fijado en lo bueno que está el violinista —dejó caer con malicia la capitana de las animadoras, al ver hacia donde miraba Shirley.

—Sí, ya me he dado cuenta —masculló Eddy con semblante sombrío.

—Un momento, ¿ese no es el tío con el que vi a Shirley la otra noche? —preguntó Duncan, sonriéndole a ella como diciendo «te pillé». Shirley se quedó muda, mientras notaba como el corazón le trepaba hasta la boca. —¡Sí, es ese! —insistió el *quarterback*, ya sin ningún tipo de dudas al fijarse en su expresión de horror.

Eddy giró la cabeza hacia la barra y observó a John como si tuviera rayos X en los ojos. Después volvió a desviar su atención hacia Shirley, atando cabos. Ahora entendía porque había estado tan abstraída durante el concierto. En algún momento incluso había llegado a ver como se comía al violinista con los ojos, y se había enfadado. Aunque no le había dicho nada por dos razones: primero porque había perdido el derecho a hacerlo, y segundo, porque casi todas las tías del McGee's también babeaban por el melenas. «Sí, pero no todas las tías habían salido con él», se recordó enseguida con fastidio. Y contrajo los ojos mientras observaba a uno y a otro cargado de recelo. ¿Realmente tendría de qué preocuparse?

—Vaya, vaya con Shirley. Resulta que no es tan ingenua como parecía —comentó la capitana recorriéndola con una mirada llena de suspicacia, a la vez que ella los observaba a todos como una gacela rodeada de leones. Entonces la capitana recordó la manera en que la había provocado hacía un rato y sus ojos brillaron vengativos —. Oye, tengo una idea —anunció al grupo—, ya que Shirley conoce al bombón de la barra, ¿por qué no nos acercamos hasta allí para que nos lo presente?

Shirley la miró como si le hubiera salido otra cabeza.

—¿Qué? —chilló— ¡No, no, ni hablar! Seguramente estará demasiado ocupado y no quiero entretenerle —se excusó con un asomo de pánico en la voz.

—Oh, vamos, no seas mala. Connie no tiene novio y seguro que te agradece que hagas de casamentera. ¿A qué sí? —preguntó la capitana, dirigiendo una mirada penetrante a la chica.

—Ya lo creo —afirmó la aludida sin dudar.

—¿Lo ves, Shirley? Las buenas amigas se hacen ese tipo de favores — insistió la capitana dedicándole una sonrisa falsa y ponzoñosa.

A Shirley se le revolvió el estómago. ¿Amigas? Una víbora podía demostrar más lealtad que ella.

—Sí, y además, ¿qué demonios? Vayamos a la barra. ¡Tengo sed! —terció Duncan, con la perversa intención de apoyar a las chicas y divertirse acosta de Shirley.

John corría sudoroso de un lado al otro de la barra, abriendo botellas, sirviendo copas y repartiendo sonrisas fingidas mientras rechazaba todas las descaradas proposiciones que le llovían de universitarias salidas. Solo quería que la noche acabara pronto para volver a su casa y tirarse en el sofá a leer un libro. Llevaba días soportando demasiada carga de trabajo, se encontraba agotado y no dormía bien. No hacía más que maldecir y refunfuñar por todo. Y luego estaba Shirley... Cada vez que pensaba en ella, que solía ser a menudo para su fastidio, su mirada se teñía de oscuro dolor y amargura. Pero se juró que en cuanto se marchara a Los Ángeles, conseguiría sacarla de su cabeza aunque tuviera que coger un bisturí y operarse el cerebro. Ya bastante había hecho el imbécil por ella y se negaba a seguir por ese camino. Puede que por ello se sintiera aliviado de dejar el McGee's, porque en el fondo estaba deseando dar carpetazo al asunto. Aquel *pub* había sido su lugar de trabajo durante años, (prácticamente desde que había llegado a New York y Bruce se lo consiguió por medio de un contacto), y allí había vivido muy buenos momentos, conoció a los chicos y se estrenaron como grupo en ese mismo escenario. Pero era hora de cerrar puertas y abrirse a nuevos horizontes.

Entonces reconoció una voz aguda tras su espalda y pensó que si el karma tuviera forma corpórea le habría pateado los huevos por cabrón. Aguardó inmóvil un segundo, intentando hacerse a la idea de lo que se iba a encontrar, y se dio la vuelta muy despacio, casi con miedo. Sí, no había duda, era ella en compañía de aquel idiota.

—Ho... hola John, ¿qué tal estás? —balbuceó Shirley, al lado de Eddy y sus colegas—. A mis amigos y a mí nos gustaría tomar unas cervezas —le pidió, procurando componer un gesto alegre, pero solo le salió una mueca a medio camino de la sonrisa.

Una de las chicas que iba con ella, carraspeó para recordarle algo y Shirley se irguió tensa. Se comportaba como si la estuvieran apuntando con una pistola

en la sien.

—Por cierto John, te presento a mi amiga Connie. Estudia en mi universidad y es animadora del equipo de los *Greenwich Jets* —comentó, recitando de memoria lo que le habían pedido que dijera.

—Hola —le saludó la chica con una risita tonta.

—Qué hay —respondió John, alzando brevemente la barbilla sin apenas mirarla.

Connie vio que pasaba olímpicamente de ella y retrocedió con un puchero. Había dado por hecho que con decir que era animadora ya sería suficiente para impresionarlo. Con todos los tíos que conocía le funcionaba, pero aquel idiota debía ser extraterrestre y no era consciente de la suerte que tenía de que alguien con su estatus le dirigiera la palabra.

Shirley observó la cara de seta de la chica y tuvo que fruncir los labios para no soltar una carcajada delante de sus narices. Ya había imaginado que ocurriría algo así. Conocía a John y sabía que hacía caso omiso a todo ese rollo de las animadoras, los equipos de fútbol y los grupitos populares. Puede que fuera porque era europeo o porque sin más, pasaba del tema. Pero le produjo una satisfacción muy grande comprobar que no tenía por qué preocuparse de las tías como Connie y la zorra de su amiga, la capitana. Él no era como Eddy.

Mientras John abría con rapidez los botellines de cerveza que habían pedido, se inclinó con disimulo sobre la barra y susurró:

—Oye, siento mucho esta situación incómoda, pero te prometo que no ha sido cosa mía.

John clavó los ojos un segundo en ella y luego siguió con lo que estaba haciendo. ¿Una situación incómoda? Le faltaba un tris para explotar y mandarla a la mierda sin contemplaciones. No sabía si le jodía más verla con Eddy o que hubiera intentado emparejarlo con una de sus tontas amiguitas recauchutadas. ¿A qué demonios estaba jugando? Entonces se fijó en que Eddy también les observaba con suma atención, como intentando desentrañar lo que había entre ellos, y una idea maligna empezó abrirse paso en su mente. Lo sentía por Shirley, pero no pensaba desaprovechar la oportunidad de la revancha.

John plantó las cervezas sobre la barra, metió las rodajas de limón dentro

de los botellines y dibujó una sonrisa radiante. Shirley percibió su cambio de actitud y notó que le recorría un escalofrío por la espina dorsal. Dios mío, ¿qué estaría tramando?

—Hola Eddy, encantado de conocerte —dijo ofreciéndole la mano—. Shirley me ha hablado mucho de ti.

—¿En serio? —repuso él un poco confundido mientras se la estrechaba.

—¡Oh, ya lo creo! A todas horas. Incluso antes y después.

Eddy sonrió orgulloso hasta que cayó en la cuenta:

—¿Antes y después?

—Sí, ya sabes, antes y después de montárnoslo. Ahí donde la ves, es muy morbosa y le gusta comparar —confesó con un guiño de ojos travieso.

La sonrisa de Eddy se esfumó de golpe y a Shirley se le paró el corazón. Maldito capullo, ¿qué se proponía? Miro a Eddy y a sus amigos boquiabiertos, y soltó una risita histérica.

—No hagáis caso, no habla en serio. ¿Verdad que no hablas en serio? —preguntó a John, mascullando entre dientes.

Él se echó a reír mientras Shirley le fulminaba con la mirada. Estaba seguro de que se moría por poder saltar a la barra y despellejarlo vivo, pero por suerte había demasiada gente de testigo como para cometer un asesinato.

—Relájate Shirley. Te va a explotar la vena del cuello —se burló a la vez que servía unas copas a otros clientes. Miró a su novio sin perder el buen humor—. Sí, solo bromeaba. Shirley y yo solo somos amigos —le aclaró. Eddy intentó parecer indiferente, pero se le escapó un suspiro de alivio—. Aunque tengo que admitir que besa muy bien y me encantan los lunares de su cuerpo. Sobre todo el que tiene bajo el pecho izquierdo con forma de estrellita. Es monísimo —añadió con expresión pícaro antes de darse la vuelta para irse.

—Maldita sea. ¡John! —gritó Shirley, entre escandalizada y furiosa. Se giró de nuevo hacia Eddy y sus colegas con las mejillas rojas como un farolillo chino— De verdad que es broma, solo está bromeando porque él es... él es así de gracioso —alegó medio gruñendo. Y volvió a soltar una risita estúpida presa del nerviosismo.

El muy cabrón le había lanzado una granada y se había marchado corriendo.

—¿En qué bromea exactamente, en lo del beso o en que solo sois amigos? Porque lo del lunar es cierto —repuso Eddy, mirándola fijamente con aire lúgubre.



18

Karen lloró de risa cuando esa misma noche, ya en la habitación, Shirley le ponía al corriente sobre su desastrosa cita. Al menos había servido para que se reconciliaran. Aunque su amiga seguía creyendo que cometía un estúpido error intentándolo con Eddy y que acabaría por arrepentirse. «Cuando vea a John pienso invitarle a una birra. Habría dado lo que fuera por ver la cara que le debió quedar a ese imbécil arrogante», comentó doblada en dos por las carcajadas, «tengo que confesarlo, ¡John es mi ídolo!». Shirley la fulminó con la mirada a la vez que se comía un yogurt de fresa sentada en el borde de su cama. No estaba nada de acuerdo con ella. John la había dejado en evidencia y le había puesto en un grave aprieto con Eddy, que no le dirigió la palabra en lo que restó de noche. Pero eso la verdad es que le había importado un bledo. Le fastidiaron más las miradas y risitas burlonas que le dedicaron por lo bajo los gilipollas de sus colegas.

John y Bruce decidieron aprovechar la mañana para hacer un poco de ejercicio y fueron a Central Park a correr. Normalmente solían ir un par de horas por semana al gimnasio, pero ese día les apetecía recargar las pilas respirando aire puro mientras disfrutaban de las estupendas vistas. Trotaron por la pista de atletismo que rodeaba el lago Reservoir, cruzaron un puente dorado que atravesaba un sendero boscoso y continuaron por una vereda que conducía a otra laguna del parque. Bruce intentó seguir el ritmo de John, pero aquel capullo corría como un semental árabe. Era como si quisiera dejar atrás todos los problemas que lo atormentaban con cada zancada acelerada que

daba. Al final se apoyó en una farola, estiró la mano y pidió clemencia. Notaba como la garganta le ardía al intentar respirar. John se detuvo unos metros más adelante cuando escuchó que lo llamaba y volvió sobre sus pasos a regañadientes. Se encontraban cerca de una de las zonas verdes donde la gente hacía picnics y se recostaban en la hierba para pasar el rato.

—¿Qué ocurre, Bruce, estás en baja forma? —se burló sonriente.

Su primo le asesinó con la mirada mientras seguía jadeando al pie de la farola, con la cara enrojecida y los goterones de sudor resbalándole por la frente y el cuello.

—Dios, tío, he estado a punto de vomitar un pulmón —se quejó, inclinándose sobre sus rodillas para recobrar el aire—. Bueno, ¿me lo vas a contar o qué?

—¿A qué te refieres? —preguntó John, sin parar de hacer estiramientos para no enfriarse. Se había puesto un cómodo chándal gris de algodón (él pasaba de ponerse mallas como su primo, por muy transpirables y frescas que fueran) y llevaba un reloj deportivo de los que contabilizaban las pulsaciones, las calorías quemadas y los kilómetros recorridos.

—Eso que te tiene tan cabreado y te hace correr como si tuvieras un cohete en el culo.

John comprendió que por ese día se había acabado el ejercicio y con un suspiro de resignación, se sentó en un banco y apoyó los codos sobre sus rodillas, con una expresión absorta. A lo lejos se escuchaba los gritos de unos niños correteando por la hierba tras un balón.

—Anoche me topé con Shirley y su novio —confesó entre dientes—. Dios, ¡tendrías que haberla visto! No parecía ella, solo se limitaba a sonreír y a obedecer como si tuviera la personalidad de un perro. ¿Y ese idiota? Me pone enfermo con sus aires de burguesito petulante y esa cara de, «yo valgo más que tú y meo oro líquido». El muy capullo... ¿Quién coño se habrá creído que es? —gruñó, crispando un músculo de la mandíbula.

Se había pasado la noche en vela evocando una y otra vez la imagen de ellos dos juntos, besándose, tocándose. En realidad no habían hecho nada de eso, pero en su mente les veía haciendo de todo y le entraban unas ganas locas de ponerse a patear cosas.

Bruce soltó una carcajada antes de sentarse a su lado.

—Pues a riesgo de que me sueltes un puñetazo en la cara, siento decirte que tú eras igual que ese capullo. Aún me acuerdo cuando tus padres invitaron a los míos a pasar unos días en vuestra casita de verano, en Mónaco. Tú viniste a recogernos al aeropuerto y lo primero que soltaste fue, «estoy deseando enseñaros el yate que me ha comprado papá» —expresó intentando imitar su acento de pijo.

—¿En serio? —preguntó John, con los ojos muy abiertos y un mohín de espanto.

—Sí, tío, dabas mucho asquito —le aseguró Bruce, con un gesto similar—. Aunque por suerte has cambiado y ya no me dan ganas de ahorcarte. Bueno, no tanto como antes —puntualizó en broma.

—Y si ves que un día vuelvo a ser aquel pijo de mierda, por favor, mátame —le suplicó.

Se moría de la grima solo de pensar que había sido un personajillo tan patético como Eddy.

—¡Hecho! —concedió Bruce— No, ahora en serio. ¿Por qué no hablas de una vez con Shirley y le dices la verdad?

John dejó de contemplar los árboles que tenía enfrente y le lanzó a su primo una mirada de fastidio.

—¿Otra vez con lo mismo, Bruce? Ya te he dicho que no pienso mencionarle nada de mi pasado. Y además no entiendo qué tiene que ver con mi problema con Shirley.

—¡Pues mucho, colega, tiene mucho que ver! Las tías poseen un radar especial para detectar ese tipo de cosas. Saben muy bien cuando les estás engañando o escondiendo algo. Por eso Shirley no se fía de ti, porque nota que al perro le huele el culo a mierda.

—Gracias por compararme con un chucho cagón —masculló John, ofendido.

—Lo que intento decirte es que, si tanto te importa esa chica deberías sincerarte con ella. Así evitarías hacer cosas estúpidas como en la gala de graduación. Eso de salir al escenario como si te ardiera el pelo..., tienes que admitir que fue patético —. Sacudió la cabeza con incredulidad—. Es que no entiendo cómo Shirley no se dio cuenta. Yo me habría mosqueado con la escenita que montaste.

John tuvo que reconocer que tenía razón. La verdad es que había sido una soberana estupidez. Una estupidez que había cometido sin pensar, movido por el miedo a que Shirley reconociera su nombre y terminara por perderla. Cuando estudiaba en Aquisgrán y aún no tenía nada serio con Julianne, había tonteado con varias chicas. Pero algunas de ellas habían salido huyendo al comprender la presión y el peso que conllevaba su apellido.

—Bueno, ahora ya no tendré que seguir disimulando porque se acabó. Shirley ha preferido volver con ese idiota. Pero por mí como si se casa con él y les nombran pareja del año —masculló destilando amargura por cara poro de su piel.

En el fondo también estaba furioso consigo mismo porque, a pesar de lo herido y decepcionado que se sentía, no podía evitar preocuparse por ella. Sabía que el camino que había escogido parecía fácil, pero la llevaba directa a un precipicio.

Bruce se echó a reír con sorna. ¿A quién pretendía engañar? Era obvio que rabiaba de celos. Parecía una novia despechada criticando al chico que la había traicionado.

Entonces cayó en la cuenta de un detalle importante.

—Un momento, ¿no le habrás dicho eso, verdad? —inquirió, temiéndose lo peor.

—¿El qué, lo de Eddy? —Se encogió de hombros y frunció los labios— Le dije que eran tal para cual y que debían volver juntos.

Bruce se echó las manos a la cabeza.

—¡Tío! —gimió exasperado— ¿Cómo se te ocurre soltarle algo así? Es como retarla y decirle, ¿a qué no tienes huevos de volver con tu ex? En serio, John, hazme caso y ve ahora mismo a buscar a Shirley. Dile que sientes mucho la tontería que dijiste, que se te calentó la boca más de lo normal. Y si hace falta arrástrate como un gusano hasta que te perdone. O la vas a perder, colega. Y no me vengas con el rollo de que te da absolutamente igual, porque eso no se lo cree nadie. Sabes que esa chica te importa más de lo que quieres aparentar, de lo contrario no estarías tan cabreado y no te parecerías al maldito *Forrest Gump* corriendo. Así que, por una vez, deja a un lado tu estúpida soberbia y hazme caso —le aconsejó muy en serio.

John soltó una risita entre iracunda y sarcástica.

—¿Yo arrastrándome como un gusano para pedirle perdón? ¿Pero qué te has fumado, Bruce? Punto número uno: no puedo perder lo que nunca he llegado a tener. Punto número dos: yo no fui el que decidió salir huyendo, por lo que tampoco estoy en la obligación moral de pedir disculpas. Y punto número tres: sí, Shirley me importa, me importa mucho, probablemente sea la chica que más me haya importado nunca. Pero eso nos vuelve a dejar en el punto número dos, Shirley se encargó de cerrarle la puerta a lo que sea que podríamos haber tenido y no pienso insistirle para que cambie de opinión. Ya me he arrastrado bastante, ¿no te parece? Para mí Shirley es agua pasada y no volvería con ella, ni aunque ella me suplicara —juró con un brillo de rabia titilando en sus ojos. Luego miró su reloj de pulsera cuando sonó la alarma y se levantó del banco—. Te tengo que dejar, he quedado con uno de mis alumnos para darle clases y antes quiero pasar por casa a darme una ducha. Nos vemos más tarde, ¿ok? —se despidió alzando la mano de pasada.

Bruce contempló a su primo con expresión meditabunda, mientras él se alejaba como había venido; corriendo, huyendo de sí mismo y de sus demonios. Sí, John había cambiado mucho en aquellos años, pero por sus venas seguía corriendo la sangre de su familia y conservaba aquel endiablado carácter, orgulloso y temperamental, tan propio de los Schweitzer. Aunque su tío daba más miedo cuando se enfadaba...

Eddy se presentó en la residencia a las doce de la mañana. Habían quedado para ir juntos a almorzar con sus padres al club, como en los viejos tiempos.

A Shirley se le hizo extraña la situación. En una época no muy lejana, le había hecho ilusión la idea de pasar el día con Eddy, paseando por los jardines de las instalaciones con un granizado de limón en la mano. A veces, mientras sus padres jugaban al golf, ellos iban al spa y disfrutaban de un masaje *Shiatsu* en pareja, o simplemente dejaban que transcurriera la tarde echados sobre las tumbonas de la piscina. Y luego Eddy reservaba la suite *Love* del hotel y pasaban la noche apretujados bajo las sábanas rojas de la enorme cama con forma de corazón.

Ahora esa misma imagen hacía que su estómago brincara de nerviosismo. Pero no era aquel cosquilleo excitante con el que aguardaba ansiosa a tales momentos. Eran nervios de angustia, de inquietud, incluso de desagrado. No se veía preparada para volver a acostarse con Eddy. ¡Por Dios!, ni siquiera habían sido capaces de enlazar tres frases seguidas sin que reinara un silencio incómodo entre ellos. Extrañaba las miradas cómplices, las carcajadas

alegres, las charlas sencillas y hasta las acaloradas discusiones que había tenido una vez, porque un solo momento de aquellos era mil veces más espontáneo y real que todos los que había vivido junto a Eddy.

Sacudió la cabeza con incredulidad. La verdad es que no entendía cómo demonios había pasado tantos años con alguien con el que no tenía nada en común. Quizá se había esforzado tanto en ser la novia perfecta que había dejado arrinconada su propia identidad para volcarse por entero a los deseos de Eddy. Pero ya era inútil intentar ser la Shirley de antes. Se había dado cuenta de que tenía demasiadas cosas que decir como para seguir callada y no quería conformarse de nuevo con ser la sombra de nadie. Ella quería que tuvieran en cuenta su opinión y tomar sus propias decisiones. Así que era imposible. Lo suyo con Eddy no se podía resucitar ni llamando a un chamán africano para que sacrificara una cabra. Su relación estaba definitivamente muerta. Aun así decidió cumplir con el compromiso del almuerzo porque ya era demasiado tarde para cancelarlo, pero en cuanto regresaran a la residencia pensaba hablar con él.

Se echó una última mirada en el espejo del baño y sonrió satisfecha con lo que veía. Había decidido arreglarse un poquito más que la noche anterior, y llevaba una falda de tubo que acentuaba sus caderas y le quedaba por encima de las rodillas. También se había puesto una camisa blanca entallada y en los pies lucía unas sandalias beige con tacón de aguja.

Le había pedido ayuda a Karen con el maquillaje, pero ella no quiso esforzarse en ponerla guapa para Eddy. Solo le aplicó un poco de rubor en las mejillas y una sombra clarita, casi imperceptible, en los párpados. Hasta ese punto le detestaba. Lo curioso es que si la cita hubiera sido con John, habría acabado más pintarrajeada que los baños públicos de la universidad, por lo que dentro de lo malo encontró un motivo para alegrarse.

Salió del baño haciendo el esfuerzo de sonreír para parecer alegre. Comprobó que Eddy también se había arreglado con esmero. Llevaba su pelo repeinado hacia atrás, como de costumbre, y tenía puestos unos pantalones de pinza y una camisa celeste remangada por los codos. No había duda de que era un chico guapo, pero su estilo le parecía demasiado formal y aburrido. O puede que ahora sus gustos se hubieran vuelto más... ¿rockeros?

Él no se tomó las mismas molestias que ella en disimular. La recorrió con los ojos de arriba abajo y se detuvo un buen rato en su escote. Llevaba tres botones de la blusa sueltos y se intuía el sujetador lencero que tenía debajo.

Shirley se sintió algo violenta bajo su atenta mirada. Percibía un deseo obsceno brillando en sus ojos oscuros, que la intimidaba y la hacía sentir incluso sucia. Dios mío, seguramente ya estaría fantaseando con lo que harían por la noche en el hotel. El estómago se le contrajo en un puño. Sí, tenía que hablar con Eddy y tenía que hacerlo cuanto antes.

—¡Eh, perverso! La cara la tiene arriba —le increpó su amiga, que también se había dado cuenta de su descarado examen.

—Karen, por favor —le llamó la atención Shirley, con una mirada inquisitiva.

Pero ella hizo caso omiso.

—Que te den, Shirley —dijo torciéndole el gesto de soslayo—. Esta vez no vas a privarme del placer de contestar a este idiota. Que sepas que a mí no me engañas —. Le miró a él—. Yo no me trago el rollo ese de que has visto la luz y de repente te has dado cuenta de que quieres a Shirley. Sé que algo oscuro te traes entre manos porque los tíos como tú no cambian —le acusó sin reprimir su desprecio.

Eddy se le quedó mirando de la misma manera y curvó la comisura de los labios en una sonrisa desdeñosa.

—Vaya Caterina, veo que sigues tan cordial como siempre. Qué pena que tus padres estén invirtiendo un dinero que no tienen, en darte una educación que no eres capaz de aprovechar. Por cierto, ¿ya les han concedido la nacionalidad o todavía siguen en el país como irregulares? —le espetó con sorna.

Pero Karen, lejos de amedrentarse, también adoptó una postura altanera.

—Primero, Caterina solo me dice mi madre y mis hermanos. Vuelve a llamarme por ese nombre y te castro de un tijeretazo, ¿te queda claro, capullo? —le advirtió con las tijeras de su escritorio bailándole en un dedo—. Y segundo, si crees que con tus palabras vas a humillarme, es que eres más imbécil de lo que pensaba. Entérate de una vez, yo estoy orgullosa de ser hija de inmigrantes. Al menos lo mío se soluciona con unos papeles, pero tu gilipollez es congénita.

—Bueno, ¡ya está bien! —terció Shirley, al ver que Eddy hacía el amago de replicar. Tenía miedo que terminara de cabrear a Karen y esta cumpliera su amenaza. Lo que menos necesitaba eran excusas para ir a por él— ¿Podemos

irnos ya, por favor? Gracias —añadió con ironía, dirigiendo a Eddy una mirada tensa.

Cuando llegaron al club, Eddy le abrió la puerta del coche, la cerró tras ella con un golpe fuerte y le cogió de la mano sin esconder su aspereza. Se habían pasado el camino sumidos en un silencio opresivo, mientras él conducía y Shirley contemplaba el paisaje a través de la ventanilla. En parte había sido por culpa de Karen y su endiablada lengua. Eddy se sentía furioso porque no solo no había dejado que contestara a esa víbora, sino que tampoco le había defendido como esperaba que hiciera. Y como siempre había hecho antes.

Pero lo que le tenía realmente encabronado era el asunto del melenas.

No se le había escapado las miraditas que fluían entre ellos mientras se encontraban en la barra, de la manera en que a él le brillaron los ojos con ira cuando cogió a Shirley por la cintura, de los esfuerzos que hizo ella por no mirarle y de lo nerviosa que se había puesto cada vez que la sorprendió haciéndolo. Sí, claro que se había dado cuenta porque había que estar ciego para no verlo.

Tenía que reconocer que estaba preocupado con la situación, y llegó a preguntarse si tal vez no había sido un error dejar a Shirley. Había dado por sentado demasiado rápido que iba a pasar mucho tiempo antes de que le encontrara un sustituto. Había llegado incluso a creer que le iba a esperar, y contaba con la posibilidad de tenerla ahí, como plan B a falta de una opción mejor. Pero resulta que la mosquita muerta no estaba tan muerta, y no solo había pasado de guardarle luto, sino que además se había liado con un tío greñudo y andrajoso, pero que bien podía sustituir a *Chris Hemsworth* en una de sus películas de Thor.

Debía echar mano de su astucia y pensar en algo para solucionarlo. No era ya una cuestión de orgullo o de ver quién se llevaba el gato al agua, si el greñudo o él. Se trataba de su futuro. El señor Brown había sido tajante: o vuelves con mi hija, o puedes olvidarte del puesto que te prometí como socio directivo en mi despacho.

Decidió tragarse la rabia y optó por cambiar de actitud.

—Escucha, Shirley —dijo deteniéndose frente a las puertas del restaurante para cogerle de las manos—. Sé que no me he portado como debería últimamente, pero lo que te dije en tu habitación va en serio. Te quiero y no

deseo más que hacerte feliz. ¿Lo sabes, verdad?

—Sí —murmuró ella con un nudo en la garganta.

—Perfecto —.Sonrió—. Pues ahora demostremos a nuestros padres lo felices que nos sentimos de estar de nuevo juntos.

—Eddy, yo...

No pudo terminar la frase, él tiró de su mano y entraron en el lujoso comedor donde ya les esperaban sus familias, sentados a una de las mesas.

—¡Qué alegría me da veros tan unidos! Así es como debía haber sido desde el principio —alegó su padre con una mueca exultante mientras se levantaba para darles un abrazo.

Los padres de Eddy también les saludaron con otra gran sonrisa. Shirley notó, al besar la mejilla de la señora Miller, que su piel lucía tirante. ¿Cuántas inyecciones de bótox llevaría ya? Brillaba tanto como una muñeca de plástico.

—Señores Miller, es un placer volver a verles —repuso Shirley con gesto amable.

—Y nosotros a ti, querida —dijo el padre de Eddy, antes de besar su mano.

Shirley siempre había creído que padre e hijo se parecían demasiado. Eddy adoptaba la misma actitud melosa y teatral cuando quería conseguir algo de ella. Y se preguntó si el señor Miller, en la intimidad de su casa, también era otra persona totalmente diferente.

El almuerzo transcurrió como imaginaba. Su padre, Eddy y el señor Miller charlaban sobre política, mientras la señora Miller y ella se limitaban a tomar el caldo de pescado escuchando en silencio. La madre de Eddy no era una mujer muy habladora, siempre había preferido mantenerse en un segundo plano y que su marido socializara por los dos. Shirley se vio reflejada en su actitud. Ella también había dejado muchas veces que Eddy tomara la palabra por los dos. Quizá por simple comodidad o porque nunca había sido muy extrovertida, pero lo cierto es que solía encontrarse más a gusto en el papel de muda observadora. Una vocecita le llevó la contraria en cuanto este pensamiento brotó en su cabeza y le recordó que no siempre había sido así. Tan solo unos días atrás había tenido un grupo de amigos con los que hablaba y bromeaba sin problemas. Incluso se había puesto a gritar con Karen para animar a los chicos en un auditorio lleno de gente y se había atrevido a subir con John al escenario. ¿Entonces por qué con Eddy y su familia se comportaba de una

manera tan distinta? No tardó en conocer la respuesta...

—Eddy...

—Un momento, nena. Deja que termine de hablar —le pidió lanzando un manotazo al aire como si fuera una mosca pesada.

Shirley se quedó boquiabierta al ver el dedo de Eddy plantado a un palmo de su cara, acallándola con una falta de respeto que excedía los límites del machismo. Hizo el amago de replicar pero recibió otra desagradable sorpresa.

—¡Shirley, por favor! Estamos tratando un asunto importante —le llamó la atención su padre, irritado.

Shirley desvió su expresión de asombro hacia la señora Miller y le preguntó con la mirada, «¿tú estás viendo lo mismo que yo?». Pero en lugar de recibir su apoyo como mujer, lo que se encontró fue con una sonrisa plastificada que venía a decir algo parecido a lo siguiente: «aprende de mí, querida, y no intervengas en asuntos de hombres». La sangre le empezó a burbujear en las venas y le habría gritado a Eddy que se metiera el dedito por dónde le cupiera, si no fuera porque quería saber a qué asunto importante se refería su padre.

—Entonces todo resuelto. Celebraremos la fiesta de compromiso este verano y en cuanto salgáis de la universidad, os casareis. Y tú, Eddy, pasarás a ser mi mano derecha en el despacho. Shirley puede ayudarnos con la sobrecarga de trabajo ocupándose de algunas cuestiones. Nada importante, ya sabes, papeleo de trámites burocráticos, temas administrativos, organizar reuniones. Hasta podría encargarse también de los procesos judiciales más sencillos, ¿qué os parece? —repuso mirándoles con una gran sonrisa, mientras ella a su vez les contemplaba estupefacta.

¿Que qué le parecía? Notó que el alma le caía a los pies y que todo en lo que había creído, los pilares sobre los que se alzaba su vida, sus convicciones, incluso la figura de su padre que tanto había admirado, estaban a punto de desplomarse contra el suelo para convertirse en una enorme montaña de cascotes y escombros. La decepción era tan grande que sentía un terremoto sacudiéndola por dentro.

Se rió con amargura. Había renunciado a su sueño de ser violinista porque pensaba que, el mayor orgullo de su padre era que siguiera sus pasos y trabajaran como un gran equipo, juntos, padre e hija. Lo que nunca había podido ser por su falta de tiempo. Y ella había estado dispuesta a sacrificarse,

por Dios que lo habría hecho con tal de complacerlo, a pesar de todo lo que dejaba atrás. No solo sus sueños, sino también su corazón. Pero resulta que en realidad su padre se conformaba con mucho menos de ella. Resulta que su verdadero papel en este mundo era tan solo convertirse en una buena esposa. Una esposa con estudios universitarios, pero una esposa como tantas otras de su posición social. Sumisa, obediente, cumplidora, discreta. Y Eddy era el marido idóneo para eso, educado, de buena familia, aplicado y con la firmeza suficiente como para levantar el dedo y hacerla callar si abría la boca más de la cuenta. Esa era la cruda y triste verdad, lo que su padre quería y esperaba de ella. La razón por la que creía que formaban una pareja perfecta, la razón por la que se había entrometido (a pesar de que le había pedido que no lo hiciera) en su relación y por la que su exnovio había vuelto de forma repentina. Ahora estaba todo claro. Eddy era el medio que tenía su padre para atarla en corto de por vida.

—¿Qué ocurre, hija? ¿No dices nada? —le preguntó su padre al ver que seguía muda y pálida.

—No se preocupe, señor Brown. Es la emoción, que le impide hablar —aseguró Eddy, pronunciándose de nuevo en su nombre.

—Bueno pues, brindemos por la unión de la feliz pareja —propuso su padre alzando su copa de vino blanco.

—¡Eso, brindemos! —convino el señor Miller, con una sonrisa tan radiante como la de su hijo.

—Yo espero que después de la boda, no tarden en darme un nietecito —comentó su madre con una risita tonta.

Shirley le lanzó una mirada de profundo fastidio. ¿En serio? ¿No había abierto la boca en todo el almuerzo y ahora soltaba eso? Observó aterrada como cerraban el compromiso con un alegre tintineo de copas. Así, sin más. Sin que nadie le preguntara siquiera si ella estaba de acuerdo. Como si su vida fuera un negocio o un acuerdo cualquiera que se podía zanjar con un frío apretón de manos, como si su opinión tuviera tan poco valor que no merecía ser tenida en cuenta.

«Llegará un día en que de pronto abras los ojos y veas que todo lo que te rodea es tan falso como un decorado de cartón. Y ese día el mundo se te caerá a pedacitos sobre la cabeza, comprenderás que estás sola y acabarás por sentir que te falta el aire». Eso había dicho John y era justo lo que estaba ocurriendo.

De pronto un sudor frío le bajó por la nuca hacia la espalda y se llevó las manos a la garganta al sentir que le costaba respirar. Al otro lado del restaurante atisbó a una niña de cabellos oscuros bien recogidos, vestidito de seda impoluto y modales de princesa. Jugaba con su muñeca en una apartada esquina, mientras su padre se encontraba a solo unos metros de distancia, demasiado ocupado hablando por teléfono como para prestarle atención. Aun así la niña levantaba la cabeza y le miraba cada cierto tiempo, esperando el momento apropiado para acercarse a él; y cuando por fin reunió el valor de hacerlo la contestación que recibió fue la misma de siempre «ahora no, estoy trabajando». Esa niña había sido ella.

Y después se fijó en la señora Miller, una mujer vestida con un traje de diseño, enjoyada hasta las orejas y cuyo único aliciente en la vida era gastarse el dinero de su marido y taladrarse la cara a inyecciones de bótox para burlar a la vejez. Pero ahí estaba, sonriendo de forma estúpida como si su frívola existencia tuviera algún sentido, y silenciosa e inexistente, igual que un mueble más del comedor. No, peor incluso, igual que una prolongación de la sombra de su marido. Esa mujer podía ser ella en un futuro.

«De ninguna manera», se negó horrorizada.

—No pienso correr con la misma suerte. ¡No pienso casarme con Eddy! —gritó, poniéndose en pie.

Su padre y los Miller se quedaron congelados con sus copas en alto, mirándola con los ojos muy abiertos.

Eddy fue el primero en reaccionar y dibujó una sonrisa petulante.

—Tranquila nena, ya sé que suena precipitado, pero no estamos hablando de casarnos ahora, sino dentro de unos años —le explicó como si fuera algo lerda y le costara entenderlo, a la vez que tiraba disimuladamente de su brazo para que volviera a sentarse. Ella le apartó de un tirón.

—No, Eddy, eres tú el que no lo comprende. No pienso casarme contigo ni ahora ni nunca. ¡Ya no te quiero!

Se hizo el silencio sepulcral en medio de todo el restaurante. Shirley percibió las decenas de miradas que había clavadas sobre ella, (incluida la de su padre, que seguía atónito) pero le dio igual. Lo único que deseaba era salir de allí y respirar aire puro. Apartó la silla y se marchó corriendo, mientras oía la voz atronadora de su padre llamándola a su espalda. De pronto se sentía más ligera, más contenta, como si las cadenas gruesas que llevaban tanto

tiempo oprimiéndola, por fin se hubieran roto.



19

John se estaba preparando un sándwich de pastrami mientras esperaba a que su té se calentara en el microondas. Se encontraba agotado. Chloe, su representante, le había conseguido un trabajo en una agencia de modelos y había empezado esa misma tarde. Ella le había asegurado que era conveniente para su carrera, que así conseguiría una mayor visibilidad y despertaría el interés de los productores musicales. Lo que no imagina era que posar delante de una cámara fuera algo tan cargante. «Ahora siéntate así, levanta un poco una pierna, mira al suelo con expresión pensativa». Por no hablar de las horas que se había pasado en peluquería, maquillaje y cambiándose de ropa. ¡Él!, que no era ni de echarse crema hidratante en la cara y solo contaba con un par de trajes de vestir en el armario.

Bruce le había acompañado a la sesión de fotos y se lo había pasado en grande a su costa. «Sonríe, pequeña zorra presumida, ¡sonríe!», se burlaba entre risas cada vez que tenía que adoptar una posturita delante de la cámara. Lo peor es que no se lo podía reprochar, él habría hecho lo mismo. Y sí, era cierto que el trabajo no iba mucho con su rollo y que a veces se sentía ridículo, pero pagaban mejor que en el McGee's, le dejaba más tiempo libre y llegaba tan cansado a casa que apenas pensaba en Shirley. Todo eran ventajas, si no fuera porque tenía que acicalarse más que una *escort*.

Colocó el sándwich en el plato, cogió su té y se dirigió a la sala, deseando repantigarse en el sofá. En una esquina aún se encontraba su maleta a medio

hacer. En menos de veinticuatro horas partiría a Los Ángeles con los chicos del grupo. Era la condición que le había impuesto a Chloe, o aceptaba al resto de músicos o no habría trato. Pero por suerte a ella le encantaban como tocaba Bruce y el resto de la banda, y no había puesto ningún inconveniente.

Le pegó un mordisco al sándwich, apoyó la espalda en el sofá y masticó en silencio mientras trataba de digerir aquella sensación agridulce. Habían sido años muy duros, de arduo esfuerzo y padecimiento, pero las cosas por fin parecían irle bien. Se había licenciado en la escuela que quería, (no la que había escogido su padre), había ganado el premio de composiciones y dentro de poco grabaría un disco con su propio grupo de música. Música que le gustaba de verdad, no la que le habían obligado a tocar desde pequeño.

Cualquier otro en su lugar se habría sentido feliz, y realmente tenía motivos para estar contento. Pero la verdad es que se sentía como una puta mierda. Llevaba a Shirley demasiado dentro como para intentar arrancarla de su corazón sin sangrar. Ni siquiera cuando había partido de Alemania y tuvo que dejar su vida entera atrás; su apellido, sus comodidades, su familia, incluso su ropa. Ni siquiera entonces se había sentido tan desolado y perdido.

De repente llamaron al timbre y volvió en sí con un leve parpadeo. Joder, como fuera Bruce le iba a matar. No estaba de humor para hacer planes ni aguantarlo hasta las tantas. Solo quería seguir apoltronado en el sofá, tranquilo, sin nada más que hacer, salvo observar la tela de araña que colgaba de la lámpara del salón y continuar perdido en sus pensamientos. ¿Era tanto pedir?

El timbre volvió a sonar y con aire resignado dejó el plato sobre la mesa y se levantó para ir a abrir. No se tomó la molestia de ponerse una camiseta. Iba medio desnudo, descalzo y solo tenía puestos unos vaqueros con rotos en las rodillas.

De camino hacia el recibidor, el timbre sonó unas cuantas veces más.

—¡Ya voy, he dicho que ya voy! —gruñó irritado.

Entonces se quedó congelado al ver a Shirley al otro lado de la puerta, con la cara arrasada en lágrimas y los zapatos en la mano. John entornó los párpados dejando escapar un suspiro y lanzó una maldición al cielo. No, otra vez no...

—Tú tenías razón —dijo ella con la voz entrecortada por el llanto—. Estaba con Eddy y mi familia, y de repente comprendí que todo era un engaño.

Que nada de lo que yo creía era cierto, ni siquiera el futuro que pensé que tendría. Y me sentí vacía, John, me sentí tan vacía e insignificante que no podía respirar. ¡El mundo se me cayó encima! —gritó con una rabia y un desespero que traspasaba el aire.

John odiaba sentir lástima por la gente porque era como darlos por perdidos, y más que un gesto de empatía, le parecía una muestra de desprecio propia de un arrogante. Pero no pudo evitar compadecer a Shirley. Conocía muy bien esa sensación. Era como haber pasado toda tu vida dormido, preso de un profundo sueño en el que no había nada que desentonara, todo brillaba immaculado y maravilloso; como una de esas fotos de revista de decoración en las que los muebles aparecían debidamente ordenados y colocados a la perfección. Y de pronto abrías los ojos de golpe, descubrías que nada de lo que creías era real y veías tus pies campaneándose sobre el filo de un acantilado, cuya cavidad era tan oscura que ni siquiera alcanzabas a atisbar el fondo.

Sí, era una sensación de vértigo tan brutal que se te ponían los pelos de punta. Pero no estaba dispuesto a que se repitiera la historia. No volvería a ser su pañuelo desechable de lágrimas.

—Shirley...

—Por favor, déjame seguir —le cortó—, me ha costado reunir el valor para decirte esto y pienso que es importante que lo sepas —. Aguardó un segundo, cogió impulso y lo soltó—. Te odio, John Clayton. Te odio como jamás odiaré a nadie. Odio tus frases hirientes y repletas de sabiduría, sobre todo cuando acabas dando en el clavo. Odio tus contestaciones bordes, tu mal genio y tu brutal sinceridad. ¿Quién te ha pedido tu opinión, eh, listillo? Y sin embargo abres la boca cada vez que te viene en gana. Odio que te hayas apoderado de mi mente, que acapares cada uno de mis pensamientos, que te cueles incluso en mis sueños. Odio con fervor las arruguitas que te salen alrededor de los ojos cuando sonríes, y tu sonrisa la odio aún más porque es grande, luminosa y... ¡la odio! —chilló frustrada el ver que lo estaba haciendo justo en ese momento—. Odio tu maravillosa manera de tocar el violín, esa expresión de absoluta concentración que pones, tu forma de fruncir el ceño, el modo en que te recoges el pelo y lo echas hacia atrás con los dedos. Creo que no eres consciente de lo sexy que te vuelves cuando haces eso. En realidad creo que no eres consciente de lo guapo y bueno que estás, y eso te hace más odioso todavía. Odio el singular perfume que desprendes, tan a menta y

madera, tan a ti. Odio tu mirada, porque cada vez que clavabas tus ojos en los míos, siento que me llega a lo más profundo del alma. Y por esto y mil cosas más, te odio con todo mi corazón, te odio tanto que me gustaría odiarte de verdad en lugar de amarte como lo hago —concluyó casi sin aliento.

John se quedó mirándola, con los ojos como platos y sin mover un músculo de la cara. Miles de pensamientos y preguntas bombardeaban su cabeza sin ser capaz de sacar una sola conclusión en claro. ¿De verdad estaba ocurriendo aquello o eran imaginaciones suyas? Temía que se hubiera quedado dormido en el sofá y que se tratara de una jugarreta de su estúpido subconsciente, proyectada en forma de sueño. Pero tras pellizcarse con disimulo comprobó que no, por inverosímil que pudiera parecer, Shirley se encontraba frente a él, hablándole con el corazón en la mano. Vale que era la declaración más extraña y desconcertante que había escuchado nunca. Le odiaba, le quería, ¿en qué quedamos? Aunque también le parecía de lo más divertida y original.

Intentó contenerse, pero empezó a notar como la comisura de los labios le temblaban hacia arriba.

Shirley parpadeó con la boca abierta.

—¿Me tomas el pelo? ¿Yo me abro en canal el pecho, expongo mis sentimientos más íntimos y a ti te parece gracioso? —se quejó indignada, al ver los tristes esfuerzos que hacía por no reírse.

Finalmente no pudo aguantar más y soltó una carcajada que resonó en el rellano del edificio.

—Lo siento, Shirley. No pretendo parecer insensible pero es que... —Tuvo que hacer una pausa para enjugarse las lágrimas—. Joder, pero es que para haber leído tantas novelas románticas se te da fatal hacer declaraciones de amor.

—¿Lo ves? Esto es justo a lo que me refería. Siempre tienes que abrir la bocaza y soltar una de tus contestaciones borde. ¿Pues sabes qué te digo? ¡Que te den! —le espetó girando sobre sus talones.

Entonces John atrapó su mano, tiró de ella y cerró la puerta con un golpe seco tras su espalda. Shirley se sobresaltó al ver que de repente se encontraba arrinconada en una esquina de su apartamento, con sus brazos a cada lado de su cabeza y su boca a escasos centímetros de la suya.

—¿Qué pasa con Eddy? —susurró con voz gutural. Ya no había un atisbo de

diversión en él. Sus ojos ardían con una intensidad que hacía florecer su propio deseo.

—¿Qué hay con él? —preguntó a su vez, confusa y algo sofocada. Notaba su aliento dulce y le costaba respirar.

—Hasta donde yo sé, habíais vuelto. Yo mismo os vi de lo más acaramelados en el *pub* —masculló sin ocultar sus celos.

—En realidad nunca llegué a decidirme. Pero me fastidió tanto lo que me dijiste en el jardín de la residencia que quise intentarlo —confesó con apuro. Era consciente de lo pueril que sonaban sus palabras.

John ladeó un poco la cabeza y expulsó el aire entre los dientes. Maldita sea, Bruce tenía razón. Él mismo había empujado a Shirley a los brazos de aquel idiota.

—John —dijo ella, pronunciando su nombre con suavidad, mientras tomaba su cara entre sus manos para mirarle a los ojos—. Te prometo que ya no siento nada por Eddy. Solo te quiero a ti —le juró en un tono muy bajito que iba dirigido a su corazón.

Él la miró fijamente con la respiración contenida. ¿Qué era lo que había dicho por la mañana? ¡Ah, sí! Que no volvería con Shirley ni aunque ella se lo suplicara. ¡Pues a la mierda su orgullo! Ella estaba allí, con él, y el mundo ya podía irse al infierno que le importaba un comino, tenía todo lo necesario para sobrevivir.

Le deslizó una mano por la nuca y la atrajo hacia su boca, besándola con violencia y pasión. Shirley entreabrió sus labios y dejó que su lengua se enredara con la suya en una danza cálida, erótica y húmeda. Las pulsaciones de su corazón se dispararon como el zumbido que provocaba el aleteo de un abejorro. Ahora sí que latía. ¡Ahora sí!

El beso se volvió más profundo e intenso, mientras sus lenguas seguían enzarzadas moviéndose con lentitud. Shirley gimió contra su boca y se aferró a su cuello para no caerse. Le temblaban las piernas por los nervios y la falta de aire. Pero le dio igual, habría continuado besándole hasta morir asfixiada. Su olor, su aliento, el tacto de su barba rascando su piel, eran sensaciones que despertaban un deseo irrefrenable en ella.

Tras varios minutos, se separaron con la respiración entrecortada y las miradas encendidas.

—Eres una niñita de papá y me desquicia que a veces seas tan insegura, pero te quiero, Shirley Brown. Te quiero y..., joder, me lo has puesto tan difícil que aún me cuesta creer que esté ocurriendo de verdad —repuso soplándole el flequillo con su risa nerviosa y alegre.

Shirley atrapó uno de sus mechones que le caía por la frente y se lo colocó tras la oreja.

—Ya veo que a ti tampoco se te dan muy bien las declaraciones de amor — se burló sonriente al tiempo que le contemplaba con suma dulzura.

Él inclinó la cabeza, le besó la punta de la nariz y le mordisqueó el labio inferior. Un cosquilleo cálido le recorrió hasta los dedos de los pies, e introdujo tímidamente la lengua en su boca. No estaba acostumbrada a tomar la iniciativa y le daba cierto pudor. Pero John entreabrió sus labios y la recibió sin reservas. Fue un beso apremiante, intenso, largo. Sus lenguas se entrelazaban con avidez mientras sus manos se acariciaban con impaciencia. Shirley estiró la cabeza hacia atrás para dejar que John le besara el cuello, y volvió a estremecerse al notar su lengua húmeda descendiendo despacio por su garganta. Se le escapó una risita cuando su barba le hizo cosquillas en la piel, y de pronto esa piel se erizó bajo el roce de sus labios.

John siguió trazando un camino de besos por la pequeña hendidura de su clavícula y por el interior del escote, al tiempo que iba desabotonándole la camisa. Shirley apoyó las manos en sus hombros desnudos al notar de nuevo que las piernas le temblaban y la cabeza le daba vueltas. Dios, era como si tuviera cuarenta de fiebre. La adrenalina crepitaba en sus venas, llenándola de un calor sofocante.

John le deslizó la camisa por los brazos y durante un segundo observó fascinado los montículos cremosos que asomaban entre las copas de su sujetador de encaje. Buscó con urgencia el cierre, pero se encontraba tan excitado que sus dedos tropezaban con los enganches como si fuera un chaval sin experiencia. Soltó una maldición y finalmente consiguió desabrochárselo. Un gemido brotó de lo más profundo de la garganta de Shirley, al sentir su lengua cálida y mojada succionando sus pezones. Enterró sus dedos en su cabellera dorada, le deshizo lo que quedaba de su coleta y le levantó la cabeza para volver a arrastrarlo hacia su boca.

John fue tirando hacia arriba de la tela de su falda, mientras le acariciaba los muslos con las manos abiertas. Luego tiró un poco de la gomilla lateral de

sus braguitas y consiguió colarse dentro. Shirley jadeó contra su boca cuando los dedos de John empezaron a jugar entre sus pliegues mojados, y de forma instintiva empujó sus caderas contra las de él. Oh, ya lo creo que era un músico maravilloso. Un músico que sabía muy bien que cuerdas debía tocar para hacerla vibrar de placer.

Se ruborizó un poco al percibir la humedad de su sexo deslizándose por la cara interna de sus muslos. Jamás se había sentido tan excitada como para llegar a ese extremo, y le sorprendió hasta qué punto John era capaz de encenderla con solo unas cuantas caricias subidas de tono. Le sorprendía y al mismo tiempo le asustaba. No habían llegado al final y ya estaba a un tris de explotar.

—John, no aguanto más. Llévame a tu cama —le suplicó jadeando en su oreja, mientras clavaba los dedos en su piel.

A él le hizo gracia la petición, su idea era tomarla allí mismo, contra la pared, y luego ya seguirían por el resto de la casa. Incluido su dormitorio. Pero por lo visto su chica era de gustos más tradicionales. Su chica. Le gustó como sonaba, le gustó tanto que el miembro se le irguió como una estaca de acero.

Le alzó el culo con las manos para que ella enroscara las piernas en su cintura y la llevó a horcajadas hasta su cuarto. Shirley notó que caían sobre un colchón grande y mullido, y se medio incorporó debajo de John con intención de llegar a los botones de sus vaqueros. Se los fue bajando con su ayuda y a pequeños tirones, y dio un respingo al sentir su entrepierna abultada dentro de la fina tela de sus bóxer. Estaba tan excitado que se clavaba con fuerza contra sus caderas. Shirley contempló maravillada los tatuajes de su cuerpo y con un dedo fue trazando una línea imaginaria desde sus firmes pectorales hasta su estómago duro y liso. John tensó los músculos y apretó los dientes al notar como le recorría un cosquilleo electrizante por la columna vertebral. Ansioso, terminó de despojar a Shirley de su ropa; pero cuando quiso hacer lo mismo con él, ella le detuvo.

—Espera, espera —le pidió.

John entrecerró los ojos, se irguió hacia atrás y puso una mueca dolorosa.

—Por favor Shirley, no me digas que no estás segura de querer seguir, porque te juro que me puede dar algo —protestó temiéndose lo peor.

Ella rompió a reír al ver el miedo en sus ojos.

—No, tranquilo, no pienso echarme atrás —le aseguró divertida. Tal como esperaba, John soltó un suspiro de alivio—. Solo quería saber si tienes... ya sabes.

Él enarcó una ceja con expresión interrogativa.

—¿Condomes? Sí, claro que tengo.

—Es que hace tiempo que no tomo la pastilla —señaló con pudor.

—Ok, imagino el motivo y desde cuándo, pero no pronuncies su nombre —le prohibió con una mirada suplicante.

Si la escuchaba volver a mencionar a ese tipo y justo en ese momento... No, aquel idiota ya era historia. Shirley ya había hecho su elección y le había escogido a él, solo a él.

Se abalanzó hacia la mesita de noche para coger el preservativo, se quitó los calzoncillos a patadas y tiró con los dientes de la esquina del paquetito para abrirlo. Vio que Shirley se había quedado inmóvil, contemplando sus partes íntimas con los ojos muy abiertos, y se quedó algo cortado. A saber qué demonios estaría pensando ahora. ¿Le gustaba lo que veía, no le terminaba de convencer, ya no quería hacerlo? ¿¡Qué!?

Pero ella al verse descubierta, sonrió ruborizada y abrió un poco más las piernas para indicarle que podía seguir. John volvió a soltar un suspiro de alivio y se rio de sus propios nervios. A ese paso le iba a dar un ataque al corazón. Pero quería que todo saliera bien, que Shirley se sintiera cómoda, protegida, querida, que comprendiera que no tenía nada que temer con él, que solo quería hacerla feliz.

—Te quiero —susurró con voz ronca, mirándola con dulzura a los ojos.

—Y yo a ti —respondió igual de bajito y con la misma complicidad.

—Estás temblando —comentó acariciándole con el dorso de los dedos un hombro desnudo.

—Es que te deseo tanto que me duele —contestó ella con las mejillas encendidas y la respiración irregular.

Él la miró fijamente a los ojos y vio su propio anhelo reflejado en ellos. Llevaba tanto tiempo soñando con ese momento, prácticamente desde la primera noche en que habían acabado enrollados en el almacén del McGee's. Pero ahora no era el despecho lo que la había empujado a sus brazos. Ahora

estaba allí porque le quería a él, y de un suave empujón se enterró en ella. Shirley se arqueó contra su pecho y soltó un suspiro de sorpresa mezclado con placer. John era un tipo muy grande y tenía todo acorde a su tamaño, por lo que su cuerpo se tensó al notar que la llenaba por completo. Pero él se detuvo hasta que sintió que sus músculos se relajaban, y luego empezó a moverse muy despacio.

Mientras la embestía con delicadeza, Shirley acarició su espalda ancha y fuerte, subió una mano hacia su nuca, hundiéndola en su melena que caía sobre su cara como una dorada cortina, y deslizó sus dedos por los tatuajes de sus bíceps duros. John incrementó el ritmo de las embestidas, al compás de los jadeos que escapaban de sus bocas, y se recreó en la música que componían sus cuerpos retorciéndose sudorosos entre las sábanas. La música más hermosa y erótica que había escuchado nunca. Le besó los párpados y acalló los gemidos que brotaban de sus labios entreabiertos, mientras continuaba explorando cada recoveco profundo de su interior. Era igual que hundirse dentro de un tarro de mantequilla caliente. Sus cuerpos encajaban como si fueran dos piezas de un único engranaje. Como si Shirley fuera el alma de su violín. Y en su mente floreció la certeza de que después de ese día jamás volverían a ser los mismos. Habían sellado una unión que iba más allá de lo físico y ninguno de sus corazones sonaría ya sin el otro.

De pronto Shirley se impulsó una última vez contra su pecho, soltando un suspiro profundo de dulce agonía, mientras John enterraba la cara cerca de su oreja y también se dejaba ir.

—¿No es curioso los caprichos que tiene el destino? Te dije que tarde o temprano acabaríamos liados y así estamos. Literalmente —bromeó John, antes de darle un pequeño beso en el pelo.

Llevaban un buen rato en la cama, acurrucados con una expresión de embobada felicidad y dándose continuamente besos como si celebraran que por fin estaban juntos.

Shirley soltó una carcajada al comprobar que era cierto. Por más que intentaba moverse eran un revoltijo de brazos, piernas y sábanas. Casi no sabía dónde empezaban sus extremidades y acababan las de John. Bueno, las de él sí porque era alto y sus pies sobresalían bastantes centímetros de la bola que habían formado. Pero aún apresada y todo, no podía encontrarse más a gusto. Recostó la cabeza en su pecho a la vez que observaba ensimismada su habitación. Era igual de sencilla que el resto de la casa, contaba solo con un

armario, un antiguo baúl de madera, una mesita y la cama sobre la que yacían ellos. Pensó que ojalá fuera posible quedarse allí para siempre. El mundo se había detenido entre aquellas cuatro paredes blancas. Mientras que afuera, lejos de su reconfortante burbuja, los problemas acechaban por todas partes. Su padre, Eddy, sus trabajos suspensos, sus faltas de clase.

—¿Qué va a pasar ahora? —musitó con la mirada pérdida y un asomo de miedo en la voz.

John le besó un hombro al percibir su inquietud.

—Sé que estás asustada, pero no tienes de qué preocuparte. No estás sola. Vengan las dificultades que vengan, las venceremos juntos —le prometió acariciándole la mejilla con el pulgar.

Shirley alzó un poco la cabeza y le miró con una sonrisa pícaro.

—¿Significa eso que somos novios?

John se rio para sus adentros. Le hacía gracia que necesitara preguntarlo. Se habían declarado sus sentimientos y habían hecho el amor. ¿No era obvio? Pero así era su chica, una romántica empedernida que necesitaba la constatación formal.

—Sí, Shirley, nos queremos y somos novios —le confirmó divertido. Luego la miró sonriente y alzó una ceja como diciéndole, «¿contenta?».

Los ojos de ella brillaron risueños e ilusionados.

—¿Y me recogerás al salir de clase y todo eso? —prosiguió, medio en broma y medio en serio. Le entusiasmaba la posibilidad de hacer con John las mismas cosas que haría cualquier pareja.

—Si tú quieres, por supuesto —. Le guiñó un ojo—. Pero me temo que hasta dentro de un par de días no podrá ser. ¿Recuerdas cuando te comenté que Chloe quería invitarme a su estudio para grabar algunos temas? Pues mañana sale mi vuelo a Los Ángeles —anunció con una expresión chispeante de entusiasmo. Pero Shirley pestañeó compungida. Ahora que por fin se había metido el caramelo en la boca, resulta que se lo quitaban. John se dio cuenta y dejó de sonreír —.¡Eh! ¿A qué viene esa cara? Solo estaré fuera dos días —le prometió, acariciándole con dulzura la línea de su mandíbula —. Aunque si quieres puedo cancelar el vuelo y...

—¿Estás loco? —le recriminó ella, tan alterada que no le dejó terminar la frase— ¡No puedes desaprovechar una oportunidad así! No, de ninguna

manera. Por mucho que me fastidie la idea de que te marches justo ahora, tienes que coger ese avión y demostrarle a todos lo que vales —se lo pidió muy seria, casi ordenádoselo. John contuvo las ganas de reírse y se inclinó para darle un pequeño beso en la sien. Sin duda era el chico más afortunado del mundo por tenerla a ella —. ¿Estás nervioso? —le preguntó al cabo de un rato, jugueteando distraída con los rizos cobrizos de su pecho.

—¿Por ir a grabar?

—Sí, yo lo estaría —reconoció.

John se enderezó, apoyando la espalda en el cabecero de la cama, y carraspeó visiblemente incómodo. Por un segundo se le pasó por la cabeza seguir el consejo de Bruce y contarle a Shirley la verdad, pero sentía que aún no era el momento. Ahora que por fin las cosas parecían ir bien entre ellos, no quería correr el riesgo de fastidiarla. Aunque tampoco quería mentirle... Dios, ¡estaba hecho un lío!

Shirley percibió la tensión que emanaba de su cuerpo y el conflicto que brillaba en su mirada, y también adoptó una postura rígida. Otra vez notaba ese maldito muro interponiéndose entre ellos.

—¿John? —insistió al ver que seguía mudo.

Él resopló algo agobiado y se pasó los dedos por el pelo.

—Verás Shirley, si te soy sincero... no es la primera vez que piso un estudio de grabación —confesó con cautela, al tiempo que estudiaba su reacción. Vale, no era toda la verdad, pero era un comienzo.

Shirley frunció el ceño y se situó frente a él para mirarle la cara.

—A ver si he entendido bien, ¿me estás diciendo que ya has grabado un disco antes? —preguntó sin poder creerlo.

—Más de cinco, en realidad... —murmuró casi sin voz—. Como ya te conté una vez, antes estudiaba en un conservatorio de Alemania y me seleccionaron para grabar varios discos con la Sinfónica de Berlín.

A Shirley se le descolgó la mandíbula por la sorpresa.

—John Clayton, ¿tú tocaste en la Sinfónica de Berlín? ¿En la mejor sinfónica del mundo? —le interrogó sin salir de su asombro.

—No, la mejor sinfónica es la Royal Concertgebouw Orchestra de Holanda. Pero sí, yo toqué en una de las mejores. Y debo decir que tampoco

es para tanto, demasiado aburrido si me apuras.

Shirley permaneció con la boca abierta. John acababa de revelarle algo sombrero, algo con lo que seguramente soñaban con alcanzar muchos músicos (incluido ella), y sin embargo él, se lo contaba como el que sale a por el pan y se encuentra un dólar en el suelo. Una anécdota curiosa, pero nada del otro mundo. A veces su... ¿pasividad?, la dejaba estupefacta.

—Shirley, ¡no me mires así! —exclamó riéndose como si le hubiera leído el pensamiento— Entiendo que pueda resultar chocante, pero para mí no es algo que me vuelva loco de emoción. No es mi rollo, la verdad. Yo amo la música clásica, pero prefiero tocar en grupos menos selectos. Mi intención es despertar el interés de los jóvenes y conseguir que dejen de pensar en la música clásica como algo arcaico y pasado de moda. Y eso no lo conseguiré tocando en un lujoso salón o entre un montón de señores vestidos de etiqueta.

—¿Por eso haces mezclas de composiciones? —quiso saber.

—Sí, y porque me encanta el rock y creo que la buena música es intemporal, sea del estilo que sea. De hecho puedo asegurarte que la música apenas ha cambiado en el transcurso de los siglos. En realidad son los mismos acordes con distinta secuencia armónica. Por eso me enervan todos esos puristas imbéciles que se atreven a emitir juicios de valor, sin tener ni puñetera idea de lo que están hablando. Solo opinan movidos por la arrogancia y el propósito de quedar por encima. ¿Pero sabes qué? Incluso la base de Smooth Criminal de Michael Jackson guarda cierto parecido con la última parte de la marcha turca del concierto de Mozart, solo que como es obvio, Mozart no podía contar con la guitarra eléctrica o el bajo —repuso con un brillo vivaz en los ojos, mientras Shirley lo escuchaba fascinada. Se expresaba con una madurez y un tecnicismo, propios de un genio.

Además comprendía perfectamente lo que quería decir. Ella misma había tenido que aguantar muchas veces que sus amigos se metieran con sus gustos musicales por considerarlos anticuados. Pero dentro de la música clásica también había prejuicios. Se había dado cuenta en la graduación de John, cuando él y los chicos se subieron al escenario y algunos asistentes pusieron mala cara al reparar en su indumentaria. Lo curioso es que después, esos mismos escépticos, habían sido los primeros en rendirse a su talento.

Le acarició la cara y le contempló sin reprimir su orgullo. Admiraba a los buenos músicos como John, los que pasaban de convencionalismos absurdos,

los que se atrevían a plantar cara a todos los engreídos, y rompían las barreras impuestas con el noble fin de acercar la música a la gente.

De repente su móvil empezó a vibrar en un rincón de la habitación (donde había ido a parar su falda), y salió de la cama para cogerlo con la sábana enrollada bajo sus hombros. Era Karen.

—Shirley, ¿dónde te has metido? Eddy me ha dicho que te marchaste corriendo del club y que no sabe nada de ti desde esta mañana. El muy capullo pretendía esperarte aquí, pero yo lo eché a patadas de la habitación.

Shirley soltó un suspiro largo. Se había olvidado por completo de Eddy. De hecho tenía como un millón de mensajes y llamadas perdidas de él y su padre. Se le formó un nudo apretado en la boca del estómago. Dios mío, aún no sabía qué explicación les iba a dar, pero lo que estaba claro era que los dos se le echarían al cuello en cuanto sacara sus narices de la madriguera.

—Perdona, tenía que haberte llamado y contarte lo ocurrido —se lamentó, volviéndose a dejar caer en la cama al lado de John.

—Sí, tendrías que haberlo hecho —coincidió Karen, molesta—. Pero bueno, ¿tú estás bien? ¿Por qué te has marchado del club de esa forma? ¿Te ha hecho algo Eddy? Si es así, voy y...

—¡Sí, sí, tranquila, estoy bien! —le aseguró al verla tan alterada. Su amiga era capaz de volver a coger las tijeras e ir en busca de Eddy—. Incluso estoy mejor que bien, estoy de maravilla —añadió con una risita traviesa mientras se comía con los ojos a John.

Él le devolvió la mirada confundido y ella tapó el auricular con la mano para contestarle.

—Es Karen, ¿quiere saber dónde estoy?

De pronto John empezó a hacerle gestos para que colgara enseguida.

—Oye, Karen, te tengo que dejar. Luego te llamo, ¿ok? —se despidió Shirley, observando a su chico de lo más desconcertada.

—¡Pero dime al menos dónde estás! —replicó Karen al otro lado de la línea.

No dio tiempo a que pudiera responderle, John le cogió el móvil y colgó la llamada por ella.

—¡Eh!, ¿por qué has hecho eso? —protestó Shirley.

Él curvó la comisura de los labios con una sonrisa insidiosa.

—Creo que Karen se merece algo más que una fría explicación, ¿no te parece?

—No te sigo —reconoció ella.

—Ven —le pidió John, sin dejar de sonreír con suspicacia. La recostó sobre su hombro y abrió la aplicación de la cámara del móvil —. ¡Sonríe! — le indicó, mientras él hacía lo mismo.

Shirley se prestó a obedecerle, muerta de la risa. Alguien se iba a poner como una loca cuando viera la foto. Y no se equivocó. Cinco segundos después, su móvil volvió a vibrar.

—¿¡Es lo que parece!? ¿¡Estás con Wilfredo!? —gritó Karen, con una vocecilla tan aguda que John también la escuchó y le volvió a arrebatarse el teléfono a Shirley para protestar.

—Como vuelvas a llamarme así, te juro que la próxima foto que haga será la tuya, con bata y rulos. Y la pegaré por todo el campus para que tus amigos vean la auténtica maruja que hay detrás de la *sex-symbol*, ¿quieres que haga eso, eh? —le amenazó enfadado.

Karen soltó una carcajada.

—Vale, lo pillo, seré buena —le prometió divertida—. Y ahora pásame de nuevo con Shirley, que tenemos que hablar de cosas de chicas. Ya sabes, si eres una fiera o un muermo en la cama, si besas bien, si la tienes grande o pequeña.

—Ok, ¡adiós! —se despidió, devolviéndole el móvil a Shirley como si quemara. Saltó de la cama, se puso los vaqueros y antes de marcharse, asomó la cabeza por la puerta de la habitación —Te dejo hablando con tu amiga mientras yo voy a preparar café, ¿vale? Si quieres luego te traigo uno bien calentito —le ofreció con un guiño de ojo, a la vez que Shirley seguía sus movimientos con la mirada sin entender nada.

—A ver, ¿me vais a contar qué tal fue el polvo o me lo tengo que imaginar? —gruñó Karen, al ver que pasaban de ella.

Shirley comprendió las repentinas prisas de John y maldijo en voz alta:

—¡Serás capullo! ¿Me metes en un lío y ahora sales huyendo?

—Lo siento, estoy ocupado. ¡Pero ponme buena nota, eh! —gritó él

riéndose desde la cocina.

No lo hizo, pero no sirvió de nada porque Karen se dio cuenta de que estaba mintiéndole movida por la venganza, y hasta que no le sonsacó la verdad no se quedó satisfecha. Y la verdad era que había tenido el mejor sexo de toda su vida.



20

Shirley y John pasaron el resto del día encerrados en el apartamento, dentro de ese perfecto y apacible mundo que habían construido como amantes. Solo tomaron contacto con el exterior cuando él decidió hacer una llamada para pedir una pizza, y cenaron sentados en el suelo, mientras hablaban y escuchaban a *Oasis* de fondo.

Al día siguiente amanecieron en la cama, con sus cuerpos desnudos y entrelazados bajo las mantas. Se despertaron al oír el sonido insistente del timbre. John abrió los ojos sobresaltado al recordar que Bruce había quedado en ir a recogerle con los chicos para marcharse juntos al aeropuerto, y corrió hacia la puerta colocándose a saltitos los vaqueros. Shirley se estiró con pereza, se cubrió con las sábanas hasta el cuello y sonrió al reconocer desde la habitación, las voces de Bruce y los demás chicos.

—¿Tío, aún estás así? —protestó Bruce al ver a John medio desnudo.

—Sí, John, ¿qué te pasa? ¿Sabes la hora que es? —dijo Max, señalando el reloj del móvil delante de sus narices.

John entornó los parpados, se apartó de la puerta y se dirigió a la cocina en busca de la cafetera. Necesitaba beber mucho café para aguantar a esos capullos. Aún no habían salido de casa y ya le entraban ganas de mandarlos a paseo. Bruce y los demás chicos le siguieron con intención de meterle prisa.

—¿Y si perdemos el vuelo, eh? —continuó farfullando Bruce. Aunque le

parecía raro que a John se le hubieran pegado las sábanas. Solía ser bastante madrugador y responsable.

Entonces la puerta de su dormitorio se abrió y salió una Shirley con una sonrisa de oreja a oreja, vestida solo con una camiseta de su primo que le llegaba por encima de las rodillas.

—Hola chicos, me alegro de veros. ¿Qué tal estáis? —les saludó con naturalidad mientras aceptaba la taza de café que le ofrecía John.

Pero ninguno de ellos abrió la boca, se habían quedado como estatuas de piedra. John rodeó la cintura de Shirley, la atrajo hacia su pecho y se quedó mirando a esos idiotas con gesto de guasa. Verles en estado catatónico era digno de recordar.

—No, no se trata de ningún espejismo. Estáis viendo bien —les prometió en un tono burlón, con Shirley sonriendo también divertida.

Bruce fue el primero en reaccionar y se frotó la nuca algo avergonzado. No estaba acostumbrado a quedarse sin palabras. Observó a la acaramelada parejita y ladeó la cabeza con aire socarrón. Ahora entendía porque John se había quedado remoloneando hasta las tantas. «El muy capullo seguro que no había pegado ojo», pensó mientras se fijaba en sus ojeras y en su melena revuelta. Tenía la misma cara agilipollada que se le ponía a él cuando pasaba una noche movidita.

—¿Pero no me habías dicho que no se hablaban? —inquirió Jimmy, susurrando cerca de su oído.

—Ya, bueno, pues ya ves que se han reconciliado —masculló Bruce malhumorado por su pregunta evidente. Luego le habló al resto del grupo — Chicos, ¿qué os parece si esperamos a John en el coche? Así puede terminar de despedirse y todo eso —propuso empujándoles hacia la puerta. De repente se detuvo y miró a la parejita con expresión ceñuda —. ¡Eh! Pero que sea solo una despedida de besitos y palabras moñas. Nada de polvos, ¡qué llegamos tarde! —les apuntó con el dedo a modo de aviso, dirigiéndose más a John que a Shirley.

Él le dedicó una peineta.

—Que te den, capullo. Haremos lo que nos dé la gana.

—Bueno vale, pero que sea uno rapidito —bromeó antes de que John le arrojara la manopla del horno a la cabeza. Él la esquivo entre risas y le

enseñó también el dedo corazón—. Por cierto Shirley, me alegro de verte —le dijo hablando en serio. Se sentía un poco mal por haber sido tan frío con ella en el McGee's y era su manera de disculparse. Además, realmente se alegraba de que esos dos idiotas se hubieran dejado de tonterías y por fin estuvieran juntos.

—Y yo a ti, Bruce —repuso Shirley sonriente—. Desde aquí cruzaré los dedos para enviaros toda la suerte del mundo. Sé que os irá genial —le garantizó, alzando su taza de café para dedicarle un brindis.

Él levantó el pulgar como diciendo «ok», y desapareció por la puerta.

John se dio una ducha rápida, terminó de meter las últimas cosas en la maleta y se acercó a Shirley con una sonrisa triste.

—Te prometo que antes de que te des cuenta estaré aquí —le aseguró, tomando su cara entre sus manos para darle un beso tierno en la boca.

—Te echaré muchísimo de menos. Creo que ya te extraño ahora y aún no te has ido —musitó ella, soltando un suspiro de pena.

John la estrechó muy fuerte contra su cuerpo y empezó a mecerla.

—Daría lo que fuera por no tener que irme —se lamentó compungido, con la cabecita de Shirley bajo la suya.

Ella se apartó un poco para mirarle a los ojos.

—Pero debes hacerlo, sería una estupidez desaprovechar una oportunidad tan buena para tu carrera. Así que ya puedes coger tus cosas y salir por la puerta antes de que yo misma te saque a patadas —le advirtió, alzando una ceja con expresión severa. Por dentro le estaba costando un mundo decirle adiós.

—¿Desde cuándo eres tan gruñona? —se quejó él, sonriente.

—Desde que salgo con un alemán gruñón.

John inclinó la cabeza y capturó sus labios en un beso apasionado y lleno de ternura.

—Recuerda que muy pronto estaré de vuelta —susurró contra su boca, mientras Shirley asentía con la respiración acelerada—. Y si surge algún problema no dudes en llamarme. Lo digo en serio, Shirley. Cualquier problema —insistió con firmeza, pero sin perder su calidez en la mirada.

—Ok, cualquier problema, lo prometo —convino ella en un tono igual de

bajito.

Cerró los ojos cuando él la volvió a besar en los labios y en la frente. Luego John se colgó el estuche del violín a la espalda, cogió su equipaje, y Shirley le acompañó hasta la puerta.

John echó mano de la pizca de voluntad que le quedaba y bajó las escaleras del edificio sin mirar hacia atrás. Sabía que si lo hacía, si flaqueaba un solo segundo, acabaría volviendo sobre sus pasos, cerraría con llave la puerta del apartamento y se abalanzaría sobre Shirley. Por más que se habían pasado la noche haciendo el amor, seguía hambriento de ella.

Shirley contempló a través de la ventana como se reunía con los chicos en la calle y metían su equipaje en el maletero del coche de Bruce. Y permaneció ensimismada, mientras el vehículo arrancaba y desaparecía por el horizonte. Después volvió en sí con un ligero parpadeo y un mohín triste. Había llegado el momento de salir de su burbuja para plantarle cara a la realidad.

Llegó a la residencia varias horas más tarde con una maravillosa sensación de euforia instalada en el pecho. También seguía percibiendo una punzada de vértigo en la boca del estómago, y no dejaba de escuchar una vocecilla que le decía, «¿y si sale mal?, ¿y si la caída es tan fuerte que acabas hecha añicos?» Debía reconocer que las dudas continuaban acechándola desde un rincón recóndito de su mente, y tampoco ayudaba el presentimiento que tenía con respecto a John. No era idiota. Había notado su manera de esquivar ciertos temas, o lo tenso que se ponía al hablar de su familia. Pero ella mejor que nadie sabía lo difícil que era a veces abrirse, (sobre todo si se trataba de mostrar una parte muy íntima de ti, donde residían tus mayores secretos y temores más ocultos) y en lugar de presionarle, prefería darle tiempo a que se sincerara él mismo.

Vio a Eddy apostado en la entrada principal de su edificio y corrió a esconderse tras un seto del jardín. Desde ahí, asomó con timidez la cabeza y se puso a espiarle. El pobre lucía demacrado y tenía unas ojeras que le llegaban a los pies. Por un segundo tuvo la tentación de volver al apartamento de John y esperar que las cosas se calmaran. Pero estaba harta de huir y sabía que no era una solución muy madura por su parte. Así que no, por mucho que la situación le intimidara, debía ser valiente y enfrentarse a ella. Echó otro vistazo a Eddy y se revolvió incómoda. Era conmovedor pensar que, hacía tan solo unos meses, hubiera dado lo que fuera por verlo llamando a su puerta y se habría arrojado a sus brazos sin dudarle un segundo. Pero las cosas habían

cambiado y ella había descubierto la diferencia entre el cariño y el amor de verdad. Eddy siempre sería una parte importante de su vida porque representaba su niñez y su adolescencia. Pero amaba a John y era con él con quien quería estar.

Respiró hondo para insuflarse valor y salió de su escondite, intentando mantener la cabeza alta. Eddy al verla, se separó de la puerta y la miró de arriba abajo con sombrío desdén.

—Por fin te dignas a dar la cara, llevo esperándote horas. Y ayer te llamé un montón de veces y también vine a buscarte —le recriminó en un tono hostil.

—Sí, Karen me lo dijo —admitió con expresión seria.

—Esa bruja me echó a patadas —se quejó con un murmullo furioso. Entonces cayó en la cuenta—. Espera, ¿y si sabías que estaba aquí, por qué no viniste enseguida?

Shirley soltó el aire, armándose de paciencia, y entornó los ojos. Parece que no le había quedado claro que ella ya no correría a su lado, cada vez que él chasqueara los dedos.

—Tenemos que hablar, Eddy.

—Estoy de acuerdo. Tu actitud es imperdonable —le reprochó indignado.

Shirley se moría de hambre y decidió tener esa conversación con Eddy en un restaurante que había cerca del campus, donde hacían las mejores hamburguesas de pollo de toda la ciudad. Eddy, al observarla de lo más tranquila sentada frente a él leyendo el menú, sintió que le recorría otra llamarada de rabia. ¿Cómo era posible que no fuera consciente de la gravedad del asunto? ¿Es que no veía lo furioso que estaba con ella? Tenía ganas de levantarse de la silla y dejarla plantada. No entendía qué demonios hacía allí, arrastrándose como un imbécil para que volviera con él. Cuando lo cierto es que no le faltaba donde elegir. Pertenecía a una buena hermandad y era uno de los chicos más populares del campus.

Desde luego que era popular. Y le sobraban las tías, tías que estaban buenísimas y no dudaban en complacerlo en cuanto les guiñaba un ojo. No como Shirley, una chica insulsa y algo pasada de kilos. Si no fuera porque también era la hija de uno de los hombres más influyentes de New York y salir con ella suponía un ascenso seguro en su carrera, por Dios que la habría mandado al cuerno con muchísimo gusto. Pero su codicia era más grande que

su orgullo y debía tragárselo si quería meterse a aquella estúpida en el bolsillo. Joder, no podía ser tan difícil, ya lo había conseguido una vez, ¿no? Sí, por supuesto que lo haría y en cuanto eso ocurriera, se encargaría de volver a domesticarla. No le gustaba la chica respondona e insolente en que se había convertido, era obvio que Karen había ejercido una mala influencia en la chica. Karen... Esa maldita zorra deslenguada siempre había sido como un dolor de muelas para él, y se juró que esta vez no cometería el mismo error de consentir que se entrometiera en su relación. La alejaría todo lo posible de Shirley, y luego, una vez que fuera la mano derecha del señor Brown, usaría su influencia para destruirla a ella y a su zarrapastrosa familia de inmigrantes. Sí, ya lo creo que haría todo eso y mucho más, pero antes debía recuperar la confianza de Shirley.

—Shirley, quiero que sepas que me alegro de que estés bien. Cuando ayer saliste tan apurada del restaurante... Bueno, tengo que admitirlo, me quedé muy preocupado por ti —alegó estirando la mano por encima de la mesa con intención de coger la suya. Shirley la apartó antes de que pudiera alcanzarla y se limitó a dibujar una vaga sonrisa, mientras fingía que seguía leyendo el menú para evitar mirarle. Sus intenciones resultaban tan evidentes que no se tomó la molestia de seguirle el juego.

Sin embargo, Eddy, no fue consciente de su falta de sutileza y prosiguió con su plan.

—Escucha, si hablamos con nuestros padres y les decimos que lo ocurrido ayer fue fruto de los nervios, que no te esperabas el compromiso y que por eso actuaste así, aún podemos salvar la situación.

Shirley esperó a que la camarera les tomara nota del pedido y luego le taladró con la mirada.

—Yo no quiero salvar nada, Eddy. Como te dije en el restaurante, ya no te quiero —replicó con firmeza. Le daba pena ser tan dura, pero prefería dejárselo claro.

Eddy se apoyó en el respaldo de la silla, parpadeando casi tan sorprendido como la primera vez que había escuchado esas palabras salir de su boca. No porque no le quisiera, él tampoco sentía nada por ella, sino por la rotundidad de su rechazo. Incluso le fastidiaba oírlas, no estaba acostumbrado. Entonces se fijó en un detalle tonto e insignificante, pero que también le llamó la atención.

—¿No te gusta el pepinillo? —preguntó al ver como escarbaba dentro del pan de la hamburguesa y los apilaba en la esquina del plato.

—No.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

—No lo sabía —repuso sin esconder su sorpresa.

Shirley le lanzó una mirada de fastidio antes de coger la mostaza para aderezar la carne de pollo. John se había acordado a la primera y se conocían desde hacía menos de un año. ¿Cuánto tiempo le había llevado a Eddy?

—Pues deberías, estuvimos saliendo muchos años —le recriminó incapaz de reprimirse.

Eddy comprendió que había sido un error sacar el tema e intentó quitarle importancia.

—¡Bah!, tampoco creo que tú estuvieras al tanto de todos mis gustos —objetó con una sonrisa tirante.

Shirley masticó en silencio, mientras volvía a preguntarse cómo demonios había aguantado tanto tiempo con él. Cada vez que abría la boca le quedaba más claro lo poco que tenían en común.

—No sé si conozco todos tus gustos, pero la mayoría sí —le rebatió—. Por ejemplo, sé que odias las palomitas con mantequilla y los refrescos lights. Y que te encanta el café espolvoreado con cacao, la mantequilla de cacahuete y la pizza con pepperoni. ¿Lo ves, Eddy? Yo siempre me he mostrado atenta contigo porque te quería de verdad, y tú, después de muchos años juntos ni siquiera sabías de mí algo tan simple como esto —protestó indignada, agitando un pepinillo delante de sus narices.

Eddy se lo arrebató de un tirón y volvió a soltarlo con rabia dentro del plato. La situación empeoraba por momentos.

—Nena, admito que tenemos problemas de pareja, pero podemos superarlos y ser felices —expresó con voz melosa. La misma voz que solía poner cuando quería conseguir algo de ella. No estaba muy seguro de que le fuera a funcionar, pero en el pasado siempre le había dado buenos resultados y además, ¿qué otra cosa podía hacer? Estaba desesperado. ¡Él!, desesperado por una chica. Y no una chica cualquiera. ¡Su ex novia! La misma que había

estado coladita por sus huesos y le había suplicado otra oportunidad hace tan solo unos meses atrás. ¿Qué era aquello, un puto castigo divino?

—Eddy, es inútil que insistas. Lo nuestro se ha terminado.

—¡Shirley, mírame, soy yo! —explotó, entre sorprendido y lleno de rabia.

—Sí, eres tú, pero yo he cambiado y ya no te quiero. No sé qué parte de lo que te digo no terminas de entender —replicó, un poco cansada de seguir con aquella conversación que no conducía a ningún sitio.

Una sombra que oscilaba entre la rabia y la angustia, cubrió el rostro de Eddy. Luego compuso una sonrisa falsa, intentando no perder el control. Entonces, al ver que ya no había forma de engatusarla, optó por una opción desesperada y decidió poner las cartas sobre la mesa.

—Vale, seamos claros. Yo tampoco te quiero a ti, ¿y qué más da? Podemos seguir juntos, casarnos dentro de unos años y convertirnos en los beneficiarios de una gran fortuna. ¿No te das cuenta? ¡Tendríamos el mundo a nuestros pies y podríamos hacer todo lo que nos diera la gana! —le garantizó con un destello ambicioso y perverso titilando en sus ojos oscuros.

Shirley sacudió la cabeza, absorta. ¿Quién era aquel extraño que tenía delante? Por más que se empeñaba en escudriñarle, veía a Eddy pero no le reconocía. Y cuando por fin fue consciente de la horrible verdad, la venda se le terminó por caer de los ojos. Dios mío, Karen tenía la razón. Eddy nunca la había querido, era un cerdo ambicioso que solo se movía por interés.

—¿Qué me dices? ¿No es un buen plan? —insistió, al ver que ella seguía mirándole con la boca entreabierta.

—Me das asco —anunció con voz fría—. Resulta que vienes aquí, finges que me quieres para que vuelva contigo y al ver que no funciona, me propones sin pudor un matrimonio de conveniencia. ¿Y aún pretendes que acepte? No sé cómo he estado tan ciega y no vi la clase de persona que eres—. Volvió a sacudir la cabeza con incredulidad—. Dios, y pensar que me pasé semanas llorando porque me dejaste. ¡Pero qué imbécil he sido! —exclamó mirándole de arriba abajo con repugnancia.

Eddy lejos de desanimarse, volvió a la carga.

—Shirley, escucha, si dejas a un lado la cursilería y eres razonable, verías que es una idea estupenda. Yo podría ascender en mi carrera profesional trabajando en el despacho de tu padre y tú... bueno, tú tendrías todo el tiempo

del mundo para irte de compras a gastar el dinero o hacer lo que sea que te apetezca. Incluso, si fuéramos lo suficientemente discretos, podríamos llevar vidas separadas. Yo saldría con quién quisiera y tú también. ¡Piénsalo!, no es algo tan raro. Mi padre tiene amantes desde hace años y a mi madre no le importa, siempre y cuando no lo descubran sus amistades. Lo que no sabe es que algunas de las amantes de mi padre, son precisamente sus amigas — concluyó con una risita estúpida y maliciosa.

Pero su risa se murió al ver la expresión oscura de Shirley. Se dio cuenta de que había metido la pata contándole la anécdota y quiso arreglarlo, pero ella le frenó al momento.

—Por favor cállate, no sigas hablando —le pidió asqueada—. Haces que se me revuelvan las tripas y quiera clavarte el tenedor en un ojo. Entérate de una vez, mi respuesta es no. Ni ahora ni nunca. Y la verdad, después de lo que acabas de decir tampoco quiero ser ya tu amiga —le espetó con una mueca de profundo desprecio.

Cuando sacó un billete para pagar la cuenta y se dispuso a levantarse, Eddy la agarró por la muñeca y la obligó a sentarse de nuevo.

—Es por él, ¿verdad? Por ese camarero calienta-bragas —masculló furioso.

Shirley se liberó de un tirón y le fulminó con la mirada.

—John es mil veces más hombre que tú. No depende de nadie y no necesita valerse de ninguna sucia artimaña para conseguir lo que quiere. Él trabaja duro, se esfuerza a diario y tiene talento.

—Así que es por él —concluyó Eddy, con una sonrisa pérfida al ver la forma en que le defendía. Nunca la había visto tan enfadada. Parecía una leona a punto de abalanzarse sobre su yugular—. ¿Y cómo piensas explicarle a tu padre que te has encaprichado de un camarero de discoteca?

—No es ningún capricho, ¡le quiero! Incluso mucho más de lo que te quise a ti —le confesó, alzando la barbilla con orgullo. Sí, su intención era herirle, pero enterarte de que el chico con el que habías salido durante tanto tiempo nunca te había querido, también era una putada y dolía.

—Oh, genial, pues espero que ese mismo amor te infunda valor para hablar con tu padre —insistió con un gesto burlón—. ¿En serio crees que lo va a aceptar? No sabes lo furioso que se puso ayer cuando le avergonzaste frente a

mi familia y te marchaste corriendo del club. Quería salir en tu busca y arrastrarte de vuelta a la mesa para ponerte en tu lugar. Pero yo le aseguré que te haría entrar en razón y logré apaciguarlo. ¿Cómo crees que se pondrá ahora si le llamo y le cuento tu escaqueo amoroso? —preguntó, amenazándola directamente.

Shirley visualizo a su padre hecho una furia, y por un segundo, logró que se encogiera de miedo. Pero no estaba sola, tenía el apoyo de John y sabía que también podía contar con el de Karen y los chicos.

—Haz lo que te dé la gana, ya no me importa —contestó, alzando una ceja con desdén. Se levantó para irse y antes de salir por la puerta de la cafetería, volvió a la mesa donde seguía Eddy y añadió: —. Ah, y que sepas que yo fui la que te rompió el coche de una pedrada. Ahí te dejo digiriéndolo, ¡capullo!

Y se marchó dejando a Eddy boquiabierto y pálido.

Shirley consiguió mitigar parte del enfado que le había provocado Eddy, a base de un bote gigante de helado y de ponerlo verde sin piedad. Había formado con Karen un pequeño fortín con las sábanas y las mantas de las dos camas; y pasaron dentro toda la tarde, mientras se atiborraban a dulces y chismorreaban entre risas. Por supuesto el nombre de John también salió a relucir en la conversación y fue cuando a Shirley se le escapó una sonrisilla de boba enamorada.

Karen escuchaba divertida como ella le relataba su perfecta noche romántica, con los ojos brillando risueños e ilusionados. Y suspiró con un poco de envidia al ver que no se había equivocado con respecto al vikingo: era todo un hombretón.

Shirley se levantó temprano para ir al despacho de su padre. Se había pasado la noche dándole vueltas y había llegado a la conclusión de que, la única alternativa que tenía era hablar con él antes de que lo hiciera Eddy y le contara una versión adulterada de la verdad. Después de lo ocurrido en la cafetería, no le cabían dudas de que su ambición no conocía límites y que era capaz de todo.

Accedió al inmenso vestíbulo del rascacielos donde se encontraba el despacho de su padre y repasó nerviosa su aspecto en el espejo del ascensor. Llevaba unos pantalones chinos azul marino y un jersey fino de rayas marineras.

La secretaria la recibió con una cordial sonrisa, anunció su llegada por el

interfono de su mesa y la invitó a tomar asiento. Shirley se puso cómoda en una de las sillas y observó los cuadros de pintores locales que había colgados por la sala, a la vez que se preparaba mentalmente para enfrentarse a su padre. No era la primera vez que se moría del aburrimiento, atrapada entre aquellas cuatro paredes. Lo había tenido que hacer muchas veces a lo largo de su vida, mientras su padre terminaba de atender una llamada o se encontraba reunido. Pero nunca una espera se le había hecho tan agónica y larga. Directa, tenía que ser concisa y directa. Su padre odiaba los rodeos, lo consideraba un signo de debilidad.

Un retortijón contrajo el vientre de Shirley cuando la secretaria le indicó que podía pasar, y trató de respirar hondo para calmarse. Después se secó el sudor de la palma de las manos frotándoselas contra los pantalones y abrió despacio la puerta. Encontró a su padre tras su mesa de trabajo, hablando por teléfono en un tono autoritario. «Te dije que quería el expediente del señor Thomas lo antes posible. Me importa un bledo si están hasta arriba de trabajo. Yo también estoy ocupado y no lo pongo como excusa. Bien, pues quiero ese informe sobre mi mesa mañana mismo. ¡Ah!, y espero que tu lamentable gestión no se repita o ya puedes darte por despedido».

Shirley se sobresaltó cuando colgó el auricular del teléfono con un golpe fuerte. De pronto la mirada firme de su padre se clavó en la de ella y tuvo que apartar la suya para no perder la poca serenidad que le quedaba.

—¿Qué haces ahí parada en la puerta? Entra —le ordenó, tomando asiento en su sillón. Shirley se acercó con pasos vacilantes y también se sentó frente a él—. Supongo que has venido a disculparte por tu penoso comportamiento de ayer, pero espero que seas breve. Estoy bastante ocupado —expresó en un tono cortante.

«Como siempre», apostillo Shirley para sus adentros.

—Sí, papá, he venido a disculparme, pero también...

—Me avergonzaste delante de los Miller —le reprochó furioso sin poder esperar a que terminase de hablar.

—Y tú te entrometiste en mi vida a pesar de que te pedí que no lo hicieras —le recriminó a su vez.

El señor Brown abrió los ojos sorprendido por su réplica y frunció el ceño.

—¿Pero de qué estás hablando? Solo trataba de ayudarte, pensé que te

haría feliz fijar una fecha de compromiso con Eddy. Lleváis tiempo más que suficiente como para formalizar vuestra relación.

—Llevábamos —le corrigió irritada por su testarudez— ¿Es que no te entra en la cabeza que lo mío con Eddy se ha terminado? Ya no le quiero, papá. Y desde luego, tampoco quiero casarme con él.

Su padre arrugó la frente, confuso, y se rascó una oreja.

—No te comprendo. Tú misma decías que querías volver con él, que te sentías desgraciada sin su amor —le recordó en un tono acusatorio.

Shirley sintió una punzada de vergüenza al recordar sus propias palabras. Era increíble la cantidad de tonterías que había dicho pensando en ese idiota.

—Eso fue antes. Desde entonces han pasado muchas cosas —replicó algo colorada.

El señor Brown la miró desconcertado y negó con la cabeza.

—Mira, sigo sin comprender este lío pero da igual. Te diré lo mismo que le dije a Eddy cuando le llamé hace unos días. No dejes que una mala racha acabe con años de relación. Sus padres y yo os hemos visto crecer juntos y sabemos que estáis hechos el uno para el otro. Los dos habéis recibido la misma educación, habéis ido a los mismos colegios y os graduaréis en la misma universidad.

—Ese es el problema, que yo no soy como Eddy ni como tú. Yo no quiero ser abogada ni la esposa de nadie. ¡Yo quiero ser violinista como mamá! —Se atrevió a exigir, como pocas veces en su vida.

Su voz resonó como un látigo en medio del repentino silencio. Su padre se había quedado totalmente mudo y demacrado. Shirley creyó ver en sus ojos un atisbo de pánico mezclado con un profundo dolor, y se asustó un poco. No estaba acostumbrada a que se mostrara vulnerable. Le sorprendió incluso descubrir que tras aquella fachada dura y autoritaria, se escondía algo de humanidad. ¿Pero qué era lo que había provocado ese estado? ¿Qué se hubiera sublevado por primera vez en su vida o que deseara ser violinista como su madre?

El señor Brown volvió en sí, aún aturdido, y echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Bien, será mejor que dejemos esta conversación para otro día, luego tarde a una reunión —anunció con frialdad, mientras cogía su maletín y se

dirigía a la puerta. Shirley le observó sin salir de su asombro. Parecía algo más que apurado, parecía que estaba huyendo. Entonces antes de salir del despacho, su padre se detuvo un instante y la miró fijamente—. Escucha, no puedo obligarte a que te cases con Eddy si no quieres, pero espero que recapacites y cambies de actitud. Lo que ocurrió en el club es inadmisibile y no volveré a consentir ese tipo de comportamiento por tu parte, ¿queda claro? Y por supuesto olvídate de la tontería esa de estudiar música. Seguirás con tus estudios jurídicos hasta que te gradúes y no hay nada más de que hablar —expresó tajante, dando por cerrado el tema. Dictando, ordenando, exigiendo, desechando su opinión como hacía siempre. Pero esta vez no le quedaría más remedio que ceder, porque ella no se echaría atrás.

Shirley salió del despacho con su padre, bajaron juntos en el ascensor y al llegar al vestíbulo, él se despidió con un beso rápido en la mejilla. Ella contempló como se alejaba apresuradamente sin mirar atrás, pero no sintió pena ni desánimo. En realidad no sintió nada. Era una imagen que le había acompañado desde que tenía uso de razón. Su padre siempre partiendo por cualquier asunto del trabajo; reuniones, viajes, juicios, conferencias. Casi nunca habían hecho nada de las cosas que se supone, hacían los padres con sus hijas, y tampoco había podido estar en la mayoría de acontecimientos más importantes de su vida: sus primeros pasos, sus primeras palabras, su primer día de colegio. Todo ese tipo de recuerdos que un padre atesoraba en su corazón, el suyo solo había podido verlos a través de una foto o un vídeo.

Mientras descendía por la escalinata de la entrada del edificio, contempló fascinada como los rayos del sol reflejaban en los cristales de los demás rascacielos, formando destellos plateados y rojizos.

El móvil empezó a vibrarle en el bolsillo del pantalón y el corazón le dio un vuelco al ver quien era.

—¡Hola! —saludó a John en un tono cantarín que reflejaba su entusiasmo.

—Hola preciosa —contestó él con la misma alegría. Shirley se contrajo de deseo al escuchar su voz profunda al otro lado del teléfono—. Esto... no tengo mucho tiempo para hablar, solo quería saber cómo estabas.

A Shirley se le escapó un suspirito de amor. Le conmovía ver que, a pesar de lo ocupado que debía de estar, había sacado un hueco para llamarla y hablar con ella. Su chico era un cielo.

—Bien, muy bien —alegó ella con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Qué tal

por los Ángeles? ¿Y los chicos?

—Estupendamente, tengo buenas noticias que contarte a mi regreso. Y los chicos... en su línea, ya sabes, haciendo payasadas.

Una risa suave brotó de la garganta de Shirley.

—Entonces imagino que lo estáis pasando en grande. ¡Espero que os queden ganas de volver!

—¿Qué si tengo ganas de volver? ¡Dios, me muero por verte! —confesó, dejando entrever su desesperación.

—Y yo a ti, John. Te echo muchísimo de menos —reconoció, intentando ocultar su tristeza.

Pero John lo percibió enseguida y no pudo evitar inquietarse.

—¿Shirley, estás bien? Te noto extraña. ¿Ha pasado algo que deba saber? —la interrogó preocupado.

Shirley pensó en contarle la discusión que había tenido con Eddy y su padre. Luego cambió de opinión al considerarlo mejor. ¿De qué servía que se lo dijera? Solo iba a angustiarse para nada. Él estaba lejos, y al fin y al cabo, ella se encontraba bien.

—Sí, no te preocupes. Solo estoy un poco nerviosa porque tengo un examen.

Lo cierto es que hacía tiempo que no se presentaba a ninguno, pero fue la única excusa que se le ocurrió para salir del paso. En ese instante se escucharon más voces al otro lado del teléfono.

—John, vamos, nos están esperando. ¡Tenemos prisa! ¿Estás hablando con Shirley? Mándale saludos de mi parte y un beso al bombón de Karen.

El comentario de Bruce la hizo reír.

—Ya lo has oído —.Se rio también John—. Tengo que dejarte. *Bye, bye*, te quiero, princesa. Ah, ¡y mucha suerte con el examen! —exclamó antes de colgar.

Shirley volvió a guardar el móvil en el bolsillo del pantalón, con una sonrisa encandilada en los labios. De repente se sentía llena de energía, alegre, eufórica. Como si todos sus problemas hubieran desaparecido y solo quedara la certeza de que lo tenía a él. Así de extraño y poderoso era el amor.



21

La chica se pasó toda la tarde practicando con el violín. En unos días tendría lugar la audición y aunque había mejorado mucho, aún había ciertos aspectos que se le resistían y debía trabajar. Karen al ver que abría el estuche del violín, salió huyendo de la habitación y volvió al cabo de unas horas con varias bolsas de comida tailandesa. Mientras cenaban, Shirley le dio el mensaje de Bruce, y a Karen se le iluminaron los ojillos por un segundo. Luego intentó disimular e hizo como que no le afectaba lo más mínimo.

No entendía por qué su amiga, siendo lo descarada y resuelta que era para todo, se mostrara tan reacia a salir con Bruce. Pero decía que no era buena idea enrollarse con él, que era como juntar un mechero con un bidón de gasolina y que podían provocar una mega explosión. Tonterías. Shirley sabía por experiencia propia lo mucho que podía asustar sentir algo de verdad por un chico. No el típico chico guapo que resultaba agradable a la vista, sino ese chico que con solo posar sus ojos en ti se te paraba el corazón. Y a Karen le hacía tilín el granuja de Bruce, pero necesitaba tiempo para aceptarlo.

Salió del campus abrazada a su carpeta de apuntes, con Karen parloteando sin parar a su lado. Estaba empeñada en que fueran a un centro de belleza del que había oído hablar maravillas. Según ella le hacía falta urgentemente una depilación completa con cera. «Ahora que volviste a dejar la soltería, no debes descuidarte. Sobre todo ahí abajo», dijo guiñándole un ojo. Shirley decidió ignorar su consejo. No tenía la menor intención de pasarse el resto de

la tarde, sufriendo sobre una camilla mientras le arrancaban el pelo de las ingles a tirones. Haría como casi siempre: cuchilla, espuma y agua. Si algo bueno le había dado la naturaleza era que apenas tenía vello, y el poquito que tenía en las piernas y los brazos, casi no se veía porque era de un color clarito.

De repente sus pensamientos se quedaron atropellados en su cabeza, al ver quien la esperaba al otro lado de la calle. Llevaba una chupa de cuero con una camiseta debajo, que se le ceñía al cuerpo y le hacía parecer más fuerte de lo que ya estaba; y también lucía unos *jeans* ajustados y unas botas con tachuelas. Verle allí, apoyado de brazos cruzados en su moto y vestido todo de negro, hizo que las mariposas de su estómago le revolotearan como aviones de caza. Era una imagen tan sexy que por un segundo se olvidó de respirar.

Fue bajando las escaleras con una sonrisa radiante y cuando le quedaba menos de un metro para llegar a él, se detuvo a contemplarle unos segundos. Vale, sí, no se trataba de ninguno de los sueños febriles que había tenido en los últimos días, era realmente su chico. Para colmo dibujó en su rostro una de sus sonrisas de infarto y Shirley pensó que se derretía por dentro. Otro gesto como ese y caería fulminada por un ataque al corazón.

John al verla tan cerca no pudo contenerse y alargó un brazo para tirar de ella. Shirley pegó un respingo al notar que de pronto se estrellaba contra su boca y que sus brazos le rodeaban la cintura, atrayéndola con fuerza hacia su cuerpo. Entrelazó los dedos en su melena rubia y paladeó su cálida lengua, compuesta por otro sabor que solo le pertenecía a él. Estaba segura de que se le habían caído los apuntes al suelo, pero podrían haber acabado sumergidos en un charco de barro que le habría dado lo mismo. Solo podía pensar en lo bien que sabían sus labios y en lo mucho que había extrañado aquel cuerpo. Cuerpo que desataba la histeria entre las chicas y que solo podía disfrutar ella.

Cuando se separaron un poco sofocados por la falta de aire, y por otro tipo de calentura, Shirley vio a Eddy tras la verja de la entrada del campus. Se encontraba con sus compañeros de la hermandad y supo que había visto el beso por la forma siniestra de taladrarla con la mirada. Ella ni se inmutó, hizo como si fuera otra farola de la calle y volvió a girarse hacia John con una gran sonrisa.

—Al final has cumplido tu promesa —expresó con las mejillas encendidas y el corazón latiéndole a un ritmo descontrolado.

—Por supuesto. En cuanto he dejado mi maleta en el apartamento, he venido directo hacia aquí —le aseguró igual de exultante, antes de agacharse para recoger los apuntes desperdigados por el suelo. Shirley los cogió de su mano sin poder dejar de sonreír como una tonta. Luego vio que también le entregaba un casco de moto y le miró sorprendida.

—¿A dónde vamos?

—A dar una vuelta. Eso también lo hacen los novios, ¿no? —repuso con un brillo travieso en los ojos.

Pero ella no se mostró muy convencida con su idea. Se moría de ganas de dar esa vuelta, por supuesto. El problema es que llevaba falda y temía enseñar más de lo debido subida en la moto. Al final la tentación fue más fuerte que su pudor y se puso el casco con una sonrisa. Se subió a la moto, enrollando la falda (que por suerte era de tamaño midi) bajo su trasero para que no se viera nada y se agarró a la cintura de John. Al arrancar escucharon la voz de Karen corriendo tras ellos.

—Espera, no te la lleves. ¡Aún tiene que hacerse la cera!

John aparcó la moto cerca del paseo marítimo de Coney Island, le ayudó a sacarse el casco y le cogió de la mano, tirando de ella con suavidad. Shirley se contrajo con un cosquilleo agradable al notar sus dedos largos entrelazados a los suyos, envuelta en la calidez de su piel. Pasearon por la rambla que bordeaba la playa, entre los distintos restaurantes locales y puestos de ropa y de tablas de surf. En un descampado a las afueras del paseo se encontraba el parque de atracciones Luna Park, desde el cual asomaba la gran noria y los bucles de la emblemática montaña rusa Cyclone.

Un súbito escalofrío nervioso recorrió la espalda de Shirley y rezó por que John no tuviera intención de subir allí. Pero para su enorme alivio, simplemente se detuvo en uno de los puestos de comida, compró un par de tarrinas de helado y prosiguieron su camino hacia la playa.

Shirley observó algunas gaviotas planeando sobre el mar y graznando en busca de alimento, mientras otras sorteaban las pequeñas olas que morían en la orilla. John se sentó en la arena y tiró con delicadeza de su muñeca para que se acomodara en su regazo. Ella se hizo un hueco entre sus piernas y apoyó la espalda contra su pecho, con los brazos de su chico rodeándole los hombros. Observaron abrazados la luz del atardecer, que teñía el horizonte de un rojo azafrán y reflectaba en el mar los últimos rayos del sol. Shirley llenó los

pulmones de aire puro y cerró los ojos para disfrutar de la brisa marina. Era increíble que se pudiera respirar tanta paz en una playa que se encontraban a tan solo una hora de la bulliciosa Manhattan.

—Me encanta que me hayas traído aquí. Adoro el mar —comentó ella, con la mirada perdida en la lejanía que separaba el océano del cielo.

John le tendió su helado de frambuesa y con la otra mano sujetó el suyo.

—Sí, es un sitio estupendo —coincidió, contemplando el paisaje igual de ensimismado—. Yo suelo venir aquí cuando me siento estresado y necesito evadirme del ruido de la ciudad —le reveló antes de meterse una cucharada de helado en la boca.

A Shirley le encantó que compartiera con ella ese pequeño secreto. Aunque sabía que se guardaba con celo muchas otras cosas que ansiaba descubrir.

—¿Qué tal te fue en Los Ángeles? Me dijiste por teléfono que traías buenas noticias —le recordó mientras mordisqueaba distraída la cucharilla del helado.

—Así es —alegó sonriente—. Un amigo de Chloe, que es productor musical, nos escuchó tocar en el estudio de grabación y le gustamos. Quiere financiarnos el disco, incluso nos habló de hacer una pequeña gira por la costa oeste, y si sale bien, organizar algo más grande de cara al futuro.

Shirley ladeó la cabeza y le miró con los ojos como platos.

—¿En serio? ¡Dios mío John, menudo bombazo de noticia! —exclamó emocionada—. Vaya, te preguntaría si te sientes contento, pero temo que me digas que has sido telonero de Bon Jovi y ya estás acostumbrado al calor de los focos.

Su simpática pullita hizo que John soltara una sonora carcajada. Shirley era una dulce princesita, pero sabía picar como una abeja.

—No, todavía no he tenido esa suerte. Así que sí, estoy contento y un poco nervioso —reconoció divertido. Y de pronto, carraspeó y adoptó una postura más seria—. ¿Cómo te fue a ti en el examen?

Ella se quedó inmóvil al escuchar la pregunta y empezó a jugar con los botones de su jersey.

—Bien, me fue bien —mintió avergonzada.

—Ok, probaré con una pregunta más directa. ¿Qué pasó con Eddy?

Shirley dejó sus dedos quietos sobre los adornos de su ropa y alzó la cabeza hacia él, mirándole boquiabierta.

—¿Tú lo sabías? —replicó. Entonces comprendió el motivo— Te lo dijo Karen, ¿verdad? —añadió indignada.

—Me lo dijo Bruce tras enterarse por ella —le aclaró, antes de meterse otra cucharada de helado en la boca.

—¿Es que han hablado por teléfono? ¡Pero si no se soportan!

John soltó una breve risa cargada de incredulidad.

—Créeme, esos dos se entienden mejor de lo que imaginas —le aseguró con un deje misterioso y socarrón.

—Maldita sea, ahora sí que habrá que tener cuidado —murmuró Shirley pensativa.

John se encogió de hombros.

—Es lo bueno de tener amigos en común. O lo malo, según se mire —replicó irónico, y miró enfadado a su chica—. Shirley, te pedí que me mantuvieras informado de cualquier problema, ¿por qué no lo hiciste?

El reproche hizo que ella volviera a bajar la cabeza, avergonzada.

—Imaginé que estabas liado y no quería preocuparte con mis problemas —se excusó con un mohín de pena, quitándole importancia.

Pero no sirvió para ablandar a John, que seguía fulminándola con sus ojos color miel.

—Y lo estaba, pero tus problemas son los míos, Shirley. Y no me gusta enterarme de ellos por otros. Quiero que tengas la suficiente confianza conmigo como para que puedas contármelos. Sea lo que sea y cuando sea, ¿queda claro? —le recriminó, acariciándole una mejilla con el pulgar.

Shirley se le quedó mirando un poco indignada. ¿En serio? ¿Y eso se lo decía Don misterioso-me-guardo-cosas-que-no-te-quiero-contar? En fin... Prefirió morderse la lengua porque se encontraban rodeados de unas vistas preciosas y se lo estaba pasando estupendamente, no era plan de cargarse el momento liándose a reproches.

—Me dijo Bruce que a Eddy le costó aceptar el no —comentó John como por casualidad, aunque sus ojos evidenciaban sus ansias por saberlo todo.

—¡Fue un cerdo! —masculló ella furiosa al recordarlo— Pretendía que viviéramos como un matrimonio de mentira para ascender en su carrera a costa de mi padre. ¿Te lo puedes creer? —repuso sin dar todavía crédito a su descaro.

John sonrió enternecido por su ingenuidad. Claro que se lo podía creer. En su pasado opulento y lleno de lujo desmedido, había conocido a muchos tipos como Eddy y sabía de qué pasta estaban hechos. Por eso también tenía el presentimiento de que no se quedaría de brazos cruzados.

—Ten cuidado, ¿vale? Avísame si se acerca a ti para importunarte o molestarte. Si es necesario le daré un toque de atención.

—Gracias pero no será necesario. Fui bastante clara con él y no creo que se atreva a insistir.

John se sonrió de nuevo al verla tan convencida. Ya, claro, como si eso fuera suficiente para frenar a un tipo sediento de ambición y poder.

—Aun así manténme al corriente, ¿ok? —insistió con aire despreocupado para no alarmarla. Y decidió desviar la conversación a un tema más alegre—. Por cierto, ¿sabes que te traje una cosita de Los Ángeles?

—¿Qué cosita? —quiso saber ella, sin reprimir su curiosidad.

John esbozó una sonrisa juguetona que iluminó sus ojos.

—Ah, no sé. Eso tendrás que averiguarlo tú misma. Pero te daré una pista. Se encuentra oculto en un bolsillo de mi ropa —le reveló en un tono misterioso.

Shirley no se lo pensó dos veces, se abalanzó sobre él en busca de su premio y empezó a toquetearlo por debajo de la cazadora, mientras John iba diciendo «caliente» o «frío» para indicarle el camino. Ella descubrió que tenía cosquillas bajo las axilas y se vengó masajeando la zona con la punta de los dedos.

—¡Vale, vale, me rindo! Pero por Dios, deja de hacer eso o me lo haré encima —le suplicó, doblado en dos por las carcajadas. Shirley se apartó contemplándole con ternura y una expresión risueña. Le hacía gracia verle explotar de la risa como un niño—. Lo tengo en el bolsillo interior de la chupa —confesó cuando se enjugó las lágrimas de los ojos.

Ella hurgó dentro del bolsillo y sacó un pañuelo de tela blanca con unas palabras escritas en rotulador rojo. Pegó un salto hacia atrás al leer la

dedicatoria.

—No sabía que quemara —se burló él, divertido.

Su chica le observó con los ojos desorbitados por la sorpresa y volvió a leer lo que ponía en el pañuelo: *Para mi querida Shirley Brown, de parte de Robert Pattinson.*

—No puede ser. Es de...

—Del Draculín brillante, sí —le confirmó John, con una enorme sonrisa que manifestaba su orgullo.

—¿Y cómo lo has conseguido? —preguntó sin salir de su estupor.

—Se encontraba en el mismo hotel en el que me hospedaba con los chicos y lo vi registrándose en recepción mientras cenaba con ellos. Así que birlé la servilleta de la cafetería y le seguí hasta su habitación. Lo malo es que ahora tengo que aguantar las bromitas de Bruce —se lamentó gruñendo entre dientes.

Shirley no pudo evitarlo. De pronto se imaginó a John correteando detrás de Robert Pattinson por todos los pasillos del hotel, y a Robert Pattinson alucinando de ver que le perseguía un tío enorme como si fuera una fan histórica, y se tiró en la arena muerta de la risa.

—Oh, estupendo, ahora tú también te burlas —protestó irritado.

—Lo siento, es que tuvo que ser un *show* —se disculpó sin dejar de carcajear. Luego respiró hondo para recobrar la calma—. ¿Y cómo le convenciste?

John se encogió de hombros.

—Le dije que yo no era tan moñas como él, pero que también me gustaba complacer a mi chica —alegó con un guiño de ojo seductor.

Shirley tomó su cara entre las manos, se inclinó mirándole fijamente a los ojos y le besó. Notó el sabor fresco del helado en su lengua y la saboreó despacio, mientras su corazón comenzaba a palpitar al galope. Cuando se separó de él, un hormigueo tibio le recorrió por el centro de sus caderas. Era increíble, pero con John le bastaba un simple beso para ponerse a tono.

—Gracias por conseguirme la dedicatoria. Eres el mejor novio del mundo —susurró a un palmo de su boca, con su mano aún puesta sobre su mejilla áspera por la barba.

John la contempló con una adoración que hizo que se sintiera amada como

nunca en su vida. Y supo que con él jamás se sentiría desprotegida o sola. Siempre podría contar con su apoyo incondicional, porque además de ser pareja, eran buenos amigos.

Ella apoyó la cabeza en su pecho y notó que su corazón latía tan rápido como el suyo. Estuvieron así un buen rato, abrazados a la vez que contemplaban como el sol se perdía en el horizonte y la tarde moría lentamente.

John deslizó una mano bajo su mandíbula y la atrajo hacia sus labios. Al principio fue un beso tierno, pero cada vez se fue volviendo más profundo y apasionado, hasta que escuchó a Shirley gemir dentro de su boca. La sentó a horcajadas sobre él, le agarró con fuerza bajo las nalgas y la empujó hacia su cuerpo. Ella se frotó contra su erección, moviendo con disimulo las caderas; lo que provocó que la bragueta de John aumentara de tamaño y se volviera más dura.

—John... —jadeó casi sin voz, al tiempo que lo besuqueaba—. Será mejor que paremos. Tu apartamento está bastante lejos de aquí.

Notaba como su propia entrepierna le palpitaba de deseo bajo la falda, y proseguir con aquellos roces se le hacía una tortura.

—No, ni hablar. Yo no puedo esperar tanto —dijo hincándola con más fuerza contra su dura bragueta. Estaba tan excitado que sentía como los vaqueros se le clavaban y le hacían daño.

—¿Y qué propones?

John desvió la mirada hacia el interior del muelle, que estaba a unos cuantos metros de distancia, y Shirley abrió los ojos como platos.

—¿Estás loco, y si nos ve alguien? —protestó escandalizada.

Él enarcó una ceja y la miró burlón.

—¿Y quién, si no hay casi nadie? —alegó, echando otro vistazo a su alrededor.

Shirley hizo lo mismo y vio a unos niños jugando en la arena, pero eran casi unos puntitos en la lejanía. Solo estaban los pescadores del muelle y unas cuantas personas paseando desperdigadas por aquí y allí. Por lo demás, la playa se encontraba desierta y solo se escuchaba el sonido de las olas rompiendo contra la orilla.

—Aun así es demasiado arriesgado —replicó temerosa.

Lo último que quería era salir en las noticias, como una de esas parejas a las que pillaban teniendo sexo en mitad de la calle.

—Hagamos una cosa. Demos un paseo hasta allí —propuso señalando con la cabeza hacia el fondo del muelle—. Y luego ya veremos qué ocurre —susurró antes de darle un mordisquito ansioso en el lóbulo de la oreja. Shirley tembló de arriba abajo y le miró entre recelosa y risueña. Algo le decía que el astuto lobo estaba intentando seducir a la presa para devorarla en el interior del bosque. Y la presa era ella.

John la cogió de la mano, tiró las tarrinas vacías en la primera papelera que encontró y llevó a Shirley al atracadero, mientras le mordisqueaba el cuello con aire juguetón y ella fingía apartarlo entre risas. De pronto John la levantó en volandas y cayeron los dos en la arena. Shirley trató de volver a ponerse en pie sin dejar de reír, pero él la tenía firmemente sujeta y rodó con ella de costado. Se detuvieron entre dos pilares de madera del muelle, frente a frente y con sus ojos fijos en el otro. Shirley sintió su lengua abriéndose paso dentro de su boca y se entregó al beso con la misma pasión, hasta que percibió sus vaqueros abultados clavándose contra sus caderas y empezó a jadear sofocada. John la volvió a sentar a horcajadas sobre él, con la falda de Shirley totalmente extendida por sus piernas, (de modo que sus partes íntimas quedaban ocultas a la vista) y colocó sus manos en su cinturita para marcarle el ritmo y que repitiera eso que le había vuelto loco hace un momento. Shirley captó el mensaje y comenzó a moverse de forma sutil encima de él. Le encantó ver como John se mordía el labio inferior y entornaba los párpados a punto de perder el control. Entonces se apoyó sobre sus codos e introdujo una mano bajo su falda con intención de bajarse los vaqueros. Shirley se quedó inmóvil al ver lo que pretendía hacer.

—John, aquí es muy arriesgado hacerlo. Nos puede ver alguien —gimoteó al límite de sus fuerzas.

—Shirley, es casi de noche, apenas hay gente paseando por la playa y estamos bajo el muelle. ¿Quién diablos nos va a ver? Y además, no puedo aguantar más, necesito entrar en ti. Lo necesito, ¿entiendes? —suplicó con una mirada ardiente y desesperada.

Shirley lo miró sin saber qué hacer. Por un lado le frenaba el pudor, pero por otro... notaba como su propia entrepierna se contraía de deseo sobre la

erección de John, y también necesitaba alivio.

John interpretó su sonrisilla tímida como un sí y le pasó una mano por la nuca para besarla. Su lengua se enredó a la suya de forma deliciosa y se saborearon con avidez, mientras Shirley volvía a mover las caderas sobre su erección. Estaba tan duro que percibía el tamaño de su miembro bajo sus ingles húmedas y la tela de sus vaqueros le abrasaba la piel. ¡Madre mía, iban a hacer el amor en la playa! Ella, que el lugar más atrevido donde lo había hecho, sin ser en la cama, era en la encimera de la cocina. Y también había sido con John. ¿Cómo conseguía convencerla siempre para que hiciera locuras? Era un maldito demonio embaucador, un demonio con un cuerpo de infarto que sabía que teclas debía pulsar para tentarla.

John le palpó los pechos bajo el jersey (Shirley se había negado en rotundo a quitárselo. Si iba a salir en las noticias fornicando, por lo menos que fuera vestida), y sus ojos llamearon de lujuria al ver como ella echaba la cabeza hacia atrás y gemía débilmente. Detuvo su balanceo para coger el preservativo que llevaba guardado en la cazadora. Dios, como siquiera frotándose así, iba a explotar antes de que empezara la fiesta.

Shirley apoyó las manos en su pecho y levantó un poco las caderas, a la vez que él se desabrochaba los vaqueros bajo su falda y se colocaba el condón con habilidad. Luego le apartó las braguitas y guió su miembro hasta su entrada. Entonces se miraron fijamente a los ojos, él sujetó su cintura y de un solo golpe se enterró en ella. Shirley arqueó el cuello y soltó un suspiro profundo.

—Vamos, princesa, mandas tú —susurró John, con voz ronca.

—¿Qué? —replicó ella, sorprendida.

—Que te muevas, que me folles, que me cabalgues. Lo que sea, ¡pero hazlo ya! —le imploró al borde de la locura.

Shirley ahogó una risita. Así era John a veces, tan directo y áspero como una zapatilla de esparto.

Empezó a moverse con suavidad, al tiempo que se fundía en el caramelo líquido de sus ojos. Deslizó la punta de los dedos por encima de su camiseta y percibió como sus pectorales se contraían bajo su tacto y como su corazón latía salvajemente dentro de su pecho. Le observó retorciéndose bajo sus caderas, con los labios entreabiertos y una expresión de dulce agonía.

Ya no le importaba la gente o quién les pudiera pillar. Lo único que ansiaba era seguir y seguir cabalgando sin descanso.

Una maravillosa sensación de superioridad hizo que su sexo palpitara de placer y acelerara el ritmo de su balanceo. Vio como John apretaba los dientes para mantener el control, pero cada vez le estaba resultando más difícil aguantar. Podía sentir como una lengua de fuego crecía en su interior, amenazando con estallar en cualquier momento. A Shirley le encantó observarle desde arriba, mientras él se consumía de deseo retorciéndose en la arena. Hizo que se sintiera poderosa y reverenciada. Si quería podía acabar con su sufrimiento acelerando el ritmo hasta el final, o podía prolongarlo moviendo sus caderas muy despacio.

De pronto una sonrisa pérfida asomó en su cara.

—Oh no —gimió John, al ver a Shirley palpándose los pechos bajo el jersey, mientras seguía meciéndose a un ritmo muy lento.

Intentó tirar de sus caderas para hacerla rodar y colocarse encima, pero ella lo volvió a empujar contra la arena.

—No, ahora mando yo, ¿recuerdas? —le regañó con una mirada firme. Luego volvió a erguirse sobre él y reanudó la marcha.

Intentó retrasar el final todo lo posible. Era divertidísimo tener a John completamente a su merced, torturándolo, arrancándole gruñidos y suspiros ansiosos. Esa cara de puro placer lo provocaba su cuerpo, esa mirada ardiente y amorosa estaba dedicada a ella. Solo a ella.

Agitó las caderas más deprisa, llenándose una y otra vez de él, hasta que los dos explotaron con un grito ahogado y ella se dejó caer en su pecho, jadeando y sudorosa.

John le acarició el pelo y le besó la frente con una sonrisa de aletargada felicidad en los labios. Vaya con la recatada princesita, ¡estaba hecha toda una amazona!



22

A la tarde siguiente John decidió llevar a Shirley a uno de los sitios más concurridos de la ciudad: ni más ni menos que la Quinta Avenida. Faltaba solo un par de días para que Shirley se presentara a la prueba de acceso de la School of Music y temía que sus nervios le jugaran una mala pasada, por lo que quería prepararla para que fuera capaz de aguantar la presión. Pero ella, como cabía esperar, se mostró reticente en cuanto escuchó su idea.

—John, ¿cómo voy a tocar en la calle? La gente me está mirando —refunfuñó, contemplando con aprensión a los transeúntes que paseaban por allí.

—De eso se trata, de que tengas público —le contestó él por encima del hombro, a la vez que descolgaba de su espalda el estuche del violín.

—¿Pero de qué público hablas? ¡Es gente paseando por la calle! —volvió a quejarse irritada.

John se encogió de hombros y le sonrió.

—Es público igualmente.

—¡Yo no quiero tocar en la calle! —terminó por gruñir.

Él se acercó a ella en actitud paternalista y le acarició en la mejilla con intención de sofocar su rabieta.

—Cálmate Shirley, yo tocaré contigo y lo harás muy bien —le aseguró antes de darle un pequeño beso en los labios.

—No lo creo —rezongó entre dientes, cruzándose de brazos.

John se enfadó al verla tan insegura.

—Shirley, cuando tengas que tocar ante los profesores del conservatorio también vas a sentirte presionada y nerviosa. Incluso más que ahora. Así que considera esto como un ejercicio de concentración —le pidió, más como maestro que como su chico.

John sacó su carísimo instrumento de madera, lo colocó sobre su hombro y cogió el arco, listo para empezar. Pero vio que Shirley seguía parada, mirándose los pies con aire indeciso.

—¿A qué estás esperando? Venga, abre tu estuche y saca el violín —le apremió en un tono suave, pero firme al mismo tiempo.

Shirley aguardó un segundo más, mirándole como un corderillo acorralado, y al final obedeció a regañadientes. John contó hasta tres moviendo la cabeza y empezó a tocar despacio para que a ella no le costara seguir su ritmo. Shirley respiró hondo y se le unió. Al principio logró controlar los nervios, hasta que alguien de la calle se detuvo a escucharlos y se puso a desafinar como una burra. John dejó de tocar y la frenó a ella con un toque en el hombro.

—Tranquila, Shirley. Respira hondo y no dejes que los nervios te dominen. Recuerda que tú eres más fuerte —le dijo al ver que la chica estaba a punto de echarse a llorar.

—Pero no dejan de mirarme —gimoteó, mientras observaba de soslayo al corrillo que se había formado alrededor.

—Deja de fijarte en ellos y haz como que no existen. Imagina que solo estamos tú y yo tocando solos en mi apartamento. Venga, ¡tú puedes! Uno, dos y...

John volvió a hacer sonar su violín y Shirley trató de hacer lo mismo, pero las manos y las piernas no dejaban de temblarle. Aquello estaba siendo incluso peor que cuando había tenido que cantar en el karaoke. Sentía decenas de miradas clavadas en ella, analizándola, juzgándola, valorando su manera de tocar. Y John... John hacía lo que podía por tapar sus errores, pero era como escuchar a un gato chillando en medio de una hermosa melodía. Entonces ocurrió lo impensable y la situación se volvió más terrorífica cuando Shirley, vio a su padre viniendo en su dirección. Iba con otros hombres trajeados y charlaban animados entre ellos.

—¡Mierda! —exclamó con el corazón en la garganta. Soltó su violín y el arco como si ardieran, dejándolos casi caer dentro del estuche, y de un saltó se separó de John. Alzó la mirada y su padre ya estaba delante de ella, observándola con el ceño fruncido.

—¡Shirley! ¿Qué haces aquí? —le preguntó desconcertado.

Shirley se quedó mirándolo a él y a los otros hombres que le acompañaban, sin saber qué decir.

—Eh... yo... salí a dar un paseo y me detuve a escuchar un poco de música —alegó con una sonrisa nerviosa, señalando con la cabeza hacia John, pero sin atreverse a mirarlo a los ojos. Seguro que el pobre estaba alucinando con la situación y su mente era un hervidero de preguntas.

Sin embargo, su padre, volteó la cara hacia él y lo miró de arriba abajo sin ocultar su desprecio.

—Vaya, es uno de esos músicos callejeros... —dejó caer en un tono desdeñoso, al ver a John con su violín y su aspecto informal. Llevaba una camisa roja de cuadros por encima de los vaqueros, un fular enrollado al cuello, un chaleco negro y un sombrero sobre su cabellera larga y suelta. A Shirley le parecía que iba monísimo, pero para su padre todo hombre que no fuera en traje y corbata, era un pintas.

Para colmo de la humillación, el señor Brown sacó un dólar de la cartera y lo arrojó a los pies de su chico como el que le tira limosna a un vagabundo. Después le dio la espalda e hizo un gesto a su hija para que le siguiera. Shirley tardó en mover los pies, los sentía como pesados y anclados al suelo. Dios mío, aún no tenía el valor de mirar a John a los ojos por miedo a lo que pudiera encontrar en ellos.

A mitad de la avenida se detuvo tras su padre y sus amigos.

—¿Sabéis qué? Continúad vosotros por vuestra cuenta. Yo tengo que hacer todavía unos recados y me demoraré un poco más —se disculpó intentando parecer lo más relajada posible.

Rogó al cielo por que su padre no insistiera en que lo acompañara. Solo quería volver sobre sus pasos y arreglar aquel desastre.

Su padre la miró extrañado, pero no puso ninguna objeción. Se despidió como siempre, con un beso rápido y seco en la mejilla, y prosiguió su camino. Shirley giró sobre sus talones, dispuesta a regresar junto a John y suplicarle

hasta que le perdonara, pero se encontró con que él ya se dirigía hacia ella a grandes zancadas bufando como un toro.

—¡Eh! ¿A qué cojones ha venido eso? —gritó colérico, mientras agitaba el billete de dólar en la mano.

Ella alzó las suyas en señal de paz.

—John, sé que ha sido...

—¿En serio acabas de negarme delante de tu padre? ¡¿EN SERIO?! —gruñó sin poder escucharla siquiera de la rabia tan grande que sentía.

¿En la vida le habían insultado así! Y lo peor es que Shirley había fingido que no lo conocía, mientras su padre lo humillaba delante de sus amiguitos *snobs*.

Algunos transeúntes escucharon la discusión y se detuvieron para mirarlos. John se frotó la cara, exasperado. Joder, lo que faltaba. ¿Es que la gente no tenía otra cosa mejor, que ponerse a cotillear en las vidas ajenas?

—John, por favor, deja que te lo explique —le rogó al verlo tan alterado—. Acabo de romper con Eddy, comprende que no puedo aún por encima decirle...

—¿Qué? —la cortó con aire desafiante— ¿Qué estás saliendo con un músico callejero? —objetó burlón, repitiendo las mismas palabras que su padre le había escupido con desprecio— Pensé que por fin habías madurado y que eras lo bastante valiente para defender lo que te importa, pero ya veo que me equivoqué —concluyó mirándola dolido y decepcionado.

Shirley hizo el amago de seguirle cuando él se dio la vuelta para marcharse, pero una mirada suya le hizo ver que no era buena idea y retrocedió intimidada. Se mordió el labio inferior para sofocar las lágrimas que le oprimían la garganta. Estaba tan cabreado que tuvo miedo a que aquella imagen, la de su espalda ancha perdiéndose entre la gente, fuera lo último que viera de él.

Al cabo de unas horas se armó de valor para ir a su apartamento y llamar a la puerta. Con ese genio que se gastaba era posible que se la cerrara en las narices. Pero si era necesario, pensaba quedarse toda la noche montando guardia en el rellano hasta que consiguiera hablar con él. Ese maldito cabezota no se libraría de ella tan fácilmente. Y además, quería recuperar su violín. Se había puesto tan nerviosa al ver a su padre que lo había dejado abandonado

sobre la acera, y sabía que lo tenía John.

Entonces sus ánimos se desinflaron un poco cuando vio que era Bruce el que le abría la puerta.

—¡Hola, Shirley! ¿Qué hay?—la saludó sonriente, haciéndose a un lado para invitarla a pasar.

Shirley entró en el apartamento y buscó con la mirada a su novio, pero comprobó que no se encontraba allí. Se fijó en que su ordenador estaba encendido.

—¡Oye, no es lo que piensas! Solo echaba un vistazo en las páginas de deporte —se excusó Bruce, al ver hacia donde posaba sus ojos.

Shirley sonrió sin decir nada. ¿Deportes? ¡Y un cuerno! Incluso desde la entrada podía ver las pechugas de Lolita La Chupa Enterita. Bruce supo que le había pillado y corrió avergonzado a cerrar la tapa del portátil.

—¿Dónde está John? —preguntó al fin.

—Ha salido a dar una vuelta. Dijo que necesitaba despejarse.

—¿Y sabes cuándo volverá?

Bruce se encogió de hombros y se alejó del escritorio donde se encontraba el ordenador.

—Ni idea, pero con lo cabreado que se le veía lo mismo no aparece en toda la noche.

Shirley suspiró y se dejó caer en el sofá con aire alicaído.

—Me temo que la he fastidiado —reconoció, murmurando para sí misma con expresión culpable.

Sin embargo Bruce la escuchó y no se quedó callado.

—¿Fastidiarla? Shirley, con perdón, pero la has cagado tantas veces que te considero un tío como yo. ¡Eres un completo desastre! —exclamó con una floja risita.

—Vaya, veo que lo de escupir verdades es cosa de familia —replicó Shirley algo picada.

Bruce le sonrió y fue a la cocina en busca de un par de cervezas.

—¿Y esto? —inquirió ella, al ver que le tendía una sin haberla pedido.

Él se sentó a su lado, con las rodillas separadas y el pecho ligeramente

inclinado hacia delante.

—Te he dicho que eres como un tío, ¿no? Pues se rumorea que los tíos ahogamos las penas en alcohol. Así que venga, dale un trago y desembucha, colega —le ordenó antes de chocar su botellín con el de ella.

Shirley le devolvió la sonrisa. Le resultaba agradable la idea de pasar el rato, bebiendo y charlando con un amigo. No sabía por qué, pero al igual que John, su primo tenía algo que la apaciguaba y hacía que se sintiera muy a gusto a su lado. Claro que con Bruce no notaba las famosas mariposas revoloteando dentro de su estómago y tampoco experimentaba ninguna tensión sexual.

—Bueno, en realidad no tengo mucho que añadir. Supongo que John ya te ha puesto al corriente de lo ocurrido, ¿no? —repuso Shirley, con actitud derrotista.

—Por encima —admitió Bruce, tras darle un trago a su cerveza. Se rascó la barbilla, pensativo—. No te ofendas, pero la verdad es que comprendo a mi primo. Lo que ha pasado con tu padre ha tenido que sentarle como una patada en la entrepierna. Y más siendo quien es, claro.

Shirley parpadeó extrañada y dejó de contemplar el infinito para voltear la cabeza hacia él.

—¿A qué te refieres con, *y más siendo quién es?* —repitió alzando una ceja con expresión interrogativa.

De pronto la cara de Bruce se descompuso y apartó su mirada de Shirley, visiblemente nervioso. Demasiado tarde. Ella se había dado cuenta de su metedura de pata y no lo pensaba dejar pasar.

—Bruce, no soy tonta. Sé desde hace tiempo que John me oculta algo y necesito saber qué es —exigió con una mirada penetrante y firme.

Bruce volvió a rehuir su mirada, pensando cómo demonios salir del paso.

—¡Mierda, si es que lo sabía! —masculló— Le dije que te contara la verdad, que las tías teníais un radar para este tipo de cosas. Pero el muy gilipollas no me hizo caso y ahora yo me trago el marrón.

La chica no pudo evitar sonreír al escuchar el comentario. Le daba pena ponerle en aquel aprieto, pero era la única oportunidad que tenía de derribar el muro que había entre ella y John.

—¿Ahora vuelvo a ser una tía? —bromeó para quitarle hierro al asunto.

Dejó su cerveza sobre la mesa y se giró hacia Bruce—. Escucha, siento mucho presionarte de esta manera, pero solo tú puedes ayudarme a resolver el lío, Bruce —alegó con un brillo suplicante en los ojos.

—Shirley, debería ser John quien te lo contara... —replicó tratando de rehuirla.

Ella se enfadó.

—Tú sabes que John no va a decírmelo. He esperado hasta ahora y no lo ha hecho. Y necesito saberlo, Bruce. De verdad que lo necesito —insistió desesperada, casi al borde de las lágrimas.

—Está bien —se rindió él con un suspiro—. Puede que John me corte los huevos por abrir la boca, pero creo que tienes razón. Necesitas saberlo.

—Gracias Bruce —musitó Shirley, dedicándole una sonrisa cálida.

—Y que conste que también lo hago porque sé que ese capullo entrará cabreado por la puerta y cuando te vea aquí es posible que te mande a paseo. Está loco por ti, pero es así de imbécil y orgulloso —opinó sin tapujos—. Así que por lo menos tendrás con lo que responderle. ¿Y quién sabe?, puede incluso que obres el milagro de bajarle los humos.

—Es cierto, no me vendría mal contar con un poco de ayuda para enfrentarme a su endiablado carácter.

—Ok, pues iré al grano —.Inspiró hondo y lo soltó—. John es en realidad Johann Schweitzer.

—¿Johann Schweitzer? Un momento, ese... ese nombre me suena —expresó confusa y abrumada.

Bruzo torció la comisura de sus labios en una de sus sonrisas de granuja encantador.

—Debería sonarte, tu principito proviene de una de las dinastías más influyentes del mundo de la música.

Shirley agudó un minuto callada, asimilando la noticia mientras vagaba en una nube de estupor. Rápidamente empezó a atar cabos y recordó el comportamiento tan extraño que había tenido su chico el día de su graduación. Con razón había salido como un loco al escenario. No quería que la directora revelara su verdadero nombre.

Entonces también le vino a la mente aquella noche en la que invitó a John a

subir a su cuarto y le enseñó su colección de música. Shirley había notado que miraba ensimismado uno de sus discos, y creyendo que era por simple interés, se había puesto como una tonta a detallarle sus canciones y compositores favoritos, mientras él la escuchaba con una sonrisa, algo tensa, hablar de su propia familia. ¡Su familia!

—Dios mío... —murmuró atónita.

Se sentía tan estúpida y engañada.

Bruce sonrió burlón.

—Si eso te sorprende, espera a ver la guinda del pastel. Vamos, te enseñaré algo que te resultará muy interesante —dijo irguiéndose con pereza.

Ella le siguió con piernas temblorosas hasta el cuarto de John. Saber la verdad le había dejado el cuerpo destemplado y entumecido.

Bruce sacó una llave del cajón de la mesita y abrió el enorme baúl de madera que se encontraba apoyado contra la pared. Dentro había un montón de antiguos recortes de periódicos y polvorientos álbumes de fotos. Shirley abrió el primero como si fuera un cofre del tesoro: emocionada, y a la vez, expectante. En las primeras fotografías aparecía un John muy pequeño, gordito, tendría unos cuatros años, y ya sujetaba un violín casi tan grande como él.

En las otras fotos se le veía más adulto, siempre con un violín en el hombro, tocando ante la atenta mirada de un hombre de aspecto autoritario (supuso que su padre) o en medio de un teatro lleno de gente. Shirley comprendió el significado tan grande de lo que estaba viendo y le recorrió un escalofrío hasta la punta de los pies. Con ocho años, John ya recorría el mundo tocando en las principales filarmónicas. En una foto incluso aparecía ensayando con *Pavarotti*, y en otras, salía posando al lado de los profesores que había tenido a lo largo de su refinada enseñanza musical. Importantes violinistas de la talla de *Itzhak Perlman*, *Ida Haendel* o *Christopher Collins Lee*.

También se fijó en lo cambiado que aparecía John en algunas de sus fotos de adolescente, casi estaba irreconocible. Tenía el pelo castaño oscuro, con un corte a la taza, y sus rasgos faciales eran más afilados, más aniñados, pero seguía conservando esa mirada tierna y su cándida sonrisa.

Aunque lo cierto es que no parecía muy feliz. En la mayoría de fotos se

veía a un chaval imberbe de unos dieciséis años, de aspecto muy formal y una expresión taciturna, diría que hasta triste. Su forma de vestir tampoco tenía nada que ver con su estilo actual. Solía llevar traje oscuro y en los conciertos donde aparecía tocando con la filarmónica, lucía una especie de levita negra abotonada hasta el cuello. Shirley se mordió el labio, alucinada. Vaya, eso sí que era un gran cambio. Había pasado de ser un pequeño cura relamido a un rockero desgredado y de pelo rubio. Se aseguraría de que Karen nunca viera esas fotos por el bien de John...

Lo curioso es que mientras ojeaba los álbumes, tuvo la misma sensación que la primera vez que había visto a John. La sensación de que ese chico le sonaba de algo. ¿Pero de qué?

Bruce le tendió el libro donde guardaba los recortes de prensa y volvió a quedarse helada al leer varios de los titulares.

El pequeño de los Schweitzer, ya apunta maneras como prodigio del violín.

El pequeño Schweitzer deslumbra al teatro con su virtuosismo.

Johann Schweitzer, ¿el nuevo Paganini?

Johann Schweitzer debuta en la filarmónica de Berlín a los diez años.

Johann Schweitzer volverá a estrenarse en la filarmónica de Berlín, esta vez como concertino.

Y leyó el último titular, el titular más inquietante y conmovedor de todos.

Johann Schweitzer padre, lamenta lo ocurrido anoche y reniega de su hijo.

Shirley dejó caer el libro al suelo, miró a Bruce a los ojos, y antes de que lo pensara siquiera, la pregunta salió disparada de sus labios.

—¿Qué pasó esa noche y por qué John no se habla con su padre?

Bruce retrocedió con sus ojos azules muy abiertos. Era obvio que la pregunta no solo le había pillado desprevenido, sino que le había acojonado. Luego entrecerró los párpados y adoptó una postura más retraída. «Vale, el tema levantaba ampollas», concluyó Shirley al estudiar su reacción. Lo que provocó que tuviera aún más deseos de conocer la respuesta.

Pero Bruce se cerró en banda.

—Lo siento, eso sí que no te lo puedo decir. Es algo demasiado personal

que solo John puede contártelo. Lo único que sí te puedo asegurar es que no lo ha tenido nada fácil. Llegó a New York sin nada más que su violín y tuvo que empezar de cero.

—Contéstame al menos a esto, ¿su padre sigue sin hablarle?

—En realidad no se hablan ninguno de los dos. Mi tío es una persona muy rencorosa y temperamental. Y John, aunque no lo reconozca, se parece bastante a su viejo. Por eso chocan tanto y ninguno da su brazo a torcer —expuso, arrugando sus bonitos labios hacia abajo.

Shirley suspiró cabizbaja.

—Vaya, ha tenido que ser muy duro para él...

La historia le había dejado tan conmovida que se había disipado parte de su enfado. Solo un poco. Aún persistía el dolor del engaño y de la sospecha. Si le había mentado sobre su pasado, ¿qué otras cosas más le ocultaba?

—Tú has sido lo mejor que le ha ocurrido en mucho tiempo, Shirley —confesó su primo, al ver sus dudas y confusión reflejada en sus ojos—. Incluso te diría algo más, juraría que nunca antes lo había visto tan colado por una chica, y te puedo asegurar que el cabrón tiene donde elegir —añadió con una risita pícaro—. Joder, ¿de qué otra forma si no, habría salido corriendo detrás del vampirito luciérnaga? Hay que ser *gay* o estar muy pillado para hacer así el ridículo —masculló por lo bajo.

Ella no lo pudo evitar, y a pesar de lo disgustada que se sentía, soltó una carcajada por el comentario.

—Sí, John ya me lo contó. Y también que te metiste con él —agregó a modo de reproche.

—¿Es que tienes idea de la vergüenza que me hizo pasar? —se defendió airado— El muy capullo... me dieron ganas de ahogarle en la taza del váter de la habitación —. Volvió a guardar los álbumes de fotos en el baúl y se puso en pie—. Bueno, será mejor que salgamos de aquí antes de que llegué John y se haga una idea equivocada. Ya va a patearme el culo por haberte soplado su secretito. No hace falta jugarse la vida provocando sus celos, ¿no te parece? —bromeó, aunque hablando medio en serio.

Shirley palmeó su hombro con una sonrisa amistosa.

—Bruce, gracias por contármelo. De verdad que necesitaba saberlo —le aseguró de manera sincera.

Él le devolvió la sonrisa y salieron de la habitación.



23

Shirley y Bruce mataron el rato echando una partida de cartas mientras esperaban a John. Luego vieron una película en el ordenador y cenaron una pizza precocinada. Cuando el reloj marcó algo más de la media noche, se escuchó la llave en la cerradura y la puerta abrirse. John se quedó desconcertado al ver a Bruce y a Shirley de lo más cómplices, charlando y riéndose en el salón de su apartamento. No pudo evitar sentir una punzada de celos, por lo que también se sintió terriblemente culpable y estúpido. Por Dios, era su primo. Su mejor amigo, su hermano del alma. Y ella era lo que más quería en este mundo, su chica. Sabía que ninguno de los dos le traicionarían y menos de esa sucia manera. Pero ya había podido comprobar que cuando se trataba del corazón, desaparecía la cordura e imperaba la ley de lo absurdo. Cualquier chico que se acercara a Shirley, su cuerpo se tensaba por acto reflejo y pasaba a considerarlo una posible amenaza.

—¿Interrumpo algo? —preguntó en un tono hosco.

Ellos levantaron la cabeza en su dirección y le sonrieron.

—La verdad es que sí —contestó Bruce—. Estaba intentando ligarme a tu chica mientras te poníamos a parir—. Se levantó del sofá, se acercó a John y le dio unas palmaditas en la mejilla para que dejara de fulminarle con la mirada—. Es broma, capullo. Shirley solo tiene ojos para ti. Venga, os dejo para que podáis hablar y echéis unos cuantos polvos de reconciliación —se despidió cogiendo su abrigo antes de dirigirse a la puerta.

—¡Gracias Bruce, tan sutil como siempre! —se quejó Shirley con ironía. La situación ya era de por sí tirante, no hacía falta que Bruce lo empeorara con una de sus incendiarias bromitas. Pero Bruce era tan descarado e insolente como Karen. Cada vez tenía más claro que esos dos eran tal para cual.

Él le guiñó un ojo con una sonrisa traviesa y se marchó. John y Shirley aguardaron de pie, sosteniéndose la mirada sin decir nada. Había un amor infinito en sus ojos y también recelo.

John fue el primero en romper la tregua.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar con tu papá? —se mofó con desdén. Era su manera odiosa de llamarla «niñata».

Shirley se mordió la lengua y contó hasta diez. Lo que más le fastidiaba era que aunque John se estaba comportando como un capullo y ella seguía furiosa, el ingrato de su corazón había dado un respingo de emoción al verlo. ¿Por qué el amor volvía a la gente tan ilógica y contradictoria?

—Yo voy a donde quiero sin necesidad de tener que pedir permiso a mi padre —le contestó con la misma altivez—. Y no te las des de digno que no te pega, John Clayton. ¿O debo decir... Johann Schweitzer? —inquirió con sarcasmo.

«Toma, encaja tú el golpe ahora, capullo», pensó Shirley con una mirada pendenciera.

John retrocedió al oír aquel nombre como si le hubieran asestado un puñetazo en el estómago, y la miró horrorizado.

—Voy a matar a Bruce —sentenció con voz fría en cuanto recuperó el habla. No tenía ninguna duda de que había sido él.

—Es lo malo de tener amigos en común —se burló su novia repitiendo sus mismas palabras con retintín. Después clavó sus enormes ojos expresivos y marrones en él —¿Por qué no me dijiste quien eras? ¿Por qué me has mentado todo este tiempo? —le recriminó furiosa y dolida.

John antes de contestar, colgó su cazadora en el perchero y dejó los violines a buen recaudo, sin dejar de mirarla por el rabillo del ojo. Era obvio que estaba ganando tiempo mientras pensaba qué decir. Y cuando reunió el valor para enfrentarla, se detuvo delante de ella.

—No te mentí. Mi nombre es John Clayton. Mi padre es alemán, pero mi madre es americana y decidí coger su apellido. Por eso Bruce y yo

compartimos el mismo nombre, porque somos primos, ¿recuerdas? —le explicó como si fuera tonta, lo que terminó de desatar su cólera.

—Ahórrate la chulería y los juegucitos de palabras, sabes que no fuiste sincero conmigo —le volvió a reprochar, apuntándole con un dedo acusador—. ¿Es que no te das cuenta? Ahora te miro y no sé quién eres. Me siento confusa y estúpida —admitió contemplándole de arriba abajo con la sensación de estar ante otra persona.

John vio como el dolor y la duda asomaban en sus ojos, y el miedo a perderla hizo que dejara aparcada su soberbia.

—Shirley, sigo siendo yo. Johann Schweitzer forma parte de mi pasado. El chico que conociste es el que soy ahora, con el que me identifico de verdad. Toco el violín en un grupo de rock, doy clases de música y vivo en este modesto piso. ¿Qué hay de mentira en eso? —replicó en un tono más suave. Se pasó los dedos por el pelo, nervioso, y volvió a mirarla fijamente—. Escucha, a mi modo de ver solo hay dos maneras de solucionar este lío. O seguimos discutiendo sin que jamás nos pongamos de acuerdo. O bien, cada uno asume su parte de responsabilidad y se disculpa con el otro —sugirió deslizando el pulgar por su mejilla con una pequeña sonrisa reconciliadora. Joder, aunque seguía cabreado, se moría por llevarla al dormitorio y comérsela enterita. Shirley lo miró enfurruñada pero se mantuvo en silencio, aguantando como podía el tipo. John al ver que empezaba a ablandarse un poquito, continuó hablando—. Si te parece bien, empezaré yo con la disculpa. Siento mucho no haberte dicho antes la verdad. No era mi intención lastimarte. Y desde luego, tampoco pretendía que te sintieras engañada—. Hizo una pausa, mostrándose cabizbajo y avergonzado—. La única razón por la que no te dije la verdad fue por miedo.

—¿Por miedo? —repitió Shirley, desconcertada.

Él asintió sin alzar la mirada de sus pies.

—Yo... temía que mi apellido te supusiera una carga demasiado difícil de soportar. No es la primera vez que una chica me deja por ese tema, y las cosas ya eran bastante complicadas entre nosotros. No quería que terminaras por alejarte de mí —confesó con voz muy bajita, transmitiendo una sencillez y sinceridad que el corazón de Shirley se contrajo en un puño. Parecía un cachorrito desvalido.

No pudo aguantarlo más y pegó sus labios a los suyos en un dulce beso.

Notó como sus brazos fuertes rodeaban su espalda y la estrechaba enseguida contra él, en un intento desesperado por fusionarla con su cuerpo. Cuando se separaron, ya no había un atisbo de hostilidad entre ellos. Solo había amor en sus miradas, el mismo amor que los había hecho conectar desde el primer momento en que sus ojos se encontraron por casualidad.

—John, yo nunca podría dejarte por una tontería como esa —susurró con su frente pegada a la suya. Sentía su cálido aliento haciéndole cosquillas en la nariz—. Me da igual tu apellido o lo que seas. Solo te quiero a ti —le aseguró, rozando sus labios con los suyos.

—¿Aunque sea un músico callejero? —susurró también, sin poder evitar que su pregunta sonara a reproche.

Shirley entornó los ojos y se apartó de John con las mejillas encendidas. Es verdad, ahora le tocaba a ella pedir perdón.

—Lo siento, no debí quedarme callada —reconoció—. Entiendo que siendo quien eres, la confusión de mi padre te ofendiera tanto.

John la miró irritado por su disculpa.

—No, Shirley, te equivocas. Me importa una mierda que tu padre me confunda con un músico callejero. De hecho me parece una profesión muy digna. Pero lo que me repateó el hígado fue ver como tú girabas la cara para otro lado sin decir nada. Y eso no tiene nada que ver con lo que fui o lo que tuve, sino más bien con la decepción que supuso ver a mi chica renegando de mí y comportándose como una cobarde —le dejó muy claro.

Ella no aguantó la crítica y se le humedecieron los ojos.

—Lo sé, John, y tienes toda la razón. Simplemente quería evitar un conflicto. Ya sé que no es excusa, ¡ya lo sé! —se apresuró a añadir al ver que su cara se volvía a crispar—. Pero ponte en mi lugar, llevo toda la vida sin contradecir a mi padre y hace unos días le dije *no* por primera vez a algo. Entiéndelo, por favor, no estoy acostumbrada a ser una chica mala —musitó con un mohín.

A pesar de que John quería mostrarse inflexible, tuvo que fruncir los labios para reprimir una sonrisa al escucharla hablar. La contempló frente a él, con sus largas pestañas aleteando de forma inocente mientras aguantaba el chaparrón, y al final sonrió enternecido. Shirley nunca podría ser una chica mala ni aunque se tatuara el cuerpo entero y llevara piercings en los pezones.

Y por otro lado, en el fondo la comprendía muy bien, porque cuando te pasabas la vida obedeciendo como un borrego, revelarse implicaba todo un ejercicio de valentía.

Shirley todavía tenía mucho que madurar, pero ya había dado un paso muy importante.

—Ven aquí, anda —le susurró con dulzura, tendiéndole una mano.

Ella acarició la punta de sus dedos con los suyos y se lanzó a sus brazos para acurrucarse en el calor de su pecho. Se habría quedado allí toda la vida, olfateándole como una psicótica. Ese olor tan masculino y propio de él, seguía haciendo que vibrara de deseo.

Se separó unos centímetros de su cuerpo y besó el hueco que había entre su clavícula. Luego le besó en la garganta, en la nuez cubierta de barba y tuvo que ponerse de puntillas para llegar al lóbulo de su oreja. John cerró los ojos, recreándose en el roce de sus labios sobre su piel. Ella atrapó uno de sus mechones rubios que colgaban delante de su cara, se lo retiró tras la oreja y contempló fascinada la belleza de sus rasgos. Poseía unas facciones finas, y a la vez, muy varoniles; como una poderosa mandíbula cuadrada y unos pómulos marcados. Era una combinación perfecta entre lo sutil y lo adusto.

Él abrió los ojos, desconcertado.

—Qué guapo eres —murmuró deslizando un dedo desde su frente hasta su mentón—, y qué feo eras de pequeño —añadió.

—¡Oye! —protestó John sorprendido, antes de soltar una carcajada. Hasta que cayó en la cuenta de algo más y adoptó una expresión alarmada, casi cómica—. Un momento, ¿viste mis fotos de pequeño?

Shirley asintió moviendo la cabeza despacio con una sonrisa maliciosa. John puso los ojos en blanco.

—Definitivamente voy a matar a ese capullo —masculló entre dientes, decidido a hacerlo en cuanto viera a Bruce.

Ella se carcajeó divertida.

—No te preocupes, no le diré a nadie que he visto esas fotos. Ni siquiera a Karen —le prometió con una sonrisa jocosa bailando en sus labios—. Aunque sigo en *shock* con tu increíble cambio de imagen. Si no fuera porque sabía que eran tus fotos, jamás habría adivinado que ese chico con pinta de monaguillo eras tú. En serio, John, ¿quién te compraba la ropa? ¿Y ese peinado horrible

que llevabas? ¡Parecías un tazón de cereales! —comentó sin parar de reír. Hasta que se dio cuenta de que John la estaba fulminando con la mirada y se calló al instante—. Perdona, creo que se me está pegando el *sincericidio* de tu familia —se excusó mientras lo consideraba en serio.

—¿Ah sí? Pues pienso castigarte por insolente y descarada —anunció con un brillo juguetón en los ojos.

Shirley se giró entre risas con intención de salir disparada hacia su cuarto, pero John fue más rápido y la atrapó de un solo movimiento. Ella dio un grito cuando sus pies dejaron de tocar el suelo y notó que la levantaba como una pluma. Y eso que Shirley no era una chica delgadita ni mucho menos, pero John estaba acostumbrado a hacer bastante ejercicio y tenía un cuerpo fibroso y fuerte. La cargó sobre su hombro como si fuera un saco de patatas y la soltó con cuidado en el sofá. Luego se remangó la camisa hasta los codos y se sentó a horcajadas sobre ella.

—¡Feo, eras muy feo! —repitió para provocarle. Le encantaba que la acechara como un felino. Era de lo más excitante y gracioso.

Él esbozó una media sonrisa torcida y le sujetó los brazos por encima de la cabeza. Con la otra mano le subió la camiseta hasta dejarla por encima del sujetador e inclinó la cabeza hacia abajo.

—Así que te parecía muy feo... —susurró contra la piel inferior de su ombligo.

Shirley tembló de placer al notar la punta de su lengua húmeda descender por su vientre. Con solo tocarla su cuerpo ardía.

—Horriblemente feo —gimió sofocada y la mirada vidriosa.

John le bajó los vaqueros hasta las rodillas, le levantó las piernas y abrió sus muslos para enterrar la cara en ellos. Shirley dio un respingo al notar su boca sobre la tela de las braguitas y se agitó alarmada.

—No, John, ¡eso no! Yo nunca...

Él levantó la cabeza de entre sus piernas y frunció el ceño.

—¿Tú nunca has practicado el sexo oral? —inquirió sorprendido.

—No —reconoció con las mejillas coloradas. A Eddy y a ella siempre les había parecido demasiado sucio, demasiado pornográfico.

—Oh, pues eso hay que solucionarlo ahora mismo.

—¡No! —gritó al ver que se abalanzaba decidido a hacerlo.

Le terminó de sacar los vaqueros y las braguitas a tirones, le separó las rodillas y se colocó en medio. Shirley volvió a forcejear nerviosa.

—Shhhh, déjate llevar —le suplicó, imprimiendo a su voz un tinte seductor. Shirley dejó escapar el aire muy despacio mientras intentaba controlar los latidos desbocados de su corazón. Era escucharle susurrar y ya se ponía cardíaca.

De pronto se quedó tiesa, viendo como su mirada volvía a descender hacia las profundidades de su cuerpo, y luego todo se volvió muy confuso. Sentía su lengua cálida y mojada entre sus pliegues inflamados por el deseo, chupando, absorbiendo, mordisqueando, bebiendo sediento cada gota de humedad que de allí brotaba.

Se retorció como una culebra, atrapada entre una mezcla de placer y vergüenza. Una vocecilla le decía que aquello era un poco fuerte, que debía frenar a John de inmediato y volver a ponerse las bragas. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Oh Dios, le gustaba demasiado como para detenerle. Le gustaba tanto, que cada vez que abría la boca en lugar de gritar, «para», suplicaba «más, quiero más». Y cuando cogía su cabeza con intención de detenerlo, sus dedos se sumergían en su cabellera larga para atraerlo con más fuerza hacia sus piernas abiertas. A cada lametón sus caderas vibraban, trasportándola al cielo de los sentidos.

John saboreó con voracidad cada rincón inexplorado. Se sentía afortunado de que Shirley le hubiera otorgado el honor de vivir «esa primera vez» con él. Aunque por otro lado no entendía cómo el idiota de su exnovio había rechazado durante años un manjar tan exquisito. Shirley era dulce hasta en lo más recóndito de su ser.

Ella empezó a respirar y a retorcerse con más fuerza, y al final volvió a caer desplomada en el sofá con una sonrisa de felicidad en los labios.

—Increíble, ha sido increíble —murmuró al cabo de un rato, resollando con la mirada perdida en el techo—. No sé cómo he podido estar tanto tiempo si probarlo.

Escuchó la risita de John.

—Vaya, parece que este patito feo sabe satisfacer a su patita —dedujo, arrugando la nariz con gesto altanero y risueño.

Ella se incorporó sobre sus codos y lo miró con una fatigada sonrisa. Aún tenía la frente sudorosa y las mejillas coloradas.

—Eres un chulito, pero debo darte la razón —admitió divertida. De repente apartó a John para levantarse del sofá y se fue derecha a la cremallera de sus vaqueros—. Venga patito feo, sigamos jugando.

Las pupilas de John se dilataron al verla tan lanzada, pero dejó gustoso que le bajara los pantalones. En un momento dado, tiró demasiado fuerte y tuvo que agarrarse a él para no caerse de culo.

—¡Shirley! —exclamó muerto de risa, mientras la sujetaba por los brazos.

—Lo siento, me pudo el ansia —se disculpó con una sonrisa tímida.

John la contempló deslumbrado. Era adorable verla jugar como una gatita revoltosa. Estaba saliendo con la chica más sexy del mundo.

Shirley le quitó el chaleco negro y la camisa roja de cuadros que llevaba debajo. Luego pasó un dedo por el vello cobrizo de su pecho, maravillada con lo que veía. Tenía los pectorales marcados, con algunos lunares por las costillas, y los músculos de su abdomen estaban completamente duros, aunque no llegaban al extremo de formársele los típicos cuadraditos de tableta de chocolate. Y Shirley lo agradeció, no le gustaban los tíos demasiado musculosos.

Le acarició con aire juguetón, siguiendo las líneas de sus tatuajes. Era curioso porque antes de conocer a John, tampoco le gustaban los tíos tatuados ni con pinta de pandilleros. Le inspiraban demasiado respeto y temor. Pero resulta que había acabado enamorándose de un chico malo y ahora todo ese mundo de dibujos cargados de significados le parecía de lo más interesante.

No podía dejar de admirar el enorme violín con ojos de calavera que lucía John en el pectoral izquierdo o el tribal que rodeaba su bíceps derecho. Entonces detuvo el dedo en el tribal con forma de uve que tenía bajo el ombligo y le miró fijamente a los ojos, como pidiéndole permiso para seguir.

—Hazlo, no te detengas —concedió él, con sus pupilas brillando igual que dos brasas encendidas.

Shirley esbozó una cohibida sonrisa y acarició sus calzoncillos abultados, siguiendo la forma de su pene que se distinguía perfectamente bajo la tela de algodón. Estaba tan excitado que irradiaba fuego de la entrepierna. Antes de continuar, parpadeó un par de veces y respiró hondo para concentrarse mejor.

Se encontraba un poco nerviosa porque nunca antes había hecho aquello y quería esmerarse. Deseaba devolverle a John el placer increíble que le había brindado, que disfrutara tanto como ella.

Alzó la mirada y vio que él se mantenía expectante a su próximo movimiento. Era como si dijera, «no sé muy bien qué diablos te propones hacer, pero sea lo que sea, ve hasta el final».

Shirley se hincó de rodillas ante él, le bajó los bóxer con delicadeza y su erección saltó hacia su cara. Retrocedió unos centímetros por el susto y luego se quedó mirándola con los ojos muy abiertos. En realidad ya la había visto antes, pero así tan cerca... Dios, ¡sí que era enorme! Sus dedos se ciñeron alrededor del cálido tronco y la observó de arriba abajo. Y gruesa, era realmente gruesa y muy dura.

Volvió a mirar a John, que a su vez la observaba a ella con expresión de impaciencia. Sabía que la chica no lo hacía con mala intención, que era simple curiosidad, pero si supiera hasta qué punto lo estaba torturando con sus preliminares. Y nervioso, también debía reconocer que le estaba poniendo algo nervioso que lo examinara con tanta atención.

Shirley bajó la cabeza y se lo metió en la boca. John ahogó un suspiro y se agarró al respaldo del sofá, mientras ella envolvía su glande con la lengua. Comenzó a mover la cabeza arriba y abajo, y notó los dedos de John tirando con suavidad de su pelo, como intentando empujarla más hacia su entrepierna. Igual que había hecho ella con él hacía un rato. Por lo visto era un gesto de lo más común que te salía por inercia. Se apartó un poco para estudiar la expresión de su cara y vio que tenía la boca entreabierta mientras su pecho subía y bajaba al compás de su acelerada respiración.

—¿Te gusta cómo lo hago? —le preguntó.

Él abrió los ojos y la miró con sus pupilas dilatadas y vidriosas.

—¿Qué? Joder, sí, me encanta —gimió con un leve sonido torturado.

Ella sonrió satisfecha al oír su respuesta y prosiguió lamiendo su erección metida en su propia burbuja de placer. Adoraba el sabor salado que emanaba de sus partes. Guardaba cierto parecido a su aroma corporal, aunque de un modo mucho más concentrado, fuerte, caliente y dulce.

Sus dedos tiraron con más firmeza de su pelo y le escuchó jadear más deprisa.

—Shirley, por favor, para, me voy a...

Shirley continuó dispuesta a que John estallara dentro de su boca, pero de repente él la apartó, se puso en pie y la empujó contra el sofá. Ella cayó a cuatro patas y se agarró al respaldo, preparándose para la acción. Ya se imaginaba por la postura que iba a ser un polvo movidito.

—¿Muñeca, estás lista para un poco de *rock and roll*? —bromeó, colocándose tras sus caderas en pompa.

—Lista y dispuesta —aseguró ella igual de sonriente.

John se colocó el preservativo, situó sus grandes manos a cada lado del trasero y la penetró de un solo golpe. Shirley soltó un aullido al sentir como se hincaba hasta el fondo de sus entrañas, pero enseguida se echó hacia atrás buscando su contacto.

John se inclinó un poco y comenzó a embestirla con fuerza. Vio como la columna de Shirley se arqueaba, adaptándose a sus movimientos, y como apoyaba la cara en el respaldo del sofá para amortiguar sus envites. Se reclinó y alargó una mano para palparle los pechos, que se balanceaban de una manera cautivadora al ritmo de sus violentos empujones.

Tuvo que reconocerlo. No se trataba solo de sexo duro. En el fondo también estaba desquitándose un poquito por haberle despreciado delante de su padre, por haber aprovechado que no estaba en casa para sonsacar su secreto a Bruce, por haber visto sus horrendas fotos de pequeño y por haberse metido con su aspecto. Así que la castigó, pero también volcó en ella toda esa pasión que lo desbordaba e incendiaba por dentro.

Shirley apretó los dientes mientras él seguía acometiéndola con rudeza. Estaba siendo un bruto. Pero era precisamente eso lo que la ponía a mil. Le encantaba que no se cortara, que se clavara en ella sin dudar, que le demostrara lo mucho que necesitaba sentirla, que sacara su parte más salvaje y la poseyera como un animal enfurecido.

De pronto el hormigueo cálido que recorría su cuerpo se fue haciendo más agudo, hasta que toda esa energía se concentró en un solo punto, el punto que John no dejaba de embestir con dureza, y Shirley se rompió con un profundo suspiro de goce infinito. Unos segundos después, escuchó que John soltaba un gruñido sordo y recostaba su cabeza en su espalda para recuperar el aliento.

Se dejaron caer en el sofá y se abrazaron, jadeando felices y satisfechos.

—Te quiero, te quiero con toda mi alma, Shirley —murmuró John antes de besar su frente perlada por el sudor.

—Y yo a ti, mi hermoso patito feo —contestó devolviéndole el beso en los labios.

Media hora después seguían en la misma postura. Shirley tenía recostada la cabeza sobre su pecho, con los brazos de John rodeándole los hombros y sus piernas desnudas entrelazadas a las suyas. Aunque la chica se encontraba aparentemente calmada, John la conocía lo bastante como para saber que tras su silencio, había algo que la hacía rumiar. Casi podía ver como su cabecita echaba humo, pensando, buscando la mejor manera de plantearle el tema sin enfadarlo.

Shirley y su eterno miedo a las discusiones. Se preguntó si algún día sería capaz de superarlo y de hablarle sin tapujos. Cuando quería también tenía bastante genio.

—Anda, suéltalo ya —le pidió con una sonrisa indulgente.

Ella lo miró sorprendida. ¿Cómo sabía en lo que estaba pensando? Luego pestañeó vacilante.

—La verdad es que me gustaría derribar ese muro que hay entre nosotros —reconoció.

John se apartó un poco para mirarla y alzó una ceja, extrañado por su comentario.

—¿Sientes que nos separa un muro?

—Sí, John, así lo siento y odio tener esa sensación contigo. ¿Por qué te crees que recurrí a Bruce en busca de respuestas? Estoy harta de que te guardes cosas y no confíes en mí —replicó molesta.

John se sonrió. Ahí estaba la gatita sacando las uñas. Tuvo que pensar en otra cosa para no calentarse de nuevo, y le acarició la cara mientras la contemplaba con ternura.

—Shirley, el único secreto que guardaba ya lo sabes. Te prometo que no oculto nada más.

—Aun así... tengo preguntas —dejó caer con aire retraído.

Él se encogió de hombros.

—Pues házmelas, ¿dónde está el problema?

A Shirley se le iluminó la cara con un brillo de emoción.

—¿En serio? ¿Puedo preguntarte todo lo que quiera? —insistió para asegurarse.

—¡Sí, por supuesto que sí! —contestó sonriente— Lo que me gustaría es que no tuvieras dudas en hacerlo y que sintieras la confianza suficiente para contarme lo que sea. No es necesario que des tantos rodeos. Y sí, a lo mejor es posible que me enfade, pero luego se me pasa y ya está. Sabes que en el fondo soy majó —. Le guiñó un ojo, arrancándole una sonrisa—. Así que venga, dispara sin miedo —la animó, dándole un toquecito cariñoso en su hombro.

—Está bien, allá va la primera. ¿Por qué te fuiste de Alemania? Lo tenías todo.

Él parpadeó, considerando su pregunta.

—Todo a veces es nada.

Shirley lo miró confusa y John decidió explicarse mejor.

—Verás, puede que *aparentemente* tuviera muchas cosas, dinero, reputación, un futuro prometedor, pero en el fondo me sentía profundamente vacío y desdichado. Sentía que no encajaba con esa vida ostentosa. Tanta abundancia, tantas atenciones y compromisos, era demasiado. A veces llegaba incluso a faltarme el aire —declaró con amargura.

—Como yo —musitó Shirley, pensando en su repentina huida en el club.

Creía que John y ella eran dos personas que a simple vista no podían ser más opuestas, (él con el pelo largo y rubio, ella con el pelo corto y oscuro, él con aire rockero, ella con vestiditos caros de muñeca) pero en el fondo eran iguales. Los dos habían venido a este mundo teniéndolo todo, y a la vez, con todo en contra para ser felices. Y esa misma mala casualidad había hecho que se creara entre ellos un vínculo muy fuerte que iba más allá de la simple atracción.

—Sí, como tú. Por eso sabía que era cuestión de tiempo que te derrumbaras. Yo también he sufrido esa terrible sensación de no tener escapatoria y sé lo aterrador que puede llegar a ser —reconoció él con una sonrisa cargada de complicidad—. Siguiente pregunta —le ordenó, dispuesto a seguir despejando sus dudas.

Pero Shirley volvió a adoptar una postura indecisa. Sabía por la reacción que había tenido Bruce, que la próxima pregunta no le iba a gustar nada. Puede

incluso que le escociera un poquito.

John se dio cuenta de que volvía a vacilar y resopló con impaciencia.

—Venga Shirley, pregunta sin miedo.

Shirley se mordió el labio, pensativa, y al final lo soltó.

—¿Qué ocurrió cuando debutaste como concertino en Berlín? ¿Y por qué tu padre reniega de ti a raíz de aquello?

De pronto percibió como su musculatura se tensaba y enmudecía de golpe. Shirley se apartó un poco para analizar su expresión.

—¿Lo ves? Ahí está de nuevo ese muro al que me refería antes —le reprochó indignada.

—¡No es eso! —se excusó, pasándose los dedos por el pelo con aire agobiado—. Es que es un tema que me incomoda bastante.

—¿Por qué, John? ¿Por qué te cuesta tanto abrirte a mí? —replicó dolida.

—Maldita sea, no se trata de confianza —objetó irritado. Lo que menos quería era que pensara que no se entregaba a ella—. Te conté lo de Julianne, ¿recuerdas? Salvo Bruce y tú, muy pocas personas más lo saben. Ya te lo he dicho, es más bien un asunto que me resulta demasiado vergonzoso —masculló, con esa misma vergüenza instalada en su mirada—. ¿Nunca has hecho algo estúpido de lo que te arrepientas con todas tus fuerzas? ¿Algo que desees borrar de tu vida como si tuvieras una varita mágica?

—Si lo que intentas es disuadirme, vas por mal camino. Ahora sí que tengo que saberlo —. Sonrió llena de curiosidad. Muy fuerte tenía que ser lo que había hecho para que un chico como John, osado y sin pelos en la lengua, se ruborizara igual que un chiquillo pillado con las manos en la masa.

Él le lanzó una mirada de rencor por arrinconarlo de esa manera y ella soltó una risita divertida.

—Venga, seguro que no es tan horrible. ¿Por qué te resulta difícil? — insistió con suavidad.

—Porque también tiene que ver con Julianne, y además de sentir vergüenza, se me oprime el corazón —se quejó apretando los dientes, y un tic contrajo su cara. Shirley dejó de sonreír y le observó con seria preocupación. No era su intención molestarle, ni mucho menos hurgar en la herida. Sabía lo mucho que le dolía ese tema.

Entonces John dejó de lado sus reservas y sus ojos brillaron con determinación.

—Está bien, te lo contaré. No quiero que haya secretos entre nosotros — aseguró, y Shirley vio en su mirada que decía la verdad.

—Gracias —dijo cogiendo su mano para insuflarle valor. Era evidente que le estaba costando dar el paso.

Él desenroscó los brazos de su cuerpo y apoyó la espalda en una esquina del sofá, mientras ponía en orden sus pensamientos.

—Cuando te conté el accidente de Julianne te dije que aquella noche, yo estaba ensayando para un concierto importante. Bien, pues como ya sabes, ese era el concierto donde iba a debutar como concertino conductor —musitó con la mirada perdida en el pasado—. Mi padre se encontraba exultante, teníamos toda la atención de la prensa y ya habíamos recibido la invitación oficial de los reyes de Holanda para que también tocara como concertino en la filarmónica de su país. Pero antes, todo dependía de cómo lo hiciera en esa gala...

—¿Y qué sucedió? —inquirió con un susurro repleto de inquietud. A medida que él se acercaba a la verdad, le iba invadiendo un hormigueo nervioso en el estómago.

—Lo que sucedió es que me sentía tan miserable por el accidente de Julianne y estaba tan harto de vivir reprimido, que exploté. Pero exploté en el peor momento de todos. De repente se me cruzaron los cables y salí corriendo del escenario en pleno concierto.

Shirley se llevó las manos a la boca.

—¡No! —exclamó con otro susurro ahogado y los ojos abiertos por la estupefacción— ¿En serio?

No sabía si considerarlo un valiente o un descerebrado. Lo que estaba claro es que los tenía bien puestos.

Él soltó una risita amarga.

—Oh, y tanto que en serio. El teatro se encontraba hasta los topes de gente, había críticos sentados en primera fila y la prensa no dejaba de observarme mientras tomaban nota de cada detalle. Incluso creo recordar que retrasmitían el festival del Violín Mágico para distintos países. Y yo pasé de todo y me largué de allí. Así que ya ves, ¡debuté a lo grande! —bromeó sin que la

sonrisa llegara a sus ojos.

Pero Shirley se había quedado inmóvil. ¿El violín Mágico? Dios mío, ¿ese no era uno de los conciertos que veía todos los años? Entonces su mente voló al pasado, a una fría noche de diciembre en la que ella se encontraba arrebujada en el sillón viendo la televisión. Y recordó a aquel chico escuálido que hacía sonar las cuerdas del violín con una rapidez asombrosa, hasta que de pronto dejó de tocar, se arrancó la pajarita de su traje y acabó abandonando el escenario en medio de un silencio abrumador.

En ese momento todo cobró sentido, como cuando das con la típica pieza del *puzzle* que llevas mucho tiempo buscando.

—Dios mío... eras tú —murmuró casi sin voz.

—¿Qué?

—¡Eras tú! —repitió cada vez más alterada— Tú eras el chico del violín que vi por la tele aquella noche. Por eso tu cara y tu forma de tocar me resultaban familiares —Nunca había podido quitarse la imagen de ese chico de la cabeza. Había visto tanta tristeza en sus ojos que le sobrecogió el alma. No entendía por qué, pero ya entonces se había sentido muy unida a él—. Cielo Santo, y pensar que todo este tiempo has estado justo aquí, a mi lado... —susurró con una risita de incredulidad, sin dejar de contemplarlo fascinada.

John la observó durante unos segundos, tratando de adivinar de qué iba aquello, y resopló maldiciendo por lo bajo cuando por fin lo comprendió.

—Genial, así que tú también presenciaste mi glorioso momento —masculló con ironía.

—No puedo creerme que esto esté pasado —contestó ella sonriente, mientras acariciaba su mejilla cubierta de barba—. ¿No te parece un milagro o algo así? ¿Y si aquella gitana tenía razón y somos *Anam Cara*? No te rías, hablo en serio —le regañó al ver que hacía un esfuerzo penoso por contener la sonrisa—. ¿Y si es verdad que somos almas gemelas y estamos destinados a encontrarnos una y otra vez? No me negarás que es una coincidencia alucinante.

John emitió una carcajada profunda y alegre. Shirley parecía una niña dando saltitos de emoción porque había visto al Hada de los Dientes.

—Shirley —dijo besándole la palma de la mano—. Yo no necesito que una gitana me diga que estamos hechos el uno para el otro. Lo supe desde el

primer momento en que te vi esa noche en el *pub*.

La sonrisa de Shirley se hizo más ancha y luminosa.

—Yo lo supe incluso antes. Lo supe desde que te vi en la televisión — contestó mirándole embelesada a los ojos. Aún recordaba como su corazón se había detenido al verle salir corriendo del escenario.

Se besaron antes de volver a acurrucarse abrazados en el sofá.

—¿Qué sucedió luego? —inquirió de nuevo al cabo de un rato.

—¿Te refieres a lo que sucedió tras el concierto? —preguntó él a su vez con expresión somnolienta. Se encontraba tan a gusto con la cabeza de ella recostada sobre su pecho, dándole calorcito a la vez que sus dedos le recorrían de arriba abajo la barriga, que estaba a punto de quedarse sopa.

—Sí, yo solo vi a un chico que salía despavorido del escenario y después me quedé perpleja delante del televisor, haciéndome un montón de preguntas. Supongo que como el resto de los espectadores que vieron el festival, pero ellos no tienen la suerte de tenerte aquí y yo sí. Un momento, pido otro inciso para asimilarlo. ¡Dios mío, estoy saliendo con un prófugo! Fin del inciso —. John soltó una carcajada—. Así que por favor, satisface la curiosidad de esta telespectadora que se quedó con ganas de saber el final del cuento —bromeó para darle algo de alegría a la conversación. Se le rompía el corazón al ver a John tan alicaído. Era un chico estupendo que no se merecía sufrir un solo segundo. Ya lo había pasado bastante mal.

—En realidad ya lo sabes, te lo dije cuando te conté lo de Julianne, pero te haré una recapitulación completa. Al salir del teatro discutí con mi padre y le grité que no quería volver a ser su títere nunca más, que a partir de ese momento viviría mi propia vida. Él me amenazó con quitarme todo y desheredarme, pero a mí me importó un bledo. Así que volví a casa para coger algunas cosas, solo lo básico, ya sabes, algo de ropa y por supuesto mi violín —.«Sí, por supuesto, el violín antes que cualquier cosa», repitió Shirley para sus adentros con divertida ironía—. Me despedí de mi madre y esa misma noche tomé un vuelo para New York. Fin del cuento —concluyó como si estuviera haciendo el resumen de un día cualquiera de su vida—. ¿He satisfecho su curiosidad, querida telespectadora cotilla?

—De momento sí —repuso ella sonriente.

—Genial, porque me muero de hambre —dijo, apartando a Shirley con

suavidad de su pecho para ponerse en pie —. ¿Quieres que te prepare algo?

—He cenado con Bruce, pero la verdad es que nunca diría que no a una de tus riquísimas lasañas —reconoció dando rienda suelta a su glotonería.

—¡Hecho! —aceptó John con un guiño de ojo.

—Vaya, son las tres de la mañana y tú estás dispuesto a cocinar para mí. ¿Algún día serás capaz de negarme algo? —preguntó, sonriendo encantada con la idea de tener un novio tan dispuesto a complacerla.

—Por supuesto, nunca veré *Pretty Woman* —respondió John, apuntándola con una cuchara de madera desde la puerta de la cocina. Shirley había insistido una infinidad de veces para tratar de convencerlo, pero tenía muy claro que eso era algo que jamás conseguiría. Ya bastante vergüenza había pasado correteando tras el vampiro, no pensaba darle a Bruce otra causa para que se metiera con él.

Ella soltó una carcajada.

—¡Pues que sepas que es muy bonita! —replicó risueña.

Luego apoyó la cabeza sobre su codo y se quedó observándole con una sonrisa maliciosa en los labios, mientras John se movía de un lado al otro del apartamento sin nada de ropa. Madre mía, tenía un culo maravilloso. De esos culos duros y musculosos que podían cascar frutos secos con solo apretar las nalgas.

John se encargó de preparar la lasaña y gratinarla en el horno. Shirley se conformó con el papel de ayudante de chef y le pasaba todos los utensilios según se los iba pidiendo. Le dio un poco de vergüenza, ya que ella solo sabía preparar café y freír salchichas. Era lo que había aprendido viviendo con Karen. El resto de su vida la había pasado entre algodones. Cada vez que abría la boca, ahí estaba su aya dispuesta a servirle.

Pero John no, John era totalmente independiente y se desenvolvía con soltura cortando vegetales, preparando salsa de tomate, montando con cuidado las capas de pasta sobre la bandeja, espolvoreándole el queso por encima.

Era un auténtico cocinillas.

Y su uniforme era lo mejor de todo; solo llevaba un delantal sin nada debajo. Cualquiera otro habría hecho un ridículo espantoso paseando por la casa con el culo al aire y los pechos de una sirena delante, pero a John le daba un toque simpático. Hasta erótico.

Ella no se veía con el valor de hacer lo mismo y prefirió vestirse antes de cenar.

—Dime, ¿quién te ha enseñado a desenvolverte tan bien? —preguntó, llevándose un trozo de lasaña a la boca. Se le pusieron los ojos en blanco. Jolines, encima el capullo cocinada de maravilla.

—Google y YouTube. De ahí saqué las recetas de cocina y los manuales.

—¿Los manuales?

—Sí, ya sabes. Manual de la colada, manual de planchar camisas, manual de abrillantar cristales. Hay incluso manuales de cómo regar las plantas. ¡Eh, no te rías! —se quejó divertido al ver que ella soltaba una carcajada—. No te imaginas la de veces que me salvaron el culo. He sobrevivido gracias a internet. ¿Te puedes creer que antes de independizarme no sabía siquiera hacer la cama? Y no lo digo por exagerar, hablo totalmente en serio —le aseguró, clavando el tenedor en su comida.

Shirley lo miró sin dejar de masticar con una sonrisa. ¿Qué si se lo podía creer? Como que a ella le había enseñado hacer la cama su amiga Karen. A lo mejor no era mala idea que echara un vistazo a uno de esos manuales.

—¿Quién te ayudó a instalarte cuando llegaste a New York? —preguntó tras darle un sorbo a su vaso de agua.

John se pasó la servilleta por los labios antes de contestar.

—Fueron mis tíos y Bruce. Mi padre les amenazó con destruirles si me ayudaban, pero aun así ellos me acogieron en su casa por un tiempo y me prestaron algo de pasta para tirar adelante. Como te dije, yo solo llevaba una maleta con ropa, mi pasaporte y mi violín.

—Bruce es un buen tío. No le regañes por contarme tu secreto. Él no quería, pero yo insistí —confesó, temerosa de llevarse otra bronca.

John terminó de trocear su porción de lasaña y le lanzó una mirada de fastidio.

—Bruce es un maldito bocazas y me da igual que tú le tiraras de la lengua, en cuanto le pille me va a oír —le aseguró—. Pero sí, es un buen tío. Un gilipollas fanfarrón, pero un buen tío —masculló un poco menos enfadado—. Para mí es el hermano que nunca tuve y le debo mucho. Él me consiguió el empleo de camarero en el McGee's y me ayudó con el papeleo de la beca para estudiar en la Juilliard School.

—¿Y tuviste que superar muchas pruebas? He oído que piden un nivel muy alto para entrar —comentó interesada.

—Es cierto, las audiciones son jodidamente duras. Hay músicos muy buenos que se quedan fuera —reconoció lamentándose por ello—. Pero en mi caso fue distinto —dejó caer con timidez. Era obvio que no le gustaba alardear del tema—. El director ya estaba al tanto de quien era yo, por lo que conocía muy bien mi trabajo y me admitieron como alumno honorífico de la escuela. Mi padre al enterarse volvió a montar en cólera, pensaba que ya sabía todo lo que necesitaba saber en cuanto técnica y que en la Juilliard solo perdería el tiempo. Y fue cuando dejó de hablarme para siempre. Ya te dije una vez que es de ideas bastante conservadoras —repuso llevándose otro trozo de lasaña a la boca.

—El mío es igual —dijo Shirley, entristecida de tener eso también en común—. Déjame adivinar, ¿a que te pasaste la infancia internado en colegios privados y al cuidado de niñeras?

John le dirigió una sonrisa apagada. Aun así fue suficiente para que a ella se le cortara la respiración por un momento.

—No, yo ni siquiera tuve la suerte de ir a un colegio como un niño normal. Mis padres contrataban a tutores para que me dieran clases en casa. Nunca me dejaban salir a ningún sitio sin la supervisión de un adulto. Me pasaba la vida metido en el conservatorio, en los aeropuertos o actuando en teatros.

—¿De verdad? ¿Jamás fuiste a un cumpleaños infantil, ni al cine, ni a tomar un helado al parque? —inquirió perpleja.

John se rio como si le hubiera contando un chiste malo.

—¿Tomar helado en un parque? Shirley, mi vida diaria consistía en estudiar partituras y tocar sin descanso. ¡Mis mejores amigos eran Mozart, Beethoven y Bach! Ya sé que suena patético pero así era —reconoció—. Yo no tenía amiguitos con los que pasar el rato, porque ni siquiera tenía ratos libres para entretenerme. A veces los ensayos se prolongaban más de ocho horas y yo me negaba a seguir porque me sentía agotado, pero mi padre enseguida se sacaba el cinto para quitarme las ganas de quejarme. «Disciplina y trabajo», era su lema —expresó sin poder ocultar su amargo resentimiento.

Shirley le observó con el corazón en un puño. Con ponerse un solo segundo en su lugar, la piel se le erizaba de espanto.

—¿Y tu madre no hacía nada para impedir semejante abuso? —le interrogó, entre horrorizada e molesta.

John soltó una risilla seca y desganada.

—Shirley, mi madre fue una bailarina profesional de ballet. Es la primera en pensar que, sin sacrificio y disciplina no es posible el éxito. Una vez me hice un esguince en el tobillo y aunque me moría del dolor, ella me obligó a salir al escenario. Me dio un calmante con un vaso de agua y me dijo «ahí tienes, el dolor no existe, solo está en tu cabeza. Y ahora sal ahí fuera y no nos decepciones».

Shirley se llevó las manos a la boca.

—Dios mío, no me lo puedo creer...

—Compréndela, ella no lo hacía con mala intención, era su forma de ver las cosas. Pero yo era un niño y me sentí solo muchas veces. Llegué incluso a creer que mis padres no me querían —confesó con cierto pudor. No le gustaba mostrarse vulnerable porque aquella frase, «el dolor no existe, solo está en tu cabeza», se había quedado grabada en su mente. Y estaba acostumbrado a ignorar el dolor y a guardarse para él la pena.

Se fijó en que Shirley le miraba con los ojos húmedos y enseguida se acercó a ella para consolarla. Se puso de cuclillas a su lado y le apretó la mano con suavidad.

—Eh, no te pongas triste —susurró, acariciando su aterciopelada mejilla—. Todo eso ya pasó, ¿vale? Ahora tengo la vida que quiero y soy feliz. Y además, estoy saliendo con la chica más hermosa y dulce del universo. ¿Qué más puedo pedir? —añadió risueño, sacándole otra sonrisa a Shirley.

—Es que me rompe el corazón que lo hayas pasado tan mal. Y yo que pensaba que había tenido una infancia triste y aburrida. La tuya sí que ha sido dura, John. ¡Ha sido horrible!

—Shhh —la calmó silenciándola con un dedo en sus labios—. Los dos lo hemos pasado mal, pero ahora vamos a ser felices porque viviremos sin ataduras y haciendo lo que nos gusta de verdad —le prometió con una mirada de infinita ternura.

Ella asintió, esbozando una pequeña sonrisa esperanzadora. Entonces John se puso en pie y la cogió en brazos.

—¡Eh!, ¿adónde me llevas?

—A la cama. Tanto drama me ha puesto cachondo —soltó, haciéndola reír a carcajadas. En realidad no le hacía falta gran cosa para encenderse con Shirley, pero como excusa funcionó.



24

La chica volvió a la residencia por la mañana con la sensación de hallarse en una nube. Apenas había pegado ojo en toda la noche, pero no estaba nada cansada. Es más, sabía que si se metía en la cama no sería capaz de dormir. El amor actuaba como un poderoso estimulante y recorría sus venas colmándola de fuerza. Era como si se hubiera tomado veinte bebidas energéticas de golpe y el corazón le hiciera *pum, pum, pum*, a toda pastilla. Pero al mismo tiempo la embargaba una paz que la incitaba a sonreír todo el rato de manera idiota.

Y luego estaban esas ganas inmensas de volver a verlo.

No hacía ni dos horas que se había separado de él y ya tenía mono de su cuerpo. Se preguntó si era la consecuencia de sentirse enamorada o solo ocurría con alguien como John. Cuando estaba saliendo con Eddy le apetecía quedar con él y verlo, pero no era ese anhelo ansioso que sentía ahora. Su relación siempre se había mantenido en una línea invariable y monótona.

Con John, en cambio, había descubierto que el auténtico amor no era como pensaba ni de lejos. No consistía en comulgar con todas las ideas de tu pareja, ni reservarte tu opinión por temor a decir algo inapropiado que pudiera hacerlo enfadar.

El amor significaba justo lo contrario.

Era un continuo diálogo y de búsqueda del entendimiento, la definición más amplia del término generosidad y lo antagónico al egoísmo. Era tropezar, caer

y levantarse con ayuda de su mano amiga. Era expresar tu opinión libremente, sin ningún tipo de miedo y aún a riesgo de que tu pareja se mostrara en contra, porque no siempre podíais coincidir y porque discutir era necesario para que tuviera lugar la reconciliación.

Era dulce, delicado, paciente, comprensivo. Pero también era puro fuego, confusión, rabia, fuerza. Era una perfecta desordenada armonía, y a la vez, eran muchas más cosas complejas de explicar. Mas lo que nunca, jamás, de ningún modo podía ser amor, sería una línea plana marcada por la desidia y el menosprecio.

Atravesó la entrada de la residencia canturreando alegremente e ignoró las sonrisitas burlonas que le dedicaba alguno de sus compañeros al pasar por su lado. Sabía que luego la pondrían verde, (conocía bien el funcionamiento de los corrillos en la universidad) y pese a ello le importó un comino. Otra lección que había aprendido gracias a John, era que daba lo mismo qué hicieras o cuánto te esforzaras por resultar agradable. La gente siempre tendría algo que decir. Así que ya puestos, ¿por qué no darles verdaderos motivos?

De repente tuvo un mal presentimiento y se detuvo frente a la puerta de su habitación. Tenía la sensación de que el ambiente se había vuelto más denso, más opresivo. Se quitó las tonterías de la cabeza y decidió entrar. ¿Qué podía ir mal? Ella y John por fin habían aclarado las cosas y ya no había misterios, ni muros entre ellos. La vida les sonreía. Y entonces lo hizo, accedió a su cuarto con actitud resuelta y fue como si se estrellara contra un muro de hormigón. Allí se encontraba su padre, (mirándola con cara de pocos amigos) con Eddy a su lado. ¡Eddy! ¿Qué diablos hacía él también en su habitación? Un escalofrío doloroso le recorrió la espina dorsal hasta la punta de los pies.

Karen se encontraba sentada sobre su cama, mirándola con una expresión de circunstancia, advirtiéndola del peligro. Dios... ahora sí que no tenía dudas. La situación era realmente grave.

—Shirley, por fin apareces —habló su padre con voz fría. Luego ladeó un poco la cabeza, dirigiéndose a Karen—. Por favor, ¿puedes dejarnos a solas con mi hija? —preguntó en un tono autoritario y un deje de desprecio en la voz. Él también la había considerado siempre una mala influencia para Shirley.

—Eso no me lo dirás dos veces —contestó su amiga antes de salir disparada del cuarto.

Shirley no pudo reprochárselo. Sabía lo mucho que imponía su padre.

—¿Dónde has estado toda la noche? Porque es evidente que aquí no, vine a buscarte y no te encontré —le reprochó él en un tono cortante.

—Seguro que viene de revolcarse con el tipo ese —saltó Eddy, mirándola con desdén.

Shirley le devolvió la mirada con la misma inquina.

Así que de eso se trataba, de venganza. Ya había dado por sentado que le iría con el cuento a su padre, pero no imaginaba que también quisiera estar presente durante el interrogatorio. Parecía un chacal relamiéndose antes de comer.

—¡Qué asco me das Eddy! —le espetó sin poder contenerse—. No sé cómo no pude ver antes la clase de persona que eres.

Él fingió sentirse herido por sus palabras.

—No sabes cuánto siento oír eso de tu boca, Shirley. Si fueras sensata sabrías que estoy aquí porque te quiero y me preocupo por ti. Pero está claro que ese tipejo te ha lavado el cerebro. A saber qué de cosas te habrá dicho para ponerte en contra de tu propia familia —dijo pegándose más a su padre, dando a entender que él era parte de *esa familia*.

Shirley sacudió la cabeza con incredulidad al ver lo hipócrita que podía llegar a ser.

—¿Qué me quieres? —repitió con sarcasmo— Tú solo te quieres a ti mismo y al dinero. Por eso estás aquí, porque eres un maldito codicioso y pretendes asegurarte un puesto en el despacho de mi padre haciéndole la pelota —le acusó sin amilanarse.

Eddy se volvió a hacer el ofendido y quiso protestar, pero el señor Brown cortó la discusión de forma tajante.

—¡Silencio! —bramó dirigiéndose más bien a su hija— Aquí los reproches los haré yo y hablarás solo cuanto te pregunte. Resulta que he tenido una larga charla con el decano y con tus profesores, y me han dicho que hace tiempo que no asistes a clases. ¡Que ni siquiera te presentas a los exámenes! —rugió furioso.

Shirley se asustó al ver su cara congestionada por la ira, pero logró mantener el tipo.

—Ya te dije en tu despacho que no quiero seguir estudiando derecho. Voy a hacer la prueba para entrar en la School of Music y seré violinista como mamá —le comunicó en una postura decidida y segura.

Increíble. A pesar de lo mucho que le intimidaba la mirada glacial de su padre, ahí estaba, revelándose contra su autoridad. Y por dentro se auto felicitó con una sonrisa llena de regocijo y de orgullo.

Su padre volvió a reaccionar de manera similar que en su despacho. Retrocedió con el rostro desencajado, (como si le hubiera mentado al mismo demonio) y enmudeció con los ojos dilatados por el miedo.

Eddy decidió aprovechar su oportunidad de desquitarse y enseguida retomó la palabra.

—Ya ve, señor Brown, Shirley está totalmente descontrolada. No solo ha dejado de lado sus estudios, ahora también se dedica a liarse con camareros de discoteca que buscan sacar tajada de ingenuas como su hija —expuso cargado de veneno y resentimiento.

Shirley se agarró a la solapa del abrigo de su padre, desesperada.

—No le hagas caso, papá. John es un chico bueno, trabajador, inteligente y me ama de verdad —aseguró con lágrimas en los ojos.

Pero su padre seguía mudo, sumido en su propio mundo de dolor.

—¿Ah sí? —se burló Eddy— ¿Y cuándo te dijo que te amaba? ¿Antes o después de que abrieras tu billetera? ¡Recapacita Shirley! Los chicos como él solo buscan aprovecharse de tu posición social. Ese tío es un...

No pudo terminar la frase. Shirley le soltó una bofetada tan fuerte que le canteó la cara hasta crujirle el cuello.

—¡Me has golpeado! —murmuró estupefacto Eddy, palpándose la mejilla enrojecida.

—Tienes suerte de que no te arranque los ojos —le amenazó Shirley con un destello afilado en la mirada. Ya sentía como la mano le cosquilleaba de nuevo por las ganas de volver a estampársela en la cara.

Una sombra de odio acerado cruzó el rostro de Eddy, y por un segundo vio al ser malvado que se escondía tras la imagen de chico bien avenido.

Aquello colmó la paciencia de su padre. No reconocía a su dulce y pacífica hija. Se comportaba igual que una chiflada sin valores ni fundamentos.

—¡Se acabó, ya he visto bastante! —sentenció— Ahora mismo regresarás conmigo a casa y mañana cogerás el primer vuelo que salga para Londres. Ya he estado consultado varios buenos internados y he conseguido que te admitan en uno de ellos. Espero que allí recobres la sensatez que has perdido.

—¡No, papá! Mañana tengo la audición. Necesito entrar en el conservatorio, ¡no puedes hacerme esto! ¡Por favor, papá! —suplicó desgañitándose hasta arderle la garganta.

Shirley pataleó y forcejeó mientras su padre la sacaba arrastras de la habitación. Eddy los fue siguiendo por el pasillo con una sonrisa maligna en los labios. Las cosas estaban saliendo mejor de lo que esperaba. Aún podía seguir aspirando a trabajar en el despacho del señor Brown sin sacrificar su libertad. Había ido corriendo a contarle el secretito en cuanto se había enterado y sabía que él premiaría su lealtad sin la necesidad de tener que casarse con la santurrón de su hija. Pero lo mejor de todo, lo que hacía que incluso se le empinara de alegría era que, Shirley había aprendido una importante lección.

Quien osaba a desafiarle lo pagaba caro.

El señor Brown metió a su hija en el coche de un empujón y le pidió a su chófer que arrancara de inmediato. Le avergonzaba el tumulto que se había formado alrededor de ellos mientras se llevaba a Shirley por la fuerza. Algunos estudiantes habían llegado a salir de sus cuartos para presenciar el espectáculo. Maldita niña, si no la hubiera consentido, si no hubiera sido tan permisivo con ella, ahora no estaría ocurriendo nada de eso. Se acomodó en el asiento del copiloto, sacó un cigarro de su pitillera de plata y se lo llevó con manos temblorosas a los labios. No, la vida ya le había arrebatado a una esposa, no podía quitarle también lo único que le quedaba de valor en este mundo. Su hija.

Shirley se pasó la noche llorando entre las cuatro paredes de su antigua habitación. Se encontraba totalmente incomunicada. Su padre le había arrebatado el móvil antes de cerrar con llave la puerta. Solo Dorothy, la aya que la había criado desde niña, tenía permiso para entrar a llevarle la cena. Se dejó caer de espaldas en la cama y se quedó mirando absorta al techo mientras las lágrimas resbalaban despacio por sus mejillas. No se podía creer la canallada que le estaba haciendo su padre.

Había imaginado que se pondría hecho una furia, incluso que la amenazaría,

pero jamás se imaginó que llegaría tan lejos como para hacerle aquello. Por Dios bendito, ¡la había secuestrado! ¿O cómo si no, podía llamarse a que te llevaran arrastras y te encerraran contra tu voluntad? Sí, su padre se había convertido en su carcelero. O quizá siempre lo había sido, pero era ahora cuando lo veía de una forma más clara.

Intentó conciliar el sueño enterrando la cabeza bajo la pila de cojines y peluches que había sobre la colcha. Pero no podía dejar de pensar en que al día siguiente tendría la prueba, la prueba para la que se había estado preparando durante meses, en la que tantas ilusiones y esperanzas tenía puestas, y ella no podría presentarse porque a esa misma hora estaría volando hacia Londres.

Se hizo un ovillo entre las sábanas y mordió con rabia la cabeza de un peluche mientras las lágrimas se agolpaban tras sus párpados. Iba volver a decepcionarlo, cuando John no lo viera allí, iba a sentir una decepción muy grande, pero ella no podría explicarle lo que había pasado porque ya no se encontraría siquiera en la ciudad, y la odiaría por darle plantón.

El corazón se le prensó dentro del pecho al comprender que no tendría ni la oportunidad de despedirse de él.

De un manotazo tiró todos los peluches al suelo, sacó los pies de la cama y empezó a forcejear con el tirador de la puerta, intentando inútilmente abrirla. Pero siguió aporreando y gritando fuera de sí, hasta que no le quedó fuerza ni voz y se durmió con la cara pegada a los pies de la puerta.



25

Dorothy entró por la mañana a dejarle el desayuno y a ayudarla a cambiarse de ropa. El chófer ya aguardaba en la entrada principal para llevarla al aeropuerto. Shirley no quiso probar el café, tenía el estómago totalmente en un puño. La asistenta la desvistió como si fuera un ser inanimado y le puso el primer vestido que encontró encima de la cómoda. La mayoría de la ropa y de las cosas de la señorita seguían en la residencia, pero el señor Brown ya había dado la orden de recogerlas para enviarlas a la nueva escuela de Londres.

La puerta de la habitación se abrió después de tantas horas y Shirley salió custodiada por Dorothy, y Nick, el jardinero. Su padre no había querido quedarse a despedirla y había partido al alba, dejándole una nota en la que le aseguraba que iría a visitarla al internado en cuanto pudiera y que esperaba que todo volviera pronto a la normalidad. Shirley arrugó su carta hasta convertirla en una bola, la tiró al suelo y la pisoteó con rabia. No sabía qué era más grande, si la decepción o el enfado. Estaba segura de que incluso le odiaba.

Cuando llegó al jardín de la entrada principal, el chófer se bajó del coche y le abrió la puerta con un gesto cortés. Shirley no pudo verle la cara, la tenía casi cubierta por la gorra del uniforme y el cuello alto de la chaqueta, pero habría jurado extrañada que había crecido dos palmos con respecto al día anterior.

Mientras el coche salía de los jardines principales y ponía rumbo hacia su

nuevo cautiverio, Shirley se sumergió en su profunda tristeza. Intentó controlar la emoción parpadeando con la respiración contenida, pero una lágrima rodó silenciosa y luego le siguieron muchas más. Se enjugó los ojos a la vez que veía pasar las torres de los edificios, los semáforos y los otros coches, a toda velocidad. Se acabó. Hasta ahí llegaba su sueño. Ya no podría estudiar en el conservatorio, ni sería violinista y tampoco lograría tocar en un teatro lleno de gente. Qué irónica era a veces la vida, después de lo mucho que le había costado tomar una decisión, ahora el destino le daba la espalda. Su padre había vencido. El cerdo de Eddy había vencido.

«¡Y un cuerno!», gritó para sus adentros. Puede que fuera la propia rabia que sentía o de imaginarse la sonrisita triunfal de Eddy, pero no pensaba rendirse tan fácilmente. Lucharía por sus sueños hasta morir, si era necesario.

—¡Pare el coche! —le ordenó al conductor con voz firme. Él hizo caso omiso y Shirley insistió enfadada— ¡He dicho que pare el maldito coche o vomitaré aquí mismo! Estoy mareada —mintió ocultando la cara entre los codos.

Finalmente el vehículo se detuvo en un arcén de gravilla y se abrió la puerta de atrás. Shirley vio los negros zapatos resplandecientes del conductor, y el corazón se le desbocó dentro del pecho. Tenía que ser rápida o no tendría otra oportunidad.

—¿Se encuentra bien? —preguntó una voz de acento extraño.

Ella le miró de reojo.

—No, la verdad es que no. ¿Le importa si nos detenemos un rato para que pueda estirar las piernas? Necesito respirar aire puro —dijo abanicándose con la mano.

—Bueno, pero solo cinco minutos o llegaremos tarde, señorita —accedió el conductor mientras miraba apurado su reloj de pulsera.

Ella asintió y se levantó despacio, como si realmente se encontrara indispuesta y le costara andar. Y cuando llegó a su lado, le asestó una patada con todas sus fuerzas en la entrepierna y salió corriendo.

—¡Mierda! —gruñó el chófer, doblado en dos por el dolor. Aquella arpía le había dado un buen golpe en sus partes bajas. Por suerte se recuperó enseguida y echó a correr tras ella.

Shirley al ver que la perseguía, apuró el ritmo y se puso a gritar.

—¡Socorro, intentan secuestrarme! ¡Socorro!

Bordeó el arcén a pasos acelerados mientras levantaba el pulgar para que algún coche parara. Jamás en su vida había hecho autostop, conocía sus riesgos y le daba miedo. Pero prefería morir en las manos de un despiadado asesino, a verse condenada a obedecer a su padre por el resto de sus días.

El hombre le dio alcance y tiró de ella. Shirley cayó de bruces contra la grava y notó que se rascaba las rodillas y la palma de las manos. Ni siquiera entonces se detuvo, empezó a forcejear y a patalear bajo aquel tipo enorme, que era mucho más fuerte y enseguida consiguió inmovilizar sus brazos.

—¡Para, Shirley, para! ¡Joder, mírame, soy yo! —exclamó una voz familiar.

De pronto Shirley se quedó inmóvil con los ojos totalmente abiertos.

—¿John? —susurró estupefacta al reconocerlo bajo aquel uniforme verde militar. La gorra la había dejado atrás en la carrera.

—Sí, el mismo. ¿Qué pretendías hacer corriendo así? Podía haberte atropellado un coche —masculló irritado. Aún le escocía la entepierna por la patada, y lo peor es que sabía que se le iban a poner las pelotas como un globo. Además aún tenía el susto metido en el cuerpo de verla correr despavorida hacia la carretera.

—¿Cómo has logrado...?

—¿Hacerme pasar por el chófer de tu padre? —dedujo él, recuperando ese sonrisilla traviesa con la que se le achinaban los ojos— Sé cómo funciona el servicio, y Bruce le distrajo mientras yo le robaba el uniforme y el coche —alegó como si hubiera hecho lo más divertido del mundo, en lugar de cometer un delito.

—¿Y cómo supiste dónde estaba? —inquirió Shirley de nuevo sin salir de su asombro.

—Karen vio como tu padre te sacaba arrastras de la residencia y nos lo contó todo. Luego pensamos en un plan y lo pusimos en marcha. Era algo arriesgado, pero por suerte ha salido bien —celebró risueño.

Ella se le quedó mirando sin decir nada. Se sentía tan feliz de volver a verlo que no se lo creía. Notó que se aflojaba el nudo angustioso que atenazaba su garganta y se lanzó a sus brazos llorando. John enseguida la estrechó contra su pecho y le acarició el pelo para calmarla.

—Pensé que no te volvería a ver —sollozó cerca de su oreja.

—Ya pasó todo, muñequita —susurró sin dejar de acunarla—. Estoy muy orgulloso de ti, has luchado como una tigresa. Aunque la patada era innecesaria —bromeó con intención de quitarle un poco de tensión al momento, mientras seguía acariciándole la cabeza. Cuando el llanto de Shirley se redujo a un débil hipido, la separó de su regazo y le secó las lágrimas—. ¿Ya estás mejor? —preguntó con dulzura.

Ella asintió con los ojos vidriosos.

—Perfecto, pues será mejor que nos demos prisa si queremos llegar a tiempo para la audición. No vamos a consentir que tanto esfuerzo acabe por la borda, y mucho menos que tu padre se salga con la suya —juró con sus ojos brillando con firmeza.

Shirley le devolvió la mirada con la misma determinación y volvieron al coche.

Karen, Bruce y los demás chicos, ya se encontraban esperándoles en las escaleras de la entrada del conservatorio. En cuanto les vieron aparecer por allí sus rostros se aflojaron por el alivio y se acercaron corriendo a ellos. «¡Tres estudiantes, solo faltan tres estudiantes por examinarse y luego va Shirley!», anunció Karen nerviosa, lo que también terminó de poner histérica a Shirley, que empezó a temblar como un flan. John tiró de su mano y la arrastró al interior de la escuela, con los chicos siguiéndoles a toda prisa por los pasillos. Antes de llegar al salón de actos donde se hacían las pruebas, vieron en la entrada a un enorme grupo de personas charlando unos con otros. La mayoría eran aspirantes que ya se habían examinado y estaban comentando con sus familiares o amigos cómo les había ido la prueba. Shirley se volvió a encoger de aprensión cuando escuchó a un chico con una viola, hablando con otro de sus compañeros. «¿Os habéis fijado quién estaba en el comité de los profesores? ¡Herman, era Coen Herman!»

No sabía quién era ese tal Herman, pero no era precisamente admiración lo que había captado en su tono de voz, sino más bien miedo. De ese miedo que siente un alumno cuando sabe que tendrá que vérselas con un capullo como profesor y que las probabilidades de aprobar con él son las mismas que las de encontrar un billete de cien dólares en una calle transitada por carteristas.

Lo peor es que Bruce y John también escucharon el comentario y pusieron mala cara.

—Vale, ¿quién es Coen Herman y por qué inspira tanto respeto? —quiso saber, al fijarse en como se intercambiaban miraditas de preocupación.

—Coen Herman es un concertista de piano holandés. Es conocido por poseer una de las mejores técnicas de nuestros tiempos —contestó John, arrugando la frente. Otra señal inequívoca de que el asunto era serio.

—Y también es conocido por ser un petulante de mierda y un hijo de puta como profesor. ¡No pasa ni una! —añadió Bruce.

John le fulminó con la mirada.

—¿En serio crees que eso sirve de ayuda para que Shirley se calme? —le recriminó enfadado. Después se dirigió a ella con una enorme sonrisa. Aunque Shirley supo que era una sonrisa de pega, concebida solo para que se tranquilizara— Escucha, es cierto que Herman es un hueso duro de roer. Pero los profesores exigentes son los mejores. Te hacen ser perseverante con tu trabajo y te permiten llegar más lejos. Tú simplemente hazlo lo mejor que puedas y él verá el increíble potencial que tienes —dijo cogiendo sus manos para aplacar sus temblores.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque ante todo es un buen profesor y los profesores buenos son duros, pero también saben reconocer el talento a la primera de cambio. Y tú tienes muchísimas aptitudes, solo te falta creer más en ti misma —alegó con sus ojos fijos en ella.

Su chica le sostuvo la mirada, intentando creerle. Pero cuando volvió a echar un vistazo a su alrededor, ya no lo tuvo tan claro. Allí habría al menos unos... ¿cuántos?, ¿cien o doscientos músicos? Seguro que la mayoría de ellos llevaban años estudiando o venían de otros conservatorios y estaban mil veces más preparados que ella.

Intentó ignorar ese sentimiento de inferioridad, porque lo que sí tenía claro es que no pensaba retroceder. Por muchos Coen Herman que se interpusieran en su camino. Más le imponía su padre y le había plantado cara.

El bedel salió a la puerta, repasó la lista de candidatos que tenía en la mano y leyó su nombre en voz alta, mientras la buscaba con la mirada por el recibidor atestado de músicos nerviosos. Shirley sintió otra punzada de ansiedad, se mordió el labio inferior y apretó con más fuerza las tiras del estuche del violín que llevaba colgado a la espalda. Desde que John la había

reprendido duramente por dejarlo abandonado en la acera, no se separaba de su instrumento ni para ir al baño. «Un buen músico jamás descuida su instrumento. Es nuestro mejor amigo, y a los amigos no se les maltrata ni se les deja tirados de cualquier manera. Así que espero que no vuelvas a hacerlo, o nunca podrás ser digna de tocar tu violín», le había dicho muy serio. No sabía cómo de duro era el tal Coen Herman, pero John Clayton también podía ser un profesor temible.

El bedel volvió a repetir su nombre y Shirley sintió otra sacudida en el estómago. Era muy difícil mantener los nervios a raya, cuando una vocecilla que provenía de la parte más emocional de tu cerebro, aquella donde también residían tus mayores inseguridades y temores, te susurraba que huyeras. Y eso era exactamente lo que ansiaba hacer, salir corriendo, meterse en el primer baño que encontrara y echarse a llorar como una cría de seis años.

John sostuvo su cara entre sus manos y la contempló con una dulce sonrisa.

—Venga, ahora concéntrate todo lo que puedas y no te vengas abajo. Ponte derecha, recuerda que la postura corporal es muy importante. Puede incluso afectar a la sonoridad del violín. Y controla los tempos, siempre te pones nerviosa y acabas precipitándote —la sermoneó, dándole las últimas directrices en un tono experto. Luego dejó a un lado su papel de profesor y le habló como novio, con el corazón en la mano—. Vas a conseguirlo Shirley, porque has nacido para esto. Y yo estaré ahí fuera, viendo como te metes a todos esos estirados en el bolsillo —bromeó haciéndola reír.

Apretó su mano y la acercó a su boca, rozándole los nudillos con sus labios suaves. Shirley se estremeció de placer y por un segundo se olvidó de todo, incluso de su ataque de nervios y de lo que había ido a hacer allí. Solo era capaz de mirarle con la boca entreabierta. Se había vuelto a quedar prendada de esos preciosos ojos color caramelo que le penetraban hasta el alma. Se preguntó cómo era posible enamorarse una y otra vez de la misma persona con un gesto tan simple como mirarla fijamente. Pero así era. Cada vez que John posaba sus ojos en los suyos, el mundo se tambaleaba bajo sus pies y su respiración se volvía errática.

Karen, Bruce y los otros chicos los rodearon.

—¡A por ellos, Shirley! Lo harás genial —aseguró su amiga antes de darle un abrazo.

—Sí, que se enteren esos tíos de qué pasta estás hecha —apostilló Jimmy.

—Ánimo, pequeño saltamontes. No temas, los vas a dejar alucinados — dijo Bruce, con un guiño simpático de ojos—. Y si te equivocas, sigue mi consejo, ¿vale? Humedece tus labios con la lengua y desabróchate tres botones de la camisa. Ya verás que hasta el carcamal de Herman caerá rendido a tus pies. La mayoría de los estudiantes que hay por aquí son tíos. Seguro que a los profes no les importará que les alegres la vista. ¡Ay! —se quejó cuando John le arreó un puñetazo en el hombro.

—El siguiente te lo estampo en la cara —le advirtió, lanzándole una mirada asesina.

Bruce le enseñó el dedo corazón y se frotó la zona magullada. Cabrón. Le iba a salir un buen cardenal por su culpa.

Shirley se echó a reír y se les quedó mirando, intentando contener la emoción. «Yo no tengo muchos amigos, pero los pocos que tengo son de verdad», le había dicho John una vez. Ella siempre había estado rodeada de gente que consideraba amigos. Amigos que se habían esfumado en cuanto Eddy le dio la espalda en la universidad. Ahora solo tenía seis, pero esos seis amigos estaban allí porque la querían de verdad y creían en ella. A veces menos, era mil veces más.

Les agradó el apoyo con una sonrisa sincera y entró detrás del bedel conteniendo el aire. El salón de actos resultó ser un pequeño auditorio oscuro, en cuya esquina del escenario se encontraban las mesas de los profesores y había también un enorme piano negro de cola, situado en el otro extremo. Shirley se fijó en el comité de admisión. Eran cinco miembros: tres hombres y dos mujeres. A algunos de ellos los reconocía de haberles visto tocando en grandes conciertos retransmitidos por la televisión, y eso hizo que se pusiera todavía más tensa. Tenía la sensación de que en cualquier momento le iba a dar un ataque de nervios. Podía notar cómo el corazón le palpitaba a mil por hora y la sangre se agolpaba en sus oídos, sofocándola un poco. Dirigió su vista hacia la zona de butacas y encontró a John, sentado en primera fila con los demás chicos. Él le sonrió guiñándole un ojo con intención de tranquilizarla, pero Shirley se dio cuenta de que también estaba nervioso por el centelleo inquieto que asomaba en su mirada.

—Señorita Brown... —.Shirley dio un respingo al escuchar la voz de uno de los profesores y volvió a girar la cabeza hacia ellos, observándoles como una asustadiza ardilla a punto de ser atropellada—. Tengo entendido que es usted estudiante de primer grado de violín.

—Así es —musitó ella, después de tragar saliva para poder hablar.

—Y que tiene diecinueve años —continuó el mismo profesor en un tono acusatorio.

—Sí.

—Vaya, diecinueve años y apenas empezando su andadura musical. Un poco tarde, ¿no le parece? —le recriminó con expresión hosca— ¿Y por qué piensa que es usted merecedora de estudiar en nuestro prestigioso centro?

Vale, ese tenía que ser el famoso Herman. Lo supuso por su tono borde y sus rasgos severos. Parecía un depredador con esa mirada fría que lucía tras sus gafas de metal. Por suerte, Shirley tenía experiencia en tratar con hombres de talante autoritario, y optó por dirigirse a él como lo habría hecho con su padre: con mucho respeto y escogiendo bien cada palabra antes de abrir la boca.

—No sé si soy merecedora, señor. Pero creo que este es mi lugar y estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario con tal de ganarme el derecho de estar aquí —expuso humildemente.

—Todo eso es muy bonito, señorita Brown. ¿Pero puede hacerse una ligera idea de la cantidad de aspirantes que se han presentado hoy? ¿Aspirantes mucho más preparados que usted? —recalcó.

—Sí, me lo imagino —contestó cabizbaja, a la vez que sentía como ese sentimiento de inferioridad se volvía a apoderar de ella y la desanimaba un poco.

—¿Y si se lo imagina qué hace aquí? Es una falta de respeto que con su escaso nivel pretenda ocupar la misma plaza, de la que otros candidatos más cualificados que usted podrían sacar un mayor partido —le espetó con dureza.

—Yo no pretendo usurpar ningún sitio. Ni siquiera es mi intención competir contra nadie. Si acaso contra mí misma, señor, para poder superarme y mejorar. Yo solo deseo tener la misma oportunidad que el resto de mis compañeros —replicó con la barbilla erguida y los hombros hacia atrás.

No era su intención mostrarse insolente con el comité que iba a evaluarla, pero aquel hombre la había hecho daño con su ponzoñosa crítica.

Coen Herman también adoptó una postura desafiante y la miró de arriba abajo, analizándola con cierto desdén. Era evidente que la consideraba una intrusa, una entrometida que había osado meter las narices en su preciado

mundo elitista. Pero no era la primera vez que se enfrentaba a ese tipo de rechazo. Recordó el momento en que le había pedido a John que le diera clases de violín y él también había reaccionado de manera antipática, tachándola de niñita de papá que solo buscaba matar el rato. Lo de niñita de papá aún seguía llamándose a veces, sobre todo cuando se cabreaba. Lo importante es que ya le había quedado claro que para ella la música no era un simple juego.

—Está bien, señorita Brown, saque su violín y deléitenos con su gracia musical —le ordenó con una mueca burlona—. Cuanto antes empiece, antes terminará y yo podré ir a disfrutar de mi almuerzo —añadió irritado.

Shirley se mordió la lengua intentando encajar su falta de consideración. Bruce tenía razón. Ese tal Herman era un petulante de mierda. Por lo menos el enfado había conseguido aplacar sus nervios.

Sacó el violín de su estuche, lo colocó sobre su hombro, asegurándose de adoptar la posición correcta (tal como le había indicado John), pero cuando alzó el arco para comenzar a tocar, Herman la interrumpió de nuevo.

—Aguarde un segundo, ya que parece usted tan dispuesta a deslumbrarnos con su talento, me gustaría que interpretara algo especial —dijo rascándose la perilla canosa con expresión pensativa—. Umm, ya sé. ¿Qué tal un trozo del concierto de Vivaldi en Sol Mayor Op. N° 3?

Shirley notó que la sangre le bajaba de golpe a los pies y el profesor esbozó una sonrisa pérfida.

Se fijó en que John también parecía indignado con lo que estaba ocurriendo. Los ojos le relampagueaban y no dejaba de mover la cabeza con incredulidad, como diciendo, «no puede ser».

—A qué viene esa cara, señorita Brown. ¿Por casualidad no sabe usted quién es Antonio Vivaldi? —se volvió a mofar.

—Por supuesto que sí, pero...

—¿Pero qué? —interrumpió Herman, alzando una de sus espesas cejas con expresión inquisitiva— ¿No se ve capaz de tocarlo? ¿Demasiado para usted, quizá?

Una de las maestras del comité salió en defensa de Shirley. Saltaba a la vista que la pobre joven, estaba a punto de derrumbarse por como le temblaban las comisuras de los labios.

—Herman, el alumno tiene derecho a presentar un tema de libre elección, siempre y cuando respete los requisitos del programa —le recordó con la boca pequeña, temerosa de contradecir al gran Coen Herman en público.

Él le lanzó una mirada de fastidio. No le gustaba que le llevaran la contraria y mucho menos alguien de su mismo equipo.

—Y yo como presidente de esta comisión, también tengo derecho a exigir cierto nivel —la contradijo, reprendiéndola con aspereza. Luego volvió a clavar sus ojos fríos en Shirley—. Señorita Brown, ¿puede o no, hacer lo que le he pedido?

Ella se limitó a mirarle apabullada, sin saber qué contestar. No había nada que deseara más que poder responder que sí y darle en las narices a ese maldito viejo estirado. Pero lo cierto es que no conocía siquiera el concierto al que se refería Herman. Aún no tenía el conocimiento ni la práctica suficiente para interpretar sinfonías, lo máximo que podía aspirar a tocar era un vals sencillito o canciones de su nivel. Y Herman lo sabía, sabía muy bien que le estaba pidiendo mucho más de lo que debía a una estudiante de primer grado, pero su intención era humillarla para ponerla en su lugar y demostrarle que no estaba hecha para ese mundo, que le venía demasiado grande.

—Señorita, sigo esperando a que me conteste —insistió con impaciencia.

—Señor, puedo cumplir con las exigencias del programa. Puedo interpretar la escala de 2 octavas en Sol Mayor y he preparado un tema versionado.

—No es eso lo que le estoy pidiendo —masculló tirante.

—Pero lo que me está pidiendo se escapa de mi conocimiento y lo sabe —se quejó apretando los puños con impotencia.

Y el corazón le dio un vuelco cuando volvió a echar otro vistazo hacia las gradas y vio a John revolviéndose furioso en su asiento, mientras todos los chicos trataban de retenerlo para que no saltara al escenario. Bruce se dio cuenta de que Shirley los estaba observando preocupada y le hizo un gesto con la cara como diciendo, «¡tranquila!, aunque no lo parezca, tenemos a la bestia bajo control».

Herman ignoró el alboroto que venía del público (John había conseguido gritar, «¡maldito capullo purista!», antes de que Max le amordazara con la mano), echó hacia atrás los hombros y esbozó una sonrisa triunfal.

—Señorita, lo que le estoy pidiendo no es nada del otro mundo. Cualquier

otro estudiante de los que se han presentado hoy aquí, sabría hacerlo sin problemas. Pero claro, son estudiantes más cualificados —objetó en un tono malicioso—. Si no se ve capaz de cumplir con lo requerido, le sugiero que se marche y no siga haciéndonos perder el tiempo. Existen un sinnúmero de academias musicales en las que puede apuntarse, de esas que se han puesto tan de moda ahora y te enseñan incluso a tocar el ukelele. Pero por favor, deje el conservatorio para los que realmente pueden aportar algo a la música de cámara.

Shirley se quedó mirándolo con la cara desencajada por la desolación. ¿Cómo era posible que le cerraran las puertas sin haberle dado siquiera la oportunidad de intentarlo? Empezó a recoger deprisa sus cosas para salir de allí cuanto antes. Se sentía tan humillada y estúpida. Aunque no tenía muy claro lo que pesaba más; si la rabia por aquel trato discriminatorio, la decepción de ver cómo funcionaban realmente las cosas (no primaba el talento, sino los convencionalismos de siempre y el escepticismo), o la profunda tristeza que la devastaba por haber fracasado antes incluso de empezar. Y de pronto todo ese montón de energía nerviosa saltó por los aires, y justo antes de salir, Shirley volvió a dirigirse hacia Herman a grandes zancadas. Sabía que luego, en cuanto saliera por la puerta del auditorio, su ira caería sobre ella como una tapia de ladrillos pesados y derramaría amargas lágrimas, pero no quería marcharse de allí sin decirle primero a ese cretino lo que pensaba de él.

—¡Es el violín! —gritó enfurecida. Herman levantó la mirada del informe donde ya había apuntado «no apta» y frunció el ceño desconcertado—. Es el violín lo que deseo aprender a tocar, no el ukelele. Y usted no es nadie para decidir si tengo derecho a hacerlo —. Se detuvo ante él y le observó desafiante—. Sé que piensa que soy una joven estúpida que se toma la música como un simple pasatiempo, que no soy digna de formar parte de esta prestigiosa escuela, pero usted no tiene ni la más remota idea de los esfuerzos que he tenido que hacer para llegar hasta aquí —dijo con la voz quebrada por la emoción. ¡Oh, no!, se había propuesto no llorar antes de llegar a su cuarto, pero ya le empezaban a escocer los ojos—. Verá, señor Herman, yo soy hija de una gran violinista que me inculcó su amor por la música clásica. Sin embargo, por desgracia mi madre murió cuando yo era muy pequeña y no tuve un padre que me apoyara en mi deseo de seguir sus pasos. Entonces conocí a otro gran violinista que me abrió los ojos y me hizo ver que yo nací para la

música. Un violinista que al igual que usted, en un principio me juzgó a la ligera. Pero que hoy está aquí apoyándome porque cree en mí y porque le he demostrado que yo también amo la música tanto como él —expuso observando fijamente a su chico, que a su vez le contemplaba lleno de orgullo y veneración. Ahora que había visto que Shirley sabía defenderse muy bien ella sola, se había calmado. Incluso parecía estar disfrutando de su discurso—. Pero es cierto —añadió entristecida mirando de nuevo a Herman—, he empezado tarde con mis estudios y hoy usted me castiga de forma injusta por ello. Dígame, ¿qué culpa tengo yo de no haber contado antes con la posibilidad de prepararme? ¿Creé que no habría deseado estudiar en un conservatorio de haber tenido la opción? Pues entérese bien, por mucha experiencia que tenga y por muy famoso concertista de piano que sea, usted no es nadie para juzgarme. Puede que tenga autoridad en esta escuela, pero no sobre mí. Y yo sé que tengo talento para tocar el violín y pienso seguir luchando hasta que alguien me dé la oportunidad de demostrar lo que valgo. Así que métase su petulancia y su montón de prejuicios por donde le quepan, señor Herman. Nadie me desalentará a intentarlo, ¡ni siquiera usted! —juró con una mirada combativa y llena de fuerza.

Por unos segundos se hizo un silencio sepulcral en medio del salón de actos y después se empezaron a escuchar aplausos de fondo. Shirley giró la cabeza hacia la zona de butacas y encontró a sus amigos (entre ellos a John) tronchándose de risa. Vaya, eso sí que era una sorpresa. Había esperado verles decepcionados, tristes, o incluso enfadados, cualquier cosa menos riéndose a carcajadas. «¡Así se habla Shirley, con dos cojones!», le gritó divertido Bruce, sin dejar de aplaudirla como el resto del grupo. No eran los únicos. Algunos estudiantes que habían preferido quedarse en el auditorio con intención de valorar a la competencia, se habían levantado de sus asientos para dedicarle también una ovación. Era evidente que Coen Herman despertaba bastantes simpatías...

Shirley volvió a girar sobre sus talones dispuesta a marcharse, pero una voz firme tronó a sus espaldas.

—Deténgase ahora mismo, señorita Brown —le ordenó Herman. Shirley se volteó despacio y lo miró confusa—. Saque su violín y acompañeme al piano.

Ella se mantuvo inmóvil, con los ojos muy abiertos sin saber qué hacer. El profesor se levantó de la silla, apoyando sus huesudos nudillos sobre la mesa, y con pasos renqueantes por su avanzada edad, se dirigió al piano de cola. La

miró por el rabillo del ojo cuando pasó por su lado esperando que le siguiera, pero Shirley continuaba sin moverse.

—¿Qué demonios hace ahí parada como una estatua? ¿No quería una oportunidad? ¡Pues venga! —gruñó Herman, sentado ya frente al piano.

Shirley salió por fin de su trance, se enjugó las lágrimas rápidamente y se acercó corriendo a su lado. Sacó otra vez el estuche de su violín y lo colocó sobre su clavícula, poniendo el mismo cuidado que al principio en mantener una correcta postura corporal. Pero cuando ya sostenía el arco dispuesta a empezar la pieza, Herman volvió a interrumpirla.

—Un momento, ¿dijo usted que había venido con su profesor?

—Sí, está allí mismo —dijo señalando hacia las gradas.

—¿Y quién es? —preguntó el viejo pianista, encogiendo los ojos mientras escudriñaba al público.

—El chico de pelo largo y rubio que está sentado en primera fila —le indicó Shirley, apuntando a John con el arco del violín.

Herman se pegó las gafas a la nariz sin dejar de buscarlo con la mirada y John decidió levantarse para que lo viera mejor. Entonces los ojillos miopes del viejo pianista se abrieron de lleno por la sorpresa.

—¡Johann Schweitzer! —exclamó al reconocerlo.

John le saludó alzando brevemente la cabeza y se volvió a sentar. No le hizo gracia que pregonara su apellido a los cuatro vientos. Le gustaba disfrutar de su anonimato en New York y no quería que eso cambiara. Y tampoco quería que, de alguna manera, pudiera afectar en la valoración de Shirley.

—Señorita Brown, me dijo usted que nunca había estudiado en un conservatorio, pero no que tenía a un virtuoso del violín como mentor —le reprochó a modo de cumplido—. Si un Schweitzer la ha acogido como discípula, es que sin duda debe de tener algo especial— reconoció, recorriéndola de arriba abajo como si quisiera descubrir «ese algo» con un simple vistazo. Luego recobró su expresión severa—. Bien, aun así le garantizo que por muy buen padrino que se haya buscado, si sus habilidades no me convencen, no será admitida —le dejó claro.

Shirley se mostró de acuerdo asintiendo con la cabeza. Le gustó que el viejo Herman no tuviera en cuenta el linaje de su chico. Si algo deseaba, era entrar en la escuela por méritos propios.

—Si le parece bien, tocaré las notas bajas con el piano para marcarle el ritmo —le ofreció.

—Eso sería de gran ayuda, señor —admitió Shirley con una tímida sonrisa.

No daba crédito con el giro que habían dado los acontecimientos. El señor Herman ya no solo era menos odioso con ella, sino que encima estaba dispuesto a echarle un cable. Nota mental: quizá tenía que sacar su mala leche más a menudo.

—Y dígame, ¿qué tema va a tocar para poder acompañarla?

—Las Ruedas del Camión hacen run, run, run —anunció algo cortada.

Se escuchó un murmullo generalizado en la mesa del comité y entre las gradas del auditorio. Una de las profesoras llegó a inclinarse sobre sus codos y frunció el ceño, como para asegurarse de haber escuchado bien. Shirley comprobó que hasta sus amigos se habían quedado alucinados con la elección del tema. Menos John, que había sido el artífice del plan, y se estaba partiendo de la risa por la reacción de todos. ¿Por qué negarlo? Le encantaba descolocar a la gente y también jugar con el factor sorpresa. Era preferible sorprender que aburrir. En realidad era preferible cualquier emoción antes que la indiferencia.

—¿Cómo dice usted? —preguntó Herman, que seguía boquiabierto.

Shirley tragó saliva con las mejillas encendidas.

—Señor, he dicho que voy a tocar Las Ruedas del Camión. Pero con un ligero cambio...



26

Media hora después salieron del edificio como locos de contentos. John había analizado las caras del jurado y estaba casi convencido: Shirley lo había bordado. Al principio se creó un poco de tensión. Nadie esperaba que un alumno se presentara ante el comité de un prestigioso conservatorio, tocando una canción infantil. Lo que no imaginaban era que en realidad se trataba de un crossover con tintes metaleros, y más de un miembro del profesorado se quedó de piedra al reconocer los acordes de *Orión* del grupo *Metallica*. Lo había conseguido, había hecho de Shirley una pequeña rockera.

Dios, cada vez que pensaba en cómo le había plantado cara al capullo de Herman, el pecho se le hinchaba de orgullo. El pecho y otra parte de su cuerpo que tenía más abajo. Tenía que admitir que ver a Shirley sacando las uñas le ponía a mil. Parecía una gatita pequeña e indefensa, y de repente... ¡zas!, la gatita se convertía en una feroz tigresa de garras afiladas. Sí, esa doble personalidad de su chica le encantaba, pero también le daba a entender en la mujer fuerte que se iba a convertir, cuando los años pulieran su carácter y su niña interior terminara por desvanecerse.

Decidieron montar una pequeña fiesta en el apartamento de John para celebrarlo y fueron al supermercado a por unas cervezas y algo de papeo. Jimmy se trajo su colección de discos dance y se puso a hacer de Dj con el equipo de John, (algo que a este no le hizo ninguna gracia, pero que terminó accediendo al verse coaccionado por la presión del grupo). Bruce aprovechó

la ocasión para revolotear alrededor de Karen, y ella, como siempre, se hizo la escurridiza y no le dejó pasar del simple coqueteo. A Shirley no le entusiasmó la idea de celebrar una victoria anticipada. Le daba mal rollo, como si estuviera provocando a la mala suerte. Y aunque John no dejara de repetirle que lo había hecho muy bien, no las tenía todas consigo. Sabía que durante la canción había desafinado unas cuantas veces y que no tenía el nivel mínimo que se exigía para entrar en la School of Music. Por Dios bendito, ¡algunos estudiantes se habían presentado interpretando a Mozart! ¿Cómo la iban a coger a ella? Pero se dejó llevar por el optimismo del grupo y aceptó hacer la fiesta. Al fin y al cabo sí que tenía algo por lo que celebrar. Seguía en New York junto a su novio.

—¡Atención, chicos! —les llamó él, golpeando el canto de su botellín con un tenedor. Jimmy bajó el sonido de la música y se quitó los auriculares para poder escucharle—, ya que estamos todos reunidos, y algunos zampándose mi comida —dejó caer mirando de reojo a Max, que se había metido un cuenco entero de patatas fritas en la boca—, ¿qué tal si hacemos un brindis en honor a mi chica?

Shirley le devolvió la sonrisa y se sonrojó con timidez; lo que hizo que John tuviera que contar hasta veinte y recordarse a sí mismo que no estaban solos en el apartamento.

Todos formaron un círculo y levantaron sus botellines de cerveza.

—¡Por Shirley y las Ruedas del Camión! —exclamó Bruce, mientras que con una mano rodeaba de manera disimulada la cintura de Karen. Obviamente ella se dio cuenta, pero se hizo la tonta.

—¡Por Shirley y las Ruedas del Camión! —repitieron los demás al unísono, antes de chocar sus botellas de cerveza y darle un trago largo.

De repente llamaron al timbre y John fue a abrir pensando que sería algún vecino molesto por el sonido de la música. Pero se quedó paralizado al ver al señor Brown al otro lado de la puerta.

—¿Tú eres el que sale con mi hija? ¿El músico callejero? —masculló él, igual de asombrado.

—¡El mismo! —confirmó John, levantando su botellín con una enorme sonrisa. Era su manera de hacerle ver que le importaba un carajo quién fuera él, no le daba el más mínimo miedo— ¿Quién le ha dado mi dirección?

—Tu antiguo jefe del McGee's se la dio a Eddy —contestó el señor Brown con desprecio, como si ser camarero fuera la peor profesión del mundo.

Shirley se acercó a la puerta al ver que John tardaba en aparecer y se quedó helada al encontrarse con su padre. Pero aún le dolió más ver la mirada de asco que él le dirigió.

—Así que en esto te has convertido —sentenció, juzgándola duramente—. Has dejado a un chico estupendo y responsable para revolcarte con... ¿un tipejo cualquiera? —terminó de decir, dirigiendo su repulsión hacia John.

Este no se tomó la molestia de contestar, solo se limitó a observarle en una postura hierática. A simple vista parecía tranquilo, pero Shirley notó que se había puesto en guardia. Tenía el cuerpo totalmente rígido y duro. Incluso cuando le pasó una mano por el brazo, su bíceps se tensó en señal de alerta. Era triste darse cuenta que la estaba protegiendo de su propio padre.

—Shirley, despídete de tu *amiguito* y vámonos ahora mismo a casa. Tenemos mucho de lo que hablar —le ordenó su padre, asesinando con la mirada a John.

Shirley tembló de forma incontrolada. Sabía que ese «tenemos mucho de lo que hablar», era en realidad una amenaza encubierta. Y tenía razón, en cuanto tuviera la oportunidad, el señor Brown iba a desatar sobre su hija una tormenta de relámpagos y truenos. Y luego la mandaría sin contemplaciones al internado de Londres, a donde ya tendría que haber llegado. Aunque esta vez se encargaría él mismo de custodiarla hasta el aeropuerto. Estaba claro que no podía confiar en nadie más para hacerlo, pensó rabioso al recordar al inútil de su chófer maniatado en el cobertizo.

Entonces Shirley, en lugar de obedecer, dio un paso al frente y se le encaró.

—Lo siento papá, pero no pienso moverme de aquí —replicó—. Toda mi vida te he obedecido porque quería que me aceptaras y deseaba que te sintieras orgulloso de mí. Pensaba que si te complacía en todo lo que me pedías, tú estarías por fin satisfecho conmigo y dejarías de tratarme como si fuera lo último en tu vida —confesó con lágrimas en los ojos. Su padre se mantuvo impasible, aunque por dentro sus palabras se habían clavado como un dardo y sangraba. Shirley se secó las lágrimas con el dorso de la mano y prosiguió—. Lamento mucho no ser la hija que querías, pero me he dado cuenta de que tengo derecho a no conformarme con una vida impuesta por ti. Así que se acabó, no volveré a ser esa chica sumisa y obediente nunca más.

Voy a dejar la carrera de leyes y haré todo lo posible por convertirme en una gran violinista como mamá. Hoy mismo he hecho las pruebas de ingreso para la School of Music —le comunicó con una mirada fuerte y decidida.

John contempló a su chica con una admiración que era evidente en el brillo de sus ojos. Ahí estaba de nuevo esa feroz tigresa, gruñendo por defender lo suyo.

Sin embargo, su padre, malinterpretó el tono decidido de su hija por una postura pendenciera y volvió a cabrearse. No le gustaba que le echaran un pulso y menos una mocosa de diecinueve años.

—Hasta ahora he consentido tus tonterías porque pensaba que sería una racha pasajera, pero no me desafíes, Shirley —le advirtió, apuntándola con un dedo en alto—. Puedo retirarte la manutención y todos los privilegios de los que gozas ahora. ¿Y qué harás, dime? ¿Qué harás cuando ni siquiera tengas un mendrugo de pan para llevarte a la boca? ¿Crees que no soy capaz de hacerlo? —Se inclinó sobre ella con aire amenazador— ¿Crees que este mequetrefe seguirá contigo cuando vea que te dejo sin un centavo? —añadió mirando de soslayo a John.

—¡Eh!, por ahí sí que no paso —saltó él, ofendido—. No pienso consentir que insinué que estoy con su hija por dinero. No lo necesito, ¿entiende? Hace mucho tiempo que sé valérmelas yo solito. Y su hija tampoco lo necesita, me tiene a mí y a sus amigos para ayudarla —afirmó muy serio, rodeando los hombros de Shirley en un gesto protector.

Karen, Bruce y los otros chicos, fingían seguir con la fiesta como si nada, pero era evidente que tenían la oreja puesta porque habían bajado el sonido de la música y cada cierto tiempo asomaban la cabeza por el recibidor.

—Muchacho, no sabes con quién te estás metiendo. ¡Puedo aplastarte como a una hormiga! —masculló el señor Brown, hinchando el pecho con altivez.

John soltó a Shirley y dio un paso hacia su padre, dispuesto a aceptar el duelo.

—No, es usted él que no me conoce a mí, ni de lo que soy capaz de hacer cuando me cabrean y me amenazan en mi propia casa —le avisó, mirándole por debajo de su barbilla. El señor Brown era más corpulento que él, ya que estaba algo fondón, pero John le sacaba más de una cabeza, era mucho más fuerte, y sobre todo, más joven—. Escuche, a mi modo de ver la cosa está muy clara. Si quiere de verdad a su hija hará un esfuerzo por ponerse en su piel y la

apoyará como se merece que lo haga. No es tan difícil, se lo aseguro. De lo contrario acabará perdiéndola y lamentará haber sido un estúpido arrogante. No es una advertencia, solo un simple consejo —le aseguró—. ¡Ah!, y se me olvidaba —añadió metiendo la mano en el bolsillo de sus *jeans*—. Aquí tiene el dólar que me tiró en la calle, para que vea que voy en serio con eso de no necesitar su dinero —espetó con cierta socarronería, mientras cogía la mano del señor Brown y le ponía el billete dentro del puño.

El señor Brown se quedó durante varios segundos mirando el dólar sobre la palma de su mano y lanzó a John una mirada asesina.

—Esto no quedará así, ¿me oyes? —gruñó lleno de rabia— Vas a arrepentirte de arruinar el futuro de mi hija. ¡Te aplastaré como a un maldito gusano! Y tú, Shirley, ya puedes olvidarte de estudiar en esa escuela de música. ¡Moveré cielo y tierra para impedirlo! —juró con la cara congestionada de ira.

Shirley se quedó allí de pie, temblando a la vez que veía como su padre se alejaba a grandes zancadas por las escaleras del edificio. Jamás lo había visto tan furioso; claro que en la vida habían desafiado su autoridad, y mucho menos, se habían atrevido a humillarlo; que era justo lo que había hecho John al devolverle el dólar con el mismo desprecio que lo había recibido.

Y lo peor es que sabía que no hablaba por hablar, su padre no era de los que se dejaban llevar por el calentón del momento y luego reflexionaba y pedía disculpas. Su padre se lanzaba al campo de batalla al grito de guerra y no paraba hasta que conseguía ver a su enemigo suplicando de rodillas frente a él. Pero nunca mostraba piedad. Era lo que le había convertido en un reputado jurista. Tenía una larga lista de clientes porque sabían precisamente que era despiadado y siempre ganaba. Y también tenía otra larga lista de gente que le odiaba por ese mismo motivo.

Shirley tuvo miedo de lo que su padre fuera capaz de hacerle a ella y a John. Su chico no se merecía un rival tan implacable. Él no había hecho nada malo, salvo ayudarla y hacerla feliz.

La fiesta se acabó poco después de que el señor Brown les interrumpiera y chafara sus ánimos. Cuando los chicos se fueron, Shirley ayudó a John a recoger la vajilla sucia y a ordenar el apartamento. Después se dejaron caer rendidos en el sofá y se acurrucaron bajo una manta de franela. Ella tenía su cabeza recostada sobre el hombro de John, mientras seguía pensando en la

discusión que habían tenido con su padre.

—¿Aún sigues dándole vueltas al tema? —preguntó él, al imaginar el motivo de su silencio.

Shirley acarició la piel dura de su abdomen con la mirada ausente.

—Lo conozco, John. Y sé que hablaba en serio —repuso en un tono apagado.

—No te preocupes, Shirley. Te prometo que no dejaré que te impida estudiar en la escuela.

Ella levantó la cabeza y le miró a los ojos.

—No es de mí de quien estoy preocupada —expresó con sinceridad.

John frunció el ceño y una sonrisa tierna asomó en su cara.

—Oh, Shirley —gimió divertido antes de darle un beso en la frente—. Agradezco que quieras protegerme, pero no sucederá nada malo.

—Yo no estaría tan segura —contradijo con un gesto de preocupación.

—Shirley, tu padre es como el mío. Se creen tan intocables que piensan que tienen el derecho de controlarlo todo, incluso la vida de sus hijos. Por eso no soportan escuchar la palabra *no* y cuando te revelas, reaccionan a la defensiva. Dale tiempo, supongo que para él tampoco es fácil aceptar, que de pronto tiene una hija respondona y engreída —bromeó para picarla y hacerla sonreír, pero Shirley se mantuvo igual de seria.

—¿Y si no se le pasa el enfado, John? ¿Y si carga contra ti?

Él se encogió de hombros.

—Que haga lo que quiera, no me da ningún miedo. Lo que tengo claro es que no permití que mi padre me avasallara y tampoco se lo permitiré al tuyo. Si quiere guerra, la tendrá —contestó con actitud tajante, lo que hizo que a Shirley se le volviera acelerar el corazón.

—John, precisamente lo que no quiero es que haya guerras ni enfrentamientos —le suplicó angustiada.

—Y yo tampoco, Shirley. Pero no me quedaré de brazos cruzados solo porque sea tu padre. Si me toca las narices, me encontrará. Y cuando digo mis narices, también me refiero a las tuyas. ¿Por cierto, este sujetador es nuevo? —preguntó, jugueteando con el tirante de encaje negro que asomaba por el

escote de su camiseta.

Shirley se dio cuenta de que había cambiado de tema a propósito, sin embargo cuando hizo el amago de protestar, John empezó a mordisquearle el lóbulo de la oreja y ya no pudo seguir enfurruñada. Se levantó del sofá de un salto, lanzó a John una sonrisa pícaro y salió corriendo hacia la habitación. Él la siguió con una mirada hambrienta y profunda. Le daba igual tener la entrepierna dolorida, le daba igual su padre y le daba igual que el mundo se fuera hacer puñetas. En ese momento solo podía pensar en una cosa, y era en meterse dentro de Shirley.



27

Los días transcurrieron lentos, pero dulces y felices. Shirley había dejado la residencia para mudarse con John, de manera que pasaban casi todo el tiempo practicando el Kamasutra por cada rincón del apartamento. Los chicos se burlaban de ellos y solían llamarles por teléfono antes de pasar por allí, para saber si ya se habían despegado o tenían que esperar un poco más. Karen le decía a Shirley que la notaba más delgada y resplandeciente. No era para menos, aparte del sexo, solo se alimentaban de sándwiches y palitos de mozzarella. Era más rápido y fácil de cocinar.

Shirley descubrió que John era un maniático del orden y le gustaba que todo se mantuviera tal como lo había dejado, sobre todo su material de trabajo. Y cuando no estaban haciéndolo o comiendo palitos rebozados, o cuando él no se tenía que ir a trabajar, se pasaba el día tocando y componiendo. No había un día en que no practicara con el violín. Era un signo de la antigua vida disciplinaria y estructurada que había llevado en Aquisgrán. A pesar de ello no se produjeron muchos roces en la convivencia, hasta que Shirley se empeñó en llenar la cama con sus peluches y cojines rosas. Ahí John se mostró rotundo. «No, de ninguna manera. Acepto tus figurillas Funko porque a mí también me molan y tengo mi propia colección. Acepto incluso tus libros de Crepúsculo y de Cincuenta Sombras de Grey, pero no permitiré que conviertas nuestra cama en una juguetería. No pienso follar delante de Hello Kitty y del Pato Donald. Me corta el rollo y va contra de mis principios rockeros». Y Bruce y los chicos le apoyaron sin dudar. Así que Shirley se vengó tocando el

violín peor que nunca, y cuando les empezaron a sangrar los oídos, comprendieron que la chica iba en serio con eso de revelarse y hacerse respetar.

Como cada mañana, Shirley bajó al buzón para comprobar si le había llegado la carta del conservatorio. No hacía más que pensar en ello y en que pronto tendría que buscarse un trabajo para sobrevivir y ayudar a John con los gastos. Su padre ya había cancelado todas sus tarjetas y apenas le quedaba algo de dinero ahorrado. John trataba de calmarla diciéndole que la aceptarían en la escuela, que él la ayudaría a conseguir algún curro y que todo saldría bien. Y por un instante Shirley conseguía olvidar sus preocupaciones y respiraba aliviada en el cobijo de sus brazos. Saber que lo tenía a él, le daba fuerzas para enfrentarse al mundo.

El corazón le trepó a la garganta cuando vio el sello oficial del conservatorio estampado en el sobre, pegó un gritito de emoción y subió de dos en dos los escalones hasta llegar a su piso.

—¡John, mira, la carta! —gritó con el sobre en la mano.

Él se encontraba sentado frente a su escritorio, haciendo anotaciones en sus partituras y componiendo como siempre. Se quitó los auriculares y enseguida se acercó a ella. Shirley soltó la carta sobre la mesa como si de repente quemara y se quedó mirándola sin dejar de sonreír, muerta de los nervios.

—Vamos, Shirley. ¿A qué estás esperando? Rompe el maldito sobre de una vez —exigió John, apretando su mano para darle ánimos.

Aunque también sonreía, Shirley notó que estaba tan inquieto como ella por como apretaba los dientes y alzaba las cejas.

—¿Y si resulta que no...?

—Te aceptarán —le aseguró John, por milésima vez, al adivinar lo que iba a decir.

—¿Pero y si no es así? —insistió ella, angustiada.

—Pues habrá que volver a intentarlo el próximo año y seguir practicando hasta conseguirlo. Pero no te preocupes, te aceptarán —repitió sin perder la firmeza. Estaba seguro de que no se equivocaba, se lo decía el instinto.

Shirley respiró hondo, rompió el sobre y desdobló la hoja de papel. A medida que iba leyendo su boca se entreabrió, hasta que finalmente dejó caer la hoja entre sus dedos y apoyó la espalda en la pared para no caerse. John,

desconcertado, rescató la carta del suelo y la leyó él mismo.

Estimada señorita Brown:

Lamentamos comunicarle que el jurado ha votado en contra de su admisión, por lo que no podrá formar parte de nuestro alumnado. No obstante, le deseamos mucha suerte en su futuro profesional.

Atentamente, la junta de evaluación

Manhattan School of Music.

—Tiene que ser un error —murmuró John sin poder creérselo.

Shirley salió del trance y lo miró enfadada.

—Pues ya ves que no, John. Así que asúmelo de una vez, ¡no me han aceptado! —masculló echando chispas por los ojos.

Sabía que él no tenía la culpa, pero le odiaba un poquito por haberle dado falsas esperanzas y por haberle hecho creer que tenía posibilidades. ¿Pero en qué estaba pensando? ¿Cómo iban a cogerla a ella habiendo miles de estudiantes con más nivel y mucho mejor preparados? Había fracasado. Otra vez.

La imagen de su padre volvió a planear sobre su cabeza como una sombra siniestra y amenazante. ¿Y si nunca lograba ser violinista y tenía que volver junto a él con el rabo entre las piernas? El estómago se le hizo una pelota solo de considerar la posibilidad.

—Cálmate, Shirley. Esto no significa nada —dijo arrugando la carta antes de encestarla en la papelería del salón—. Simplemente es una pequeña piedra en el zapato. ¿Y qué? ¿Ya por eso vas a rendirte? Aún te queda mucho camino por andar y mañana mismo reanudaremos los ensayos —resolvió, dejando bien claro que no aceptaría un no por su parte.

Cogió a Shirley y la apretó bruscamente contra su pecho, y vio como su cuerpo se sacudía por los sollozos. Él la abrazó más fuerte y tragó saliva para digerir la impotencia que le daba verla en aquel lamentable estado. Se encontraba totalmente desanimada y hundida.

John seguía convencido de que tenía que tratarse de un error. Conocía el funcionamiento de los conservatorios como la palma de su mano. Llevaba desde los cuatro años metido en ese duro mundo, preparando audiciones, desfilando por distintas escuelas y tocando en multitud de prestigiosas

filarmónicas. Y sabía leer muy bien la cara de los profesores. Sabía cuándo un alumno gustaba, no terminaba de convencer o directamente no tenía ninguna posibilidad.

Era cierto que Shirley no había empezado la prueba con buen pie, pero al final acabó metiéndose al profesorado en el bolsillo. Hasta el estirado de Coen Herman la había felicitado al terminar la canción. «Es la primera vez que un alumno me desafía y logra sorprenderme como usted lo ha hecho», le dijo con una mueca parecida a una sonrisa. Por lo que no tenía ninguna duda. Había ocurrido algo y tenía que averiguar el qué.

Al cabo de unos días regresó al conservatorio donde Shirley había hecho la prueba, se coló por uno de los pasillos que daba acceso a la sala de profesores y esperó sentado durante horas hasta que vio a su contacto salir con un montón de carpetas bajo el brazo. Habían coincidido el primer año en la Juilliard School y se habían hecho buenos colegas. Luego Hank había dejado la escuela para aceptar un puesto como ayudante de dirección de orquesta en aquel mismo conservatorio.

—¡Eh, Hank! —le saludó saliéndole al paso.

—¡John! —contestó igual de alegre, chocándole el puño— Cuánto tiempo sin verte, colega. ¿Pero sabes que aquí no puedes estar, verdad? —repuso mirando inquieto a ambos lados del pasillo.

—Tranquilo, no te quitaré mucho tiempo —le aseguró. Y fue directo al grano—. ¿Qué ha pasado con la prueba de acceso de Shirley Brown?

—¿Shirley Brown? —repitió haciendo memoria.

—Sí, una chica de pelo corto, color castaño y con un violín. Se presentó hace unas semanas a vuestra convocatoria de ingreso.

Hank abrió los ojos al recordarla.

—¿La chica que mezcló Las Ruedas del Camión con un tema de Metallica?

—La misma. Yo se lo sugerí, ¿sabes? —repuso divertido.

—¡Tenías que ser tú! —exclamó Hank, también risueño— A los profesores les provocó una buena impresión.

—¿Entonces por qué no la han admitido?

A Hank se le esfumó la sonrisa de golpe y se tornó más serio.

—John, no puedo hablarte de eso. Es información confidencial y lo sabes

—se disculpó rehuendo incómodo su mirada.

Pero John se había propuesto que saldría de allí con la verdad y no pararía hasta conseguirlo.

—Eh, Hank, no me vengas con esas. Somos colegas, ¿recuerdas? —dijo dándole una pequeña palmada amistosa en el hombro.

—John, por favor... No me pongas en ese compromiso —se quejó lastimero.

—Oye Hank, te aseguro que si el favor fuera para mí no te lo pediría, pero se trata de mi novia —le explicó en voz baja para que nadie más pudiera escucharle. Era consciente de que era un tema delicado que había que tratar con la máxima discreción posible—. Sospecho que algo turbio ha influido en la votación del profesorado, y si es así tengo que saberlo, ¿entiendes? No es justo que una persona con tanto talento se quede fuera, solo porque hay alguien que no juega limpio. Sabes que sería una putada enorme —recalcó con intención de que se pusiera en su lugar, pero Hank se quedó callado negándose a soltar prenda, y John, desesperado, le cogió por las solapas de la chaqueta y le zarandeó—. ¿Es que te has olvidado la de veces que te eché un cable? Si no fuera por mí no estarías aquí. Yo rechacé el puesto de ayudante de dirección de orquesta porque sabía que tú lo querías e intercedí incluso a tu favor para que te concedieran la oportunidad —le reprochó enfadado.

Hank lo apartó de un empujón y volvió a rehuir su mirada con la cabeza gacha.

—Ya lo sé, tío, pero lo que me estás pidiendo...

—Lo que te pido es que me digas la verdad, solo eso —insistió con tozudez—. Hay una chica destrozada porque creé que no es lo bastante buena para entrar aquí, y yo sé que no es cierto, que hay alguien metido detrás de todo este asunto. Así que por favor, dime qué ocurre. Ella también tiene el mismo derecho que tú a luchar por sus sueños, ¿no te parece? —le pidió tratando de no perder la poca paciencia que le quedaba.

Hank lo miró una vez más y finalmente resopló resignado.

—Está bien, ¿pero si te lo digo quedaremos en paz?

—Trato hecho —aceptó John, ofreciéndole la mano para cerrar el acuerdo.

Hank se la estrechó y lo empujó a un lugar más apartado del pasillo.

—Escucha —susurró inclinando su cabeza junto a John—. Los profesores tuvieron en cuenta la originalidad de la chica y consideraron que, pese a sus carencias técnicas, tiene un gran potencial.

—Entonces sí pasó la audición, ¿me equivoco? —inquirió John, también en voz baja.

—No tuvieron duda alguna en admitirla. Pero el padre de la chica es un tipo influyente... —le dejó caer.

John cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir, negando furioso con la cabeza.

—Lo sabía, sabía que esta mala jugada era cosa suya —gruñó apretando los dientes con expresión amarga.

—Y lo peor no es eso. Lo peor es que aunque la chica se presente el próximo año o cualquier otro, el comité jamás la admitirá. Su padre nos amenazó con echarnos encima a su jauría de abogados y freírnos a demandas. No solo a nosotros, a casi todos los conservatorios de New York, por lo que mucho me temo que tu novia va a tener que irse del estado si quiere tener alguna oportunidad. Ese hombre está loco, John. ¡Nunca vi a un padre ensañarse así con su hija! —repuso asombrado.

—Yo sí —contestó John con frialdad, pensando en su propio padre.

Volvió a casa con lo que se había propuesto conseguir: la verdad, pero más desanimado de lo que había salido. Y también indignado y furioso. Cuando ese hombre se había presentado en su apartamento lanzando su amenaza, ya imaginó que no se quedaría de brazos cruzados. Había supuesto que trataría de castigar a su hija privándola de todas sus comodidades, porque era lo mismo que había hecho su padre con él. Y de hecho lo cumplió, dejó a Shirley sin sus tarjetas de crédito y sin su asignación quincenal. También había intentado que lo despidieran a él de su nuevo trabajo interrogando a su antiguo jefe del McGee's, pero este no tenía los datos de su representante y no había podido salirse con la suya. Por suerte tampoco estaba al tanto de su pasado ni de sus logros profesionales. Para el señor Brown, solo era un buscavidas greñudo que se había arrimado a su hija con intención de sacar provecho. Seguro que también estaba convencido de que dejaría a Shirley en cuanto viera que iba en serio en no darle más dinero, y que Shirley volvería a su lado con la cabeza gacha y pidiéndole perdón. Era lo mismo con lo que llevaba soñando su padre desde hacía años. Pero el señor Brown ya podía sentarse a esperar a que ese

milagro ocurriera, porque había cometido el grave error de subestimarle. Solo debía cerciorarse de una última cosa y lo haría.

Se lanzaría de cabeza al infierno por Shirley.

Al entrar en casa la vio subida a una silla, mientras limpiaba el polvo de los estantes del armario del salón. Parecía más animada y sonreía de vez en cuando, pero la carta había supuesto un mazazo para su escasa autoestima de por sí, y por las noches la escuchaba llorar a escondidas contra la almohada.

Le rodeó la cintura, la levantó de la silla y atravesó el salón con ella en volandas. Shirley se reía con su cuerpo doblado en dos sobre su hombro y forcejeaba con el plumero aún en la mano. Cuando llegaron a la habitación, John la dejó encima del borde de la cama y se acuclilló a sus pies.

—Escucha una cosa, princesa —dijo asiéndole las manos con cariño—. Tengo que hablar contigo de un tema importante.

Shirley frunció el ceño y soltó por fin el plumero.

—¿Hablar? Yo pensé que me habías traído aquí para... ya sabes —objetó con un gesto pícaro.

John se dio cuenta de que aunque parecía alegre, su mirada se veía apagada y los hoyuelos ya no se le marcaban en las mejillas al sonreír. Apretó el puño sin que ella lo viera. Ese maldito cabrón iba a pagar por el daño que le había hecho a su hija.

—Eso luego —contestó sonriente—. Antes quiero preguntarte algo, y quiero que seas muy sincera, ¿vale?

—Vale —repitió ella muy bajito, mirándole expectante y preocupada. ¿A qué venía tanto misterio?

John aguardó un instante y finalmente lanzó su pregunta.

—¿De verdad quieres ser violinista? ¿Es lo que deseas realmente? —quiso saber, intentando leer también en sus ojos la respuesta.

Shirley pestañeó sorprendida y retiró sus manos de las suyas.

—¿Qué clase de pregunta es esa, John? Por supuesto que quiero ser violinista. No hay nada que más desee en el mundo —le aseguró, un poco ofendida por el hecho de que tuviera que preguntárselo para cerciorarse. ¿Es qué no estaba ya bastante claro?

—Entonces prométeme que pase lo que pase lucharás por tu sueño y que

jamás te rendirás, por mucho que a veces te entren ganas de tirar la toalla. ¡Prométemelo! —le exigió, cogiendo de nuevo sus manos para apretarlas con cierta ansiedad.

—Te lo prometo —murmuró cohibida Shirley, sosteniéndole la mirada.

Su sangre se calentó cuando él depositó un beso tierno en la palma de su mano.

—Perfecto, es lo que quería escuchar —repuso John, con una sonrisa triste—. Pues sí eso es lo que quieres, si es lo que de verdad deseas, yo te prometo a ti que no dejaré que nadie te lo impida —juró mirándola fijamente a los ojos.

—John, me estás asustando. ¿Ocurre algo que deba saber?

—No, tranquila, no ocurre nada —se apresuró a negar con intención de que su mentira sonara convincente. De pronto tiró de ella y la atrajo hacia su cuerpo con brusquedad—. Abrázame, Shirley. Abrázame muy fuerte —le suplicó intentando controlar la emoción que atenazaba su garganta.

Shirley no lo dudó un segundo, le rodeó con sus brazos y lo estrechó con toda la fuerza que fue capaz.

—John, mi amor. ¿De verdad que no ocurre nada? —insistió preocupada, con su barbilla apoyada sobre su hombro.

Él la apartó un poco para mirarla e hizo el esfuerzo de dedicarle una sonrisa.

—Lo que ocurre es que te quiero tanto que necesito sentirte lo más cerca posible —declaró en un tono algo más alto que un susurro, pero con un sentimiento tan puro, que Shirley contuvo la respiración y por un instante se perdió en las sombras que oscurecían sus preciosos ojos color miel.

—Yo también te quiero a ti. Te quiero muchísimo —contestó ella, acariciándole con los dedos su rasposa mejilla.

John deslizó una mano por su despejada nuca y la atrajo con firmeza hacia su boca. Fue un beso hambriento y lleno de pasión. Aplastó su pequeña lengua con la suya y la saboreó con avidez. Shirley gimió al sentir que se quedaba sin aire, pero en lugar de apartarlo, enredó sus dedos en su melena rubia y movió los labios siguiendo el compás de su propia lengua enredada a la de John.

Notó que sus dedos empezaban a desabrocharle los botones de su

chaquetita de punto, con intención de llegar ansioso a su escote. Ella hizo lo mismo con su camiseta y rompió el beso por un momento para deslizársela por los brazos hacia arriba. John terminó de sacársela de un tirón y se quedó mirándola durante un segundo totalmente embelesado. La amaba tanto que habría dado lo que fuera por fundirse en ella para no tener que desaparecer de su vida. El único consuelo que le quedaba, era saber que su sacrificio valdría la pena. Porque no tenía ninguna duda de que Shirley sería una violinista asombrosa que coparía el interés mediático y triunfaría con su talento, pero por Dios que iba a ser muy duro dejarla. Veía el aciago final precipitándose hacia él y ya podía sentir como el vacío devoraba sus entrañas y como las paredes de su cuerpo comprimían su corazón.

Shirley se sobresaltó al ver que de repente él, cerraba los ojos con una expresión de sufrimiento que le heló el alma. Hizo el amago de preguntarle, pero John volvió a abrir los ojos y se apresuró a impedirselo colocando un dedo sobre sus labios entreabiertos. No quería enfrentarse a cuestiones que no estaba preparado para responder, se encontraba demasiado agotado emocionalmente para mentirle. En lugar de ello, prefirió hacer algo que siempre lo consolaba: escuchar música. Se puso en pie, cogió su móvil y abrió la aplicación donde guardaba sus canciones favoritas.

—¿Quieres que baile contigo? —preguntó divertida Shirley, al ver su mano tendida frente a ella. Él le devolvió una sonrisa tristona y tiró de su brazo para levantarla de la cama —Vaya, no sabía que fueras de esos chicos a los que les gusta bailar en plan agarrado antes de hacerlo —volvió a bromear.

—Hoy sí —repuso, deslizando una mano bajo su espalda para atraerla más hacia su cuerpo.

El corazón de Shirley dio un respingo ansioso al sentir el pecho de John, fuerte y desnudo pegado al de ella.

—¿Qué tiene hoy de especial? —insistió, meciéndose despacio junto a él.

—Quiero que recuerdes siempre este momento. Aun cuando pasen muchos años y seas una dulce viejecita, me gustaría que me conservaras en tu memoria como un bonito recuerdo.

Shirley se apartó un poco y dibujó una de esas preciosas sonrisas, haciendo que por un segundo se alejaran sus tinieblas.

—¿Se puede saber a qué viene tanto dramatismo? —se burló enternecida por su actitud pesimista y algo cursi— Por supuesto que te recordaré, porque

tú estarás sentado justo en la butaca de al lado y serás otro viejo como yo. Entonces recordaremos con nostalgia este momento, yo me levantaré con mi bastón, te ayudaré a levantarte a ti (no olvidemos que yo soy unos años más joven que tú y seguramente estaré en mejor forma) —bromeó arrancándole una gran sonrisa—, y bailaremos bajo la ventana de nuestra casa, mientras nuestros nietos juegan en el jardín.

—Ajá, ¿y qué haremos si alguno de ellos entra y nos pilla en los preliminares? —preguntó John, siguiéndole el juego.

—Pues con toda la pena de mi corazón interrumpiré nuestro baile precoito, cogeré a ese pequeño entrometido para acomodarlo en mi regazo y le contaré la preciosa historia del chico del violín y de cómo me enamoré de su abuelo.

John sonrió sin ganas, apartó su mirada de la chica para que no viera su pena y soltó un suspiro parecido al de un moribundo. Shirley tenía razón, era lo que probablemente ocurriría. Él sería el chico del violín al que recordaría como un bonito amor de juventud, pero el afortunado en envejecer a su lado sería otro. Otro hombre con el que se casaría y le daría hijos y nietos.

—Me gusta lo que dices. Suena a una vida llena de buenos momentos y a dulce vejez —repuso sonriente, mientras por dentro ya odiaba a ese hombre que le despojaría de su corazón.

Shirley vio que aunque se esforzaba por parecer alegre, esa alegría no llegaba a sus ojos. Y lo supo, muy dentro de ella supo que algo iba mal. Pero no sabía el qué, si la voz de su conciencia o un mal augurio que surgía de lo más profundo de su pecho, le previno que era mejor no hacer preguntas si no era lo bastante fuerte para soportar la verdad. Una verdad que la percibía como una oscura nube a punto de descargar sobre sus cabezas.

Recostó su mejilla sobre el hombro de John y siguieron meciéndose abrazados, mientras sonaba de fondo la canción *Stop Crying Your Heart Out* del grupo Oasis. John empezó a canturrearla en voz baja con sus labios pegados a su oído, y Shirley tuvo ganas de llorar al escuchar la letra. Sonaba a que algo estaba a punto de terminar.

Mantente arriba.

Aguanta.

No te asustes.

Tú nunca cambiarás lo que ha sido y fue.

Puede tu sonrisa brillar.

No te asustes.

Tu destino puede protegerte.

Porque todas las estrellas están brillando.

Se están desvaneciendo.

Solo trata de no preocuparte.

Las verás algún día.

Toma lo que necesites y sé como tú eres.

Y deja de hacer llorar a tu corazón.

Levántate.

Vamos.

¿Por qué te asustas?

Tú nunca cambiarás lo que ha sido y fue.

Nosotros somos las estrellas.

Nos estamos desvaneciendo.

Solo trata de no preocuparte.

Nos verás algún día.

Solo toma lo que necesites.

Y sé como tú eres.

Y deja de hacer llorar a tu corazón.

... deja de hacer llorar a tu corazón.

... deja de hacer llorar a tu corazón.

... deja de hacer llorar a tu corazón.

Esa noche John le hizo el amor como nunca y después todo cambió entre ellos. Se produjo una especie de transformación en él, que Shirley no fue capaz de entender ni de asimilar. Se pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa, volvía al anochecer y procuraba mantenerse lo más alejado de ella. Por supuesto no volvieron a tener sexo y muchas noches no durmieron en la misma cama. John se justificaba diciendo que tenía bastante trabajo por hacer, volvía a la sala y amanecía dormido en el sofá. Ya no sonreía, ni la besaba, ni le hablaba con ternura. Las pocas veces que le dirigía la palabra lo hacía de una forma cortante y fría. Shirley llegó a sentirse tan menospreciada que se presentó una noche en la habitación de Karen y se desahogó rota en llanto. No reconocía a su dulce John en aquel extraño que merodeaba por el apartamento con el ceño fruncido y de mal humor.

Los chicos hablaron con él para tratar de averiguar qué diablos le sucedía, pero fue imposible franquear su blindaje de acero. Era como si quisiera

despegarse de ellos a toda costa, como si los ignorase a propósito para evitar sentir algún tipo de remordimiento que le hiciera flaquear. Bruce veía a Shirley tan hecha polvo que a veces le daban ganas de buscar a su primo para partírle la cara. Se había convertido en un auténtico capullo.

Unos días después un mensajero le entregó a Shirley una carta certificada. Le sorprendió volver a reconocer el sello del conservatorio estampado en el sobre. Lo abrió, esta vez sin miedo. Sin esperar nada en realidad. Pero la mandíbula se le descolgó a medida que fue leyendo la carta y procesaba la noticia. Por lo visto se habían confundido al enviarle la primera carta y se disculpaban por el lamentable error. No solo eso. Le comunicaban que estaba admitida en la escuela y que le habían concebido una beca que cubría todos sus gastos académicos; el alojamiento, la comida, el material. ¡Absolutamente todo!



28

El señor Brown se encontraba en su despacho trabajando en la montaña de casos que tenía pendiente. Era lo único que conseguía despejarlo en medio de todo el lío de su hija. Le hervía la sangre de ver la manera en que se había sublevado. ¡Ingrata! Con todo lo que él había hecho por su bienestar; los mejores colegios, la mejor educación, la mejor universidad. Lo mejor de lo mejor siempre para ella. ¿Y cómo se lo pagaba? Tirando por la borda su futuro y liándose con un mequetrefe desgreñado.

Era un castigo. Sí, seguramente lo estaba castigando por años de fría indiferencia. No es que no quisiera a su hija, de hecho la quería más que a nada en el mundo. Aunque era incapaz de demostrárselo porque sencillamente no sabía cómo se hacía tal cosa. Puede que sonara a chiste, pero era la verdad. Su corazón llevaba tantos años apagado que ya no sabía latir.

Cuando su hija era pequeña y le había dado algún abrazo o un beso, no había sabido corresponderle. Lo único que hacía era quedarse inmóvil con la cara de un idiota aterrado. Al final Shirley creció, dejó de ser una dulce niñita, comprendió que no había nada que hacer y no volvió a buscar su cariño. Y él tampoco se atrevió a reclamarle ese beso o ese abrazo que en el fondo tanto echaba en falta.

Tenía que reconocer que desde la muerte de su esposa, se había refugiado en el trabajo para no pensar en el vacío que lo taladraba por dentro. Por lo que prefirió relegar la educación de su hija en otras personas y se dedicó a huir de

sus propios recuerdos. Siempre era mucho más fácil que enfrentarse a los fantasmas del pasado, y sobre todo, menos doloroso. Pero ahora, que estaba a punto de perder lo único que de verdad le importaba en esta vida, el miedo a volver a quedarse solo le hizo tener un atisbo de lucidez y llegó a considerar la idea de que quizá, solo quizá, se había tomado muchas molestias en darle a su hija lo mejor. Pero no había caído en la cuenta de que lo mejor que se le podía dar a un hijo como padre, era un padre.

La secretaria anunció que el hombre que estaba esperando había llegado. Se trataba de un detective que había contratado para hacer el trabajo sucio. Sus servicios no eran baratos, pero de momento había conseguido que su hija no fuera admitida en el conservatorio, ni en ningún otro de la ciudad. Tenía la esperanza de que con el tiempo Shirley recapacitara y volviera a la escuela de leyes, de donde jamás debía haber salido.

—Espero que me traigas buenas noticias —le advirtió en cuanto el hombre entró en su despacho. No estaba de humor para escuchar más problemas.

El detective se quitó el sombrero y lo colgó junto al abrigo, en el perchero que había tras la puerta.

—Pues me temo que no, señor Brown. No traigo muy buenas noticias —confesó yendo directo al grano.

—Habla de una vez —masculló con la mandíbula rígida.

—Su hija ha conseguido entrar en el School of Music. Esta misma mañana recibió la carta de admisión.

—Eso es imposible. Yo mismo les llamé para amenazarles con joderles vivos si lo hacían, y me aseguraron que se mantendrían al margen —objetó con una nota altiva en su tono de voz.

El detective torció la boca en una mueca desdeñosa. Todos los ricachones eran iguales, se creían poderosos e intocables. Hasta que la mierda les salpicaba en las narices y descubrían que eran como cualquier otro mortal a merced de la suerte.

—Ya, pero verá señor Brown... —dijo inclinándose ligeramente sobre el borde de su mesa—, la chica cuenta con un apoyo muy importante. Un escudo impenetrable, diría yo. Y no solo ha conseguido ser admitida, sino que tendrá todos los gastos cubiertos hasta que termine sus estudios.

El señor Brown se levantó de golpe de su silla y la empujó con rabia contra

su mesa.

—¿De quién narices estás hablando? —bramó furioso.

—De los Schweitzer, señor. Una de las familias más poderosas e influyentes del mundo de la música.

—¿Y qué tienen que ver ellos con mi hija?

Su informador esbozó otra sonrisa torcida. Ahora era cuando descubría que la suerte repartía sus cartas a todos por igual y que él no era ajeno a ese caprichoso reparto.

—Señor, me parece que usted ha subestimado al novio de su hija.

Media hora más tarde, cuando el detective abandonó su despacho, el señor Brown tuvo que aflojarse el nudo de la corbata y servirse una copa bien cargada de su mueble bar. La cabeza le daba vueltas del puro barullo que había en su mente. No podía creerlo. El greñudo había resultado ser Joham III Schweitzer. Hasta su maldito nombreapestaba a señorío real. Y lo más gracioso era que la información había estado todo el tiempo al alcance de su mano porque, solo había tenido que teclear su apellido en Google para salirle un listado de lo más completo. Había incluso fotos y vídeos de él posando con la reina de Inglaterra. Enterró la cabeza entre sus brazos y de pronto rompió a carcajadas al comprender la magnitud de la noticia. Era una eminencia, ese Johann Schweitzer era una jodida eminencia en el mundo de la música y uno de los herederos más ricos de Europa. ¡JA! Y él preocupado porque Shirley había dejado a un buen chico por un tipejo cualquiera. Sus carcajadas se hicieron más ruidosas. Eddy... Eddy no era nadie comparado con el tal Johann Schweitzer. ¡Que le dieran a Eddy! Se sirvió otra copa, pero esta vez para celebrarlo. Puede que después de todo su hija no fuera tan cabeza hueca como pensaba, puede que hubiera elegido bien, mejor que bien. ¡Qué diablos! Tenía que llamarla y pedirle disculpas. Si quería estudiar música, adelante, que lo hiciera. Desde luego contaba con el apoyo suficiente para llegar lejos.

Y también organizaría una cena en el club. Sí, eso haría. Una cena para agasajarlos y bendecir su relación. Normalmente era el novio el que debía ganarse la aprobación del padre de la novia. Sin embargo este chico merecía que por una vez hiciera una excepción y se bajara de su trono. Además, tenía que solucionar como fuera su metedura de pata con el incidente del dólar. Cada vez que pensaba en como lo había humillado tomándole por un músico callejero, enrojecía de vergüenza. Diablos, ¿pero qué hacía un muchacho de su

posición social tocando en plena calle? Sacudió la cabeza con incredulidad. Definitivamente no entendía a los jóvenes de hoy en día.

Lo importante es que aún podía arreglar su torpeza; y si era necesario, hasta se tragaría el orgullo y le pediría disculpas. Los ojos del señor Brown brillaron intensos y alegres. Ante él se extendía todo un abanico de posibilidades que prometía grandes cosas maravillosas. Sobre todo para sus negocios. Solo debía meterse a ese principito extravagante en el bolsillo y ganarse el favor de los Schweitzer.

Shirley se llevó la carta al pecho, emocionada, giró sobre sus talones y corrió al apartamento para darle la noticia a John. Lo encontró sentado junto a su escritorio, haciendo anotaciones en un montón de partituras que tenía desperdigadas por encima de la mesa.

—¡John, me han admitido! —gritó agitando el sobre en la mano— ¿Te lo puedes creer? Dicen que ha sido un error y me han admitido en el conservatorio.

Él levantó la cabeza y el destello de una débil sonrisa apareció en sus labios. Lo extraño era que no parecía muy sorprendido. Era como si incluso la noticia, más que alegrarle, le entristeciera, a juzgar por el suspiro largo y melancólico que dejó escapar.

—Enhorabuena, sabía que tenía que tratarse de un error —se limitó a decir en un tono plano que no expresaba nada.

Shirley le observó descolocada y un poco molesta. Ni un beso, ni un abrazo, ni siquiera se había levantado de la maldita silla para felicitarla como era debido. ¿Dónde estaba el John atento y amable del que se había enamorado? ¿Quién era aquel extraño de mirada fría? De pronto reparó en la maleta que había sobre el sofá y el corazón le dio un vuelco.

—¿Qué significa eso? —preguntó con un asomo de pánico en la voz, señalando con la cabeza hacia el sofá.

John siguió el curso de su mirada, observó también la maleta con aire lúgubre, y al final se dignó a levantar el culo de la silla. Terminó de recoger su material de trabajo para guardarlo en su equipaje y se detuvo frente a ella.

—Shirley, tenemos que hablar —anunció fríamente.

Su chica retrocedió con las pupilas dilatadas por el pavor. Oh no, esas eran tres de las palabras más espantosas que nadie quería escuchar, las más

terroríficas. Eran la antesala de la destrucción. Las que precedían a una frase aún más atroz y cruel. Y supo lo que vendría a continuación: iba a cortar con ella y a largarse. Veía la decisión que había tomado reflejada en sus ojos, y como esa misma decisión iba seccionándole las entrañas con la precisión de un bisturí de cirujano. Contuvo el aire, preparándose para lo peor. Un tren se acercaba a toda velocidad dispuesto a impactar de lleno contra su pecho.

—Verás Shirley, yo... yo...—. Tragó saliva y lo escupió—. Yo me he dado cuenta de que lo nuestro no puede funcionar. He esperado a ver si era una sensación pasajera, pero ya no tiene sentido seguir con esto. Estoy cansado de pasarme el día huyendo de ti —confesó, frunciendo los labios en una línea recta y tensa.

Ella dejó escapar el aire muy despacio para aflojar el nudo que sentía en el pecho. Así que lo admitía, había estado evitándola deliberadamente. Cada una de sus palabras se clavaba en su corazón como cristales punzantes. Pero aun así no podía aceptarlo. Era demasiado doloroso. Demasiado devastador.

—¿Es que necesitas tiempo? —preguntó en un tono casi inaudible. La voz se le quebraba al intentar hablar —¿Es eso? ¿Te has visto agobiado por como han ido de rápido las cosas entre nosotros y necesitas tiempo? Si quieres puedo volver a la residencia con Karen. O puedo mudarme a otro apartamento hasta que se te disipen las dudas. O también puedo...

—Para, Shirley, ¡para! —la frenó al ver que se ponía a divagar sin sentido — No se trata de ningún pretexto para darte largas ahora y volver al cabo de un tiempo. Yo no soy tu ex. Sabes que yo soy de los que no dan marcha atrás cuando deciden algo. Así que asúmelo Shirley, lo nuestro es un adiós definitivo —concluyó con firmeza. Pero tan pronto como esas palabras salieron de sus labios, dejó caer la cabeza entre los hombros. No tenía valor para mirarle a los ojos y ver el daño inmenso que le estaba haciendo.

Shirley se llevó las manos a la garganta e intentó respirar. Notaba como un puño de acero estrujándole los pulmones. ¿O era el corazón? Dios mío, lo había hecho. John había pronunciado la frase que tanto pavor le daba. Y ella que había creído probar las hieles del desamor cuando la dejó Eddy... Aquello era casi un pinchazo en el dedo comparado con lo que sentía ahora.

Lo que sentía ahora era un dolor profundo, lacerante, desgarrador, le fragmentaba el alma y la envolvía en un manto tenebroso y cerrado. Sin embargo no era capaz siquiera de tragar saliva o de llorar; a pesar de que

podía percibir como las lágrimas se agolpaban tras sus párpados, preparándose para salir en cualquier momento en forma de riada. Esto sí que dolía. Dolía tanto que se había quedado como un roedor paralizado por el veneno mortífero de una víbora.

Entonces John se giró hacia el sofá con intención de coger la maleta, y Shirley, sin pensárselo dos veces, se arrojó a sus pies.

Él se sobresaltó al verla encaramada a una de sus piernas.

—No te vayas, John, te lo suplico. ¡No me dejes! —le imploró sin autoestima ni orgullo.

Shirley lo sabía, sabía que se estaba comportando como una estúpida sin amor propio, pero ya tendría tiempo luego para flagelarse por su patética actitud. Ahora lo único que le importaba era que John no se fuera, que se compadeciera de su dolor y no la abandonara. Sí, era muy patética. Una patética a punto de perder al amor de su vida.

John la agarró del brazo para levantarla enseguida del suelo.

—Vale ya, Shirley, no hagas eso. Nadie merece que te humilles de esta manera, y menos por mí —gruñó irritado.

Le ponía enfermo verla arrastrándose enloquecida. Le partía el corazón. Se pasó los dedos por el pelo y se frotó la cara mientras pensaba qué hacer. Vale, no quería llegar tan lejos, pero la única forma de que Shirley aceptara que se había acabado, era infligiéndole más dolor.

—Escucha —dijo sosteniéndola por los hombros—. Tengo que confesarte que, la verdadera razón por la que te dejo es porque quiero volver con Julianne.

Shirley se apartó de él como si su piel ardiera y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo que con Julianne? Ella está en coma. Tú mismo me lo dijiste —replicó cada vez más perdida.

—Sí, pero por lo visto ocurrió un milagro y despertó hace unas semanas. Hoy mismo regresaré a Aquisgrán para verla —le comunicó, esforzándose por parecer serio y seguro de su decisión. Mientras por dentro saboreaba el vinagre de su mentira.

—Y... ¿y qué pasa conmigo? —protestó ella, tan débil como un cervatillo

herido de muerte— Tú me dijiste que me amabas, que era tu alma gemela. ¿Es que acaso era mentira? —le cuestionó con un deje acusatorio en la voz.

—¡No! —Se apresuró el corazón de John a desmentirlo. Luego fue consciente de su desliz e intentó arreglarlo—. Bueno, no del todo. Verás, lo que quiero decir es que, es verdad que te quiero porque eres una chica maravillosa y te mereces lo mejor. Pero Julianne es Julianne, y no puedo sentir por ti todo lo que siento por ella. Sé que es difícil de entender y tampoco espero que lo hagas. Solo quiero que respetes mi decisión y vivas tu vida como si nunca me hubieras conocido. Céntrate en tu carrera y olvídate de mí —le pidió, siendo sincero por primera vez en toda la conversación.

Un silencio aplastante reemplazó a sus palabras y Shirley mantuvo su mirada clavada en él durante varios segundos en los que se le hicieron eternos. Intentó escudriñar en sus ojos la verdad. Deseaba ver algo que le indicara que por algún motivo le estaba mintiendo y que seguía queriéndola como siempre. Pero no vio el mismo amor que antes en ellos, en realidad no vio nada. John se esforzaba en cubrirlos con un velo de dolorosa indiferencia, y era imposible penetrar en su interior; por lo que Shirley acabó rindiéndose y dejó resbalar su mirada hasta el suelo. Era increíble, cuando creía que ya no podía sentirse más herida y decepcionada, iba él y la remataba clavándole el puñal hasta el fondo del corazón. De pronto una oleada de rabia, imparable y tempestuosa, se abrió paso en medio de su agonía y estalló como un géiser.

—Tú... —siseó enfurecida—. Tú me hiciste creer que tus sentimientos por mí eran sinceros. Me engañaste. Buscaste la manera de derruir mis defensas y no paraste hasta que conseguiste que me enamorase de ti. Y yo no quería, maldita sea, no quería enamorarme porque en el fondo sabía que esto podía pasar. Pero fui idiota, desoí a mi instinto y confié en ti. ¿Y ahora? Ahora pretendes que te olvide y siga adelante como si nada. ¿Y cómo lo hago, eh? ¿Cómo puñetas se hace eso si me has dejado totalmente vacía por dentro? —le reprochó, tocándose el lado izquierdo del pecho sin dejar de sollozar rota de dolor.

John al verla tan afligida estiró una mano para acariciarle la cabeza, pero Shirley la apartó de un manotazo y le lanzó una mirada asesina.

—¡No me toques! —gritó a pleno pulmón— No se te ocurra tocarme — repitió sin parar de enjugarse las lágrimas. Lloraba tanto que veía todo desenfocado y borroso. Percibió la silueta desdibujada de John, de pie ante ella, mirándola impávido, y le embargó otra ola de rabia —. Dime, ¿te has

divertido jugando con los sentimientos de esta pobre estúpida? ¿Te lo has pasado bien a mi costa? Pues felicidades maldito hijo de puta, lo has conseguido, ¡me has roto el corazón! —vociferó histérica.

Cogió su portátil que estaba sobre la mesita del café y lo estampó con todas sus fuerzas contra el suelo. Miles de fragmentos salieron disparados como metralla y John dio un salto hacia atrás, asustado. Shirley se quedó muy quieta, (un poco alucinada consigo misma. No sabía que tuviera un lado tan violento), apoyó la espalda en la pared y se escurrió hasta quedar sentada en el piso. Ya no le quedaban fuerzas para sostenerse en pie. Se sentía demasiado derrotada y cansada.

—Shirley, siento mucho todo esto. De verdad —dijo John, con un hilo de voz y el labio de abajo temblándole ligeramente. Había supuesto que dejarla iba a ser durísimo, y por eso se había pasado los días intentado distanciarse de ella todo lo posible, con la intención de prepararse mentalmente y hacer algo más llevadero aquel momento. Pero por más obstáculos que se empeñara en poner entre ellos, por más indiferente que tratara de parecer, no había nada que impidiera el sufrimiento que implicada, romperle el corazón a la persona que más amaba en el mundo y romper el suyo de una misma estocada. Y lo peor es que sabía que aunque pasaran los años, aunque pasara una eternidad entera, jamás podría borrar de su cabeza la imagen de esa Shirley destrozada y vulnerable. Siempre le perseguiría para atormentarle a cada instante de su vida.

—Márchate —masculló Shirley, incapaz de mirarle siquiera—. Márchate y no vuelvas más. No sabes cuánto te odio, John Clayton. Te odio con toda mi alma —le aseguró en un tono pausado y lleno de resentimiento.

Sus palabras se clavaron como esquirlas de metal en él y se le humedecieron los ojos, pero Shirley se encontraba sumida en su propia nube de amargura y no lo vio. No vio como por un segundo el escudo del chico se vino abajo.

Aguardó en la misma postura repantingada e inerte, mientras escuchaba a John arrastrando su maleta de ruedas por el pasillo del recibidor y el golpe seco que hizo la puerta al cerrarla tras él. Y entonces, solo entonces, dejó que la oscuridad se apoderara de ella.

Al cabo de un rato notó que alguien la zarandeaba y gritaba su nombre. Abrió despacio los ojos y vio una cara familiar.

—¿Karen? ¿Qué haces aquí? —murmuró, levantando un poco la cabeza todavía aturdida y mareada. Se fijó en el reloj de pulsera y vio que llevaba inconsciente casi dos horas.

—¡Dios mío Shirley, menos mal que estás bien! —exclamó ella, soltando un suspiro de alivio. Se había llevado un susto de muerte al encontrarla desmayada en el suelo.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó, mientras Karen cogía uno de sus brazos y se lo pasaba por el hombro para ayudarla a ponerse de pie.

—John se presentó en la residencia y me dio sus llaves. Me dijo que viniera inmediatamente para aquí, que tú no estabas bien y me necesitabas. Cuando llegué y te vi tirada en el suelo... —. Dejó a Shirley sentada en el sofá y se pasó una mano por su frente sudorosa—. Joder, pensé que habías hecho una tontería. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no está John aquí contigo? —inquirió preocupada, acomodándose a su lado.

Shirley subió las piernas al sofá y se abrazó las rodillas en un gesto instintivo de autoprotección. Se sentía débil y rota como una jarra de cristal hecha añicos en el suelo.

—John me ha dejado —declaró con las lágrimas resbalando despacio por sus mejillas húmedas.

Karen abrió la boca, estupefacta.

—¿¡Qué!?! Quiero decir, sabía que últimamente teníais problemas pero... ¡no puede ser!

—Pues es cierto. Me ha dejado porque por lo visto sigue enamorado de su exnovia y no la ha podido olvidar. Hoy mismo se marcha a Alemania para reunirse con ella —. Sacudió la cabeza con incredulidad y volvió a derrumbarse—. Oh Karen, no sé qué voy a hacer. Esto es una pesadilla, ¡una pesadilla de la que no despertaré jamás!

Karen se apresuró a rodearla con sus brazos y la atrajo hacia ella para consolarla. Aunque sabía que su tristeza no tenía consuelo alguno. No existía una fórmula mágica que curara el desamor. Y tampoco era cierto que el tiempo y la distancia lo consiguieran, como rezaba el dicho popular. Ciertamente aprendías a vivir con aquel hueco sordo instalado dentro de tu pecho. Pero saber cómo sobrellevar los síntomas, no era lo mismo que curarse de la enfermedad.

Epílogo.

Tres años después...

Shirley cogió la pizza con la pala, hizo malabarismos con ella intentando que no se le cayera al suelo y la colocó en una bandeja de plástico. A pesar de que tenía todos los gastos cubiertos en el conservatorio, trabajaba en una pizzería algunas horas por semana para sacarse un dinero extra. Su padre había insistido en ayudarla económicamente, pero ella se negó a aceptar un solo centavo de él. Al menos ahora se hablaban. Cuando John volvió a Alemania, el señor Brown quiso arreglar las cosas con su hija y le pidió disculpas. Pero para Shirley las disculpas de su padre llegaban demasiado tarde, y no quiso saber nada de él hasta hace apenas unos meses, cuando decidió darle otra oportunidad conmovida por su insistencia.

Sin embargo, aunque el señor Brown intentaba recuperar el tiempo perdido con su hija y la llamaba continuamente para hacer planes, Shirley se mostraba fría y esquiva con él. No podía evitarlo. El dolor la había convertido en un témpano. La Shirley dulce, obediente e ingenua, parecía ser historia. Ya no aceptaba órdenes de nadie, salvo de su jefe y de sus profesores de música; y vivía según sus propias normas ajena al qué dirán. Tampoco había vuelto a enamorarse. Su corazón estaba cerrado a cal y canto. Había tenido sus rollos y vaivenes, por supuesto. Pero eran solo eso, rollos esporádicos que jamás permitía que pasaran de ahí.

Dura, fría, recelosa, así era la Shirley del presente.

Solo había algo que le devolvía la alegría y era interpretar las piezas de sus compositores favoritos con el violín. Se había convertido en una estudiante brillante y disciplinada, y sus profesores le auguraban un futuro prometedor.

La chica se había fijado el claro objetivo de formar parte de la sinfónica de New York y hacía verdaderos méritos para conseguirlo. Se pasaba largas horas practicando con el violín hasta que se le despellejaban la punta de los dedos, estudiaba los libretos y biografías de los compositores más importantes de la historia y asistía a todos los recitales de música clásica que podía. Era una esponja sedienta de información.

Maldijo para sus adentros al ver donde tenía que llevar la pizza. En una mesa, al fondo de una esquina del restaurante, se encontraba Eddy con sus odiosos amiguitos de la facultad. Solían ir allí para humillarla y reírse de ella por lo bajo que había caído en la escala social. Aunque en realidad a Eddy le movía el oscuro motivo de la venganza. Llevaba años intentando volver con ella y siempre se encontraba con un portazo en las narices o con un *no*, rotundo y claro. Cuando el greñudo regresó a su país, pensaba que Shirley no tardaría en volver a comer de su mano. Pensaba incluso que al verse sola, le llamaría suplicándole otra oportunidad. Pero nada de lo que dio por sentado, ocurrió. Shirley siguió dándole calabazas y se convirtió en una joven tan segura de sí misma, que empezó a llamar la atención de los chicos y pronto tuvo un buen montón de pretendientes donde elegir. A los tíos les molaba su personalidad porque la encontraban misteriosa y enigmática. Y con algunos llegó a tener algo, mientras que a él lo rechazaba como una gata arisca.

Eddy rabiaba de envidia y de impotencia. Era como un niño caprichoso que después de tirar un juguete a la basura (ese juguete que siempre había estado a su alcance, en la estantería de su cuarto, pero que nunca le había prestado la suficiente atención porque lo consideraba poco interesante), justo se había puesto de moda entre sus amiguitos, y pataleaba frustrado y rabioso al comprender que ya no podía tenerlo de nuevo.

Y luego estaba el señor Brown...

Había perdido la cuenta de la infinidad de veces que le había llamado para ver si seguía en pie lo del puesto de pasante, pero siempre le colgaba el teléfono o le daba largas. Hasta que a Eddy terminó por quedarle claro que tendría que hacer sus prácticas en otro bufete. Otro bufete menos prestigioso e influyente. Adiós a la posibilidad de hacerse un hueco como socio directivo. Adiós a un currículo magnífico y envidiable. Adiós a sus proyectos ambiciosos de conquista y poder. Adiós a la posibilidad de mandar a la familia de Karen de vuelta al infierno.

No sabía a quién odiaba más, si al señor Brown o a la zorra de su hija.

Al menos aún contaba con aquellos breves momentos para desquitarse. No llegaban a saciar su sed vengativa, pero tenía que reconocer que disfrutaba como un diablo taimado viendo a la chica tragándose su orgullo mientras no le quedaba otra que servirle de buena gana.

—Espero que la pizza venga caliente y bien cortada. No como la última vez

—le recriminó, mirando con desdén la comida que ella acababan de dejar sobre la mesa.

Sus amigos rieron la gracia y Eddy se irguió como un gallo.

Shirley tuvo ganas de coger la pizza y estampársela en la cabeza, pero lo último que quería era perder el trabajo por aquel imbécil.

—Sí, Eddy, no te preocupes. Está todo tal y como lo pediste —contestó con retintín. Mientras por dentro deseaba que la pizza estuviera tan caliente que se le achicharrara la lengua y nunca más pudiera hablar. Las personas odiosas como Eddy, era mejor que fueran mudas.

Eddy alzó una ceja y la miró por encima del hombro.

—Veremos si es verdad. Puede que te deje algo de propina si haces bien tu trabajo. Seguro que con la miseria que debes de cobrar, agradeces la limosna —le espetó con una sonrisita burlona y ruin.

—Si me das a elegir, prefiero no verte por aquí. Y mucho menos en la puerta de mi casa, mendigándome amor como un perro abandonado. ¿Cuándo vas a entender que paso de tu culo? —soltó ella sin cortarse un pelo.

Eddy enrojeció hasta las orejas al escuchar el comentario y le fulminó con la mirada.

—¿Yo en la puerta de tu casa? —replicó con otra risita sarcástica para tratar de disimular, a la vez que miraba de soslayo a sus amigos —Creo que confundes la realidad con uno de esos sueños húmedos que tienes conmigo desde que te dejé. Supéralo de una vez Shirley, han pasado años.

Y esbozó una sonrisa socarrona al ver que sus colegas volvían a carcajearse.

—¡Sueños húmedos contigo! —repitió ella, riéndose también como si le hubiera contado el peor chiste del mundo— Lo que me encantaría sería echar el tiempo atrás para cambiar el pasado y no haber salido nunca con alguien tan imbécil como tú. Créeme, a veces hasta me tomo una copita para olvidarlo —le confesó con otra mueca burlona.

Eddy dejó de sonreír y la miró con encarado odio.

—Controla esa lengua venenosa que tienes, Shirley. Puedo llamar a tu jefe y quejarme. No creo que quieras perder el trabajo —le amenazó en serio.

—Entonces yo te cortaré los huevos y se los echaré a las palomas de la

plaza —intervino una voz familiar.

Shirley se volteó y vio a Bruce de brazos cruzados tras ella, mientras le dirigía una de sus sonrisas de chulito. Sabía que Eddy y sus amigos iban a la pizzería con intención de molestarla, y también solía pasarse por allí para vigilarlos.

—Tranquilo, Bruce. Está todo bien —le aseguró Shirley, devolviéndole la sonrisa.

Aunque aparentaba estar tranquilo, veía como sus bíceps se habían tensado preparándose para la acción.

—¿Segura? —insistió él— Hace tiempo que quiero partirle la cara a este idiota —. Taladró con los ojos a Eddy a la vez que se acariciaba un puño con aire desafiante.

Eddy torció el gesto, pero no se atrevió a protestar. No tenía duda de que Bruce estaba deseando encontrar un motivo para atizarle y prefería no dárselo. Era un tipo tan alto y corpulento como el greñudo de su primo. Y si algo tenía claro era que sus amigos no iban a salir en su defensa. Una cosa era apoyarlo divirtiéndose a costa de una pobre camarera, y otra muy distinta, jugarse el pellejo peleando contra un grandullón. Así que tuvo que aceptar que por esa noche la fiesta se había acabado.

Shirley comprendió que Eddy se había rendido y sonrió satisfecha.

—Sí, muy segura, Bruce. Vuelve a tu mesa y enseguida os atiendo —le pidió, saludando desde la distancia a los otros chicos del McGee's.

Ellos también levantaron la mano y la sonrieron. Se encontraban sentados en la otra punta del local y todavía llevaban sus instrumentos a cuestas porque venían de dar un concierto. Ya no tenían contacto con la representante de John, pero aun así habían conseguido grabar un par de discos y solían ir de gira por el estado.

Karen y los chicos se habían convertido una parte indispensable de su vida. Los consideraba su pequeña familia y siempre que le era posible se reunía con ellos en el almacén o en el McGee's para tomar unas cervezas. Por supuesto procuraban que el nombre de John no saliera en las conversaciones. No porque ya no se acordaran de él, estaba incluso convencida de que aunque no dijeran nada, le echaban muchísimo de menos. Sobre todo Bruce, que tampoco se había tomado nada bien su partida y durante meses odió a su primo casi

tanto como Shirley.

Pero sabían que a pesar del tiempo que había pasado, era un tema que todavía escocía a la chica y la apreciaban demasiado como para meter el dedo en la llaga.

Nada más llegar a casa, se quitó las *Converse* y arrastró los pies hasta la cocina para calentarse las sobras que su jefe le había dejado llevarse del restaurante. Ahora vivía con Karen y otras dos chicas, —que estudiaban en el mismo conservatorio que ella— en un barrio modesto a las afueras de Manhattan.

A Karen le quedaba poco para licenciarse en derecho y ya le habían ofrecido hacer las prácticas en un buen bufete. En cuanto a lo suyo con Bruce... seguían tonteando y se habían enrollado varias veces, pero por algún extraño motivo la relación no había llegado a cuajar. Cuando uno daba un paso hacia delante, el otro reculaba acobardado. Era desquiciante verlos y... también doloroso. Le recordaba tanto a ella y a John.

Saludó a las chicas y se encerró en su habitación con una porción de pizza familiar en la mano. En su cama ya no había peluches ni cojines rosas. Pero seguía conservando las figuritas Funko en las estanterías, y tenía una televisión pequeña sobre un montón de palés que usaba a modo de mesa.

Cogió el mando, se sentó en el borde de la cama y sintonizó el canal extranjero. Fue curioso porque, a pesar de saber muy bien lo que se iba a encontrar, el corazón le dio un vuelco al toparse con la imagen de John, tocando como concertino en la filarmónica de Berlín. Sí, fue curioso y triste. Por lo menos ahora no se engañaba a sí misma diciendo que solo veía sus conciertos por mero interés como estudiante. La montaña de revistas con noticias suyas que guardaba escondidas en una caja, la habían sacado de su mentira hacía tiempo. Y por muy duro que fuera, tenía que admitir que él nunca dejaría de importarle. Siempre notaría esas mariposas en el estómago al verlo. Aunque lo hiciera desde una fría pantalla de televisión.

Observó la forma sublime en que John interpretaba el Capricho 24 de Paganini. Su técnica era impecable, como siempre. Sin embargo le faltaba algo, no sabía si era fuerza o pasión, pero tenía la sensación de que John tocaba sin el más mínimo sentimiento. Era todo demasiado mecánico y frío.

Algo no iba bien. Lo supo sin lugar a dudas, con la misma certeza clara que una vez había brotado en su mente, al ver a John tocando enfurecido su violín

antes de salir corriendo. Dios mío, ¿volvería a suceder lo mismo?

Se sacudió las manos de la harinilla que le dejó la pizza y casi sin darse cuenta se acercó gateando a la pantalla para acariciarla con la punta de los dedos, en un intento desesperado por sentir su piel. Seguía guapísimo, un poco más delgado y demacrado, pero conservaba sus hermosos rasgos masculinos y su larga melena rubia, que lucía recogida en un moño medio deshecho. Su forma de vestir se había vuelto más refinada, aunque continuaba llevando vaqueros, botas y colgantes. Era como si una parte de él no quisiera cambiar, como si no terminara de encontrarse a gusto con la fastuosa vida que le rodeaba y se empeñara en mantener un toque rebelde.

Shirley no apartó sus ojos de la pantalla durante todo el concierto. A simple vista John parecía tan tranquilo como siempre, (o por lo menos lo suficientemente tranquilo para no salir corriendo) tocaba el violín atento a las directrices del director y de vez en cuando, hasta le dedicaba una vaga sonrisa a la cámara que le grababa. Entonces, si todo aparentaba ser tan perfecto, si todo iba bien, ¿qué era lo que le daba mala espina? Se puso en pie, se acercó al armario y cogió la caja donde guardaba las revistas que había ido coleccionando sobre John. Las sacó todas y las esparció por encima de la cama. En ellas aparecía él recogiendo por segundo año consecutivo el premio Echo Klassik (el premio que se le otorgaba a los músicos con más éxitos a nivel nacional en Alemania), acudiendo a programas de televisión o tocando por distintos países de todo el mundo. Pero también tenía otras revistas que mostraban aspectos no tan ejemplares de su vida, o cuanto menos inquietante. John saliendo de *afters* en compañía de hermosas chicas y de otros famosos pasados de rosca, John sobándole el muslo a una stripper con cara de haber bebido más de la cuenta. John dedicándole una peineta a un *paparazzi*. John besando a una bellísima modelo...

¿Qué había pasado con Julianne?, se preguntaba a veces con curiosidad (y también con un poquito de resentimiento). Sabía que ya no estaban juntos porque a lo largo de aquellos años, la prensa no había dejado de publicar sus relaciones con otras chicas. Chicas que bien podían ser angelitos de Victoria's Secret y que Shirley contemplaba consumida por los celos.

Por otro lado tampoco entendía de qué se extrañaba. Eran el tipo de mujeres que pegaban con alguien como John. Mujeres de cara perfecta, cuerpos sensacionales y piernas infinitas. No como ella, una chica normalita tirando al estilo de *Bridget Jones*.

Seguro incluso que mientras duró lo suyo, el equilibrio del universo se había visto afectado y en algún punto del planeta empezaron a llover ranas. Por suerte para el universo, lo que sentía John por ella nunca había sido de verdad y su historia no duró mucho tiempo.

Shirley cerró por un segundo los ojos y notó como algunas lágrimas rebeldes resbalaban por sus mejillas. Dolía, a pesar del tiempo que había pasado, dolía y quemaba por dentro. Era como una postilla que de vez en cuando se caía sola, pero nunca llegaba a cicatrizar. Y nunca lo haría. Porque había amores que dejaban su huella para siempre en la piel. «Amaste y caíste de rodillas», le recordaba a ella su marca de guerra. «Caíste de rodillas por ingenua y por creerte la protagonista de una de tus historietas románticas. Ergo lección aprendida querido cosmos, no volveré a creer en los vampiros a dieta ni en el violinista azul». Por mucho que sus sentimientos parecieran auténticos y le jurara amor verdadero.

De repente arrojó todas las revistas al suelo y las pisoteó con rabia hasta que quedaron hechas un gurrño. ¿Qué hacía acumulando todas esas cosas sobre él? Debía odiarle, maldecirle, aborrecerle, desearle una enfermedad de transmisión sexual. ¡Cualquier cosa!, menos seguir babeando a escondidas.

Al día siguiente se levantó temprano para ir a clase, desayunó un zumo de naranja, se dio una ducha y enceró las cuerdas del arco del violín antes de guardarlo en el estuche. Mientras conducía su coche de camino al conservatorio, recibió una llamada y puso el móvil en manos libres.

—Hola papá, no tengo mucho tiempo para hablar. Voy de camino a clase — lo contestó, con su mirada bailando continuamente del espejo retrovisor a la carretera.

—Shirley, tienes que venir inmediatamente a mi despacho.

Ella arrugó la frente, molesta por su tono autoritario de voz.

—¿Qué hemos hablado de no volver a darme órdenes? —le recordó enfadada— Además, te repito que voy de camino a clase.

—Pues da media vuelta y ven hacia aquí. No te lo pediría si no fuera importante. Por favor, hija... —le rogó desesperado.

—Está bien —accedió ella resignada al oír su *por favor*.

Sabía que para él tampoco era fácil adaptarse al cambio. Se había pasado media vida exigiendo y dando órdenes, y le costaba pedir las cosas de forma

amable. Le costaba tanto que tenía que pensar dos veces antes de hablar. Lo importante es que parecía realmente interesado en hacer las cosas bien y se esforzaba por comprenderla. Aunque a veces siguiera tratando de mangonearla...

Circular por el centro de Manhattan era un infierno (sobre todo en hora punta) y tardó un buen rato en encontrar sitio para aparcar, por lo que el móvil volvió a sonarle insistentemente y Shirley tuvo que silenciarlo antes de entrar corriendo en el edificio. Maldita sea, ya podía ser algo urgente de verdad porque el parking le iba a salir por un pico y el profesor Peterson le iba a poner su primera falta de asistencia.

El móvil vibró de nuevo y puso los ojos en blanco mientras entraba en el ascensor. Al llegar a la última planta, la secretaria la estaba esperando para hacerla pasar al despacho del señor Brown.

Entonces entró y vio a otro hombre con las manos entrelazadas tras su espalda, a la vez que contemplaba las estupendas vistas que se podían apreciar desde la ventana del despacho de su padre: las copas de los árboles de Central Park y las otras torres que rodeaban al gran jardín. En cuanto el misterioso caballero se dio la vuelta, el aire se le quedó atascado en la garganta. El mismo porte imponente, la misma altura, la misma mandíbula cuadrada, los mismos ojos penetrantes y marrones. Era imposible no saber quién era.

—Cariño, por fin has llegado —la saludó su padre con dos besos breves en las mejillas. Se había quedado tan flasheada que ya no se acordaba de que él también estaba allí—. Te presento a...

—Johann Schweitzer padre —murmuró ella pasmada, sin poder apartar la mirada de aquel señor trajeado y de complexión fuerte. No se lo podía creer. ¡Era él, el padre de John! Dios mío, ¿y qué hacía allí el padre de John?

Él se limitó a estudiarla completamente serio, pero con similar interés y curiosidad.

Shirley se sintió por un segundo como un mosquito bajo la palma de un gigante.

—Señorita Brown, por fin tengo el gusto de conocerla en persona. No se imagina lo mucho que he oído hablar sobre usted. Casi tanto como usted de mí, supongo... —insinuó con suspicacia, tendiéndole una mano en un gesto educado.

Hablaba inglés con bastante soltura, pero con un acento mucho más cerrado que el de su hijo.

Shirley le estrechó la mano con desconfianza y notó su poderosa firmeza en la ligera presión que hizo sobre sus dedos.

—Bien, veo que no será necesario seguir con las presentaciones — interrumpió su padre, invitándoles a tomar asiento frente a su mesa.

El señor Schweitzer aceptó el ofrecimiento, pero Shirley siguió de pie, asimilando todavía el hecho de que el padre de John estuviera allí.

—Señor Schweitzer, aquí tiene usted a mi hija. Así que por favor, sáquenos ya de dudas y díganos a qué ha venido —ordenó el señor Brown con fría amabilidad.

A Shirley no le había pasado por alto las feroces miradas que se echaban entre ellos. Eran como dos leones machos olfateándose en círculos y analizándose uno al otro. Y resulta que el señor Schweitzer se encontraba lejos de sus dominios, nada menos que en el territorio de otro poderoso león, por lo que como era evidente, no parecía muy cómodo. Su padre contaba con la ventaja de hallarse en su ambiente, pero también se mostraba receloso y violento con el macho invasor.

—Sí, seré directo —dijo el señor Schweitzer, carraspeando antes de seguir. «Hasta en eso es como John», pensó Shirley, sintiendo una punzada de dolorosa nostalgia—. Es conveniente que la señorita Brown venga conmigo a Alemania hoy mismo. Mi hijo está en serios problemas y precisa de su ayuda —declaró, dejando resbalar la mirada hasta el suelo con aire avergonzado y sombrío. Era evidente que había tenido que tragarse su orgullo antes de formular aquella petición.

Pero a Shirley esto le cogió completamente desprevenida y se estremeció con una risita de incredulidad. ¿En serio pretendía que dejara todo y le siguiera a la Conchinchina solo porque así lo había decidido él?

—Su hijo, *señor*, me dejó hace tres años para volver con su exnovia. Así que no entiendo por qué ahora tengo yo que perder el culo en ir a buscarlo — le espetó cabreada.

—¡Shirley! —le reprendió su padre, escandalizado por su grosera contestación.

Sin embargo el señor Schweitzer ni siquiera lo tuvo en cuenta. Estaba

demasiado confundido con lo que acababa de escuchar.

—¿Con Julianne, dice? —repuso con el ceño fruncido— Julianne fue desenchufada de las máquinas hace años, incluso mucho antes de que mi hijo regresara a su país. Yo mismo acudí al velatorio para presentarle mis respetos a su familia.

Shirley retrocedió descolocada.

—Pero... pero... él me dijo...

—Señorita Brown —la cortó, recuperando el mando de la conversación—. Ignoro los motivos por los que Johann le dijo eso, pero está claro que no era verdad —afirmó categórico. Luego adoptó una actitud menos defensiva y en sus ojos, tan melados como los de John, volvió a asomar la tristeza y la angustia—. Imagino que todo esto debe de resultarle de lo más chocante, no crea que no me pongo en su lugar. Pero comprenda que no estoy aquí por mero capricho. Como le comentaba hace un momento, mi hijo se encuentra en graves apuros. Últimamente ha perdido la cabeza, no escucha a nadie y se pasa los días fuera de casa deambulando a saber por dónde. Hay veces que ni siquiera se presenta a los ensayos. No hace más que salir y emborracharse hasta perder el conocimiento. Usted es la última opción que me queda y debe ayudarme. Nos lo debe a mí y a mi hijo —concluyó en un tono exigente que no daba lugar a réplica.

Shirley, que hasta entonces había oído su relato con el corazón en un puño por el estado horrible en el que parecía encontrarse John, se indignó al escuchar el último comentario y alzó la barbilla para demostrarle que ella también sabía ponerse firme. La Shirley del pasado, quizá se habría replegado ante un hombre tan imponente y autoritario como el señor Schweitzer. Pero ahora los tipos como él no solo no le inspiraban el más mínimo temor, sino que sacaban lo peor de ella.

—Lamento su situación señor Schweitzer, pero no creo que tenga el derecho de reclamarme nada. Todo lo que tengo me lo he ganado yo solita —le aseguró con cierto sarcasmo.

—¿Ah sí? —respondió él en el mismo tono— Me consta que estudia usted en una buena escuela de música y que dispone de una beca que cubre todos sus gastos.

Shirley comprendió lo que insinuaba y se volvió a enfadar.

—Yo entré en la School of Music por méritos propios.

—¿Entonces por qué al principio la rechazaron? —contraatacó él.

—No me rechazaron, simplemente se produjo una confusión —gruñó entre dientes—. Luego me enviaron otra carta para comunicarme que estaba admitida.

El señor Schweitzer curvó la comisura de los labios en una sonrisa insidiosa.

—¡No me diga! —exclamó exultante— ¿Y a qué cree usted que se debió esa misteriosa confusión? —le preguntó llamándola tonta de manera sutil.

Shirley le fulminó con la mirada y apretó los puños contra sus costados para sofocar la ira.

—Oiga, cómo se...

—Cariño —la interrumpió su padre—, siento decirte que el señor Schweitzer dice la verdad —aseveró a media voz. Sabía que lo siguiente que iba a decir podía costarle que su hija volviera a retirarle la palabra y tenía miedo de perderla de nuevo—. Yo llamé al conservatorio donde hiciste la prueba y les amenacé con freírles a denuncias si te aceptaban.

—Y después mi hijo me llamó a mí para que intercediera por usted. ¿Lo entiende ahora, señorita Brown? —dijo el señor Schweitzer—. Le puedo asegurar que no fue fácil para él pedirme el favor. Ya debe de saber lo soberbio y terco que es.

Por primera vez desde que había llegado allí, Shirley tuvo que sentarse en la silla para no caer desplomada. Sentía que toda la sangre le había bajado de golpe a los pies y la cabeza le daba vueltas del mareo.

—Entonces... ¿no me admitieron porque creyeran que tenía talento? —murmuró con la terrible sensación de que el mundo se le volvía a derrumbar encima.

—Oh, sí, cariño, claro que sí —le aseguró su padre, rodeando su mesa para acercarse a ella con intención de calmarla. Cuando le cogió una mano, se asustó al notársela tan fría como la de un cadáver—. Verás, el conservatorio te admitió desde el primer momento. Fui yo quien hizo que luego todo se torciera —confesó cabizbajo.

—¿Qué me dice ahora, señorita Brown? ¿Vendrá conmigo a Alemania?

Tengo un jet privado esperándonos para salir hoy mismo —insistió de nuevo el señor Schweitzer.

John llegó a su casa cerca del amanecer, tambaleándose entre dos mujeres que no conocía de nada pero a las que se aferraba al cuello para no caerse, como si fueran sus amigas de toda la vida. Aun sujetaba en una mano la botella de alcohol que se había llevado de la habitación del hotel, mientras se dejaba arrastrar por ellas balbuceando cosas de borracho resentido contra el mundo. Otra vez había apostado todo su dinero en el casino y otra vez lo habían desplumado como a una gallina. Lo más irónico del asunto es que era de lo único que se acordaba con claridad; él jugando en la ruleta a la vez que se lo pasaba en grande, riendo y fumando con los otros jugadores que intervenían en la mesa. Bueno, pasándose en grande hasta que seducido por el gusanillo de la ambición, se le ocurrió la genial idea de doblar sus apuestas y empezó a perder una buena cantidad de dinero. Lo que le llevó a pasar el resto de la noche bebiendo para digerir el amargo sabor de la derrota y, ¿por qué negarlo?, para olvidarse también de su patética existencia. Y después despertó cubierto de plumas azules en una cama ajena a la suya, con la cabeza recostada sobre el estómago desnudo de una mujer y su mano apoyada en el pecho de la otra. Enseguida reconoció a las mismas señoritas que había visto paseándose por todas las mesas de juego, mientras agitaban sus boas de plumas (de ahí las plumas azules que tenía encima) entre la clientela del club para ofrecer sus servicios. Genial, había despilfarrado el poco dinero que le quedaba en los bolsillos en pagar a dos putas. ¿Se podía caer más bajo? Sí, se podía. Así que sacó los pies de la cama, se acercó al mueble bar de la habitación y volvió a empinar el codo hasta emborracharse de nuevo.

El ama de llaves les abrió la puerta y abrió los ojos escandalizada al encontrarse al chico colgando de dos mujeres. Mujeres que no había que mirar más de dos veces para saber lo que eran.

—Isabela, por favor —farfulló John, arrastrando las palabras por la embriaguez—. Paga a estas amables señoritas por haberme acompañado hasta aquí. A mí no me queda un duro —confesó entre risas, al tiempo que embutía las manos en los bolsillos de su traje y sacaba el forro hacia fuera para mostrarle lo vacíos que estaban.

Isabela hizo un gesto a otra empleada para que se ocupara de las chicas y con ayuda del mayordomo, arrastraron a John hacia el interior del palacete.

—No sé dónde le ve la gracia, señor —le reprendió muy seria. Le conocía

desde que era un muchachito con granos en la cara y poca idea sobre el mundo. Y aunque se empeñaba en no perder la costumbre de tratarlo de «usted», a veces se permitía el atrevimiento de regañarlo si veía que se pasaba de la raya: como ahora. Isabela nunca había podido formar una familia y Johann era lo más parecido que tenía a un hijo—. Esta noche tiene usted un importante concierto que dar y otra vez aparece en este estado. ¿Es que nunca va a aprender? Verá cuando lo vea su madre. Y tiene suerte de que su padre haya salido de viaje. ¡Señor!, no quiero ni pensar lo furioso que se pondría si lo viera así —se lamentó, mientras seguía remolcándole con ayuda del mayordomo hacia su cuarto.

Dejaron a John tendido en su cama y lo desvistieron como si fuera un muñeco de trapo. Él cerró los ojos y se dejó hacer sin problema. No tenía ni la coordinación suficiente para sacarse él mismo la ropa. Todo le daba vueltas. Todo se desvanecía a su alrededor. Todo le daba igual. Su vida era una mierda.

Su última novia también lo había dejado hacía unos días. Como todas. Siempre ocurría lo mismo. Al principio las cosas parecían ir bien, pero él enseguida perdía el interés por estar con ellas y las chicas lo mandaban a paseo, hartas de aguantar su interminable retahíla de excusas y sus continuos desplantes. Y se marchaban, sí, se marchaban heridas en su orgullo, ya que a pesar de que eran mujeres hermosísimas, mujeres por las que cualquier hombre podía perder la cabeza, ninguna era ella.

Shirley contempló su alrededor con cara de pánfila. Desde que había puesto los pies en la mansión de los Schweitzer, no hacía otra cosa que girar el cuello de un lado al otro y suspirar con la boca entreabierta. Había tanto que ver, tanto esplendor, tanta riqueza artística, que llegó un momento en que tuvo que hacer el esfuerzo de fijar la vista en el suelo para no volverse loca. Aquel sitio era como un puñetero palacio. No, no, «como» no. ¡Era un puñetero palacio! Un palacio enorme y majestuoso. Hasta tenía armería y varios salones donde *Sissi La Emperatriz*, bien podía danzar con uno de sus famosos vestidos pomposos.

Cada estancia estaba decorada por un mobiliario barroco, con candelabros de oro en todas las esquinas y lámparas de araña que pendían a lo largo de los techos. Las paredes eran de color blanco satinado y estaban revestidas de carpintería esculpida, que le daba una apariencia de extrema elegancia. Había también, espejos del tamaño de una pared entera, bordeados con ebanistería

florida y dorada. En las sobrepuestas se apreciaban esculturas renacentistas de roca blanca. De las ventanas colgaban pesados cortinajes de terciopelo granate. El suelo era de mármol y algunos techos terminaban en forma de bóveda o en una cúpula de cristal.

Era lógico que John nunca se hubiera sentido cómodo viviendo allí. De buenas a primeras resultaba increíble la idea de vivir en un palacio. Pero cuando ya llevabas un rato deambulando en medio de tantos adornos dorados y tantas cosas ostentosas en general, empezaba a faltarte el aire. Y si algo odiaba John era todo aquello que no fuera sencillo o práctico. Su apartamento de New York apenas tenía muebles precisamente por eso, porque prefería sentarse en el suelo a comer, que tener varias sillas ocupando espacio y tropezando con ellas. Y aquella casa... aquella casa era sencillamente demasiado.

Se fijó en que su padre también observaba asombrado en derredor, mientras seguían en silencio al señor Schweitzer por un pasillo tan ancho que cabían dos plazas de garaje.

—¡Señor! —exclamó una mujer vestida con un uniforme azul cielo, saliéndoles al paso con gesto nervioso y apurado—, veo que ya ha llegado usted de su viaje...

—Así es, Isabela. ¿Dónde se encuentra mi hijo? —le preguntó en inglés, por cortesía con sus invitados.

En la cara de la mujer volvió a asomar la angustia. Al parecer no tenía buenas noticias que darle.

—Verá, señor, su hijo...

—No te apures, Isabela, ya se lo digo yo. Nuestro hijo ha llegado campaneándose entre dos fulanas —espetó su esposa sin reparo alguno, mientras se dirigía a ellos a un paso resuelto que dejaban entrever su terrible enfado. Y su temible carácter.

Shirley se sobresaltó. ¡Oh Dios mío, John estaba allí, a escasa distancia de ella, respirando el mismo aire después de tanto tiempo! El corazón empezó a latirte más rápido y violento. Espera. Un segundo. ¿Había llegado borracho y con dos putas?

—Maldición, ¿otra vez? —gruñó el señor Schweitzer. Suspiró con resignación y señaló con la cabeza hacia ellos— Querida, te presento al señor

Brown y a su hija.

La joven observó con curiosidad a la madre de John. Era una mujer rubia, muy esbelta, de ojos claros y tez blanca. Se notaba que había sido bailarina de ballet por la gracia con que se movía y su elegante postura corporal.

La señora Schweitzer también los estudió con interés y se esforzó en dejar a un lado su cabreo para tratarles con la debida amabilidad.

—Así que sois americanos —comentó, obsequiándoles con una bonita sonrisa—. No sabéis cuánto me alegra recibir a compatriotas en mi casa. Así por unos días no me tocará lidiar sola con cierto teutón cabezota —bromeó, colocando la mano cerca de sus labios para fingir que susurraba y que no le escuchara su marido.

—¡Janeth! —protestó él.

Ella y el señor Brown se echaron a reír, y a Shirley le quedó claro de dónde había sacado John el sentido del humor. Y la sonrisa, esa forma de sonreír tan cálida y natural se la debía también a su madre.

—Señora Schweitzer, gracias por su hospitalidad —contestó su padre con la misma gentileza—. Déjeme decirle que tienen una casa impresionante. Aunque creo que el concepto de casa se queda pequeño para describir este maravilloso lugar —opinó mientras echaba otro detenido vistazo a su alrededor.

La sonrisa de la señora Schweitzer se hizo más ancha.

—Me alegra que mi hogar le resulte agradable, señor Brown. Realmente vivimos en Aquisgrán, aquí solo nos quedamos mientras duran las temporadas de conciertos clásicos que ocupan a mi hijo.

—¿Cómo? Pensé que ya nos encontrábamos en Aquisgrán —replicó desconcertado.

Janeth Schweitzer le miró como si se hubiera transformado en un duendecillo púrpura.

—¿En Aquisgrán? No, claro que no. Estamos en Berlín, ¿no lo sabía? —preguntó ella sin dar crédito.

—Ah, sí, cierto —intervino el señor Schweitzer—. En el avión de camino hacia aquí, pensé en decíroslo. Pero con las prisas del viaje y todo lo demás, se me pasó por completo. Espero que sepan disculpar mi despiste —alegó,

mirando a Shirley y a su padre con una sonrisa que de inocente tenía poco.

—¡Johann! —le reprendió su mujer indignada— ¿Cómo se te ha podido pasar algo así?

Él se encogió de hombros.

—Estaba ocupado con otras cuestiones.

—¿Otras cuestiones cómo cuáles, seguir haciendo y deshaciendo a nuestras espaldas? —le recriminó el señor Brown, que no se había creído su excusa ni por asomo.

Shirley soltó una amarga carcajada para sus adentros. Su padre acababa de probar una cucharada de su propia medicina y resulta que no le gustaba nada. Por un segundo tuvo la tentación de inclinarse sobre su hombro para susurrarle, «¿a qué fastidia que otros decidan por ti como si fueras un inútil?». Pero llevaban sin hablarse desde que habían embarcado en el avión privado del señor Schweitzer y prefirió no echar más gasolina al fuego. Aún estaba pensando si podía perdonarle por lo que había hecho.

—Disculpadme, voy a ver cómo se encuentra mi hijo Johann —se excusó el señor Schweitzer, rompiendo el tenso sosiego.

—Yo voy con usted —decidió Shirley de pronto.

Pero así como la frase salió de sus labios se mordió la lengua. ¿De verdad estaba preparada para verle? Habían pasado tantas cosas, tanto tiempo, que le daba pánico la reacción que él pudiera tener. Además, ella misma se encontraba hecha un lío. Ni siquiera había pegado ojo en el avión porque, se había pasado las casi nueve horas que había durado el viaje, deliberando, manteniendo una especie de debate interno que no la condujo más que a una conclusión: tenía que saber la verdad por boca de John. Después de todo lo que se había enterado en el despacho de su padre, no sabía si enfadarse con su ex por haber actuado a sus espaldas, o agradecerle su generoso sacrificio. Lo que sí tenía claro era que quería asegurarse de que estaba bien. Como le hizo ver el señor Schweitzer, le debía al menos eso.

—Querida, no creo que sea buena idea. Créeme, Johann no se encuentra ahora mismo muy presentable... —intentó disuadirla la señora Schweitzer, tocándole un brazo con dulzura.

—Sí, ¿por qué no? Que venga si quiere —decidió su esposo—. Quizá sea lo mejor, que la chica vea con sus propios ojos en lo que se ha convertido

nuestro hijo y lo necesaria que es su ayuda.

Ella los miró indecisa durante unos segundos más.

—Señorita Brown, ¿quiere venir conmigo o prefiere quedarse? —preguntó el señor Schweitzer al ver que en lugar de seguirle, se había quedado parada.

—¡Voy, desde luego que voy! —decidió al final, tras dejar que la sinrazón tomara el mando y hablara por ella.

El señor Brown prefirió acompañar a la señora Schweitzer para concederle algo de espacio a su hija. Había hecho eso que le resultaba extremadamente difícil, pero que estaba tratando de llevar a la práctica; ponerse en su lugar. Y había llegado a la conclusión de que, aunque reencontrarte con un gran amor después de mucho tiempo podía ser algo muy emocionante, también se podía volver muy violento si tenías a tus padres de mirones; y por una vez no quería ser el malo de la película que siempre sembraba obstáculos. Por una vez quería hacer las cosas bien y ser un padre comprensivo. Solo esperaba que ese maldito petulante de Schweitzer también supiera estar a la altura y dejara a los chicos en paz. Deseaba de corazón que la parejita se reconciliara, pero ya no tenía tan claro si seguía queriendo emparentar con la familia del novio... No soportaba los aires de grandeza del señor Schweitzer, ni su jodida manía de manejar a la gente como si fueran sus títeres. Quién coño se creía, ¿Dios?

Shirley siguió al señor Schweitzer por un interminable recorrido de pasillos y salas enormes, hasta que subieron por unas escaleras de caracol y se detuvieron frente a un portón de madera.

—Este es el ala Este, donde se aloja mi hijo cuando se digna a aparecer por aquí —comentó con aire avinagrado al abrir la puerta.

Shirley asomó la cabeza con timidez y vio que se trataba de un apartado con más salas y pasillos. En serio, ¿esa casa no se terminaba nunca? Observó que una de las puertas se encontraba entreabierta y entró con sumo sigilo. El corazón le resonaba como un tambor en mitad de aquel silencio cargado de incertidumbre.

A pesar de que las cortinas estaban echadas y todo se encontraba en penumbra, se podía apreciar que era una habitación enorme. Y con enorme se puede decir sin exagerar que ahí dentro, cabía el piso que ella compartía con las chicas en New York y aún quedaba espacio para hacer una despensa.

Se preguntó cómo John había podido adaptarse a unas condiciones tan precarias mientras estuvo viviendo fuera. Porque vale, sí, era un chico de gustos sencillos y todo eso; pero se había criado con las comodidades de un marajá y había pasado de vivir en un palacio, a una caja de cerillas. Sin ir más lejos, a ella, que también había gozado de una serie de comodidades (aunque no a esos niveles estratosféricos), le había supuesto un gran sacrificio renunciar a la succulenta ayuda económica de papá. Incluso había llorado a moco tendido el día que vendió su bolso de *Chanel* para pagar la entrada de su nuevo coche.

Contuvo el aliento cuando se acercó a la gigantesca cama con dosel de seda que había en el cuarto y distinguió unos mechones rubios asomando entre un revoltijo de almohadones blancos. Apartó con cuidado, casi con miedo, uno de los cojines y entonces notó como los nervios se enredaban en su corazón. ¿O era histeria? El caso es que después de tanto tiempo ahí estaba lo que ansiaba observar. No el John que llevaba años viendo en revistas o desde una distante pantalla de televisión, sino el John de verdad. El de carne y hueso. Aunque ahora que se fijaba, era más hueso que carne...

Shirley le retiró un mechón de la cara para contemplarlo mejor y se le desgarró el alma. Tenía los ojos hundidos, la nariz y la mandíbula más afilada y los tendones del cuello se le marcaban como cuerdas gruesas bajo la nuez. Por Dios, ¡parecía un dibujo de Tim Burton!

Recorrió sus facciones apagadas con la punta de sus dedos y se le cayeron las lágrimas al verle en ese estado deplorable.

—Oh John, no te lo tomes a mal pero estás hecho una calamidad —musitó apenada.

Casi no quedaba nada de aquel muchacho joven y guapo de sonrisa alegre. Era un trozo de cuero viejo con pelo largo. Se le veía tan frágil como un niño de huesos quebradizos. Maldita sea, ¿y qué era ese olor nauseabundo? Apestaba a destilería de rancho y a perfume de mujer. De otra mujer.

Él se movió un poco al sentir el roce de sus dedos en la cara, entreabrió los ojos y dibujó una sonrisa bobalicona.

—Ven, preciosa. Subamos a mi habitación. ¿Cuánto cobras? —preguntó, alargando los brazos para rodearle la cintura.

Shirley se apartó de la cama como si le hubieran salido púas y lo miró con los ojos muy abiertos. Genial, estaba tan borracho que la había tomado por una

de sus rameras. Negó con la cabeza asqueada con lo que veía, mientras apretaba los dientes para reprimir las lágrimas. Ese hombrecillo patético y maloliente, no era más que una versión falsa del maravilloso chico que ella había conocido. No sabía quién era el pobre desgraciado que yacía en aquella cama, pero estaba claro que no podía ser John. Él jamás habría caído tan bajo de recurrir a los servicios de unas prostitutas. Ni tampoco se habría emborrachado hasta caer en coma. Tenía demasiados escrúpulos y apreciaba bastante su vida como para malgastarla de esa manera tan estúpida. ¿Dónde estaba ese chico seguro de sí mismo? ¿Adónde se había ido su temperamento y su increíble vitalidad?

—No, no, no. ¡No puede ser John! —volvió a negar, gritando desconsolada.

—¡Señorita Brown! —le regañó el señor Schweitzer— Haga el favor de bajar la voz. ¿Es que quiere despertarle?

Shirley echó otro vistazo hacia la cama y comprobó que John se había vuelto a quedar profundamente dormido y estaba roncando. Se enjugó las lágrimas de los ojos y lanzó una mirada acusatoria a su padre.

—Esto es culpa suya. Si le hubiera dejado tranquilo, si no le hubiera presionado para que siguiera tocando esos malditos conciertos de puristas, ahora John no estaría así —le gritó sin poder contenerse.

El señor Schweitzer abrió los ojos sorprendido por su recriminación y John empezó a moverse inquieto por el ruido.

—Señorita Brown, salga de aquí y acompáñeme a mi despacho. ¡Ahora! —siseó su padre entre dientes.

Shirley obedeció con la barbilla erguida y tiesa como un palo. Puede que se le hubiera calentado la lengua pero tenía que decirlo. Llevaba mucho tiempo reprimiendo lo que sentía con intención de acallar la verdad. Y la verdad era que estaba enfada con el señor Schweitzer por haber empujado a su hijo al desastre movido por su ambición, con su padre por haberse entrometido en su vida y haber echado todo a perder, y con John por haber tomado la decisión de alejarse de ella creyendo que hacía lo mejor. ¿Cómo demonios se le pasó una idea tan estúpida por la cabeza? ¿Por qué no confió en ella? Podían haberlo hablado, buscar juntos una solución, cualquier cosa que hubiera evitado semejante desastre. Y por último estaba enfadada consigo misma, sobre todo consigo misma. Tenía que haber imaginado que le sucedía algo, lo había sentido aquella tarde. Joder, ¡lo había visto claramente en sus ojos! Pero no

se atrevió a preguntarle porque tuvo miedo, como siempre, y ahora John estaba hundido.

Se detuvo un segundo a coger aire en uno de los pasillos, (el sentimiento de culpa le oprimía el pecho y la garganta) y continuó andando tras el señor Schweitzer. Toda aquella situación le parecía tan injusta como absurda, y habría vuelto a echarse a llorar si no fuera porque tenía delante de ella a un trozo de hielo que le cortaba el rollo. Su padre también imponía respeto, pero el de John era como el iceberg que hundió al Titanic. Él la miraba de vez en cuando para asegurarse de que estaba bien y proseguía avanzando con el semblante hierático.

El despacho del iceberg, perdón, del señor Schweitzer, ocupaba dos plantas y tenía estantes de librerías encajadas en casi todas las paredes, con manuscritos de obras clásicas, musicales e ilustraciones antiguas. En el centro de la sala había un arca grande de cristal con instrumentos de cuerda fabricados por Stradivarius en su época dorada y libretos firmados por el mismísimo Mozart o Brahms.

Shirley acercó la cara al cristal y contempló fascinada aquellas maravillosas reliquias. Lo que veía le parecía tan increíble que por un segundo se olvidó de que el señor Schweitzer se encontraba delante de ella, rígido e inexpresivo como una estatua, mientras aguardaba a que ella terminara de husmear entre sus cosas.

—Disculpe —dijo algo cortada al notar su mirada de fastidio—. Tiene usted una colección tan interesante que es imposible no detenerse para admirarla.

Él se hinchó un poco al oír el comentario.

—Soy tasador de arte y subastador de instrumentos antiguos. Además de músico y compositor, por supuesto —alegó con orgullo.

—Lo sé, he escuchado algunas de sus piezas —confesó igual de tirante.

Él alzó una ceja como diciendo ¿y quién no? Las sinfónicas de los Schweitzer eran analizadas e interpretadas por casi cualquier alumno de conservatorio.

—¿Le molesta que fume? —preguntó de repente.

—No.

Él asintió con un gesto sobrio, tomó asiento tras su escritorio y se encendió

un puro que llevaba guardado en el bolsillo interno de su chaqueta. Después soltó el humo hacia arriba y se quedó mirándola con detenimiento.

—Seguramente mi hijo le ha contado cosas horribles de mí, que era duro y exigente, que le obligaba a practicar durante horas, que nunca fui un padre tierno —expuso en un tono grave—. Y es cierto, he hecho cosas de las que no me siento muy orgulloso, pero de las que no me arrepiento. Johann tiene un oído excepcional para la música. Lo supe en cuanto le vi colocarse el violín sobre el hombro y no era más que un crío que no levantaba un palmo del suelo. ¿Sabe? Eso no se puede enseñar —dijo apuntándola con el puro en un gesto autoritario—. Ese es un instinto con el que hay que nacer. Y mi hijo siempre lo ha tenido. Toca el violín con una técnica innata que a otros les cuesta muchos años conseguir. Por eso siempre me he desvivido por él y he procurado que llegara lo más lejos posible. Pues más allá de su linaje o del apellido familiar, sé que está destinado a ser un personaje importante en la historia de la música. Como lo fueron otros tantos antes que él, Mozart, Vivaldi, Corelli, Paganini. Pero por mucho talento que se tenga, conseguirlo requiere sacrificio y un arduo esfuerzo. Así que si querer lo mejor para Johann me convierte en un monstruo, entonces lo soy. Pero no olvide una cosa. El que está allí arriba postrado en una cama inconsciente, es mi hijo, y me afecta tanto o más que a usted verle en ese estado —declaró con la voz contenida y un asomo de furia titilando en su mirada.

Por un momento algo tembló en el fondo de sus ojos, pero este enseguida se encargó de hacerlo desaparecer con un rápido parpadeo.

Shirley no se dejó engañar. Sabía que tras su escudo a prueba de balas, había un hombre vulnerable al amor que sentía por su hijo.

—Siento haberle juzgado a la ligera. Yo... me vi superada por la situación de ver a John tan mal —musitó con sincero pesar.

—La comprendo muy bien —confesó para su sorpresa. Ella alzó la mirada y el señor Schweitzer arqueó una ceja con desdén—. ¿Qué le parece tan raro? —preguntó al ver su mueca de asombro— ¿Creé que para mí es fácil ver como Johann se emborracha y se autodestruye a diario sin que su madre y yo podamos hacer nada? ¿Qué me resulta agradable ver a mi hijo como una piltrafa humana? He intentado hablar con él, hacerle razonar, ofrecerle otras alternativas profesionales, pero nada le motiva lo suficiente. Es como si hubiera perdido su pasión por la música. Maldita sea, y encima es tan terco... —gruñó dando un golpe seco sobre la mesa, exasperado. Shirley también

percibió la derrota en su voz. Y algo más. Un sentimiento de tormento y culpa contenida. Entonces el señor Schweitzer volvió a clavar sus ojos en ella—. Usted es nuestra última esperanza, señorita Brown. Tiene que convencer a Johann para que cambie de actitud, tiene que hacer lo que sea por salvarle o no habrá nada más que podamos hacer —se lamentó con la impotencia oscureciendo sus rasgos.

De repente Shirley comprendió que su papel en aquella historia era más grande de lo que pensaba (era incluso determinante) y le invadió un miedo helador. De ella dependía que John dejara el mundo de los zombis y volviera al de los vivos, que se salvara o terminara de caer en desgracia.

—No se apure, señorita Brown —dijo el señor Schweitzer al ver que se había puesto tan pálida como la pared—. Usted ejerce más poder en mi hijo del que imagina y algo me dice que Johann la escuchará. Solo espero que siga teniendo las fuerzas suficientes para salir de ese agujero en el que se ha metido hasta el cuello —concluyó sombrío.

Shirley se inclinó sobre la mesa y estiró una mano hacia él, penetrando en las tinieblas de su ansiedad. El señor Schweitzer abrió sus ojos de lleno al ver la mano de la joven tendida sobre la suya, en un gesto de unión y apoyo.

—Le prometo que haré lo que sea necesario para ayudar a John —le juró mirándole fijamente a los ojos—. Pero entienda que no solo depende de mí. Usted también tiene que dejar de entrometerse y programar la vida de su hijo, si quiere que él mejore —le aconsejó muy en serio.

—¿Y qué sugiere que haga? ¿Que le consienta hacer lo que quiera y le permita desperdiciar su talento? —se quejó como si le propusiera un disparate.

—Lo que le sugiero es que le deje ser feliz —rebató Shirley en un tono firme—. ¿De qué le sirve tener un genio de la música, si se está desmoronando porque no puede expresarse con libertad?

—Oh, ¿y cómo se consigue eso, aceptando que toque en bares de mala muerte o en plena calle? —volvió a gruñir con sarcasmo.

Shirley comprendió que el señor Schweitzer había estado completamente al tanto de lo que había hecho su hijo en New York. No le habría extrañado que hasta le hubiera puesto un detective privado.

—John solo busca que los jóvenes se interesen por la música clásica. ¿Qué

tiene eso de malo?

—Nada, pero hay otras formas de conseguirlo sin necesidad de rebajarse a esos niveles.

—Pero es que para John no hay niveles ni etiquetas. Él cree fervientemente en la diversidad musical y ese pensamiento forma parte de su increíble talento. A lo mejor debería usted escuchar a su hijo como a un ser humano con ideas propias y no solo como una herramienta con un solo fin —le reprochó igual de dura.

Era el resultado de haber estado jodida tanto tiempo, que ya no tenía paciencia para aguantar tonterías y se había convertido en una arpía sin pelos en la lengua. Pero si esa mala leche le servía para poner a tipos como su padre y el señor Schweitzer en su sitio, merecía bastante la pena.

Los Brown y los Schweitzer cenaron en una mesa kilométrica, adornada con candelabros de plata y hermosos centros florales. Los camareros desfilaban con bandejas de comida como para abastecer un comedor social. Aunque Shirley no hizo más que picotear con el tenedor el delicioso pollo con salsa de almendras que tenía delante. Se sentía algo fuera de lugar porque todo aquello, la cantidad de exquisitos manjares, la gente del servicio, el refinado vestido que la madre de John llevaba puesto. En definitiva, ese desmesurado aburguesamiento le recordaba un poco a su antigua vida y le provocaba una presión que era como si llevara un corsé. Bueno, eso y saber que se encontraba bajo el mismo techo que John, pero ni siquiera se habían podido ver en condiciones normales y tampoco tenía idea de qué le iba a decir cuando estuviera con él. Cuando estuviera con él sin que fuera necesario arrojarle un cubo de agua helada para que espabilase. Prefería obviar lo que había pasado en su habitación por el bien de su autoestima y tranquilidad. Venga, hombre, ¿por qué quería engañarse? En cuanto ese putero borracho recobrarla la conciencia, se las iba a pagar.

En ese momento apareció Isabela, el ama de llaves, irrumpiendo en sus pensamientos homicidas.

—Señor, su hijo acaba de salir hacia el teatro ahora mismo —le comunicó en un tono alterado.

El señor Schweitzer se levantó de golpe.

—¿Cómo que se ha marchado al teatro? No pensará dar el concierto en esas condiciones. ¡Pero si a duras penas puede sostenerse en pie! —exclamó

asombrado por la estupidez de su hijo.

—¡Dios mío, Johann, la prensa! —murmuró aterrada su esposa.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Shirley.

El señor Schweitzer se acercó a una repisa de mármol, cogió un periódico y lo tiró delante de ella.

—Esto ocurre.

Shirley se inclinó sobre el borde de la mesa para leer el titular: *Johann Schweitzer hijo, ¿acabado?*

—He intentado protegerle todo lo que he podido, pero esos malditos periodistas ya han empezado a sospechar que Johann no está en su mejor momento y esta noche el teatro estará lleno de *paparazzi*. Si aparece allí en ese estado... la prensa lo despellejará vivo. Y entonces ya puede dar su carrera por acabada —sentenció apretando los puños para controlar la ira. Cuando ya creía que no podía aguantar más disgustos, iba el muchacho y le ponía a prueba. Su mujer se apresuró a calmarle al ver que se había puesto rojo de enfado.

Shirley comprendió las terribles consecuencias que tendría la osadía de John. No solo no podría volver a tocar con ninguna sinfónica, sino que tampoco lo admitirían en ningún otro sitio. Un músico de su nivel que caía en desgracia, era un músico condenado a permanecer en la sombra para siempre.

—Tengo que hacer algo —decidió, incorporándose de un salto.

—Yo voy contigo —dijo su padre.

El señor Schweitzer también quiso unirse a la comitiva «salvar al inepto de mi hijo», pero su mujer se lo impidió.

—De eso nada, tú te quedarás aquí —le ordenó presionando sus hombros hacia abajo para que se volviera a sentar, mientras Isabela iba corriendo a buscarle las pastillas de la tensión.

—Pero...

—¿Quieres que te de otro soponcio? Ahora mismo serías más una carga que una ayuda. Deja que ellos se ocupen.

Él la miró como un crío enrabiado y finalmente accedió de mala gana. Era un hombre acostumbrado a hacerse cargo de todo (hasta de lo que no le incumbía) y detestaba delegar en otros sus responsabilidades, pero sabía que

no era prudente provocar la ira de su esposa. Cuando se enfadaba podía dar más miedo que él.

—Por favor, haga lo que sea necesario para evitar el desastre —le suplicó a Shirley cuando ella pasó por su lado para salir del salón. Luego le hizo una seña a su escolta—. Smith, acompañe a la señorita y a su padre al teatro y asegúrese de que Wolf pisa a fondo el acelerador —dijo refiriéndose al chófer.

Shirley sintió que se le escapaba el corazón por la boca al subir corriendo (con su padre también resollando tras ella), la escalinata de piedra que conducía al majestuoso edificio de Grosser Saal. Era el teatro donde había visto a John por primera vez en la televisión. Era el teatro donde había empezado todo.

Se coló con su padre y con ayuda de Smith por la zona de bambalinas, y desde un rincón, asomó la cabeza para echar un vistazo. La sala ya estaba casi llena de gente y en el escenario estaban colocando los últimos atriles con los libretos abiertos. La joven se apoyó contra la pared, miró hacia el techo y cogió aire. ¿Dónde demonios se había metido John? Lo había ido a buscar a su camerino y no estaba. Nadie lo había visto entrar al teatro ni en los ensayos previos; pero era obvio que por algún sitio debía andar, puesto que Smith y Wolf habían reconocido el Audi plateado aparcado en su plaza reservada.

Las luces del salón se volvieron más tenues dando comienzo al acto y cuando salió el director de la sinfónica, todo el mundo se puso en pie para aplaudir. Shirley notó que se le detenía el corazón y le recorría un sudor frío por la nuca al ver aparecer a John detrás de él, dedicándole una breve reverencia al público. Pero al enderezarse se tambaleó torpemente y el director tuvo que sostenerle por el brazo para que no acabara de morros contra el suelo. Se vieron caras de perplejidad entre la multitud y los *paparazzi* que se encontraban en primera fila, empezaron a sacarle fotos y a tomar notas. Para ellos era un simple objetivo fácil.

Shirley apretó los dientes y los puños desde la oscuridad de su escondite. Era como ver a un tierno cervatillo correteando ignorante hacia una manada de leones.

El director levantó la batuta y empezó a marcarle el ritmo a la orquesta. John intentó concentrarse para no perder el compás, pero los dedos le temblaban sin remedio y le costaba enfocar la vista. Por el rabillo del ojo vio

como el director le lanzaba miradas asesinas mientras seguía dirigiendo al resto de la agrupación, y se dio cuenta del motivo. ¡Estaba desafinando!

Pensaba que con una ducha de agua helada conseguiría despejarse. Quizá Isabela tenía razón y habría sido mejor llamar al teatro para que le sustituyeran. Pero era un Schweitzer, testarudo como su padre, y algo dentro de él le había impulsado a hacer el esfuerzo de intentarlo. Ahora veía con claridad que había sido un error. Un error que podía costarle muy caro.

Shirley permanecía atenta al escenario mordiéndose los nudillos por la impotencia. Hubo un momento que tuvo que cerrar los ojos y girar la cara para no ver. Se le hacía insoportablemente doloroso observar como John se cargaba su futuro profesional, con cada nota desafinada. Tenía la impresión de que había perdido el control sobre su instrumento, que la música lo dominaba a él y lo arrastraba hacia el precipicio. Y John también lo sabía, se podía ver el pánico reflejado en su cara. Oh Dios, ¡tenía que hacer algo ya! Entonces comenzó a escuchar atentamente la melodía y volvió a abrir los ojos de golpe. Se le acababa de ocurrir una idea.

—¡Rápido Smith! —le gritó al guardaespaldas— Vuelve al coche y trae mis cosas.

Aún debía tener el estuche del violín en el maletero, donde lo había guardado en cuanto llegaron al aeropuerto de Berlín.

—¡Espera, yo te acompaño! —dijo también su padre, corriendo tras el grandullón.

Shirley volvió a cerrar los ojos para concentrarse mejor en la pieza musical. Lo que estaba sonando era el concierto para violín en Re mayor, op 77, compuesto por Johannes Brahms. Vale, era muy difícil pero podía hacerlo, había estudiado las partituras en clase y los movimientos eran tres: *Allegro non troppo*, *Adagio* y *Allegro giocoso, ma non troppo vivace*.

Su padre volvió a aparecer junto a Smith y le entregó a su hija el estuche. Ella al abrirlo se quedó descolocada. Aquel no era su violín.

—Era de tu madre —le indicó al percibir su confusión—. Yo... decidí traerlo aquí porque... bueno, tenía el presentimiento de que ibas a necesitarlo. Y no me equivoqué, no se me ocurre un mejor momento que este para dártelo.

—Pero... pero tu dijiste que lo habías vendido —replicó, sin salir de su asombro.

—Era otra mentira —reconoció avergonzado—. Simplemente no soportaba la idea de volver a escuchar el sonido de su violín. Me traía demasiados recuerdos que prefería olvidar y dejé que se quedara en un rincón del desván acumulando polvo. Como hice contigo —añadió acongojado. Era su manera de pedirle perdón por tantos años de cruel indiferencia y frialdad—. Verás hija, sé que he cometido muchos errores como padre, pero quiero al menos hacer algo bien y entregarte este viejo violín. Si alguien debe tenerlo, esa eres tú. Creo que tu madre se habría sentido muy orgullosa de ti —alegó con la voz quebrada por la emoción.

—Oh, papá —gimió Shirley dándole un sentido abrazo—. Gracias, significa mucho para mí.

Él asintió con una sonrisa triste y la joven le acarició la mejilla con ternura. Había sido un desastre como padre, cierto. Siempre estaba lejos de casa y cuando necesitaba su ayuda, nunca acudía al rescate. Solo había sabido dirigirse a ella por medio de órdenes y un insano control. Fueron muchas noches las que se pasó llorando aferrada a su almohada mientras se preguntaba, qué había hecho mal, por qué su propio padre la detestaba tanto como para no soportarla a su lado. Ahora empezaba a entender que no la había apartado de su vida por falta de aprecio. En realidad estaba huyendo del recuerdo de su madre.

—Te perdono —dijo de pronto. Él la miró con los ojos vidriosos y Shirley dibujó una sonrisa—. Sí, no me mires así. Te perdono todo. Incluso que perdiera por tu culpa al amor de mi vida —repitió para que le quedara bien claro—. No digo que lo que has hecho tengan excusa, pero... cuando John me dejó, creí que me iba a volver loca. Así que puedo llegar a imaginar lo que sentiste cuando se murió mamá. Sé que todos estos años... bueno, supongo que tampoco han sido fáciles para ti.

Él soltó una risita nerviosa y se le volvieron a humedecer los ojos.

—Veo que no solo has heredado el talento de tu madre para la música. También su generosidad —alegó con otro gesto de orgullo.

Shirley le devolvió la sonrisa y se quedó mirando embobada a su nuevo violín. Precioso, era realmente precioso. De muy buena calidad. ¡Y tan rojizo como lo recordaba!

—Lo he mandado limpiar y reparar. El pobre estaba tan hecho polvo que ha sido necesario hacerle un par de ajustes —comentó su padre.

Ella asintió mientras echaba otro vistazo al violín. Sí, estaba claro que le habían cambiado las cuerdas y lo habían barnizado recientemente, por el exceso de brillo y el fuerte olor a resina que desprendía. Aun así, como buena violinista maniática y meticulosa, pensaba llevarlo a su luthier de confianza en cuanto volviera a New York. Había permanecido tantos años guardado en el desván, que no estaba de más hacerle un examen a fondo para descartar cualquier posible problema de humedad. Pero ahora... ahora no tendría más remedio que confiar en su pequeño pelirrojo y darse prisa en afinarlo.

Llegó el momento en que el concertino debía tocar solo, pero los dedos de John seguían sin responderle con la rapidez habitual. Tragó saliva mientras notaba que sudaba por cada poro de su piel. Sin la protección de la orquesta, su incompetencia quedaría totalmente al descubierto. Lo más gracioso era que, a pesar de que sabía que estaba con el agua hasta la barbilla, que estaba a un tris de cargarse su carrera, lo único que deseaba era volver a su camerino para encenderse un cigarro y arrasarlo con las botellas del mueble bar. Le daba igual qué beber con total de que fuera fuerte. Sí, era evidente que tenía un problema.

Sus dedos patinaron entre las cuerdas y varias notas sonaron desordenadas. Algunos del público empezaron a abuchearle sin compasión. Joder, el Grosser Saal estaba gafado...

Trató de no venirse abajo y expulsó el aire despacio por la nariz. No podía perder la escasa fortaleza que le quedaba. Maldita sea, ¿no podía volver a pifiarla justo allí! No, no, no, de ninguna manera. No iba a destruir años de sacrificio y esfuerzo de una forma tan estúpida. ¡No!

Luchar sin descanso, persistir, mantenerse, era lo que le había repetido su padre desde que tenía uso de razón. Ahora no estaba seguro de poder lograrlo. Veía el fondo del precipicio cada vez más cerca de su cara.

Entonces el sonido agudo de otro violín irrumpió en el pasillo central del teatro. La gente se giró sobre sus asientos para ver al segundo concertino. Él intentó hacer lo mismo, pero las lámparas del salón despedían racimos de luz hacia su cara y seguía teniendo problemas para enfocar la vista. Aun así le pareció atisbar que se trataba de una mujer de melena larga y oscura. O mejor dicho, de un ángel que había acudido a su auxilio tras escuchar sus plegarias. Prosiguió tocando bajo la protección que le brindaba aquella misteriosa dama, y de pronto, sin saber por qué, fue como si su compañía le insuflara fuerzas y recobrar algo de seguridad.

Shirley avanzó por el pasillo enmoquetado de la sala, al tiempo que seguía tocando con las miradas del público pendiente de cada uno de sus movimientos. Aunque era raro no estaba nerviosa, tenía la impresión de que llevaba preparándose toda la vida para ese momento. Podía notar como la madera de su violín se amoldaba a ella en perfecta comunión y sintonía. Era algo así como conducir un coche de gran cilindrada; la sensación de peligro y velocidad recorría sus venas en forma de adrenalina, pero si se pasaba con el acelerador podía acabar estampada. No había margen de error, y era precisamente esa complejidad la que hacía del violín un instrumento único y maravilloso. Reflejaba el alma del artista, lo plasmaba a través de su sonido vibrante. Por eso tampoco había un solo violinista en el mundo que tocara igual que otro. En el violín no existía un sonido definido, como podría tratarse del piano. Lo tenías que crear de la nada, por lo que se hacía muy difícil conseguir armónicos bellos y afinados. Todo dependía de un equilibrio preciso entre técnica, maestría y corazón. Sobre todo de corazón.

Una sonrisa tímida se fue abriendo paso en la cara de Shirley. Era fascinante escuchar su propio sonido fusionándose con el de John y elevándose por encima de la orquesta. ¿Quién se lo iba a decir? Se había pasado la vida soñando con poder ir al Grosser Saal, y ahora estaba allí, tocando el violín que había pertenecido a su madre, ante un montón de gente importante y en medio de la majestuosa sala del teatro. A veces los sueños no solo se cumplían, a veces ocurría algún que otro milagro.

A John se le descolgó la mandíbula en cuanto la reconoció y Shirley tuvo que apartar la vista de su cara para no descentrarse. Si no fuera por la tensión que acompañaba al momento, se habría echado a reír con ganas. Su expresión desencajada resultaba incluso cómica. Parecía la máscara de *Scream*.

La orquesta concluyó el concierto y el público se levantó de sus butacas con una gran ovación. Cuando se encontraron entre bambalinas, los músicos se felicitaron unos a otros por la actuación, pero Shirley y John apenas se enteraron de nada. Se habían quedado completamente inmóviles, sin emitir más sonido que el de sus corazones repicando con violencia. Y se observaron, se examinaron uno al otro sin prisa, diciéndose demasiadas cosas con la mirada, mientras los segundos se sucedían lentos. Lentos y graves. Hasta que ella percibió un pozo de tristeza y arrepentimiento ensombreciendo sus ojos, y dejó aparcado cualquier rastro de hostilidad que pudiera sentir hacia él.

—Siempre supe que te convertirías en una gran violinista —confesó John,

con un regocijo de orgullo.

Shirley le devolvió una sonrisa tan melancólica y tierna como la suya. No hacía falta decir mucho más. Podía percibir su sincera emoción en el fondo del alma.

—Tuve al mejor profesor —murmuró en un tono solemne.

De nuevo se hizo el silencio, temerosos de romper aquel momento cumbre, y finalmente se fundieron en un abrazo cargado de sentir.

—¡Oh Shirley, te he extrañado muchísimo! —susurró en su oído, sin dejar de estrecharla contra su cuerpo. No quería volver a soltarla jamás, había echado tanto en falta su calor, que se dio cuenta de que llevaba tres años dormido en el frío abismo de la soledad. Hasta que notó que estaba asfixiándola y se apartó de ella a regañadientes—. Me has salvado el culo ahí fuera. Te debo una muy grande.

Shirley bajó la cabeza y soltó una risita nerviosa. Madre mía. Ella que lo había tomado por un moribundo y resulta que casi le había fisurado las costillas con ese abrazo de oso.

—No, John, soy yo la que está en deuda contigo. He cumplido mi sueño gracias a ti —dijo alzando el maravilloso violín heredado de su madre.

Y era verdad, a pesar de como habían acabado las cosas entre ellos, le debía lo que era. John había conseguido que dejara su timidez a un lado y se abriera al mundo, la había hecho una chica más segura y decidida. Desde luego, había sido su maestro en muchos sentidos y gracias a él estaba estudiando en uno de los mejores conservatorios del país.

John le dedicó un breve repaso de los pies a la cabeza, sin poder creerse aún que estuviera allí de verdad, frente a él; y no como el oscuro espejismo que le había perseguido a diario.

—¿Y cómo es que estás en Alemania?

—Tu padre se presentó en el despacho del mío y nos trajo casi a la fuerza hasta aquí. Es una larga historia, mejor que no preguntes —sugirió cuando él hizo el amago de hacerlo.

—Shirley, tengo tantas cosas que contarte. La manera despreciable en que te dejé...

Ella puso un dedo sobre sus labios para silenciarlo.

—No es necesario, lo sé todo. Incluida tu mentira sobre Julianne —le aseguró con una vocecilla aguda por los nervios.

John se vino un poco abajo al oír el reproche, hasta que ladeó la cabeza y reparó con más calma en su nuevo aspecto. Ya había podido apreciar que tenía el pelo mucho más largo, por debajo de los hombros, pero ahora que se fijaba mejor... caray, ¡sí que estaba distinta! Incluso su estilo había cambiado. Llevaba unos vaqueros negros ceñidos, una sudadera gris con capucha que le quedaba por encima de la cintura y dejaba entrever su ombligo, y en los pies calzaba unas simples zapatillas blancas. Por lo visto había prescindido de sus vestiditos de muñeca refinada, para sustituirlos por un atuendo más sobrio y menos aniñado. Le gustó esa nueva Shirley. Parecía una chica más segura de sí misma, más sexy... Y sin pensarlo, deslizó una mano por su nuca y la atrajo hacia su boca. No sabía si ella seguía sintiendo lo mismo por él, si estaba enamorada o saliendo con otro chico, pero en ese momento le dio absolutamente igual. Dejó a un lado sus escrúpulos, sus preguntas, sus miles de dudas; y se sumergió en la necesidad de calmar a toda costa aquel dolor hueco que lo engullía por dentro. Al fin algo dentro de él despertaba con un débil latido.

Shirley estaba completamente descolocada. Se suponía que ya no sentía lo mismo por John, que se había curado de la adición que producía el amor, que ya había aprendido a sobrevivir a todos sus efectos dañinos. Pero mira tú por dónde que al parecer, ese traidor también llamado corazón, se había puesto a latir como un loco de felicidad. Y ahí estaba, con su lengua enredada a la de su exnovio sin preocuparse en absoluto de respirar. A veces te creías inmune y fuerte, y la vida te cantaba la cara de un sopapo.

Sin pensarlo se pegó con más fuerza contra su pecho y le devolvió el beso con la misma avidez. Aún apestaba a alcohol y a perfume de puta. Pero empezaba a reconocer su peculiar aroma a madera mentolada, y gimió contra su boca con la agradable certeza de que había recuperado algo suyo.

Alguien carraspeó detrás de ellos y se apartaron con una sonrisa cortada y los labios hinchados. Era el director de la orquesta.

—Disculpe, me ha parecido por su acento que es usted americana, ¿verdad? —le preguntó a Shirley.

Ella asintió todavía sofocada. Estaba segura de que tenía las mejillas tan rojas como las de un payaso.

—Pues déjeme felicitarla. No sé de dónde ha salido exactamente ni que preparación tiene, pero le auguro un futuro prometedor como concertista — afirmó con un gesto sincero y cordial —. Y en cuanto a usted... —añadió dirigiéndose a John en un tono menos amistoso—. Bueno, está claro hoy no ha sido su mejor noche. Pero sigo pensando que es uno de los mejores violinistas de nuestros tiempos y me gustaría volver a contar con su colaboración en un futuro. Siempre y cuando aprenda a controlarse y actúe con profesionalidad, por supuesto... —matizó como una clara advertencia.

John asintió sumiso y abochornado.

—La próxima vez estaré a la altura —prometió, disculpándose con humildad.

Cuando se volvieron a quedar a solas, John clavó los ojos en Shirley con una expresión nerviosa y expectante. Ella rehuyó su mirada para escapar de la clara pregunta que reflejaban sus ojos. ¿Estaba lista para volver con él? ¿Realmente podría olvidarlo todo y empezar de nuevo? Bueno, si escarbaba en su interior, muy en el fondo, bajo capas de orgullo y resentimiento, aún había algo que latía emocionado ante esa posibilidad. Pero olvidar, lo que se dice olvidar... era muy complicado.

Lo peor era que John seguía teniendo poder suficiente para volver a destrozar su corazón. Y a ella le había costado lo indecible hacerse con su nueva rutina (con altibajos incluidos), había supuesto muchos días de amargas lágrimas mientras iba buscando a tuestas y recomponiendo esos pedacitos rotos de sí misma. Así que si algo sentía por él, era una sensación de fragilidad tan grande que le provocaba terror.

—No me mires así, John Clayton. Si piensas que por un beso ya está todo dicho, estás muy equivocado —le plantó cara, hablándole sin tapujos como la chica dura que por supuesto no era. Pero bastó para que John adoptara una expresión alicaída y no se atreviera a replicar. Sentía que se merecía cualquier reproche que pudiera hacerle—. Tú y yo tenemos muchas cosas que discutir. Así que aún va a pasar un siglo de aquí a que podamos tener algo. Si es que llegamos a tenerlo, porque debo confesarte que todavía te odio un poco. ¡No te rías, hablo en serio! —protestó indignada.

Juraría que había visto una sonrisita divertida asomando en sus labios.

—De modo que aún sigues sintiendo algo por mí —preguntó con un brillo travieso en los ojos.

—Sí, ya te lo he dicho, ¡odio! ¿Es que no escuchas?

John empezó a acercarse a ella como un gato al acecho y Shirley se puso nerviosa. Estaba tan cerca que se le erizaba la piel.

—Pero también has admitido que aún podemos tener algo...

—Es muy poco probable, la verdad.

—¿Tú crees? —la aguijoneó divertido.

—Estoy totalmente convencida —replicó la joven intentando aparentar normalidad, mientras el corazón le latía descontrolado. «Cállate, maldito traidor. ¡Te va a oír!».

—Así que si te acaricio aquí, tú no sientes nada —insistió él con voz sedosa, rozándole el interior de la oreja con la yema de los dedos. Shirley se estremeció de arriba abajo. Y enseguida se apartó, lanzándole una mirada furibunda.

—No, no siento absolutamente nada. Ni lo más mínimo —mintió—. Que te quede una cosa muy clara, yo ya no soy la pardilla que tú conociste. ¿De verdad crees que vas a convencerme con unas cuantas caricias y un besito de propina? Eso se acabó, ¿me oyes? ¡Se acabó!

Una hora más tarde acabaron como la primera noche en que se conocieron: metiéndose mano y comiéndose a besos en pleno pasillo de un hotel. Algunas historias eran cíclicas y esta era una de ellas. Introdujeron la llave magnética en la ranura de la habitación y entraron sin despegar sus labios. De camino a la cama tropezaron con el mueble del recibidor y estuvieron a punto de perder el equilibrio. La joven soltó una carcajada contra su boca y prosiguieron quitándose la ropa uno al otro, en medio de frustrados y ansiosos tirones. John hundió los dientes en la fina piel de su cuello antes de sacarle la sudadera por la cabeza y Shirley se estremeció de placer. En serio que no se explicaba cómo podía sentir tanto con tan poco. El caso es que ahí estaba ese subidón de adrenalina para demostrarle que seguía tan coladita por él como siempre.

Notó que caía a plomo sobre la cama con John encima, y sus dedos se apresuraron a buscar los botones de su ropa, mientras seguían besándose con un apetito que dejaba reflejado el largo tiempo que habían estado separados. Logró deslizarle la camisa por los hombros, le acarició el pecho, y ahogó un suspiro de impresión al palparle las costillas. El pobre estaba en el chasis. «Nota mental. En cuanto hable con él y le aclare las cosas, (por segunda vez)

tengo que llevarle urgentemente a una hamburguesería y hacer que se coma cinco menús completos». Por lo menos conservaba algo más de color en las mejillas que cuando lo había visto tirado en su cama como un cadáver. Seguía ojeroso y paliducho, pero le bastaba con exhibir una de sus preciosas sonrisas para que hasta el look de muerto viviente le quedase bien. Era lo que tenía ser asquerosamente guapo.

John tanteó el cierre de su sujetador con dedos impacientes y al sacárselo, percibió la punta de su lengua húmeda deslizándose sin prisa desde su cuello hacia abajo. Al llegar a sus pechos desnudos, capturó uno de sus pezones con la boca y lo chupó. Shirley sintió la sangre rugiendo en sus venas y tiró de su cabellera rubia con un gemido suplicante. Dios, cuántas veces había intentado hacer eso mismo con el pelo de otros chicos, pero en lugar de una larga y frondosa melena, siempre encontraba una nuca despejada.

Él terminó de sacarse sus pantalones y los de ella a tirones, y enseguida echó mano de un condón. Puede que estuviera siendo demasiado directo, que no se hubiera esmerado con los preliminares. Se prometió que luego le haría el amor de mil formas distintas y durante todo el tiempo que fuera necesario. Pero en ese momento era tal su desesperación, que si no se daba prisa corría el riesgo de arder por combustión espontánea. No había palabras para describir el feliz alivio que le invadía de poder tenerla otra vez entre sus brazos y llenar aquella sensación de pérdida. Llevaba tres años dando bandazos sin control, metiéndola en el primer hoyo que podía con la vana intención de salvarse de las garras de sus verdaderos sentimientos, con la esperanza de sacársela de la cabeza algún día, buscando el calor de Shirley en cada cuerpo de la extensa procesión de mujeres que habían desfilado en los últimos años por su vida, y bebiendo igual que un cosaco para no tener que enfrentarse al silencio de su corazón.

Y ahora de repente la noche se había convertido en día.

Le parecía todo tan irreal, tan extraordinario milagro, que temía despertarse de un momento a otro y descubrir que no era más que un delirio de borracho agonizante. Terminó de colocarse el preservativo, se situó en medio de sus caderas al tiempo que Shirley envolvía las suyas con sus piernas, y con un certero movimiento se enterró en ella. Escuchó como un suspiro profundo brotaba de su garganta mientras se arqueaba contra su pecho.

Sus ojos se encontraron y fue como si el tiempo nunca hubiera transcurrido. Esa conexión natural que siempre habían tenido no solo seguía presente, sino

que fluía entre ellos con una intensidad abrumadora. Lo podían apreciar en cada parte ínfima de su ser y en el aire que los envolvía, cada vez más cargado por ese otro aire espeso que correspondía a la excitación sexual.

John se movió más rápido, acometiéndola con imparable fiereza, hasta que Shirley se irguió en una convulsión final y él también se abandonó con un quejido ronco. Luego dejó caer la cabeza entre los hombros, jadeante y empapado en sudor. Shirley oía sus resoplidos en la oreja a la vez que ella también respiraba entrecortadamente. Exhaustos pegaron sus frentes y volvieron a besarse.

—Te quiero —susurró en un tono tan bajito que parecía un quejido lastimero.

Ella no pudo contestarle, un nudo nervioso le apretaba la garganta. Se limitó a apartarle los mechones húmedos que tenía pegados en la frente y a contemplarle con infinita ternura. Entonces sintió de nuevo que se le partía el alma al acariciar su rostro descarnado y pálido. Y al verle vulnerable como un niño de cinco años, le entraron unas ganas tan fuertes de protegerlo que dejó aparcado sus temores y tomó una decisión. Si él quería, volvería a su lado. Aunque le rompiera una vez más el corazón. Aunque volviera a acabar suplicándole de rodillas que no se fuera. Se arriesgaría de nuevo a pesar de sus dudas y recelos. Porque cuando querías a alguien con el alma, su felicidad se convertía en la tuya.

—Shirley, ¿estás llorando? —inquirió asustado al ver sus ojos nublados por la emoción.

Ella tragó saliva para intentar deshacerse de aquel odioso nudo que continuaba estrangulándola.

—Me he dado cuenta de que sigo perdidamente enamorada de ti —confesó con un hilo de voz. Con algo de reparo, incluso. Era muy consciente de que pronunciar esas palabras, implicaba volver a darle la llave de su corazón—. Pero además, empiezo a comprender los motivos que tuviste para marcharte. Creo que yo habría hecho el mismo sacrificio —volvió a admitir con la cabeza gacha.

Sabía que tarde o temprano tendrían que hablar del tema, sin embargo no estaba segura de haber hecho bien sacándolo en ese preciso momento.

—Oh Shirley —gimió John con un leve sonido atormentado—. Si supieras lo difícil que fue renunciar a ti. En todos estos años no he tenido mi conciencia

un solo día en paz. Cada vez que cerraba los ojos, te veía suplicando postrada de rodillas y se me desangraba el alma. Pero no tuve elección, debía salir de tu vida para que tuvieras la oportunidad de cumplir tu sueño.

—Pues ya ves que tu decisión nos condujo al desastre —protestó sin poder reprimir una punzada de rencor.

—¿Y qué se supone que tenía que haber hecho? ¿Quedarme de brazos cruzados mientras la escuela te negaba injustamente la oportunidad de estudiar? —replicó él a su vez con fastidio.

—Podría haber solicitado plaza en otro centro. Quizá no habría sido tan prestigiosa como la School of Music, pero hubiese seguido siendo una escuela de música. Te aseguro que lo hubiera preferido si así evitaba perderte —expresó alzando la voz por la ira. Los ojos le habían empezado a escocer de nuevo al intentar retener las lágrimas.

—¿Y dónde habrías estudiado, Shirley? Tenías el acceso vetado en todos los conservatorios de la ciudad.

—¿En todos? —repitió asombrada. Vaya, cuando se lo proponía su padre era un cabronazo—. Bueno, igualmente lo podríamos haber hablado y buscar una solución juntos —rebató con terquedad.

—No había tiempo y tampoco servía de nada analizar el problema. Era necesario actuar rápido. ¿Es que no te das cuenta? Si yo no le hubiera pedido el favor a mi padre, ¡tú no serías la maravillosa violinista que eres ahora! —exclamó, tratando por todos los medios de que se pusiera en su lugar.

Shirley no dijo nada, se quedó callada mientras le venían a la mente más dudas y objeciones. Eran miles los pensamientos que la aturdían y pasaban por su cabeza.

Cogió la sábana, la enrolló bajo los hombros y salió de la cama para asomarse a la ventana de la habitación. Apartó un poco las cortinas y la luz de la luna reverberó en ella, haciéndola relucir como un extraño y bello espectro de piel mortecina. Observó la cúpula de la catedral Santa Eduvigis, tras el río que se extendía bajo los puentes de piedra como un brazo de tinta negra. Aquel paisaje se le antojaba de lo más sobrecogedor y melancólico, era casi una metáfora del momento que estaba viviendo.

—De veras que agradezco de corazón el sacrificio tan noble que hiciste por mí —comenzó a hablar sin darse la vuelta, con la mirada ausente hacia un

punto de la calle, entre la pena y el recuerdo—. Pienso que es un gesto que te identifica. Y como te dije antes, supongo que yo en tu lugar habría hecho lo mismo. Pero John...—. De repente se volvió en redondo y clavó sus ojos en él con absoluta fijeza—. Fuiste la persona que más he querido y la que más daño me ha hecho en el mundo. Pedirme que olvide todo lo malo, todas las horas perdidas que pasaba encerrada en mi cuarto, extrañándote, llorando tu abandono mientras acariciaba tu imagen a través de la fría pantalla del televisor o de una revista cualquiera, se me hace realmente complicado, ¿lo entiendes? He tenido que aprender a sobrellevar el dolor y a resistir a los recuerdos. Porque el día que te marchaste, el día que saliste de mi vida dando un portazo sin detenerte, ese día no solo perdí a mi novio. También perdí a mi mejor amigo y mi capacidad de confiar en los demás —sentenció de forma lapidaria.

Se hizo un silencio aplastante y tenso entre ellos. No pretendía ser tan dura ni causarle más dolor, pero llevaba años maldiciéndole en secreto y era inevitable que todo aquel coctel explosivo de rencor, rabia y amargura, no saltara por los aires. Lo raro era que hubiera podido contenerse hasta el momento.

Entonces se fijó en la cara de John desencajada por el golpe y le asaltó la culpabilidad. Se le veía tan afectado que parecía como si le hubiera arrollado un camión cisterna. Incluso tenía un brillo sospechoso en los ojos.

De repente él también salió de la cama, se puso los bóxers y fue en busca de su abrigo, que estaba tirado en el suelo. Tanteó en los bolsillos hasta que sacó una cajetilla de tabaco y un mechero.

Shirley observó sorprendida como John se sentaba en una butaca que había frente a ella y se encendía un cigarro.

—¿Ahora también fumas? —inquirió con un deje de censura en la voz.

—Como un maldito carretero. Sobre todo cuando estoy nervioso —confesó él sin inmutarse. Luego se quedó de nuevo callado, digiriendo todavía el amargo trago de sus palabras, y la miró igual que un cachorrito triste y arrepentido —. Shirley, yo no te pido que olvides como si nada —replicó en un tono quebrado cuando fue capaz de controlar su propio nudo en la garganta —. No soy ningún imbécil, sé que lastimé profundamente tus sentimientos y que lo tengo bastante complicado para volver a ganarme tu confianza. Diría que lo tengo más jodido que subir al monte Everest sin botella de oxígeno —

Hizo una pausa para contenerse. Otra vez notaba ese remolino de cólera y desazón pugnando por salir de él—. ¿Qué quieres que te diga? Lo siento, ¿vale? Lo siento en el alma. Te juro que habría dado lo que fuera por haber tenido otra alternativa que la de dejarte. Pero desde luego, para mí tampoco ha sido sencillo. En estos tres años no he hecho más que dar pasos en falso y cagarla una y otra vez. Por favor Shirley, mira en lo que me he convertido —dijo extendiendo los brazos en cruz—. Soy un total fracaso, ¡estoy acabado! Ni siquiera puedo interpretar una sencilla melodía sin que me tiemblen los dedos como a un viejo senil —gruñó frustrado. Se frotó la cara en un gesto que delataba su enorme desesperación, le dio la última calada al cigarro y lo apagó en un cenicero que había en la mesita de al lado. Volvió a guardar silencio, con los codos apoyados sobre sus rodillas abiertas y un semblante abstraído—. ¿Te acuerdas cuando una vez te dije que sin el alma, el violín siempre sonaría como un cascarón vacío? Pues eso es lo que significas para mí, la pieza que me complementa y da sentido a mi universo —declaró en un murmullo roto que terminó por hacer añicos las defensas de Shirley.

Ella enseguida se apartó de la ventana para acercarse a él. Se acuclilló a su lado y le tomó el rostro entre las manos, mientras su mirada cómplice se perdía en la suya. Se le encogía el corazón verle tan abatido e inseguro.

—Escucha John, ya no importa el tiempo ni lo que haya pasado, lo que tengo claro es que no quiero que esto se quede así. Tú y yo tuvimos una historia preciosa y creo que aún podemos cambiar el final por una continuación.

La esperanza iluminó su carita triste.

—¿Qué propones exactamente?

—¿Qué te parece si dejamos atrás todo lo malo, vamos llenando los huecos que nos quedaron vacíos y volvemos a ser simplemente nosotros? —le sugirió con una enorme sonrisa que invitaba a la tregua.

John se la devolvió con la misma calidez.

—¿Cuándo te has hecho tan madura? —preguntó contemplándola con cierto orgullo paternalista. Apartó la mirada de sus ojos, la dejó resbalar hasta sus manos y pestañeó con un susurro tímido—. La verdad es que eso me gustaría mucho.

—Estupendo —celebró Shirley sonriente—, pues entonces empezaremos de cero desde ahora mismo y ya no habrá lugar para las dudas y los

resentimientos. Iremos despacio y seremos honestos el uno con el otro.

John le atrapó una mano y posó sus labios en el centro de su palma. Un calor familiar recorrió la espalda de Shirley hasta su entrepierna.

—Me encanta tu idea, pero... ¿crees que así podrás algún día volver a confiar en mí? —preguntó en un tono meloso.

Shirley hizo un esfuerzo por no perder la calma. Como siguiera hablándole con aquel puchero tan mono, no respondería de sus actos. Don señorito *sonrisa perfecta* se estaba ganando un buen revolcón.

—Creo que a nosotros siempre se nos ha dado bien conectar y que esta vez no será diferente. No digo que vaya a resultar fácil, pero sigo pensando que tú eres el chico perfecto para mí.

—Y tú eres la mejor melodía que ha compuesto mi alma.

John se inclinó y le rozó la nariz y los labios con los suyos. Shirley se estremeció al sentir su aliento cálido haciéndole cosquillas en la piel. Le resultaba tan fácil dejarse llevar por el deseo, que tenía que contar hasta diez continuamente. Tampoco era apropiado pasarse el tiempo fornicando como dos conejillos salidos. «No es apropiado porque John está esquelético y no le conviene hacer demasiado ejercicio, que si no...» apostilló con pesar.

—Vale, ahora sí que te has pasado de cursi. ¿Cómo voy a superar lo que acabas de decir? ¡Te has cargado la única oportunidad que tenía de destacar! —bromeó fingiendo sentirse ofendida— Ahora hablando en serio. Estoy convencida de que superaremos este bache y seremos felices. Todo lo felices que nos merecemos. Pero antes tenemos que deshacernos de aquello que nos lastima e ir paso a paso. John... —susurró su nombre con dulzura, le cogió la mano y le miró fijamente a los ojos con intención de suavizar lo que pensaba decirle—, sabes que tienes un problema grave con la bebida y necesitas ayuda profesional. No quiero volver a encontrarme contigo tirado en una cama medio inconsciente y apestando a whisky —le advirtió, componiendo una expresión severa.

Los ojos de John se abrieron como platos.

—¿Has subido a mi habitación?

Se le caía la cara de vergüenza descubrir que Shirley lo había visto en unas condiciones tan penosas.

—Sí, y desearía no haberlo hecho, la verdad —le confirmó ella—. Fue una

imagen desagradable que no pienso consentir que se repita. John Clayton, ¿en qué estabas pensando para caer tan bajo? Tú eres demasiado inteligente y brillante como para comportarte de esa manera patética. Así que se acabó lo de autocondolencia bebiendo alcohol. Si quieres que lo nuestro funcione, a partir de ahora actuarás con sensatez y harás todo lo necesario por recuperarte. Y por supuesto también se terminaron las correrías nocturnas con tríos de putillas. Es hora de sacudirse el polvo y ponerse en pie, ¿queda claro?

Una carcajada alegre y jovial resonó de su pecho.

—Hablas como un pequeño general —se quejó con un brillo travieso en los ojos—. Me gusta esta nueva faceta tuya. Creo que se me ha vuelto a empinar y todo —confesó, levantando la goma de los calzoncillos para examinarse con total desfachatez.

Shirley le arreó un manotazo en el brazo y le lanzó una mirada asesina.

—No estoy bromeando, John —le advirtió con cara de pocos amigos.

—Yo tampoco. Me pone mucho tu actitud marimandona —se excusó sin perder el buen humor.

Hasta que reparó en los ojos de Shirley, que lo taladraban furiosos, y decidió comportarse bien.

—Oye Shirley, lo último que quiero es decepcionarte otra vez. Pero he cometido muchas estupideces, y si te soy sincero, ahora mismo no estoy muy seguro de que pueda salir de este lío de mierda —admitió alicaído, al tiempo que sentía un pellizco en la boca del estómago por el terror de volver a perderla.

Sin embargo ella le sonrió con ternura y le dio un pequeño beso en los labios.

—Lo conseguirás, John. Claro que lo conseguirás. No conozco a nadie más tenaz y testarudo que tú. Y además no estás solo en esto, me tienes a mí, a tu familia y también a tus amigos que te siguen esperando en New York —le aseguró, antes de volver a coger su cara entre sus manos para plantarle un beso.

Una mezcla de alivio, paz y amor, los envolvió cuando fundieron sus labios y empezaron a moverlos en perfecta sintonía. Shirley gimió al notar los dedos de John recorriendo provocativamente la línea de su espalda, hacia el final

donde se extendían sus caderas cubiertas por la sábana. Decidió apartarse antes de que la cosa se pusiera más picante y le sorprendió encontrar a su chico con un mohín retraído.

—¿Qué pasa, John?

Él se mordió el labio inferior con aire absorto.

—Seguro que Bruce nunca me perdonará la manera en que me he ido. ¿Sabes? Pensé en ponerme en contacto con él muchas veces. Lo que pasa es que tenía miedo de complicar las cosas, de hacerte más daño —reveló esquivando sus ojos por vergüenza.

—Bueno, pues para tu información te diré que de camino a Alemania he llamado a los chicos y están al corriente de todo. Bruce dice que te pateará el culo en cuanto te vea, pero que se alegra de tener noticias tuyas —afirmó Shirley divertida—. Tranquilo, estoy segura de que luego se le pasará el cabreo y te perdonará. Aunque no lo diga, sé que te ha extrañado mucho. En realidad, todos nosotros te hemos echado de menos —admitió sin poder creer que las cosas por fin se estuvieran encarrilando. Era tan feliz que se sentía ligera, y a la vez, vulnerable. Temía que alguien volviera a aparecer para reventarle la burbuja de un pinchazo.

John la sentó sobre sus rodillas, atrayéndola hacia el calor de su pecho, y le dio un pequeño beso en la frente.

—¿Dices que Bruce quiere patearme el culo? Pues entonces habrá que volver a New York enseguida. Sería una pena privarle de las ganas —dijo con una sonrisa juguetona bailándole en los labios—. Pero antes...

De pronto cogió a Shirley en brazos, la llevó otra vez a la cama y con un rápido movimiento se sentó a horcajadas sobre sus caderas.

—Venga, mandona, vuelve a darme uno de tus sermones. Me apetece ser un niño travieso.

Ella soltó una carcajada y sacudió la cabeza como diciendo, ¡estás loco! ¿Por qué tenía la impresión de que no iba a pegar ojo en toda la noche?

Regresaron por la mañana al palacete de los Schweitzer y se encontraron a sus padres charlando de lo más entretenidos en el porche del jardín, mientras la pobre Isabela les servía el desayuno y aguantaba sus risotadas con aire paciente. Pocas veces había visto al señor tan entusiasmado. Parecía un jovencuelo posando al lado de su primer coche.

Cuando vieron a la feliz pareja aparecer cogidos de la mano, se levantaron para recibirles entre abrazos y besos. John se irguió desconcertado y algo incómodo con la situación. Vale, aquello sí que era raro. Su padre solo le había dado dos besos en su vida: el día que debutó con la filarmónica de Berlín y cuando fue elegido como violinista honorífico para tocar ante el canciller alemán.

—¡Un milagro! Lo que ha sucedido ha sido un milagro —festejó el señor Schweitzer sin perder la sonrisa—. La prensa os pone por las nubes y no deja de preguntarse quién es la jovencita misteriosa que irrumpió en la sala. Piensan que estaba todo preparado, que la accidentada introducción de Johann formaba parte de una representación cómica para favorecerla —añadió, señalándola con un periódico en la mano.

Shirley se inclinó en la mesa donde había otro montón de diarios y leyó algunos titulares, en los que aparecían algunas fotos de ellos dos, sonriéndose de lo más cómplices con sus violines en el hombro.

Falsa alarma, el virtuoso Johann Schweitzer volvió a deslumbrar a la sala.

Misteriosa violinista irrumpe con maestría en el teatro.

Joven violinista debuta como discípula de Schweitzer hijo.

Incluso la prensa sensacionalista se hizo eco del suceso: *Enigmática violinista y Johann Schweitzer, ¿algo más que complicidad sobre el escenario?*

—¡Esto hay que celebrarlo! —dijo sonriente el señor Brown.

—¡Isabela, rápido! Trae varias copas y una botella del mejor champán que haya en la despensa —ordenó el señor Schweitzer de lo más alegre. Luego volvió a dirigirse a los chicos y al señor Brown—. Puedo hablar con el responsable del teatro para que organice otro concierto. Pero esta vez con los dos, en una especie de recital íntimo. Incluso podemos preparar la temporada completa como pareja oficial. ¿Qué os parece? Eso podría suscitar un mayor interés en la prensa y nos daría publicidad —comentó mientras su cabeza no dejaba de echar humo y de pensar en otras miles de posibilidades.

—Fabuloso, a mí me parece fabuloso —aceptó el señor Brown igual de animado. Hasta que cayó en la cuenta de un pequeño detalle—. Un momento, mi hija aún sigue estudiando en New York, ¿qué hay de sus planes? —añadió

tras meditarlo mejor.

No le hacía ninguna gracia tener a su pequeña al otro lado del océano atlántico.

—¡Bah!, eso es lo de menos, hombre —contestó su consuegro con un gesto desdeñoso de mano—. Puede estudiar aquí, yo me aseguraré de que la admitan en el mejor conservatorio de Alemania. Una bueno de verdad, con historia y prestigio. No como esas escuelas de música que proliferan en vuestra frívola ciudad. Incluso puedo ordenar que instalen sus cosas arriba, en la planta de mi hijo. O mejor aún, puedo adquirir una pequeña casa para que vivan cómodamente. Pero tendrá que ser después de fijar la fecha del compromiso. Ahora no podemos permitirnos distracciones. Deben centrarse por entero en los conciertos. Sí, amigo mío. Esto marcha viento en popa —dijo pasando un brazo por los hombros del señor Brown. Isabela y la señora Janeth se miraron sin dar crédito. Hace unas horas no se soportaban y ahora, de pronto, eran amiguísimos y se llevaban a las mil maravillas—. ¿Sabe? Debo ser sincero con usted. Al principio su hija no me convencía demasiado. La veía deslenguada e insolente. No dejaba de preguntarme qué habría podido ver mi hijo en ella.

El señor Brown se apartó de él en cuanto escuchó el último comentario.

—¿Qué insinúa? ¿Qué mi Shirley es poca cosa? —bramó indignado— Óigame bien, bravucón engreído. ¡Mi niña es lo mejor que encontrará para su hijo!

El señor Schweitzer soltó una risa sarcástica.

—Hombre, tanto como lo mejor... Reconozca que Johann puede aspirar a algo más... ya sabe, de su nivel.

—¡Maldito sapo repugnante! Mi hija al menos no se pone ciega de alcohol y llega a casa con malas compañías.

—Oh, por supuesto. Pero se gana la vida sirviendo comida y limpiando los platos donde comen los demás —contraatacó el señor Schweitzer

—¡Ja! —bufó el otro— ¿Le digo yo donde conocí a su principito?

Shirley y John decidieron intervenir antes de que sus padres se batieran en un duelo de espadas.

—Vale, se acabó —dijo John interponiéndose en la discusión con un tono firme—. Shirley y yo hemos estado hablando sobre nuestro futuro y tenemos

algo que anunciar —informó, soltando la mano de su chica para rodearle la cintura.

—Así es. Queremos decirles que vamos a regresar a New York esta misma semana —contestó ella, intercambiando con él una sonrisita elocuente.

El señor Schweitzer y su padre dejaron de lanzarse miradas asesinas y se quedaron inmóviles.

—¿Cómo que vuelves a New York? ¿Y qué pasa con tus conciertos en Alemania? —preguntó el señor Schweitzer a su heredero.

—No habrá más conciertos. Lo dejo por una temporada —le comunicó decidido—. Puede que me libere del escarnio de la crítica, pero anoche toqué fondo. Necesito encontrarme a mí mismo y Shirley tiene que terminar sus estudios.

—¿Entonces si no vas a tocar, de qué viviréis? —quiso saber el padre de su chica.

A John se le ocurrió una idea perversa y guiñó un ojo a Shirley para que le siguiera el juego.

—Yo tengo algunos ahorros que he conseguido no fundirme en el casino. Aunque puedo ganarme la vida tocando en el metro. Shirley, mientras tanto, puede seguir trabajando en la pizzería. Y luego compraremos una moto y haremos la ruta 66. Es broma —aclaró al ver la cara congestionada del señor Brown. Hasta que este respiró aliviado y agregó—. En realidad compraremos una caravana y recorreremos el continente tocando los timbales.

—Sí, y cazaremos nuestra propia comida, nos calentaremos junto al fuego y nos pasaremos el día fumando peyote —prosiguió Shirley, aguantándose las ganas de reír. Tanto el señor Schweitzer como su padre, les observaban pálidos y boquiabiertos.

—Y tendremos muchos hijos. Al menos una camada de siete —aventuró John.

—¿Solo siete? —replicó ella, alzando una ceja a modo sarcástico.

—Mujer, he dicho al menos —contestó él con otra mirada partícipe.

—Ok. Y si el primero es niña, la llamaremos Nube Blanca.

—¿Nube Blanca? Bueno, habrá que discutir los detalles —puntualizó John.

—Hijo, ya vale con la guasa. Sabes que tu padre tiene la salud frágil y

ahora mismo está a punto de darle un patatús —le advirtió su madre, examinando preocupada a su esposo, que se había puesto colorado de rabia.

Hasta que explotó.

—¡Ni hablar! No pienso consentir que viváis como dos hippies zarrapastrosos. Os dejaréis de tonterías y haréis las cosas como tienen que ser —dictaminó dando un golpe de autoridad sobre la mesa—. Nube Blanca... ¿Tú has oído semejante chorrada? —preguntó a su esposa, chasqueando la lengua de lo más indignado.

Ella resopló con hastío y pensó que su marido era idiota. ¿Es que no era evidente que los chicos les estaban tomando el pelo?

—Muy bien, amigo mío. ¡Yo no lo podía haber dicho mejor! —le apoyó el señor Brown, que en vista de los últimos acontecimientos había vuelto a pasarse al bando del enemigo. Prefería ver a su hija lejos, que compartiendo cartones con los mendigos de la calle. Ellos no habían dicho exactamente eso, pero en su mente se imaginaba a Shirley calentándose las manos sobre un bidón en llamas, mientras su recua de hijos no cesaban de gritar y de tirarle del bajo de la falda para pedirle el último mendrugo de pan que guardaba en el bolsillo. Los pobrecillos estaban muertos de hambre y se habían quedado medio huérfanos, porque al greñudo de su padre lo había arrollado un tren por tocar el violín borracho en las vías del metro.

Así de negro veía el futuro de su hija y no pensaba permitirlo. ¡Lo impediría, aunque tuviera que aliarse con el diablo! Que para él era su consuegro.

—Shirley, no me parece mala idea que termines tus estudios en Alemania. Estoy seguro de que los Schweitzer te tratarán como a una reina y siempre puedes volver a New York en vacaciones —le propuso como quien no quiere la cosa.

Sin embargo no coló. Su hija supo interpretar sus verdaderas intenciones y le fulminó con la mirada.

—Así es, amigo —volvió a hablar el señor Schweitzer—. Le puedo asegurar que a su hija no le faltará de nada. Y tú, Johann, te centrarás de una vez en tu carrera y terminarás los conciertos que tienes previstos para este año —concluyó, dando por zanjado el tema.

—¡Basta! —estalló su esposa, harta de escuchar a esos dos imbéciles—

¿Es que no habéis aprendido nada? Hemos estado a punto de perder a nuestros hijos, hemos sufrido todos, ¿y aun así seguís tratando de gobernarles la vida? ¿Pero qué diablos os pasa? —dijo esto último, fulminando con la mirada sobre todo a su esposo.

—Me niego a tener una nieta que se llame Nube Blanca —terqueó él, fuera de sus casillas.

—Querido, siento decirte que no tienes elección —le contradijo ella, con la misma firmeza—. ¿Acaso quieres ver a Johann arruinando su futuro y malgastando su vida como hasta ahora? Te aseguro que no lo permitiré, ¿me oyes? Te quiero y siempre te he apoyado porque yo también estaba convencida de que hacía lo mejor para nuestro hijo. Pero no quiero que vuelva a ser un desgraciado por tu arrogante tozudez —expresó, dejando bien clara su postura.

El señor Brown y su marido no se atrevieron a replicar. Ambos se habían quedado mudos, mirándose de vez en cuando de soslayo mientras meditaban sobre su actitud con expresión apocada. Parecían dos colegiales avergonzados por el rapapolvo de la profesora. Casi inspiraban pena, si no fuera porque todos allí sabían cómo se las gastaban ese par de caciques tiranos. Ni Hitler habría podido negar que eran dignos sucesores de su reinado del terror.

Isabela sonrió para sus adentros al ver a su señora alejándose del porche con paso seguro. ¡Al fin había alguien cuerdo en esa familia!

Shirley y John decidieron dar un paseo y se alejaron del porche con sus manos entrelazadas. El jardín de los Schweitzer era tan espectacular como el resto de la vivienda. Y grande, era tan grande que te podías perder fácilmente por allí. Tenía un laberinto de setos flanqueado por árboles, cuyas ramas se alargaban hasta tocarse formando un techo. A Shirley se le descolgó la mandíbula cuando pasaron al lado de un estanque, donde había una cascada que brotaba de una fuente enorme con forma de mano abierta. Pero lo increíble no era solo eso, lo que la dejó realmente patidifusa fue ver las figuras de los caballos hechos de hierba y al tamaño natural, que parecían galopar sobre el agua como una manada salvaje. De pronto le vino a la mente el recuerdo de la primera vez que invitó a Karen a merendar a su casa y esta se quedó muy sorprendida de ver que tenía piscina y hasta parque de bolas. La reacción que había tenido siempre le pareció exagerada, pero ahora... ¡cómo la entendía! En el jardín de John no solo había una piscina gigantesca, sino que también tenía un solárium estilo ibicenco, cancha de tenis, y pavos reales. Sí, sí, has

leído bien, también había unos cuantos pavos reales paseando alegremente por allí. Cada vez que abrían su grandiosa cola de plumajes llamativos, era como si estuvieran manifestándose en nombre del señor Schweitzer: altivos, opulentos y un poquito chulos.

Tras media hora de caminata llegaron a una bifurcación del camino en el cual, una parte daba a un acceso directo hacia un bosquecillo de pinos con embarcadero privado y el otro desvío desembocaba en un mirador de piedra.

De repente John la alzó por la cintura para que pudiera sentarse sobre el muro —que estaba bastante alto—, del balcón a contemplar las vistas. Luego clavó las manos en el borde de la tapia, cogió impulso y se acomodó a su lado. Desde allí se podía ver la torre de televisión de Berlín y sus edificios más altos.

Shirley sintió como su brazo la rodeaba y dejó reposar la cabeza encima de su hombro con una sonrisa que reflejaba lo increíblemente feliz que era.

—¿Cuándo les vamos a decir que no nos hemos vuelto hippies? Creo que a tu padre le aliviará saber que piensas reanudar tu gira de conciertos en cuanto te recuperes y que no vas a ganarte la vida tocando en el metro —comentó divertida, acariciándole la piel de su antebrazo, donde ahora lucía un nuevo tatuaje que ponía «Rock ‘n’ Roll» con letras negras y góticas.

—Shhh, déjales que sufran un poquito —alegó él con un gesto travieso y risueño—. A ver si así conseguimos de una vez, que aprendan la lección de no entrometerse en nuestras vidas. ¿Te has dado cuenta? ¡Casi nos fijan la fecha de la boda! —exclamó más sorprendido que indignado.

—Sí, me temo que eso ya lo he vivido antes —comentó ella con un suspiro de resignación, mientras se acordaba de su fatídico almuerzo con Eddy y sus padres. Ahora le parecía que había ocurrido como en otra vida pasada.

—No es que no quiera ir más lejos contigo. Ya sabes, casarnos y todo eso. ¡Pero con calma, joder! —exclamó John con una mueca de espanto.

Shirley soltó una risita y se mostró de acuerdo con él.

—Ok, entonces les haremos creer que nos hemos vuelto hippies hasta que nos den por perdidos y desistan de intentar manejarnos. De todas formas, lo de comprar una caravana y recorrer el mundo, no me desagrada —confesó, frunciendo el ceño pensativa.

—Ni a mí —reconoció John, considerándolo también en serio—. Umm,

puede ser un buen plan...

—¡Pero no pienso parir siete hijos! Y menos si salen como tú de grandes —le aclaró ella con rotundidad. Expulsar un bebé de unos cinco kilos tenía que ser bastante duro. Pero parir siete, era para declarar tus partes bajas en ruinas.

—Me conformo con cinco —bromeó divertido John, tras fijarse en lo pálida que se había puesto su chica—. Eso sí, ninguno tendrá nombre de indio.

—Eso ya lo veremos —replicó solo por llevarle la contraria.

En el fondo tenía muy claro que su primer hijo se llamaría Edward. Aunque tardase un siglo en convencer a John.

—Vaya, por una vez estoy de acuerdo con mi padre. Eres una deslenguada insolente. ¡Y me encanta!

Shirley le dio un pequeño empujón con su hombro y él se echó a reír, antes de tomar su cara para besarla con dulzura.

Unas horas más tarde, al otro lado del charco...

Karen colgó el móvil y se acercó a sus amigos corriendo.

—¡Shirley y John regresan a New York! ¿Me oís? ¡Regresan a New York!

Los chicos giraron la cabeza hacia ella y la miraron con una expresión de incredulidad.

—¿Estás segura? ¿John también? —preguntó Bruce para asegurarse.

Ella asintió sonriente.

—Segurísima, acabo de hablar con ellos. Por lo visto han arreglado las cosas y vuelven a estar juntos.

Todos soltaron un silbido de aprobación al oír la noticia y chocaron sus botellines para festejarlo. Bruce ladeó la cabeza, frotándose el pelo de la nuca sin poder disimular su alegría. Seguía pensando atizar un puñetazo a ese idiota en cuanto se bajara del avión, pero tenía que reconocer que había echado en falta su amistad. Joder, el grupo de nuevo unido. ¡Eso sí que era una buena noticia!

Nueva York. Unos meses después...

John colgó el teléfono con una sonrisa ancha tras hablar con su

representante y se acercó contento a sus colegas, que se habían retirado a una esquina apartada de los altavoces del McGee's, escapando del ruido. Al llegar a ellos, se pegó a Shirley, le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia él un segundo para estamparle un beso en la frente. Ella le recibió con otra sonrisa radiante antes de pegar su espalda en su pecho y acoplarse entre sus brazos. Ahora todo era perfecto y lo que acababa de pasar con su representante se lo confirmaba. Hacía días que había concluido la terapia y estaba completamente rehabilitado. No había vuelto a pasarse con la bebida (fumar aún seguía fumando, aunque mucho menos), los temblores de las manos habían desaparecido del todo y se encontraba en plena forma. Y Shirley... tal como le prometió no se despegó ni un minuto de su lado. Siempre le ayudaba a soportar los momentos de flaqueza y le animaba a seguir adelante. No podía negarlo. Se sentía afortunado de tener a una chica increíble que le amaba con locura.

—Bueno y qué, ¿qué te ha dicho? —le preguntó Bruce, muerto de impaciencia a la vez que le pasaba un refresco.

John aguardó un segundo, con intención de darle más intriga al momento, y curvó los labios hacia arriba.

—¡Hecho! —anunció— ¡Este verano nos vamos todos de gira!

Los chicos saltaron y gritaron al oír la noticia. Bruce aprovechó el algarabío para acercarse a Karen con su sonrisa de granuja. Llevaban demasiado tiempo manteniendo ese absurdo tira y afloja, y se había dado cuenta de que la chica le gustaba de verdad.

—¿Y tú qué harás? ¿Te unirás a nosotros?

—Yo no sé tocar, ¿recuerdas? —replicó Karen haciéndose la tonta. En realidad sabía muy bien lo que se traía entre manos ese golfo de culo macizo. Había tenido ocasión de palpárselo alguna que otra vez.

—Te puedo prestar una armónica para que practiques. No es difícil —bromeó sin perder la sonrisa—. Vale, ahora te lo diré sin rodeos, estaría bien que vinieras. Seguro que con estos gilipollas acabamos metidos en un buen lío, y nos vendría bien contar con una abogada —le sugirió con un guiño travieso. Había decidido que seguiría el consejo de su primo y se lanzaría a la piscina a la mínima oportunidad—. Venga, ámate a venir. Será divertido —insistió con la súplica impresa en su voz. Luego miró a la chica de su primo y no pudo resistirse a chincharla—. Además, con Shirley ya no podemos contar para que

nos salve. Ahora que toca en el grupo, se ha vuelto otra descerebrada como nosotros.

—Capullo —protestó ella entre risas—. Ándate con ojo la próxima vez que pidas pizza en mi local. A lo mejor vas a tener que ir unas cuantas veces seguidas al baño —le amenazó apuntándole con un dedo en alto.

Bruce retrocedió con los ojos abiertos, haciéndose la víctima, y volvió a dirigirse a Karen.

—¿Lo ves? Ahora mi vida corre peligro. Te necesito —le rogó con un mohín de pena.

Karen se echó a reír ante su descaro. ¿Pero a quién pretendía engañar? Sabía que si alguien corría peligro allí, era ella... Sus fauces de lobo hambriento centelleaban a leguas.

—Umm... no sé... debería quedarme en New York. Me han ofrecido un buen despacho para hacer las prácticas... —se mostró indecisa. Pero al ver la carita de desilusión de Bruce, se desarmó—. ¿Qué demonios? ¡Sí, iré! Yo también estoy convencida de que acabaréis entre rejas y alguien tendrá que salvaros el culo, ¿no? —aceptó finalmente. Todos decidieron hacer un brindis para celebrar la ocasión.

—¡Por nosotros, que somos cojonudos! —exclamó John con su lata de Sprite en alto.

—¡Por la buena música y los viejos rockeros! —apostilló su primo.

—¡Por que Bruce conozca por fin a Lolita! —concluyó Jimmy con intención de picarle.

—Sigue por ese camino y te la vas a ganar, mamón —gruñó Bruce, antes de soltarle un empujón a modo de aviso.

Entonces John giró la cabeza y la risa se le quedó atascada en la garganta, al ver a la persona que más detestaba en el mundo, cruzando la sala del local con sus estúpidos amiguitos siguiéndole como macho alfa. Sonreía con suficiencia a la vez que se comía con los ojos el culo de una chica que bailaba cerca de él.

—¿Me disculpáis un momento? —se excusó con sus colegas sin apartar su mirada asesina de aquel cretino.

Eddy se humedeció los labios con la lengua, observando a la chica

pelirroja que movía las caderas de forma sinuosa frente a él. Llevaba un vestido ajustado y muy corto, prácticamente se le veía el tanga cuando se inclinaba más de la cuenta. Su entrepierna reaccionó de inmediato al imaginar las cosas que haría con esa zorra. La chica se encontraba de espaldas y no lo había visto, pero estaba seguro de que en cuanto le entrara, se iría con él al reservado sin dudar. No había más que ver su ropa para saber la clase de mujerzuela que era. De repente notó que alguien le daba unos toquecitos en la espalda, se volteó dispuesto a cargar contra el maldito inoportuno, y fue lo último que hizo de una pieza. El impacto de un puñetazo en la cara lo derribó al suelo.

—Si vuelves a meterte con mi chica te haré picadillo. ¿Queda claro, imbécil? —escuchó que le decía una voz masculina con acento extranjero.

Eddy intentó ver a su agresor, pero el ojo le ardía como si tuviera cristales dentro. Aun así, cuando consiguió abrirlo, distinguió una silueta alta de melena rubia que se alejaba a grandes zancadas entre la gente, y no tuvo ninguna duda de quién era.

John regresó por segunda vez junto a los chicos, mientras se frotaba los nudillos de la mano con una mueca de increíble satisfacción. ¡Llevaba años deseando poner a ese gilipollas en su lugar! Sus colegas le observaron boquiabiertos y supo que habían visto el rechazazo. Incluso Shirley seguía atónita cuando llegó a ella.

Bruce fue el primero en reaccionar y se dirigió a Karen con una sonrisa socarrona.

—¿Comprendes ahora porque vamos a necesitar una abogada?

—Joder, ¡y aún no hemos salido de New York! —protestó ella sin dar crédito.

—¡Por los rockeros! —celebró Bruce, alzando de nuevo su botella de cerveza.

Agradecimientos

Me encantaría poder nombrar a todas las personas que se merecen estar aquí, pero si lo hiciera, mucho me temo que ocuparían más páginas que la novela. Así que sintiéndolo de corazón, cometeré la injusticia de saltarme algunos nombres y trataré de ser lo más breve posible por la comodidad del lector.

En primer lugar quisiera dar las gracias a Pablo, por su increíble paciencia, por escucharme siempre y porque me ha demostrado infinidad de veces que puedo contar con él para todo. No solo eres mi chico, también eres mi mejor amigo. Y sabes que la relación que hay entre John y Shirley también tiene un poquito de nosotros, de nuestra complicidad.

Gracias a mis amigos y mi familia por ser pacientes y entender mi profesión. A pesar de todas las veces que os digo que no puedo quedar porque estoy escribiendo y mis largas temporadas de ausencia. Sé que os debo muchas citas, muchas tardes y muchos cafés.

Gracias a mis otros amigos y compañeros de letras, porque nunca me negáis vuestro apoyo cada vez que os doy la brasa con mis dudas o preguntas; y hasta os lío de mala manera para que seáis mis lectores cero. Aquí es donde creo que voy a ser más injusta al no nombrar a todos los que debería, pero bueno... Mi niña Marta Fernández (para mí Martita). Ya sabes que Shirley también tiene un poquito de ti. Mis maravillosas chicas Itsy Pozuelo, Natalia Alma, Marta de Diego, Rocío Carralón Moreno, Enone, Haizea. Por supuesto a uno de mis lectores más entusiastas Manuel Báez Pérez, y a tantos otros que aprecio mucho y se merecerían estar aquí. Vosotros ya sabéis quiénes sois, ¿verdad Lucía Arca?

Y por último, aunque no menos importante, gracias a Jesús Fernández por contestar y resolver todas mis dudas sobre violines. Cualquier error o disparate en materia que haya podido cometer en mi obra, desde luego es culpa mía y solo mía. Por favor, si os apasiona este maravilloso instrumento tanto como a mí, no podéis dejar pasar la oportunidad de visitar su página <https://www.deviolines.com/>. No conozco un sitio más completo, entretenido y didáctico que este. Os aseguro que es un vicio leer cada una de sus entradas,

porque Jesús le pone corazón y entusiasmo a lo que hace.